3 1761 07802919 6

LIBRERIA UNIVERSAL
E. GARCIA RICO
DESENGAÑO 29 MADRID

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

RERIA UNIVERSAL

UN VIAJE

AL INFIERNO.

A7193v

UN VIAJE AL INFIERNO.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. Juan de Ariza.

1-2

MADRID: — 1848.
IMPRENTA DE D. JOSÉ MARIA ALONSO.
Salon del Prado, número 8.

459469
3. 47

LS
A7
1935

PROLOGO, ADVERTENCIA É INTRODUCCION.

Me levanté ayer un poco mas tarde que otros dias; me dirijí á mi mesa de escribir, siguiendo mi costumbre diaria, y sobre el pupitre encontré un pliego cerrado y sellado, con sobre para mí y de mas que mediano volúmen. Rompí el nema apresuradamente y, entre otros papeles, encontré la siguiente carta:

DRAMALLA 15 DE ENERO DE 184...

«Querido amigo: estoy en el Infierno y te escribo desde su córte; por los primeros capítulos te informarás del motivo de mi venida: quiero publicar mi viaje, y te iré remitiendo,

por un mensagero tan seguro como invisible, la descripcion circunstanciada de los parajes, el retrato de cada persona y la fiel relacion de los principales acontecimientos. Espero que me buscarás editor, para que lo vaya publicando conforme llegue el manuscrito.»

Tu amigo tierno é invariable

Nazário Palma de Jura.

Dejé la carta y devoré los dos primeros capítulos de su viaje con creciente curiosidad: parecierónme interesantes y me decidí á publicarlos. Tuve que allanar inconvenientes, ¿qué cosa no los tiene en el mundo? un editor se reia del título, otro me ofrecia poco dinero, cuestion capital, que muy pocas veces se resuelve á satisfaccion de ambas partes; y á uno se hizo cargo de conciencia emplear capitales é industria en un asunto tan diabólico. Luché como un desesperado y á fuerza de luchar vencí: aplaude mi triunfo ¡oh lector! y si te manifiestas benévolo seguiré publicando el viaje, segun me lo remita Nazário, siendo para él trabajo y gloria, para tí instruccion y recreo, para mí provecho y solaz. He dicho.

UN VIAJE AL INFIERNO.

CAPITULO I.

UN AMIGO IMPROVISADO.

Paseabame muy distraido una hermosa tarde de otoño en el delicioso paseo de una pintoresca ciudad: muchas personas rozaban conmigo, festivas y locuaces algunas, tristes y taciturnas otras, mientras yo pisaba indiferente las hojas marchitas, que desprendiéndose de copudos álamos tapizaban el enarenado arrecife, y respiraba la suave brisa, impregnada en los delicados aromas de las mil plantas de la sierra. El sol en su ocaso, doraba las anchas copas de los árbo-

les y prestaba brillo al cristal de gigantescas fuentes de mármol; el murmúrio de sus saltadores se confundia con los dulces trinos de ruiseñores y gilgueros: las tardias flores recibian en sus cálices descoloridos las últimas caricias del astro que iba á visitar otro emisferio, y el Genil se precipitaba en la rica vega de la ciudad de las mil torres.

Paseaba solo, como he dicho, sin saludar á amigos ni señoras, y habia alguna cosa en mi rostro que rechazaba á los demas. Al encontrarme con ciertas gentes lanzaba recias carcajadas, y al rozar con otras quedaba melancólico y taciturno. Un caballero, muy parecído á mi retrato y vestido exactamente como yo, cojió mi brazo con franqueza, esplicándose sin rodeos.

—Dispénseme V., señor mio, esta singular confianza, pero tengo grandes deseos de que travemos amistad.

Lo examiné con estrañeza, pero sin mostrarle desvío, porque me encantó su persona y su metal de voz me sonaba exactamente como el mio.

—Poco ganará V., caballero, con mi amistad, le respondí; pues ciertamente vale poco.

—En vano quiere V. ocultar su valor bajo una finjida modestia, repuso. V. vale, segun mi opinion, mas que otras personas encumbradas y que no se tienen en poco.

—Me conozco bastante bien.

—Por lo mismo se estima V. en mucho.

—Mudemos de conversacion.

—Con mucho gusto, caballero: y empezando otra le diré, que V. ha venido á este paseo con la firme resolucion de burlarse de todo el mundo.

—No tanto, señor mio, no tanto. He venido con la intencion, ó mejor dicho la he formado aquí, de burlarme de lo risible.

—¿Y en qué persona no encuentra V. algo que se preste al ridículo?

La pregunta era contundente, yo no supe qué responder, y mi nuevo amigo prosiguió.

—V. pretendió divertirse y se ha fastidiado horriblemente.

—Es verdad.

—¿Por qué se ha fastidiado V.?

—Segun habla V. de mis pensamientos, no debe desconocer la causa y es escusada la pregunta.

—La conozco perfectamente. Se fastidia V., porque su alma está agoviada bajo el peso de tanto hastío.

—Es verdad.

—Pero V. no conoce su causa.

—Puede ser.

—¿Quiere V. saberla?

—Con mucho gusto.

—Pues respóndame. ¿V. ha vivido mucho tiempo en esta ciudad?

—Sí señor.

—¿V. conoce á todas las personas notables que viven en ella?

—A todas.

—¿V. sabe todas las intrigas, todos los lances amorosos, todas las murmuraciones?

—Las mas.

—¿V. busca la novedad y en ninguna parte la encuentra?

—Ando tras ella, como Diógenes tras su hombre, y en ninguna parte la encuentro.

—¿Esas son las causas de su hastío.

Mi interlocutor se calló, y fijó sus ojos en mí con una espresion singular: yo me preguntaba admirado cómo conocia tan bien un hombre la historia de mi corazon y no sabia darme respuesta: el incógnito, que leia sin duda mi pensamiento, se sonrió desdeñosamente y me dijo:

—Aconsejo á V. que no se devane los sesos, queriendo averiguar el cómo he logrado saber su historia, y que busque pronto remedio á tan insoportable hastío.

—¿V. que conoce la dolencia puede darme la medicina? repuse con marcado desden.

—Prefiero que V. mismo la elija.

—Si V. me hiciera por lo menos alguna que otra indicacion.

—¿V tiene aficion á viajar?

—He tenido mucha.

—Pues aconsejo á V. que viaje.

—Temo encontrar en todas partes los mismos hombres que aquí deje.

—Esa observacion es muy justa, pero elijiendo un buen pais.

—¿La Italia?

—¿Qué hará V. en Italia? Llorar sobre los hierros de la Italia moderna las glorias de la Italia antigua (1): ver sobre tronos vacilantes un altar mal seguro, la caña del pescador trocada en un frágil cetro de rey, y en una corona sin esplendor la brillantísima tiara. Al lado del altar y del trono verá V. soldados del Austria, que aparentando sostenerlos los tienen en esclavitud; al pueblo arrastrando las cadenas que le han impuesto sus señores, y á sus señores bajo el yugo de otros príncipes estrangeros. Parará V., sin duda, en Roma, y allí encontrará la Babel de las sagradas escrituras. Verá V. confundidas las naciones, los monumentos y las creencias, como se confunden las olas en los inmmensos antros del mar. ¿No braman de encontrarse juntos el Capitolio y el Vaticano, el San Pedro de Miguel Angel y el gran coliseo de los Césares, los termas y las catacumbas? En Nápoles procurará subir á cima del monte Vesubio para contemplar algo grande, y caminando sobre lava detendrán

(1) Debe tenerse en cuenta que este capítulo se escribió antes de los graves sucesos que han mudado la faz de Europa.

sus pasos los frescos tallos de las vides: respirará con embeleso las hermosas flores de Toscana, y admirará las obras maestras de griegos y latinos. En Venecia solo encontrará el anatema de Napoleon sobre las cabezas de sus orgullosos patricios: en una palabra, recuerdos gloriosos y miseria; esclavos en fin sin tiranos.

—¿Y Pio IX?

—Puede ser mucho y puede reducirse á nada.

—Pero en suma ¿cree V. oportuno mi viaje á Italia?

—Francamente, no.

—¿Y á Francia?

—En Francia encontrará V. campiñas taladas por el desbordamiento de los rios, campiñas fértiles tambien: pero no hallará nada admirable. ¿Qué tienen que ver las Tullerías con los restos del panteon, ni la columna de la plaza Vandome con la columna de Trajano? Las unas son obras de hombres, las otras son obras de génios. En Francia encontrará V. palabras que nada significan; instituciones fantasmagóricas; una pirámide de ciudadanos, llamados libres, cuyo vértice es un monarca llamado constitucional.

—Bajo el simborrio de la iglesia de los Inválidos veré tambien el sepulcro de Napoleon.

—Napoleon, nombre sonoro, que llevó un hombre menos pequeño que los demas. No piense V. viajar por Francia.

—¿Y la Inglaterra?

—La Inglaterra es un gran coloso de lona, que á cierta distancia amedrenta, pero que de cerca examinado descubre su antigua y carcomida armazon. Lóndres, Winsor, las cámaras y hasta la abadia de Wesminter son unas grandes factorías, palacio de mercaderes príncipes y hospicio de obreros mendigos. Hay lores que insultan con su lujo á los mas opulentos monarcas; hay pueblo que mueve á compasion á los pordioseros de España. Los ingleses han publicado á son de trompas que su gobierno es democrático; blasfémia que apenas se comprende sabiendo, que la comision de la cámara de los comunes se presenta en la de los lores, sin franquear la barra; como un lacayo que pide órdenes, ó un criminal ante su juez. ¿Vá V. á presenciar los combates que los labradores de Irlanda libran diariamente á la tropa pidiendo á grito herido PAN! Huyamos, huyamos de Inglaterra: no desgarremos su purpúreo manto para no ver el esqueleto.

—¿Y Alemania?

—Alemania: nacion patriarcal, segun algunos: sociedad tan vieja como el hombre que la dirije. Alemania fué la primera que en el siglo décimo sesto lanzó el grito de emancipacion intelectual, pero lejos de adelantar en su carrera, duerme centenares de años con inalterable sopor.

—Iré á Rusia.

—¿A doblar la frente ante el autócrata?

—¿Y á Prusia?

—Prusia fué la patria del gran Federico II, político, literato y guerrero. Si emprende V. ese viaje puede venerar sus cenizas: mas cuidado con pararse en Jena, sepulcro de la gloria militar que dió á su nacion Federico.

—Iré á Noruega y Dinamarca?

—¿Para qué buscar eternas sombras si en ninguna parte brilla demasiado la luz?

—¿Visitaré la Bélgica y Holanda?

—Malhará V., siendo español. Allí tendrá tristes recuerdos, remordimientos y vergüenza. Verá á Cárlos V., empuñando cetro y espada con firme diestra al mismo tiempo: á Felipe II, en cuya mano tiembla la espada pero que empuña bien el cetro; á sus sucesores, que tiran la una y no saben tener el otro; verá dos reinos que fueron provincias de España y llorará su humillacion.

—¿Y el Portugal?

—Es lo mismo que viajar por España.

—¿Y la Grecia?

—Recuerdos y ruinas.

—¿El Africa?

—Opresion y barbárie.

—¿El Asia?

—Debilidad y despotismo.

—¿La India?

—Una factoría inmensa, levantada con esqueletos y guardada con fosos de sangre.

—¿La América?

—Una virgen hecha pedazos: una palabra, CONFUSION. Bosques seculares, talados por el hacha del europeo; anchas y profundas cataratas; rios como mares y montes que tocan el cielo. Sus ecos repiten los nombres de Colon, Hernan Cortés y Francisco Pizarro: las que fueron colonias de España son repúblicas, que se devoran; y una hija desnaturalizada de Albion, se derrama por el continente, tira el guante con fiero orgullo á su madre tambien altiva, y presenta ya como problema cuál de las dos Inglaterras ha de ser señora de los mares.

Despues de oir estas palabras miré fijamente á mi interlocutor y le respondí con sarcasmo.

—Me aconsejó V. que viajára, y no encontramos un pais que pueda llenar mi deseo.

—Quizá se encuentre.

—Yo á lo menos no le conozco.

—Pues yo sí.

Se iba exasperando mi humor y le respondí con enfado.

—Tomaré mi ruta hácia el infierno.

El desconocido se sonrió, y dándome una palmadita en el hombro repuso con tranquilidad.

—Debió V. empezar por ahí y nos hubiéramos entendido antes.

—Hemos malgastado algun tiempo, pero no le llamaré perdido si nos entendemos al fin. ¿Aprueba V. este viaje?

—Sí señor.

Esta respuesta me fué dada con tono tan sério y formal, que no pude contener la risa y le contesté muy alegre:

—¿Tendrá V. la condescencia de buscarme medio de trasporte?

—Sí señor. Seré, si á V. bien le parece, su único compañero de viaje; el que haremos en pocos dias y en muy buena silla de postas.

—Acepto con toda mi alma.

—Será un divertido viaje y traerá V. mucho que contar.

—¿Encontraré mil maravillas?

—Hallará V. muchas novedades.

—¿Cuando marcharemos?

—Mañana noche, si V. quiere.

—Tendré en ello un vivo placer.

—Deme V. las señas de su casa.

Se las dí y despues añadió:

—Caballero, hasta mañana noche.

—¿Si V. no quiere incomodarse iré á buscarlo?

—No señor; pero le encargo que no venga sin pasaporte.

—¿Y para dónde he de pedirlo?

—Para el infierno.

—¿Está V. loco?

—No señor.

—¿Con quién voy á emprender mi viaje?

—Con el diablo.

En este momento me saludó una amiga íntima, hermosa, si en el mundo hay bellas: contesté galante á su saludo con la palabra y con los ojos: me volví, para pedir esplicaciones á mi nuevo amigo, pero lo descubrí á larga distancia, que me saludaba con la mano al mismo tiempo que subia en un elegante cabriolé.

CAPITULO II.

LA MESA REDONDA.

Meditabundo me dejó mi misterioso compañero y no sabia cómo esplicarme su conducta. Estaba en la firme creencia de que habia querido chancearse hablándome de ir al infierno; pero al mismo tiempo creia que íbamos á emprender muy pronto algun pintoresco viaje. He nacido seguramente con instintos de grande hombre, y soy por lo tanto fatalista, como César y Napoleon: por esta razon me abandono cien y cien veces al acaso, y si me sucede una desgracia digo con el árabe: *estaba escrito.*

Mi nuevo amigo podia ser muy bien un farsante, que hubiera hablado por hablar; podia ser tambien un salteador, que pretendiera des-

pojarme; pero no hallaba inconveniente en que fuera un hombre de humor, dispuesto á causarme sorpresas ó magníficas ó agradables. Tengo por costumbre pensar bien de quien no me ha dado motivo para que dude ó desconfie, y así, despues de algunas ligeras reflexiones, me fijé en la hipótesis mas favorable.

Acudí al café, asistí al teatro, conversé con varios amigos, subí á los palcos de algunas hermosas, y me senté en el de la deliciosa amiga que me saludó en el paseo. Preocupado con mi viaje, cuando queria ser mas galante, estaba mas triste y taciturno; hasta punto que llamé la atencion de la encantadora Matilde, este es el nombre de mi amiga.

Por si no vuelvo á verla jamás, quiero hacer aquí su retrato, que será encanto de los hombres y envidia de cien y cien hermosas.

Matilde cuenta diez y ocho años, abril de la vida con sendas tapizadas de flores y horizontes de azul, oro y amaranto; sus lábios frescos y ligeramente abultados, ofrecen una púdica sensualidad, que templan sus grandes ojos pardos melancólicos y espresivos. Su frente tersa deja leer la dulzura de sus pensamientos: su nariz, dilatándose suavemente, armoniza con la voluptuosidad de sus lábios, y su rostro de tez morena y casi enteramente oval, dá claras muestras de juventud y lozanía. Rica madeja de cabellos

castaños corona su frente despejada, y ya flotan sobre sus mejillas, ya ciñen sus sienes con diadema de terciopelo. Nada mas esbelto que su talle: no es el lirio que se cimbra, es la estátua griega en miniatura con sus atrevidas proporciones.

—¿Me parece V. un tanto triste: me dijo Matilde sonriendo y con su voz de serafin.

—No, Matilde, repliqué volviendo de mi involuntaria distraccion: no estoy triste, estoy estasiado.

—¿Estasiado? ¿con qué?

—Admirándola.

—¿Admirándome?

—Está V., Matilde, esta noche mas encantadora que nunca.

—Es V. muy amable.

—Matilde, repito que es V. muy hermosa.

—Tan delicadamente galante, y hay gentes que dudan de la cortesanía de V., llamándole hastiado y misántropo.

—Esas gentes tienen razon.

—No puedo convenir con V.

—¿Por lo que acabo de decir?

—Cabalmente.

—Con V. me esplico de este modo, porque... es V. mi mejor amiga.

Mis lábios iban á pronunciar otra palabra mas entusiasta y mas solemne, pero al recordar mi

viaje me faltaron fuerzas para decirla que en aquel momento la amaba, y volví á sumirme en mi triste meditacion.

—Vuelve V. á su melancolía: observó Matilde.

—Es verdad.

—¿Qué tiene V?

—Nada, Matilde.

—¿No le inspiro á V. confianza?

—Sí, por Dios: y para que no quede á V. duda, voy á confiarla mi secreto.

—Sepamos, amigo mio, sepamos: poseer un secreto de V. es tener un rico tesoro.

—Cómo se burla V., Matilde.

—No me burlo: estoy impaciente de recibir su confianza.

—Mañana, Matilde, emprenderé un improvisado viaje.

—¿Adónde? preguntó la hermosa con manifiesta agitacion.

—Yo mismo no lo sé, señora.

—Es estraño: repuso enojada.

—No se ofenda V., por Dios, Matilde: juro á V., por lo mas sagrado, que voy á emprender uno de esos viajes cuyo itinerario no se conoce, cuya duracion no se mide.

Matilde depuso su enojo, y sonriendo con amargura me respondió:

—No veo motivo de tristeza en un viaje que vá V. á emprender por gusto.

—Al emprenderlo me separo de personas muy apreciables.

—En todas partes se hallan amigos.

—Pero en todas partes no se hallan....

—¿Qué?

—Buenos amigos, respondí; ahogando en mis lábios otra palabra que me hubiera hecho renunciar á mi misterioso viaje.

No queriendo luchar mas tiempo contra el sentimiento doloroso que empezaba á mortificarme, me despedí al punto de Matilde, y sin esperar á que terminase la funcion salí del elegante coliseo.

Llegué á mi casa disgustado y pasé una noche muy inquieta. A la mañana del dia siguiente arreglé un modesto equipaje, saqué pasaporte para Infiesto, lo que podia enmendarse fácilmente *Infierno*: hice mil cálculos durante el dia, y al anochecer estaba en casa con una gorro de diligencias, un paletot bien abrochado, y una cartera en el bolsillo.

El diablo, así debo llamar al misterioso personaje, no se hizo esperar: á las ocho en punto de de la noche sentí el ruido de un carruaje, y pocos momentos despues la campanilla de mi cuarto. Sin saber por qué me estsemecí, como si acabara de recibir una descarga eléctrica; *el diablo* entró con un traje idéntico al mio, me tendió la mano afablemente, y me dijo:

—Mi carruaje nos está esperando á la puerta.

—Estoy dispuesto, contesté.

—¿Dispuesto del todo?

—Del todo. Ahí está pronta mi maleta y estoy en traje de camino.

—¿Y el pasaporte?

—Aquí lo tengo en toda regla.

El diablo lo leyó atentamente; tomó un cortaplumas de mi pupitre; raspó algunas letras; colocó otras en su lugar y me lo devolvió diciéndome:

—Ahora lo tiene V. en regla.

No pude dominar entonces mi curiosidad, y leí, despues de mi nombre y apellido: *pasa al infierno á diligencias propias.* Arrugué un poco el entrecejo, un criado bajó mi maleta, y *el diablo* y yo nos instalamos en una magnífica silla de posta.

Tengo la gran facilidad, ó quizás sea la enorme desgracia, de dormirme como un liron apenas piso un carruaje. Soy aficionado al movimiento; pero el movimiento me adormece: en lo que me parezco á ciertos políticos que siempre gritan: *adelante*: y cuando están puestos en camino, ó retroceden ó se paran. Esto tiene su moraleja; pero lo que mas interesa saber es que partieron nuestros caballos al galope y que yo me quedé dormido.

Me despertaba algunas veces en el momento

de mudar tiro; pero cogia de nuevo el sueño y así nada puedo contar de mi primera noche de viaje. Brilló el sol, y con él mis ojos se abrieron á la luz del dia, cuando ya habian saludado las aves con sonoros trinos á la aurora. Corrimos unas cuantas leguas por caminos mal construidos y entre tierras mal cultivadas; dándonos tema á discurrir sobre la mala administracion y otras cosas, que por muy sabidas me callo.

—Se ha dormido bien, me dijo el diablo despues de otros varios coloquios, y no vendrá mal el desayuno.

—Son las once le respondí.

—Lo que me prueba que tiene V. buen apetito

—Precisamente.

—Almozaremos en aquel parador inmediato.

Llegamos á él en pocos minutos, descendimos de nuestra silla y nos recibió la posadera, mujer enteramente cilíndrica y tan habladora como lo requiere el oficio. Pedimos de almorzar; la huéspeda nos preguntó qué deseabamos.

—Un capon asado, dijo *el diablo*.

—Le tengo, repuso la huéspeda.

—Pues venga al instante.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque le tengo destinado para los viajeros que debe traer la diligencia.

—Es una desgracia, interrumpí; pero si no

hay otro remedio nos contentaremos con comer unas cuantas chuletas.

—Mucho siento no poder servirlas; pero las tengo reservadas para los indicados viajeros.

Hicimos varias peticiones, teniendo al fin que contentarnos con una tortilla de huevos y patatas, un duro mendrugo de queso y unos cuantos vasos de vino avinagrado; pues aunque habia varios manjares estaban reservados para el servicio de las diligencias, cuyos viajeros son los únicos que tienen derecho á comer.

Nuestro desayuno fué breve y emprendimos de nuevo la marcha, mudando caballos en las paradas que los habia y corriendo con algunos dobles postas, cuando no teniamos otro remedio.

Escarmentado del almuerzo, propuse al diablo que nos reuniéramos con alguna de las diligencias que iban delante, para comer en mesa redonda, si el posadero lo permitia. Mi compañero de viaje, que solo deseaba complacerme, aceptó al instante mi propuesta, corrimos como hombres hambrientos, y á la entrada de un pueblecillo alcanzamos una diligencia que debia hacer en él parada para que comieran los viajeros. La dimos convoy unos minutos, y llegamos al parador al mismo tiempo que los habitantes de aquella casita de madera.

—Baje V. inmediatamente, me dijo el diablo.

—¿Y V. no piensa acompañarme? le pregunté.

—Me es imposible.

—¿Por qué?

—¿No ha observado V. entre los dos una absoluta semejanza?

—Mucho me ha llamado la atencion, y somos mútuamente homónimos.

—Pues esa circunstancia me impide acompañarle.

—No comprendo.

—Nuestra semejanza llamaria la atencion de todos.

—Lo creo.

—Y podria perjudicar mucho al buen éxito de nuestro viaje.

—No discurro por qué.

—Yo sí. Apresúrese V. á bajar.

—¿Pero si vamos al infierno, aunque nos conozcan en España.

—No vamos al infierno, amigo; pisamos ya su territorio.

—Pues me ha llamado la atencion que no nos hayan registrado al pasar las fronteras.

—En las fronteras del infierno no registran á los amigos. Apresúrese V. á bajar.

—¿Y cómo debo conducirme con los diablos?

—¿Cómo se ha conducido V. con los demas hombres?

No sabia qué respuesta dar y contesté con otra pregunta.

—¿En qué idioma debo esplicarme?

—En español. Apresúrese V. á bajar ó se quedará sin comer.

Mi hambre era tal, que esta amenaza destruyó todos mis escrúpulos, y precipitándome de un salto, entré en la posada, cuando el mayoral de la diligencia decia al posadero:

—Sirve al instante la comida.

—Ya está la sopa: repuso el huésped.

—¿Podré comer en mesa redonda? le pregunté?

—Entre V. en el comedor.

Hasta este momento nada habia encontrado de estraño en la posada del Infierno. Un posadero regordete y encarnado como un madroño me habia recibido bastante bien, y un mayoral con gruesos zapatos de becerro, pantalon de paño de obanes, calesera guarnecida de pana y forrada de tupida bayeta carmesí, ceñidor de estambre, pañuelo terciado, puro en boca y calañé, inclinado á la oreja, se paseaba con ademan altivo, como diciendo: «aquí campeo por mi respeto y mi poder.» En vano pretendí descubrir en estos hombres cuernos, uñas, rabos y demas atributos diablescos; en caras, manos, pies y vestidos se parecian á todos los demas mayorales y posaderos que habia conocido hasta entonces, y lo que

mas llamó mi atencion fué que se esplicaban en un castizo castellano.

Con la venia del posadero entré en un ancho comedor; encontré en él la mesa puesta y á su alrededor quince personas; quedando un asiento vacío, en lo mas oscuro é incómodo, que yo me apresuré á ocupar.

En tanto que servian la sopa me propuse pasar revista á tan variada concurrencia. Queria guardar en ella algun órden, y así empecé por mi derecha, que era á la verdad buen comienzo. Y cómo no serlo una dama de treinta años, mostrando á lo mas veinte y cinco; de cabellos blondos, ojos azules, tez blanca, suave y sonrosada, boca pequeña, lábios rojos, nariz corrrecta, torneado cuello, breve mano, y que aunque sentada á la sazon, dejaba adivinar esbelto talle, alta y elegante estatura. Su nombre, tan dulce y poético como su delicado rostro, no se borrará de mi memoria; pero narremos los sucesos por órden cronológico, á fuer de discreto historiador.

Seguia á esta dama un hombre alto, robusto, blanco y sonrosado, que manifestaba en su semblante una simulada inquietud; juguetcaba con un cuchillo y parecia en algunos momentos estasiado á la vista de alguna imágen que le sonreia blandamente.

A la derecha de este caballero estaba sentada una señora de cincuenta años bien cumplidos,

cuyos restos de pasada hermosura difícilmente se descubrian á través de los hondos surcos que habia abierto la impasible mano del tiempo. Sin embargo, sus ojos brillaban, descubriendo una confusa mezcla de atrevimiento é hipocresía. A su lado, y en dulce plática con ella, estaba una jóven de veinte y seis á veinte y ocho años, alta delgada y vigorosa. Sus ojos negros destellaban, brillando en ellos la sensualidad y la osadía: una cabellera de ébano coronaba su morena frente, y en sus lábios frescos y delgados vagaba una sardónica sonrisa.

Seguian unas cuantas personas, que no llamaron mi atencion; y vine á fijarla en el hombre que estaba sentado á mi izquierda. Cincuenta años contaria apenas; era de mediana estatura, de ojos vivos y penetrantes, nariz aquileña, frente despejada, raros cabellos, modales finos y obsequiosos.

Este hombre separó su silla, para hacerme cómodo asiento, y me dijo con voz afable.

—Bien venido, señor D. Nazario.

—Servidor de V., respondí: sorprendido de oirme nombrar, y con el embarazo consiguiente á un hombre que se halla entre diablos, y que no sabe á quin responde.

—¿No me ha conocido V?

—Recuerdo perfectamente sus facciones, pero me confundo.....

—Es muy fácil. En dos años que falta V. de nuestra córte habrá visto tantas fisonomías que no estraño me confunda. Yo me llamo Bruno Gonzalez.

—Cabalmonte, le respondí, disimulando mi ignorancia.

—Era agente de policía secreta, cuando V. estaba en Dramalla (1) y ahora soy agente electoral.

—Muy bien ¿Y V., que debe estar bien enterado, me contará mil novedades?

—Han sucedido algunas cosas grandes, muy grandes; pero como V. conocerá no puedo contarlas aquí.

—Ya lo creo: es preciso ser en suma cáuto; particularmente en situaciones tan comprometidas.....

—Eso digo yo, la situacion es de las mas comprometidas.

—Ciertamente. Dispense V., voy á servir á esta señora.

Habian presentado la sopa, y como hombre que tenia á mi lado una hermosa, me apresuré á servirla el plato.

—Gracias, me dijo con voz dulce.

—Tengo, señora, respondí una singular complacencia en ofrecerla mis respetos.

(1) Córte del Infierno.

—Me parece V. muy amable.

—Es difícil no ser atento al lado de muger tan hermosa.

—No lleve V. su cortesía hasta un punto que se confunda con manifiesta adulacion.

—V. conocerá muy bien que es superior á todo elogio.

—No lo conozco.

Durante este diálogo, entrecortado por las cucharadas de sopa que menudeábamos; porque el hambre ponia de vez en cuando coto á nuestra mútua galantería, presentaron una pava asada: el agente de policía la trinchó con desembarazo, y en atencion á nuestro antiguo conocimiento tuvo cuidado de servirme un alon y un buen pedazo de pechuga: los demas viajeros se abalanzaron sobre la mutilada ave, y cuando quise servir á mi vecina, solo encontré el descarnado caparazon. Iba á lanzar un ¡ay! doliente, pero me acordé que mi plato tenia una abundantisima racion y lo presenté á mi vecina.

—¿Y V. qué tomarà? me dijo.

—Allí veo un pedazo de vaca y comeré de él.

—Imposible. Me contento con el alon y devuelvo á V. la pechuga.

—No puedo permitirlo, señora: y lo recibiré como un desaire.

—Estoy muy lejos de querer hacérselo, y pa-

ra probarle mi docilidad dividiremos entre los dos alon y pechuga.

Condescendí, y en tanto que saboreaba con buen apetito el manjar, oí al caballero alto y robusto, que dirigiéndose á D. Bruno Gonzalez, decia con algun desentono:

—Caballero, V. no sabe lo que habla: el gobierno no debe ejercer ningun influjo en las elecciones, no señor; debe dejar al pueblo libertad para que nombre sus legítimos representantes, y no hacer uso de esos reprobados manejos que bastardean la representacion nacional.

—El gobierno, repuso D. Bruno, con la calma de un hombre acostumbrado á disfrazar sus pensamientos para sorprender el de los demas, no hace mal ni es digno de censura, cuando influyendo moralmente no emplea la fuerza ni el terror.

—¿Y no considera V. una violencia la coaccion moral?

—Me parece señor D. Tadeo Gomez que la coaccion moral solo influye sobre los espíritus débiles ó los hombres de muy tibia fé.

—¿Y han de ser todos los electores hombres con el valor del Cid Ruy Diaz, ó la fé de San Agustin?

—Mucho convendria.

—Mas es por desgracia imposible.

Y dirigiéndose D. Tadeo á todos los demas comensales añadió:

—Téngase entendido, señores, que no hablo por mí: mi eleccion está asegurada, y por mas que pese al gobierno, tronará mi voz en la tribuna, y ante el poder de mi palabra doblará humilde la cerviz. Pero siento que mis doctrinas, las únicas que pueden hacer la felicidad del pais, no tengan todos los defensores, que indudablemente tendrian sin la coaccion moral y material que he mencionado poco antes.

Acabó este período D. Tadeo dando una palmada en la mesa, que derramó el líquido de algunos vasos, y dirigiéndoseme añadió:

—¿No abunda V., señor D. Nazario Palma de Jura, en mis opiniones?

—Por ahora, repuse, despues de estrañar que supiera mi nombre y apellidos el diputado en ciernes; por ahora opino que será lo mejor trinchar esta suculenta tortilla: y acompañando la accion á la palabra, serví á mi hermosa y discreta vecina una octava parte, sin hacer cuenta que erámos diez y seis y que la daba racion doble.

—Estraño mucho, señor D. Nazario, repuso enojado D. Tadeo, que un hombae tan independiente como V., y dotado de un valor á prueba, vacile en emitir su opinion.

Por las palabras de D. Tadeo me persuado de que yo era un hombre independiente y de valor; pero no queriendo abusar ni usar de tan envidiables ventajas, le respondí en festivo tono:

—Estoy avasallado por el hambre que me ha quitado al mismo tiempo la independencia y el valor.

—Mi frívola respuesta mortificó un tanto al candidato, y no prosiguió discutiendo; Gonzalez me dijo al oido:

—Señor D. Nazario, se ha mostrado V. tan prudente como discreto, y el gobierno sabrá de mi boca que tiene en V. un amigo.

Nada respondi al buen D. Bruno, por no decir una necedad, y me dediqué á servir los postres á mi vecina.

La comida se estaba acabando; yo habia cobrado alguna aficion á mi adlatere y sentia mucho separarme sin manifestársela de todos modos. Introduje, pues, suavemente la punta de mi pié bajo el suyo, porque ponerlo encima me ha parecido siempre una salvajada: mi vecinita miró bajo la mesa, retiró su pié sin enojo, y clavando en mí una dulcísima mirada se sonrió deliciosamente. Animado por esta sonrisa, y notando que una mano de mi vecina estaba posando en su falda, me apoderé de ella, y la estreché antes que pudiera retirarla. Nueva sonrisa vagó en sus lábios, y me preguntó con su voz dulce.

—¿Vá V. á la córte?

—Sí señora: la respondí, aunque en verdad no lo sabia.

—Segun he oido decir á esos caballeros, es V. persona notable.

—Tengo, señora, algunos amigos.

—¿Y amigas?

—Desearia tener al menos una.

—Me parece cosa muy fácil. Hay tantas mujeres en el mundo.

—Es verdad que hay muchas mujeres, pero yo deseo la amistad de una sola.

—¿Y quién es?... ¡Ay! dispense V. mi imprudencia.

—Nada tengo que dispensar: V. sí dispensará mi atrevimiento, pues solo deseo que me cuente en el número de sus amigos.

—Ya está V. en él.

—Gracias, señora.

Siguió un momento de silencio, y despues añadí.

—¿Sabe V. adónde vá á parar?

—No señor.

—Desearia verla, inmediatamente despues de nuestra llegada á la córte.

—Si quiere V. darme las señas de su alojamiento tendré el gusto de remitirle las del mio.

—Escribí á un amigo, para que me lo tenga dispuesto, y aun no he recibido contestacion.

—Tendremos que esperar en ese caso que la casualidad nos reuna.

—Soy muy impaciente, señora, y me consumiria esperando.

—Se me ocurre un medio ingenioso.

—Hable V., señora, hable V.

—Nos escribiremos mútuamente, avisándonos nuestros respectivos alojamientos.

—¿Y cómo dirigirnos las cartas?

—Se ponen en lista.

—Es verdad.

—Señores, al coche: gritó el mayoral, y al mismo tiempo una muchacha de veinte años, que nos habia servido á la mesa, corrió la bandeja para que cada cual depositara en ella los doce reales, que tenia marcados la tarifa. Llegado mi turno, deposité dos napoleones; advirtiendo que iba pagado el escote de mi vecina, y que el resto eran los gajes de la criada.

Agradeció la dama mi obsequio, despues de haberse opuesto á él; la criada derramó la bandeja, por hacerme una profunda reverencia; la vieja me lanzó una mirada indagadora, y todos los viajeros se admiraron de mi notable esplendidez.

—Al coche, señores, al coche: gritó de nuevo el mayoral.

Los viajeros se levantaron, dí el brazo á mi hermosa vecina y nos dirigimos á la góndola.

—Ya sabe V. mi nombre, la dije, y creo que no olvidará su palabra: ¿tendrá V. la condescencia de decirme el suyo?

—Sofía Amaranto.

—¡Precioso nombre!

—?Le olvidará V.

—Jamás, señora: lo llevo escrito en lo mas profundo del alma.

Habiamos llegado á la góndola: Sofía ocupaba un asiento de la berlina: la ayudé á subir, y nos despedimos con un melancólico adios.

Apenas habia subido Sofía, llegaron las otras dos damas, que habia contemplado un punto en la mesa y que debian ir en compañía de la mujer que á mi pensamiento esclavizaba. Por cortesanía solamente, dí la mano á la vieja, que me saludó profundamente; y por cortesanía tambien la dí á la jóven, que tocándola apenas saltó con la agilidad de una ardilla, saludándome ligeramente; pero bañándome al mismo tiempo en una mirada magnética que estremeció todo mi ser.

Me separé de la berlina, y encontré en el estribo del coche á D. Bruno, que no habia querido tomar asiento sin despedirse y reiterarme mil muestras de consideracion. Don Tadeo me tendió la mano; la estreché en prueba de amistad; el mayoral sacudió el látigo y las mulas salieron al trote.

Por cada ventana de la berlina ví alternativamente una cabeza: la de Sofía, poétioa y dulce, se despedia de mí meciéndose: la de la dama de ojos negros estaba inmóvil y terriblemente poética; pero me lanzaba una ardiente mirada, que me estremeció de terror.

CAPITULO III.

DOCE TARJETAS.

Cuando llegué á la silla de postas encontré al Diablo, muy entretenido con la pechuga de un capon y rodeado de algunos fiambres.

—Amigo, me dijo sonriendo, no ha tenido vd. la consideracion de enviarme ni un solo plato de su suntuosísimo banquete, y he tenido que proveerme de la mejor manera posible.

—Confieso, repuse, mi delito; y celebro en el alma encontrarle tan perfectamente ocupado.

—Así, así. ¿Y V. como lo ha pasado?

—Muy bien: he renovado amistad con hombres á quienes no habia visto en mi vida; y he sabido que soy independiente, brioso y prudente entre los mas cautos.

—Han tomado á vd. por mí, amigo.

—Asi lo creo.

—¿Sabe V. los nombres de las personas con quienes ha renovado amistad?

—Don Bruno Gonzalez se llama el uno, y don Tadeo Gomez el otro.

—Don Bruno es un agente de la policía secreta, que ha comido siempre á dos carrillos.

—¿Quiere V. esplicarse mas claro?

—Si señor. Don Bruno cobra del gobierno para espiar á los conspiradores, y de los conspiradores para avisarles las disposiciones del gobierno.

—Don Bruno Gonzalez, amigo mio, no es una novedad.

—¿Por qué?

—Porque conozco yo en España mas de un don Bruno.

—No lo estraño.

—¿Y qué noticias me da V. de don Tadeo Gomez?

—¿No sabe V. nada de tan importante personaje?

—Solo sé que es diputado en ciernes.

—Ya ira V. sabiendo lo demas.

El Diablo acabó su comida; mandó al postillon enganchar; crugió el látigo, y nuestros caballos partieron al punto al galope. A los tres cuartos de hora de correr encontramos la diligencia,

y con mucho sentimiento mio, diez minutos despues la habiamos perdido de vista.

Cuando pasamos á su costado, saqué la cabeza, y ví los ardientes ojos de la jóven que me miraban con su fatídica espresion; momentos despues descubrí la blanca mano de Sofía que me saludaba desde lejos.

—Con mucha aficion mira V. hácia la góndola: me dijo el Diablo.

—No puedo negarlo; respondí.

—¿Ha hecho V. algun nuevo conocimiento?

—He conocido dos mujeres; hermosas las dos, pero de contraria hermosura.

—Cuidado, amigo mio, cuidado con las mujeres del infierno.

Anocheció; segun mi costumbre me dormí, y continuamos el viaje sin novedad que de contar sea. A las diez de la mañana siguiente almorzamos en un humilde parador, y á las tres de la tarde pasó nuestra silla á las puertas de la gran ciudad de Dramalla, corte, como he dicho, del Infierno.

—Adelante, postillon, adelante; grité yo desde el interior.

—Señor, un poco de paciencia: me respondió un poco mohino; pues no está en mi mano arrear.

—¿Qué sucede? pregunté al Diablo.

—Ahora lo verá V., amigo mio.

Con efecto, ví que se abrió la portezuela de la silla, que subió al estribo un hombre, vestido con pantalon y levita militar de paño azul y un gorro galoneado de algodon blanco.

—Mayoral, dijo nuestro hombre, vaya vd. bajando los baules mientras yo registro estos cajones y estas bolsas.

Y despues de haber dado estas órdenes añadió:

—Muy buenas tardes, caballeros.

—Buenas tardes, contestó el Diablo: y sacando un napoleon del bolsillo lo puso en la mano del escrupuloso visitador.

—Gracias, mi amo: repuso nuestro hombre, y añadió despues. Mayoral, no baje V. ya los baules, que estos señores no tienen cara de querer meter contrabando.

Nos saludó mas cortesmente; cerró la portezuela, y el zagal aguijó de nuevo los caballos.

—¿Quién es ese hombre? pregunté al Diablo, en cuanto nos encontramos solos.

—Un dependiente del resguardo, que venia á registrarnos en cumplimiento de su deber; me respondió, pero que al ver los cinco francos ha quebrantado su consigna.

—Lo mismo sucede en España.

—Los españoles copian en todo á los franceses, y nosotros, como mas vecinos, copiamos á los españoles. Lo que viene á ser imitacion de imitacion.

Continuó rodando el carruaje; atravesamos una alameda, llevando á la derecha un jardin, rodeado de verjas de hierro; descubrimos despues un edificio de bella arquitectura, en el cual están los museos, segun el Diablo me indicó; pasamos por delante de una fuente bastante bella, y torciendo á la izquierda bajamos por una calle ancha y desigual, en la cual se ven varios palacios, que mas ó menos lo parecen. Torcimos otra vez á la izquierda y paró la silla de posta: nos encontrábamos á la puerta de la casa número 9 de la calle de las Terrazas.

—Puede V. bajar, amigo mio, me dijo el Diablo: ahí tiene V. su alojamiento.

—¿En donde?

—Número 9, cuarto principal.

—¿Y V. no se aloja conmigo?

—Ya sabe vd. que nuestra semejanza nos impedirá siempre estar juntos: en esa casa conocen á V. perfectamente y lo tratarán como á un amigo.

—Me conocerán; pero yo no conoceré á nadie supongo.

—Asi hará V. su aprendizaje en el interior de la familia.

—Déme V algunos pormenores.

—Le diré á V. sencillamente mi método de vida. Me levantaba siempre á las siete; escribia ó leia, segun me parecia mejor, hasta las doce:

á esta hora almorzaba; me vestia despues y salia. Unas veces volvia mas temprano otras mas tarde: me servian la comida á las seis; salia despues y venia á acostarme ó á escribir, segun tenia por conveniente. El último dia de cada mes daba á la huéspeda cuarenta duros y continuaba la misma vida.

—No son muy estensos los apuntes.

—Lo demas lo suple el ingenio.

—¿Quisiera saber el nombre de la huéspeda?

—Nada mas justo. Doña Tomasa Cortecia.

—Me doy por satisfecho.

—A las siete vendré de incógnito.

—Pues hasta las siete.

Bajé de la silla; el zagal bajó mi equipaje; entré en la casa; subí la escalera, llegué al primer piso y sacudí la campanilla. Abrieron la puerta al instante, y me encontré frente por frente con una mujer de cuarenta años, medianamente gruesa, no del todo mal parecida, y que esclamo al verme.

—Gracias á Dios, señor don Nazario, que tenemos el gusto de verle.

—Yo tambien me alegro, doña Tomasa, de ver á V. tan fresca y tan buena, que no pasa dia por V.

—Muchas gracias, señor don Nazario.

—¿Y la familia cómo está?

—Mi marido, señor don Nazario, cada dia peor.

—Es incurable.

—Jugador, mocero, y sin hacer caso de mí desde que vd. marchó; hoy precisamente cumplen dos años. No lo he visto mas que una vez, y esa me rompió algunos muebles, me golpeó y se llevó cuanto dinero encontró en la cómoda.

—¡Infame!

—Es muy malo, señor, muy malo. Mi pobre madre continúa impedida.

—Pobre señora.

—Es una santa, y se acuerda mucho de vd. Cuando llegó el dia de su santo, San Nicolás, como vd. sabe, me dijo. «Tomasa, si no estuviera ausente el señor don Nazario, me regalaria, como de costumbre, una libra de esquisito rapé y un gran papelon de viscochos. Pero vd. querrá entrar en su aposento y asearse.

—Vamos allá, que este pobre mozo está cargado.

Doña Tomasa abria la marcha, la seguia el zagal con mi cofre, saco de noche y sombrerera; y yo cubria la retaguardia, para ocultar mi topográfica ignorancia. Atravesamos un corredor; entramos en una salita elegantemente amueblada, con alfombra, butacas, chimenea, sofa, sillones, cuadros, espejo, reloj y cortinas de seda; y pasamos á un gabinete, verdadero estudio de abogado ó de literato con dinero.

Un gran estante de caoba, perfectamente acris-

talado y lleno de libros, cubria el testero enteramente: próximo al balcon, estaba un bufete con un pupitre de naranjo, y á su lado una pequeña escribanía de bronce perfectísimamente dorado; entre la puerta de la alcoba y la de la sala estaba puesta una cómoda de nogal, y sobre ella una lámpara de bronce dorado y dos candeleros de plata. Delante del bufete se encontraba un cómodo sillon de muelles y tornillo, con asiento de cerda negra; y el pavimento estaba alfombrado.

La alcoba, que comunicaba con el gabinete, era espaciosa; y su amueblaje se componia de una cama de acero colgada, una elegante mesa de noche, un confidente de dos asientos, y un armario. Dejó en ella el zagal mi cofre y demas utensilios; le dí un napoleon de propina, y quedé solo con doña Tomasa. Inmediatamente sacó esta una llavecita del bolsillo; abrió el pupitre, sacó de él una llave; abrió el armario; me pidió la llave del cofre, y despues de haberla recibido sacó mi ropa, y la fué colocando simétricamente, elogiando al paso mi bnen gusto, por la preciosa coleccion de chalecos y corbatas que iba encontrando.

Llevada á cabo tan delicada operacion, me trajo en una cofaina de perdenal blanco agua tibia; me presentó un tarro de agua de colonia, y me dejó solo; porque el pudor no la permitia estar presente á mi tocado.

Laveme, como hombre curioso, y aunque no sabia adonde ir ni lo que podria sucederme, me vestí con bastante esmero y en completo traje de sociedad. Despues de vestido, sacudí el cordon de la campanilla, y se presentó doña Tomasa. Acababan de dar las seis.

—¿V. querrá ya la comida? me preguntó.

—Efectivamente, tengo hambre; repuse.

—¿V. comerá en la sala segun costumbre?

—Sí señora.

—Voy a que sirvan la comida.

Salió de nuevo mi atenta huéspeda, y apenas me concedió tiempo para reflexionar que no me conducia desairadamente con una existencia prestada, cuando me anunció que ya me esperaba la sopa.

Encontré una mesa limpia y elegante, y me sirvieron una comida tan abundante como delicada: á los postres me dijo la huéspeda, que no me habia dejado un momento:

—¿Ha encontrado vd. algun deterioro en los muebles?

—No los he mirado siquiera, pero estoy seguro que no le hay. ¿Por qué me hace vd. esa pregunta?

—Debo hacerla, señor don Nazario. V. ha comprado estos muebles: V. al marcharse me pagó por tres años el alquiler de esta habitacion, y durante los dos de su ausencia, no ha de-

bido nadie habitarla, lo que ha sucedido exactamente.

—Tengo en V. mucha confianza, para dudar un solo instante que pueda faltar á la mia.

—Muchas gracias, señor don Nazario.

Tres cuartos de hora habia durado mi comida, y el Diablo no podia tardar mucho: mandé que quitáran la mesa y me quedé solo, reflexionando los favores que habia recibido ya del mal espíritu y los compromisos en que me pondria muy en breve.

—Preguntan por V., señor: me dijo un criadillo de diez y seis á diez y siete años, que me habia servido á la mesa.

—¿Ha dicho su nombre?

—No señor; y viene embozado hasta los ojos.

—Dile que entre.

—¿Le pregunto quién es?

—No.

Salió el muchacho, y pocos momentos despues entró el Diablo, cerró la puerta, me tendió la mano amistosamente, y juntos nos sentamos en el sofá.

—¿Cómo tratan á V., amigo mio? me preguntó el Diablo.

—Muy bien, le respondí sinceramente.

—¿Y qué tal se maneja V. en su difícil posicion?

—Con un talento que yo no me reconocia, y

mintiendo con un descaro que estaba lejos de sospechar.

—Le doy á V. mil parabienes.

—Antes de que hablemos de otra cosa, permítame V. que le haga una observacion.

—Puede V. hacerla.

—¿V. ha comprado estos muebles?

—Si señor.

—¿V. tiene adelanlado un año de alquiler de casa?.

—Es cierto.

—Yo no debo abusar del favor de V...

—Amigo mio, para que saque vd. de su viaje todo el fruto posible, es indispensable que represente mi papel; y para representarlo al vivo es preciso que viva en mi casa.

—Es muy cierto: pero...

—Ruego á V. que no prosigamos tan enfadosa conversacion: estoy de priesa y debemos aprovechar el tiempo.

—Ya escucho.

—Como V. puede calcular; me es imposible presentarlo en ninguna parte sin descubrir nuestro secreto, y sin causarle grave perjuicio; por lo tanto vd. mismo se presentará.

—Correré graves compromisos.

—Acaba V. de confesarme que no está desprovisto de ingenio.

—Es verdad.

—Tome V., pues, este paquete: cuando yo esté lejos rompa el nema, lea su contenido y confie en su buena estrella.

—Asi lo haré.

El Diablo me entregó un paquete cuadrilongo, se levantó, me tendió la mano, y salió sin decirme una sola palabra. Dí varias vueltas al paquete, deseando saciar mi curiosidad y avivándola al mismo tiempo, y así que crei al Diablo lejos, rompí el nema y me encontré doce tarjetas litografiadas, con nombres distintos; al pie de las cuales habia escrito el Diablo algunas señas. Voy á ponerlas segun el órden con que las leí.

Primera. *Don Mariano Sanchez*, banquero. Calle de Mirasoles, núm. 39, cuarto principal. Se almuerza con él á las doce.

Segunda. *Perico Travieso*, baratero. Calle de la Camorra, número 16, taberna. Se emborracha de siete á nueve de la noche.

Tercera. *Don Buenaventura Perez Crespo*, ministro de la Gobernacion. Se le ve en su secretaría entre una y dos de la madrugada.

Cuarta. *Francisco Silencio*, alquilador de coches. Calle del Socorro, número 4. Se le ve á toda hora.

Quinta. *La Condesa de Jentosca*, sociedad de tono. Calle del Mal-Paso, número 10, cuarto segundo. Se puede ir despues de las once de la noche.

Sesta. *La Tunasiga*, zurcidora de voluntades. Calle del Desliz, número 6, cuarto principal. Admite visitas á toda hora.

Sétima. *Don Fulgencio Soto*, ex-ministro. Calle del Tejemaneje, número 47. cuarto principal. Puede verse de nueve á doce de la noche.

Octava. *Paca Confianzas*, lavandera. Calle del Rio, número 50, cuarto bajo. Puede verse entre seis y siete de la noche.

Novena. *La marquesa del Buen Gusto*, palaciega. Calle de la Eschucha, número 7, cuarto principal. Puede verse á la hora de su tocador.

Décima. *Mr. Botonazo*, maestro de esgrima. Cuesta de los Duelos, número 5, cuarto bajo. Se ve á todas horas.

Undécima. *Don Lausdeo Chupa*, usurero. Bajada del Hospicio, número 1, cuarto bohardilla. Sale muy poco.

Duodécima. *Café de la Disputa.*

Habia leido las doce tarjetas con una profunda atencion, y despues de haberlas leido conocí que me era preciso anudar aquellas rotas relaciones. Mi principal duda era entonces sabes por donde empezaria, y queriendo dejarlo á la suerte, las barajé y saqué de ellas una que decia... Mas adelante lo veremos.

CAPITULO IV.

PAPEL DE PRIMER GALAN.

Desde mi entrada en el Infierno habia ido creciendo punto por punto mi estrañeza y admiracion. Virjilio, el Dante y nuestro Quevedo habian pintado aquella mansion con los mas lúgubres colores, y las imágenes y los lienzos habian fascinado mis ojos como la lectura mi espíritu. Esperaba ver á cada paso hornillos, calderas y toda clase de instrumentos, para martirizar á las almas: temia encontrarme con Caronte; despertar la furia del indomable Cancerbero, ó aparecer ante el tribunal de Rhadamanto. No temia menos escuchar les tristes lamentos de los infelices condenados, las fatídicas carcajadas de sus implacables verdugos, ó ver las asquerosas faces de sacrificadores y víctimas.

Con arreglo á tales ideas no creia encontrar edificios, todo debia ser un profundo antro, en cuyas oscuras cavidades tendrian lugar lúgubres escenas de remordimiento y dolor.

Mis temores eran infundados, mis imaginaciones sueños: hasta entonces nada habia visto que justificára unos ni otras. Campos mas ò menos bien cultivados habia encontrado por do quiera; paradores mas ó menos provistos; mugeres mas ó menos hermosas; edificios mas ó menos suntuosos; hombres mas ó menos comunicativos, y jardines mas ó menos pintorescos habia en todas partes hallado.

¿Los palacios, campos y jardines serán, por ventura, mentidos cuadros que una linterna mágica presenta? ¿Hombres y mugeres padecerán bajo sus brillantes vestidos, como Alcides bajo la túnica del Centauro? Pasado algun tiempo quizá podré resolver esta cuestion.

Habia guardado las once tarjetas en mi pupitre, y daba vueltas á la que me habia cabido en suerte.

—Don Fulgencio Soto, ex-ministro: repetia yo considerándola. Estaré destinade á la trajedia, pues empiezo mis relaciones con personas de alto coturno.

A las nueve podia ir á su casa, segun la advertencia del Diablo, y solo faltaban cinco minutos. Vacilé, temiendo los azares de una posicion

tan anómala; mas considerando que por alguna parte debia empezar, y que habiéndome puesto en manos de la suerte, debia dejarme conducir; tomé el sombrero y unos guantes, y sin mas largas meditaciones ni reparar en inconvenientes, me encontré en la puerta de mi alojamiento.

Me habia dado el Diablo las señas de la casa del ex-ministro, pero yo, que no conocia absolutamente la topografía de la ciudad, necesitaba agenos auxilios si habia de lograr ir á ella: este inconveniente me desanimó un solo instante; y acordándome del adagio: *Quien tiene lengua á Roma va*: me hice cargo que si con lengua se va á Roma, teniéndola yo muy espedita bien podria ir á la calle del Tejemaneje.

Completamente reanimado, paré al primero que pasó y le pregunté:

—¿Caballero, tiene V. la bondad de decirme en donda está la calle del Tejemaneje?

—Con mucho gusto: me respondió:

—Se lo agradeceré en el alma.

—Sigue V. esta calle; encontrará esa plazuela que se ve ahí junto, la atraviesa: entra V. por aquella en forma de vocina, la sube toda: en su término encontrará cuatro calles: una á la derecha, dos de frente, y otra á la izquierda; esta última es la calle del Tejemaneje.

Dí las gracias al caballero, y siguiendo sus

instrucciones llegué sin ningun contratiempo á la casa del ex-ministro. Subí con la misma intrepidez que el duque de Borbon al asalto de Roma, y teniendo mejor fortuna, no perecí gloriosamente en el último peldaño de la escala, é hice sonar con mano firme la campanilla de la habitacion del ex-ministro.

Un lacayo me abrió la puerta:

—¿Está en casa el señor don Fulgencio Soto? le pregunté:

—Si señor, repuso: Puede pasar V. S. adelante.

Cruzé un pasillo; una antesala, medianamente puesta, y entré en un salon, ni deslumbrante por su lujo ni despreciable por su humildad. Ardia una buena chimenea y sobre su mármol una lámpara: una sola persona estaba sentada á su calor, y como se hallaba de espaldas, pude aproximarme con cautela y tuve lugar de examinarla antes que reparára en mí. Esta persona era un anciano de sesenta años bien cumplidos. Abundantes cabellos blancos coronaban su despejada frente; pobladas cejas sombreaban sus ojos vivos y radiantes, era su nariz aguileña, pálidos sus lábios y delgados. Su ángulo facial era semejante al del águila, señal segura de poderosa inteligencia; su estatura mas que mediana, y grueso, sin tener nada de doforme. Parecia ligeramente asoporado, y vacilé algunos minutos antes de turbar su sopor.

—Muy buenas noches, señor don Fulgencio: le dije por fin.

—Hola Palmita: respondió, despues de haberse estremecido, como quien despierta de un ensueño, y levantándose con sumo trabajo.

—No se incomode V.

—Yo le hacia todavía viajando.

—He llegado esta misma tarde.

—Le agradezco á V. doblemente esta inesperada visita. ¿Qué tenemos de novedades?

—No sé absolutamente nada. He llegado esta tarde, como he dicho, y he creido un sagrado deber hacerle mi primera visita. V. podrá darme pormenores preciosos, y para mí muy necesarios despues de una ausencia tan larga.

—¿Qué quiere V. que yo le diga? hace tiempo que estoy predicando dia y noche, en mi casa, en las comisiones y en la tribuna: he puesto mi dedo cien veces sobre la llaga del Estado: he señalado los remedios: pero los hombres que debian cerrarla desechan mis consejos, rechazan mis leales servicios, y prefieren la muerte del enfermo á que otro médico lo sane.

—Que obstinacion.

—¡Horrible, inaudita! Bien hizo V., amigo mio, en ausentarse de este malhadado pais. Todo se ha puesto en accion, todo. Viles intrigas, reprobados manejos, la difamacion, la calumnia. Hombres leales, entendidos y probos empuña-

ron con fé las ásperas riendas del estado, y antes que pudieran tantearlas cayeron de sus manos á impulsos de una miserable traicion. Mis compañeros y yo bajamos de las sillas ministeriales: las mejoras que pensábamos plantear se agostaron en flor, como las dulces esperanzas de todos los buenos patricios.

El ex-ministro se interrumpió, y yo reflexioné al instante que el mejor medio de continuar mereciendo su buena gracia seria improvisar un discurso, verdadero reflejo del suyo, ardiente, pomposo y con la dósis necesaria de cortesana adulacion.

No he sido nunca diputado, no he pertenecido jamás á sociedades ni academias, no he subido siquiera á estrados; pero me juzgaba con fuerzas para improvisar un discurso, é inmediatamente empecé:

—Ausente, señor don Fulgencio, de la corte, no he podido seguir paso á paso esas maquiavélicas intrigas, ni conocer á fondo los motivos que han dado lugar á formarlas: sin embargo, mi correspondencia y la de otros muchos amigos me hacian descubrir un horizonte cargado de nubes que presagiaban la tormenta. Cuando supe, señor don Fulgencio, que V. y sus dignísimos compañeros habian entrado á componer un gabinete, se dilató mi corazon, y esperé para nuestra patria una nueva era de ventura; pero al sa-

ber su imprevista caida se hundieron tambien mis esperanzas; viendo perdidas las ventajas que necesariamente debian proporcionar su amor al trabajo y sus especiales talentos.

Así terminé mi discurso, mereciendo la aprobacion del ex-ministro, que animado por mis palabras repuso:

—Nos han sucedido los hombres mas imbéciles del pais, y al mismo tiempo los mas osados y orgullosos. Sin carácter, sin habilidad y sin decoro han complicado la situacion de una manera lastimosa; han cometido desaciertos, que solo pueden cometer ministros que ignoran hasta los primeros rudimentos del difícil arte de gobernar. Involucrada la administracion y conculcados sus principios: desarreglada nuestra hacienda; sin concierto nuestra diplomácia; mal administrada la justicia; sin verdadera disciplina el ejército ¿qué podemos esperar de este caos? La bancarrota y la anarquía.

—La situacion es deplorable.

—No la siento por mí; soy anciano y muy pronto bajaré á la tumba: la siento porque el amor patrio arde en mi seno todavía: porque con una reina niña, bondadosa y dispuesta al bien podia labrarse la felicidad de los pueblos y labraremos su desgracia.

Cáspita, dije para mí: tenemos una reina niña. ¿Qué se han hecho Pluton, Minos y Rada-

manto? ¿Habrá acabado por ventura el imperio de estos tres jueces y estará reinando Proserpina? Tres mugeres jóvenes y bellas reinan en Europa á la par ¿el imperio de las mugeres se habrá estendido hasta el infierno? Si aquí todas son tan hermosas como Sofia y la jóven de los ojos negros, es imposible no someterse al imperio de la muger.

El ex-ministro notó mí silencio y me pregnntó:

—¿Piensa V. ejercer de nuevo el magisterio de la prensa?

—Dudo: respondí con inalterable sangre fria.

—Aconsejo á V., amigo mio, que se presente en la palestra.

—Es cosa que debo meditar.

Siguióse un momento de silencio: quedó pensativo el ex-ministro: pero sacudiendo su sopor me dijo de nuevo.

—¿Qué piensa V. hacer ahora?

—Nada, repuse; porque no sabia qué decir: y queriendo variar la conversacion añadió. ¿Qué piensa V. particularmente de don Buenaventura Perez Crespo?

—¿Del ministro de la Gobernacion?

—Del mismo.

—Que es el hombre menos aplicado y mas ignorante posible.

—¿Pero?...

No pude continuar mi pregunta, porque entró un jóven de veinte y dos años escasos, muy cortés y de buena figura, pero de modales poco sueltos. Saludó espresivamente al ex-ministro y despues me inclinó la cabeza. Don Fulgencio contestó á su saludo, y añadió, dirigiéndome la palabra:

—Presento á V. este caballerito, que se llama don Enrique Flores, y es hijo de un amigo mio.

Y dirigiéndose al jóven añadió:

—Este caballero es el entendido publicista y literato, don Nazário Palma de Jura.

—Aunque no tenia el honor de conocerle personalmente, repuso el jóven, conozco mucho sus escritos.

Yo no os conocia en verdad; mas supuesto que el jóven estaba al corriente de mis obras, debia yo ser, sin la menor duda, un aventajado escritor. Ofrecí á Flores mi amistad y casa, como en tales casos se acostumbra, y pasados los cumplimientos discutimos sobre varias materias; el ex-ministro con profundo conocimiento y admirable facilidad, y yo como un hombre que no sabe sobre qué terreno está pisando.

Esta discusion, bastante amena y de puro entretenimiento, fué interrumpida por la llegada de la esposa del ex-ministro y de otras varias señoritas, entre las cuales distinguí á la viajera de ojos negros. Me levanté al verlas llegar, pro-

curando adivinar á qué grado de intimidad me hallaba con aquellas señoras.

—Muy bien venido, señor de Palma, me dijo con bondad la esposa del ex-ministro; señora de finos modales y cincuenta y cinco años de edad. ¿Ha venido V. bueno?

—Muy bueno; ¿y V. como está?

—Medianamente. Ha hecho V. un viaje bastante largo y mucha falta en nuestra tertulia.

Estas palabras de mi señora doña Margarita, que así se llama, me hicieron creer que me hallaba en íntima amistad con todas aquellas señoritas; confirmándome en esta idea los afectuosísimos cumplidos que me dirijieron á su vez y que yo pagué con usura; valiéndome siempre de sabidos lugares comunes, para no aventurarme mucho ni quedar demasiado corto.

Lentamente fueron entrando algunos personajes graves, y todos ellos me saludaban con lisonjera cordialidad: correspondia del mismo modo, teniendo siempre la fortuna de poder nombrarlos: porque el ex-ministro tenia la, para mí deliciosa costumbre, de volverles el respetuoso saludo, dándoles sus nombres y muchas veces sus títulos de distincion. Por este medio supe que eran generales, ex-ministros, ex-consejeros ó consejeros, senadores y otras personas de cuenta. Tambien entraron varios jóvenes, escritores públicos, poetas y alguno que otro preten-

diente. Los mas de ellos me saludaron, hablándome algunos de tú, y yo procuré corresponderles con el mismo amable agasajo.

Se arreglaron mesas de tresillo; las señoritas y los jóvenes formaron un grupo algo distante de la chimenea, y quedamos al rededor de esta don Fulgencio, algunos de los respetables personajes y yo; que escuchaba con avidez noticias de tramas palaciegas, rumores de crisis, probabilidades de triunfo en las próximas elecciones y otras nuevas para mí importantes y de absoluta necesidad.

Entregado estaba á los negocios con todas las potencias de mi alma, cuando una voz dulce y arjentina, salida del grupo de los jóvenes, pronunció mi apellido: el ex-ministro se sonrió, interrumpiendo su discurso, y me dijo con su natural galantería.

—La juventud y la hermosura nos disputan la posesion de V.

—Me parece justo acudir á tan lisonjero mandato: repuse.

—Fuera una tiranía oponernos.

Dejé mi asiento, que ocupó al punto un oficial de secretaría; y me acerqué al festivo grupo que me hacia el honor de llamarme.

A cada paso que adelantaba se doblaban un tanto mis rodillas, considerando que iba á confundirme con una porcion de personas, que me

creerian muy bien enterado en pormenores pertenecientes á la historia de la reunion; pormenores, que enteramente desconocia, no sabiendo siquiera los nombres de algunas de las señoritas, ni mucho menos las relaciones que entre ellas mediaban, ni aun los que conmigo, conjunta persona del Diablo, podian haber tenido, ó lo que era mas grave, tener.

—Aquí tiene V. silla: me dijo la jóven y discreta Adelaida, hija del señor don Fulgencio; señalándome una á su lado y próxima á la viajera de ojos negros y centelleantes, á quien dieron el nombre de María.

—Doy á V. las gracias, contesté, por tan repetidos favores, que agradezco con toda mi alma.

—El señor de Flores nos ha puesto un intrincado logogrifo, que no sabemos decifrar, y es preciso que V. lo haga.

—Adelaida, me pone V. en un muy grave compromiso. ¿Si Vds. con tanto talento y acostumbradas á estos juegos de imaginacion, no logran descifrarlo, que haré yo careciendo del uno y teniendo en calma la otra?

—V. adivinaba al momento los mas intrincados logogrifos: me dijo la jóven María.

—Pero han transcurrido dos años.

—Y en dos años todo se olvida: me respondió con sequedad.

—Diga V., Flores, el logogrifo: interrumpió Adelaida.

Flores se ruborizó lijeramente, al fin mozo de pocos años, y con voz balbuciente dijo:

Quien siente tercia y primera
Y lo que siente no inspira,
Con segunda y prima espera
Triunfar, y canta ó delira.
Por el todo á tu belleza
Mi alma ardiente amor conjura:
Es claro sol de pureza,
Y sol tambien de hermosura.

—Vamos á ver si V. lo acierta, repuso Adelaida; pues de lo contrario sostendré que no se guardan en él las reglas.

—¿Es posible que V. no lo acierte? pregunté á Adelaida.

—Amigo mio, confieso paladinamente mi torpeza.

—¿Tampoco lo acierta V., María?

—Tampoco: repuso friamente.

—¿Vds. tampoco, señoritas?

—Tampoco: respondieron todas.

—Este logogrifo debia haberlo acertado al momento....

—¿Quién? preguntó Adelaida.

—María.

—¿Por qué, Palma?

—Porque es su nombre.

—Tiene V. razon: repuso Flores.

Recibí varios parabienes por mi destreza; y, averiguada la palabra, era preciso proceder al análisis del logogrifo: con asentimiento general se me comisionó para hacerlo, y queriendo pasar por agudo rayé sin duda en imprudente.

—Ya sabemos, dije, que el todo es María, nombre de esta encantadora señorita. Siente tercera y prima, Flores, ó lo que tiene lo mismo *ama*. No pudiendo inspirar su amor, recurre á segunda y primera, y *rima*, como lo vemos en el logogrifo; esperando triunfar con sus cantares y delirios. Vuelto sin duda á la razon, y acordándose de que es buen cristiano, se afinoja ante la hermosa dama, y por el todo la vírgen *María*, conjura amor; encomiando como es natural la pureza y sin par hermosura de la señora de sus amantes pensamientos. Unamos, pues, nuestras plegárias á las del entendido vate, por si logramos ablandar el emperdernido corazon de la señora que no siente.

Aplaudieron todos mi discurso y el ex-minlstro preguntó:

—¿Qué es eso, Adelaida?

—Acaba Palma de acertar un logogrifo, respondió, que no habia podido nadie descifrar, y lo ha analizado de una manera sorprendente.

—Ya saben Vds. que Palma en vez de acertar, adivina.

Mi triunfo era grande, pero no debia ser completo: se iuclinó María hácia mí, me dijo con voz breve y desgarradora:

—Es V. siempre el mismo hombre.

Continuó por algunos momentos la conversacion animada, y queriendo no menguar el efecto que acababa de producir, me despedí inmediatamente; muy satisfecho del ex-ministro y de su amable sociedad.

CAPITULO V.

POR NO PREGUNTAR EL NOMBRE.

Hermosa Sofia: acabo de llegar y, en cumplimiento de mi palabra, tomo la pluma para decirla que estoy alojado en la calle de las Terrazas, número 9, cuarto principal. En él espera recibir sus órdenes su apasionado servidor, q. b. s. p.

Nazario Palma de Jura.

En estos términos escribia yo, á las doce de la mañana del dia siguiente al de mi llegada, despues del almuerzo: cerré la carta con lácre verde, puse el sobre y la dí á un criado para que la echara en el buzon. Esta carta iba dirigida a Sofia Amaranto; y en ella empezaba mintiendo,

como todo amante cuando se dirige á su amada.

Terminado el corto billete, tomé uno de los varios periódicos que acababa de entrarme el criado, y en su última plana leí:

«Ayer tarde llegó á esta córta don Nazario Pal»ma de Jura, distinguido publicista. Todos sus »numerosos amigos se felicitan de su vuelta.»

Así se esplicaba El Rey de Armas, diario ministerial, segun deduje de sus artículos de fondo. Recorrí en seguida El Infernal, periódico de la oposicion; y á renglon seguido de la parte oficial leí:

«Ayer tarde llegó á esta córte el distinguido »publicista y nuestro antiguo colaborador, don »Nazario Palma de Jura. Hemos tenido el gusto »de hablarle, y casi podemos asegurar que to»mará parte en la redaccion de este diario.»

Esto vá picando en historia, murmuré: no se contentan con decir una porcion de falsedades, sino que llevan la imprudencia hasta el estremo de asegurar que han hablado conmigo, y que tomaré parte en la redacion de su periódico. Pero se calmó mi indignacion reflexionando, que mi homónimo podria haber hecho cuanto los periódicos decian.

Leí otros diarios, y en la mayor parte ví mi nombre, pero tuve el gusto de leerlo sin circunstancias agravantes y con inmerecidos elogios.

Por la polémica de los diarios conocí, que la

situacion, como me hacia dicho don Bruno, estaba complicada: supe que yo habia sido periodista, y me puse un tanto al corriente de asuntos que mucho me importaba saber. A la una y media seguia leyendo, pero me interrumpió la llegada de mi amable huéspeda, que me dijo con gran misterio:

—Una señora pregunta por V.

Recordaba aun que dos horas antes habia escrito á Sofia, y me persuadí que una feliz casualidad habia puesto mi carta en sus manos, y que se apresuraba á visitarme, tan enamorada como yo.

—Que pase adelante: respondí.

Salió la huéspeda y yo en pos de ella, para recibir en la sala con mas comodidad y decencia á la hermosa viajera, que tan fácilmente habia subyugado mi espíritu. Aceleramente salí; mas no tan pronto, que no se presentara al mismo tiempo, por la puerta de comunicacion esterior, la dama que me acababan de anunciar.

Vestia un traje de gró de Nápoles tornasolado, un gran pañolon de cachemira, y un velo, que cubria su rostro, y que mis ojos deseaban en vano penetrar. A primera vista conocí que la misteriosa tapada no era Sofia; pues esta era de elevada estatura, y aquella apenas llegaba á mediana. Sin embargo, sus movimientos estaban llenos de dignidad, y su pequeña mano, calzada con estrecho guante amarillo, manifestaba á gran

distancia que no se habia empleado un solo dia en penosas ó rudas tareas.

Cerró la puerta despues de entrar y muellemente se sentó en el sofá, sin esperar á que la invitase. No sabiendo á quién recibia, quedé confuso y admirado, hasta punto de no sentarme ni pronunciar una palabra.

—¿No me ha conocido V. aun? me dijo la dama con voz breve.

—Juro á V. señora, murmuré, que á través de su tupido velo jamás lograré distinguir sus encantadoras facciones.

—¿Y á través de mi tupido velo, como sabe V, que mis facciones son encantadoras.

—Presumo.....

—¿Presume V. que una muger tapada debe ocultar un rostro hermoso?

--Creo....

—¿Cree vd. que el amor solamente puede obligar á una muger á presentarse de este modo, y que la muger que tal hace debe llevar el perdon de su falta en el brillo de su hermosura?

—Señora....

—Yo no deberia descubrirme, despues de lo que acabo de oir; pero quiero que juzgue vd. si he perdido mucho en el transcurso de dos años.

La dama se levantó el velo, con un ademan tan altivo que me hizo retroceder algunos pasos, y ví uno de aquellos rostros inesplicables, cuya

seduccion se percibe, cuyos encantos es imposible definir.

¿Qué edad tiene esta dama? La ignoro. Bien puede tener treinta años, treinta y cinco, quizás cuarenta. ¿Es una de aquellas mugeres cuya vejez anticipada manifiesta el frecuente abuso de una esquisita sensibilidad? ¿Es, por ventura, una de aquellas cuyo cuerpo jamás envejece, porque el alma insensible y fria dormita en contínuo sopor? No sé responderme. Sus ojos negros, rasgados y espresivos, están rodeados de un ligero círculo azul: su frente ha perdido una parte de su trasparente tersura: no tienen sus lábios la frescura de la rosa de los jardines ni de las amapolas silvestres: pero en cambio su nariz conserva una correccion admirable; cubre sus megillas un delicioso sonrosado; flotan sus cabellos de azabache en perfumados y sedosos rizos, y el esmalte de su dentadura brilla como la concha de la perla al abrir su seno virginal.

Largo tiempo nos contemplamos, como dos tiradores de esgrima que procuran mútuamente fascinarse antes de mover los aceros; ella con la intrépida arrogancia de una muger fiera y ofendida, yo con la humillante inquietud de un hombre que desconoce el adversario con quien debe trabar la lid.

Mi turbacion era á sus ojos claro indicio de un negro crímen; leia en lo incierto de mis mi-

radas y en la palidez de mi rostro cien y cien mudas declaraciones de una culpa tan imaginaria como mi inocencia efectiva; y creia firmemente que mi delito era la causa de tan dolorosa humillacion.

Pasados algunos minutos, sus músculos se contrageron, vagó en sus lábios una sonrisa fria é histérica, y me preguntó con tono breve:

—¿Me ha conocido V. ya, Nazario?

—Señora..... tartamudeé.

—No huya V. de mí, replicó: este sofá tiene mas de un asiento y puede vd. sentarse á mi lado.

Obedecí maquinalmente; la dama, en un movimiento de impaciencia, colocó su pié sobre una banqueta de damasco; y pude notar la perfeccion de aquel pié encerrado en una hotita tan pequeña, que hubiera podido servir para una niña de diez años.

Yo soy hombre muy estremado y me pierdo por los estremos: un pié y una mano diminutas no constituyen una hermosura, pero son á ella lo que á los cabellos una flor y á la flor unas hojas verdes. Dirigia sin querer mis miradas de la mano al pié, del pié á la mano, y maldecia mil y mil veces mi impremeditado viaje.

—¿Está V. mudo, amigo mio? preguntó la dama con sarcasmo.

Mi desesperada situacion iba agriándome po-

co y deseaba ya salir de ella, costárame lo que me costara: sin embargo, miré el lindo pié y contesté con un suspiro.

Mi pantomima, aunque en estremo sentimental, no debió agradar á la dama; pues me dijo con tono brusco:

—A las doce he leido en el REY DE ARMAS que habia vd. llegado á esta corte: á la una y media he venido á verle; juzgue si tendré necesidad de recibir esplicaciones.

Yo no sé si la situacion era muy embrollada de suyo, ó si perturbada mi inteligencia encontraba profundos misterios en lo que en otro menos obcecado hubiera hallado claridad: pero lo que sí puedo decir es, que á cada pregunta mas me perdia en tan intrincado laberinto.

¡Qué limitada es la inteligencia del hombre! Yo, que con tan singular destreza y aplomo tan poco comun habia conseguido el dia anterior saber la historia de mi ceremoniosa huéspeda: yo, que impávido habia recorrido con el inteligente ex-ministro la áspera senda de la política sin tropezar una sola vez: yo, que habia hablado de la literatura infernal, como hubiera podido hacerlo de la de mi propio pais, sin que me cogieran en un renuncio: yo, que habia tendido mi diestra á veinte hombres desconocidos, con admirable sangre fria y sin equivocar los nombres: yo que habia acertado un logogrifo inesplicable para los

demas; yo, que habia turbado, sin saber cómo, la tranquilidad de una muger y merecido tantos aplausos, iba á perder por pura torpeza la posesion de un pié tan lindo y de una mano, que la misma Venus de Médicis pudiera con razon envidiar.

Todas estas consideraciones se agolparon á mi cerebro, y ofuscado con todas ellas respondí en tono destemplado:

—Señora, puede V. empezar á esplicarse, cuando lo tenga por conveniente.

—¿Qué dice vd?

—Digo, señora, que para no perder el tiempo puede V. empezar á esplicarse, cuando lo tenga por conveniente.

—¿Está V. loco?

—No señora.

—Esas palabras....

—Indican un medio de que lleguemos pronto al fin.

—¿Y V. me dice?....

—Sí, señora.

—No puedo creer....

—Hará V. mal.

—¿Esas réplicas?....

—Son naturales...

—¿Esa conducta?

—Está fundada en muy poderosas razones.

—Esplíquese V., caballero.

—Creo mas oportuno el callar.

—¿Por qué motivos?

—Los motivos V. los sabe.

—¿Yo sé los motivos?

—Sí, señora.

—Esto es horrible, caballero: vd. abusa infamemente de su posicion: vd. no respeta á una señora: vd. se degrada degradándome.

Durante el anterior diálogo habia ido perdiendo la dama su espresion altiva ó sarcástica, y al pronunciar las últimas palabras parecia triste y confundida. Yo ví sus ojos humedecidos, miré su mano, su pié tentador, me enternecí y tuve que hacer un esfuerzo para no postrarme á sus pies. ¿Pero cómo podria consolarla? Declararla el misterio de mi posicion hubiera sido una imperdonable ligereza; y ademas hubiera creido mi declaracion una mentira, y, lo que era peor, un insulto. Aparté los ojos del pié y repuse con voz mas afable:

—Señora, hay secretos que matan pero que no pueden decirse; el mio pertenece á este número y no añadiré una pelabra.

La dama me miró admirada, y leyó sin duda en mi semblante, si no la verdad de mis palabras la sinceridad de mi angustia, pues me respondió con voz dulce:

—Nazario, despues de dos años de separacion es muy triste encontrarse de esta manera.

—Ha dicho V. bien, es muy triste.

—Una palabra sobre lo pasado; una palabra que me haga poner siquiera en duda la mas palpable realidad, y será un cielo el porvenir.

Cogí la mano de la dama, y despues de besar con entusiasmo la cabretilla de su guante, dije balbuciendo:

—Esa palabra no puede salir de mis lábios.

—Hace vd. bien en no mentir: dijo la dama levantándose y recobrando la altivez, que habia perdido por momentos. He sido una loca y ahora recibo el galardon de mi locura: desprecieme V. hoy, si le place, porque será tarde mañana.

—Señora.... repuse levantándome.

—Hemos perdido mucho tiempo, como vd. mismo ha manifestado, y debemos por tanto acabar. Brindé con la paz, porque á mi alma repugnaba empezar la guerra; se han roto las hostilidades y solo acabará esta lucha con la muerte de uno de los dos.

—Señora, yo no he pretendido....

—Basta, Nazario; basta, basta. Ha tenido vd. hasta este momento un valor bastante cruel: no trate vd. de convencerme, porque solo creeré que cede al temor de mis amenazas.

Estas palabras irritaron mucho mi amor propio, y respondí con altivez:

—Nada mas tengo que añadir.

—Adios, Nazario: guerra á muerte.

—Sea: repuse con arrogancia.

La dama se cubrió con su velo, abrió la puerta y salió de la estancia con paso firme y cerviz altiva: al salir se enredó el ruedo de su falda en la esquina de una banqueta, y por última vez admiré su pié pequeño y delicado: su pié fatal y tentador.

Con su ausencia desapareció la escitacion febril que me habia animado hasta entonces: me dejé caer en una butaca, apoyé los codos en mis rodillas y sobre mis manos la cabeza; consideré bajo todas sus faces lo que acababa de sucederme, y con honda desesperacion esclamé:

¡Yo tengo la culpa, yo la tengo! ¿Por qué no pregunté á la huéspeda el nombre de la que me ha buscado?

Me di una palmada en la frente, no de aquellas que indican haber concebido una buena idea sino de las que manifiestan desesperacion ó disgusto, y añadí:

¡Qué pié, qué mano; qué pié, qué mano: estoy seguro que no hallaré otros semejantes en todos los dominios del diablo!

No sé cuántas esclamaciones hubiera hecho sobre el mismo tema, á no presentarse mi huéspeda, diciendo:

—Señor don Nazário, un caballero busca á vd.

—¿Cómo se llama? pregunté.

—No ha dicho su nombre.

—Siempre que vengan á buscarme infórmese vd. de quién me busca.

—Está muy bien. ¿Y ahora pregunto?...

—Sí, señora.

Salió al momento doña Tomasa, y despues oí en el corredor una voz de hombre que decia:

—Soy Camilo Perez de Silva, director del periódico EL INFERNAL.

—Adelante: dije al momento, muy complacido de haber recibido noticias, que juntas á las que habia leido en el diario, me ponian en situacion de no representar un papel tan ridículo y desgraciado como el que habia hecho poco antes.

Empujó Camilo la puerta, y como yo salia á recibirle nos encontramos enmedio de la habitacion. Me abrazó con cordial franqueza, preguntándome:

—¿Cómo estas, Nazario? ¿has descansado?

—Sí, Camilo.

—Has hecho un magnífico viaje: España, Portugal, Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Prusia, Italia, y qué sé yo qué mas. Has hecho un magnífico viaje.

—Así, así.

—¡Nazario, qué falta nos has hecho!

—¿De veras?

—¡Gravísima!

—Lo siento mucho.

—Pero hablemos de lo que importa. Conveni-

mos ayer, como sabes, en que te encargarias de nuevo de la direccion del periódico, en union conmígo. Ahora bien, ayer no hablamos una palabra de intereses, que es un punto muy sustancial.

—Entre nosotros no lo es tanto.

—Aunque tú puedes disponer de mi bolsillo, y yo del tuyo, cuentas claras conservan amistad. El periódico continúa en el mismo estado que lo dejaste: tiene igual número de suscricciones y paga los mismos honorarios: por lo tanto percibirás tus tres mil reales mensuales.

—Ya te dije que el punto sustancial no podia serlo entre nosotros.

—¿Estamos conformes?

—Conformes: pero pongo una condicion.

—¿Cuál es?

—Que me has de dejar quince dias para descansar y lo que se llama tomar la tierra.

—Concedido: pero desde mañana empezarás á gozar el sueldo.

—No puedo permitir....

—Nazario, dejémonos de gazmoñerías.

—Haré lo que quieras.

—¿Tienes hoy alguna ocupacion?

—Ninguna.

—Pues vístete: tocaremos en la redaccion, bajaremos despues al paseo, comeremos juntos y nos iremos al teatro.

—Un dia completo de amistad.

—Un dia completo. Pero Nazario, vístete pronto, que son las tres.

—Voy al instante.

La venida del redactor recompensaba en cierto modo el mal rato que acababa de darme la dama del pequeño pié; y tenia una grande importancia bajo el aspecto mercantil. No sabiendo adonde me llevaban, reuní cuanto metálico tenia; pero no pasaba por desgracia de quinientos duros en oro. Esta cantidad, siempre pequeña, apenas podia durar un par de meses, si continuaba con el boato que habia empezado á usar, y acabada tendria que sufrir en el infierno una eterna condenacion.

Satisfecho de mi buena fortuna, corrí al gabinete, me vestí en cinco minutos lo mas; y tomando el brazo de mi amigo, salí de casa, en cuya puerta nos esperaba la carretela de Camilo.

CAPITULO VI.

LA REDACCION Y EL PASEO.

Entramos en la carretela de mi amigo Perez de Silva: dió al cochero la órden de llevarnos á la redaccion, y en tanto que á ella nos conduce, bosquejaré á grandes pinceladas el retrato del que debia ser muy en breve mi compañero y antes habia sido el amigo del otro yo, que alternativamente me proporcionaba muy buenos y muy malos ratos.

Camilo contará apenas treinta años, exactamente mi misma edad: es alto, delgado, bien hecho; sus cabellos negros y largos, sus ojos vivos, y sus facciones, sin ser bellas, de una regular proporcion. A un físico algo mas que mediano reune otras brillantes cualidades: se espresa con

facilidad, discurre bien, y en sus réplicas prontas y brillantes sobresalen la imaginacion y el gracejo. Es como escritor muy temible, y como hombre bajo mil aspectos apreciable.

Dos solas calles atravesamos en amena conversacion; paróse, al fin de la segunda, el carruaje, descendimos de él delante de una casa de bastante buena apariencia, y sobre su puerta leí:

EL INFERNAL.

—Ya estamos en la redaccion, dije á Camilo sonriéndome y apoderándome de su brazo, para disimular mi ignorancia.

—Daremos por ella una vuelta; me contestó, y nos marcharemos al paseo.

Sin mas esplicaciones entramos en un ancho y claro zaguan, subimos una magnífica escalera; llegamos al cuarto principal; el portero nos recibió de pié y haciéndonos mil cortesías; entramos en una antesala; desde ella descubrí el salon y en lontananza un primoroso gabinete.

El amueblado de la antesala se reducia á unos cuantos bancos de nogal; el salon estaba rodeado de varios estantes de caoba; en su centro se veia una larga mesa con tapete de paño verde y cubierta de toda clase de periódicos, y en los cuatro estremos de la estancia cuatro bufetes de escritorio.

A mi entrada dejaron todos los redactores su trabajo; saludándome con mas ó menos confianza, segun las antiguas relaciones que entre ellos y yo debian mediar.

Pasados estos cumplimientos, entramos en el gabinete Perez de Silva y yo, y tuve lugar de admirar su esquisito lujo, en cuadros, espejos y demas muebles de subido precio y elegancia.

Nos sentamos en dos sillones, dejando la mesa entre los dos; Camilo pidió algunas cartas, escritas por los corresponsales estrangeros, y leyêndolas supe que las tres potencias del norte habian convenido en borrar á Cracovia de la lista de los estados independientes, agregándola al Austria; que la Inglaterra veia con paciencia, si no era cómplice, la violacion de los tratados, y que la Francia, aturdida ella misma del golpe que acababa de dar, acompañaba en coro al triunfador, ó repetia el papel que hizo en la desmembracion de la Polonia. Supe tambien que aumentaba la Rusia su prepotencia en el Cáucaso y en la Moldavia y Valaquia: que se agitaban con nuevo ardor en Prusia las cuestiones políticas y religiosas; mientras la Francia, puesta en jaque, doquiera que volvia los ojos encontraba la faz adusta de un enemigo ó de un rival. Goteando sangre ví la llaga de la reina del occéano: oí los gritos de los irlandeses que piden PAN; que braman al ver opulentos á los ministros del culto anglicano,

y miserab'es á los del católico, que profesan; y que como remedio á tantos males, piden á gritos REVOCACION, REVOCACION.

Leí con admiracion y júbilo la correspondencia de Roma, y veneré los altos juicios del altísimo, que en el siglo de los progresos intelectuales y materiales ha dado á su iglesia un pastor bastante ilustrado para predicar con su ejemplo un evangelio de mansedumbre y caridad; y á Roma un rey que impulse con mano vigorosa la nave del estado hácia un puerto de prosperidad y ventura.

Ví tambien la llamada revolucion del pueblo lusitano, que de estacionario se vá convirtiendo en retrógada: ví la España, nacion exencional, bendecida por la Providencia y maldecida por los hombres: nacion..... mas dejemos la España para ocuparnos del Infierno.

Pidió Camilo la correspondencia interior, y al leerla se aumentaron mis lástimas. ¡Qué pais el Infierno, qué pais! Se quejaban en una provincia de que el capitan general reasumía las atribuciones de todas las autoridades. Apremiaba como intendente; disponia de la parte administrativa y civil como gefe político; daba decretos como rey; usurpaba las atribuciones de los poderes legislativos; y hasta la administracion de justicia se encontraba bajo su férula. Engreido con su tiranía, no daba cumplimiento á las órde-

nes del gobierno, y era á este lo que fuê un tiempo, no distante, Mahomed Alí, bajá de Egipto, al Gran Señor.

Aun no pasada la impresion que naturalmente producian estas quejas, llegaban otras tan tristes y aun mas alarmantes. Deposiciones de autoridades que no habian querido traspasar el circulo de sus deberes; gracias á otras, que como medio de gobierno usaban los destierros y las prisiones: la palabra *ley* escarnecida, la voz *justicia* profanada.....

—¿En dónde estamos, en dónde estamos? pregunté con la indignacion de un hombre honrado, que solo concibe la violencia en una cruel tribu de cafres.

—En el Infierno, me respondió Perez de Silva.

—Tienes razon, en el infierno. ¿Y es posible que pueda un pais, gobernado de esta manera, conservar su existencia social por mucho tiempo?

—No lo sé; pero sí puedo asegurarte, y lo sabes lo mismo que yo, que llevamos bastantes años de desórden, y que existimos todavía.

—Es verdad.

—¿Sabes lo que creo, Nazario? que esta nacion como el Judío Errante, está condenada á no morir.

—Bien puede ser, bien puede ser.

—Pero basta ya de negocios: van á dar las cuatro y debemos irnos al paseo.

—Sí, Camilo; vamos al paseo. He perdido tanto la costumbre de dedicarme á los negocios, que esta corta tarea me ha puesto de mal humor.

—Ya te acostumbrarás, amigo mio; aunque sabrás cosas que te erizarán los cabellos.

Dejamos nuestro gabinete: dió algunas órdenes Camilo, como gefe de aquella pequeña república; salimos despues de recibir los mismos saludos del portero; montamos en la carretela, y nos dirigimos á la Floresta, principal paseo de la coronada Dramalla.

El aire libre me hizo bien; mis pulmones se dilataron; mi sangre niveló su curso, y mi espíritu sacudió la losa que lo agoviaba y oprimía.

Habiamos llegado á la Floresta; los últimos rayos del sol poniente doraban las copas de los añosos árboles, despojadas casi enteramente de sus hojas y su verdor: se cruzaban cien y cien carruajes en un arrecife cenagoso, y la gente de á pié paseaba junto á las verjas de un jardin.

Ibamos en carretela abierta, y por lo tanto en posicion de verlo todo y de ser perfectamente vistos. No conocia á nadie, y sin embargo me saludaban un gran número de personas, como á un amigo que aparece despues de prolongada ausencia: para ellas era yo un pasado, un presente y un porvenir; para mí aquella muchedumbre no tenia significado alguno; eran una porcion de figuras moviéndose á través de una linterna má-

gica. Queria saber y no me atrevia á preguntar mi situacion era deplorable.

La carretela del ex-ministro se cruzó con nuestra carretela, y D. Fulgencio y yo cambiamos un cortés y cordial saludo.

—¿Has vísitado al ex-ministro? me preguntó Camilo.

—Sí: le respondí, lleno de júbilo por poder hablar una vez con conocimiento de causa.

—¿Y qué te ha dicho?

—Ha deplorado amargamente la conducta de los gobernantes.

—Porque le arrojaron de su silla.

—No negaré que es ambicioso; pero justifica su ambicion un indisputable talento y una instruccion poco comun.

—No niego su capacidad, pero es dudosa su pureza; y ha probado mas de una vez que se doblega su energía, poniéndola á prueba de oro.

—Quizás le calumnian.

Camilo clavó en mí su mirada fija y penetrante, y despues me dijo sonriéndose de una manera bastante equívoca:

—Veo que has traido de tus viajes una singular candidez.

Me picó un tanto la respuesta de Perez de Silva, y ví con dolor que defendiendo á un hombre habia hecho dudar de mi lealtad. Manifesté

mi resentimiento con una mirada, y Camilo se apresuró á decirme:

—No ha sido mi ánimo ofenderte.

Satisfecho con esta escusa, aproveché la oportunidad para disminuir mi ignorancia, y dije á mi amigo:

—No debes estrañar que juzgue con poco acierto á las personas, pues en mis dos años de viaje he perdido enteramente la brújula, y por eso he pedido quince dias de plazo para dedicarme sériamente á las periodísticas tareas. En el trascurso de estos dias quiero obrar, Camilo, con absoluta independencia, estudiar á fondo las cuestiones; formar mi opinion, y presentarme en la palestra con la conviccion íntima de que defiendo el buen derecho. Antes de salir de mi casa convine en ser director del Infernal, ahora pido quince dias para decidir si debo serlo.

—Mis palabras te han ofendido: repuso Camilo con amargura verdadera.

—Te juro que no; pero sí me han hecho conocer toda la importancia de los compromisos políticos.

—Espero que nuestra amistad.....

—No padecerá, te lo aseguro. Pero como no soy aun director del diario, te ruego que no me señales el sueldo hasta que tome posesion.

—¿Nazario?

—Ni una palabra mas, Camilo, y ocupémonos

de otra cosa. ¿Sabes que enteramente desconozco la mayor parte de estos trenes y que necesito un *cicerone*?

—No es estraño que así te suceda: muchos pertenecen á familias que andaban á pié cuando marchaste, otros son nuevos; porque en nuestra época un carruaje dura poco mas que un sombrero y los heredados se queman ó sirven para dias de lluvia.

—¿Con que hay tanto cambio?

—Ya lo creo. Las jugadas de bolsa y las sociedades, cuyas acciones se nogocian como la deuda del estado, han causado un gran desnivel en las fortunas. Honrados padres de familia yacen en la mas espantosa miseria, ó han sucumbido bajo el peso de su desgracia; banqueros levantan palacios, y con su brillo casi eclipsan el de la nieta de cien reyes.

—Me atemorizo con tus palabras, y desde este instante te suplico que me sirvas de *cicerone*.

—Empiezo, pues, á desempeñar mi nuevo oficio. ¿Ves esa carretela azul, tirada por dos yeguas tordas?

—La veo.

—En ella vienen la esposa y suegra de un hombre, no sé como calificarle, cuya fortuna es un misterio, y que sin embargo hace ruido con su fortuna. En el trascurso de dos años se le ha visto rico, arruinado y rico otra vez; merced á

un juego de cubiletes que yo no te puedo descifrar. Esas dos damas han dado tambien en el transcurso de los dos años varios ruidos; y un ruido tan grande, tan grande..... Pero toquemos muy por encima estas materias que son de suyo delicadas. ¿Ves aquella otra carretela, tirada por dos elefantes de distinto color?

—La veo.

—En ella viene Toribio Ruiz.

—Ya le conozco.

—Cinco años hace no tenia sobre qué caerse muerto: se fué adquiriendo, como sabes, una posicion periodística; vendió despues á su bienhechor; entró en intrigas por su cuenta; se vendió á tiempo; volvió á venderse, y ahí le ves con carruajes propios, magnífica casa, posicion y esperanzas de ser ministro.

—¡Déjalo pasar, esclamé. Me parece que estoy.....

—¿En dónde?

—En el Infierno.

—Es verdad que solamente aquí suceden cosas semejantes.

—Prosigue, prosigue, Camilo.

—Allí vienen Castor y Polus, Theseo y Pirito, Aquiles y Pactoclo, Eurialo y Nizo....

—¿Adónde vas con tantos personajes mitológicos, homerios, pindarcos y virgilícos?

—Iba á decirte que allí vienen los hijos de Le-

da, los dos ministros coexistentes, uniespíritus, y qué se yo que mas decirte: D. Alejo Astorga y D. Buenaventura Perez Crespo.

—¿Por dónde vienen?

—Velos allí: Perez Crespo el de la izquierda y el de la derecha D. Alejo.

—Qué feliz encuentro; ya conozco á D. Buenaventura Perez Crespo, dije para mí, y añadí despues en voz alta. Prosigue, Camilo, prosigue.

Camilo no se hizo rogar, y pasó revista, con una rapidez y precision que hacia mucho honor á su ingénio, á duquesas viejas, marquesas jóvenes, generales mozos y ancianos, generalas madres é hijas, títulos tronados, capitalistas opulentos, senadores camaleones, consejeros y magistrados de los supremos tribunales; haciéndome en pocas palabras sus interesantes biografías, y presentándome sus retratos, parecidos como los de Goya, y punzantes como sus caprichos.

Terminaba su galería, cuando ví pasar á todo escape una berlina verde, y en ella á la desconocida dama del pequeño pie, cuya borrascosa visita habia recibido horas antes.

—¿De quién es aquella berlina? preguntó á Camilo con afan.

—¿Cuál? me respondió.

—Aquella: la verde.

—No la descubro.

Otros carruajes se interpusieron entre la berlina y nosotros, y me fué imposible averiguar quién era aquella hada maléfica que habia jurado mi esterminio.

—Soy de opinion, dije á Camilo, de que paseemos un poco á pie.

—Opino como tú, Nazario. Ya hemos respirado esta atmósfera enteramente aristocrática y bursátil, respiraremos otra compuesta de mas variados elementos.

La accion se siguió á la palabra: encendimos nuestros sendos cigarros, porque dá tono en la Floresta el ir fumando un buen habano; y cojidos del brazo empezamos á recorrer la estrecha calle, llevando algunos pisotones y correspondiendo á codazos.

—Adios, Nazario Palma, adios: me decian al paso cien personas enteramente desconocidas: añadiendo las mas obsequiosas «me alegro de ver á V. bueno» y deteniéndome las mas pesadas para hacerme largos cumplidos.

Los saludos mas enojosos tenian para mí una ventaja, y era ir aprendiendo muchos nombres y conociendo á muchas personas, que de otro modo me hubieran presentado diariamente cien enfadosos compromisos.

Perez de Silva, continuando en su papel de *cicerone*, me contaba algunas anedoctas mas ó me-

nos entretenidas. Ya me hablaba de una muger, cuyo marido hacia viajes por comision de quien le soplaba la dama: ya de un marido que no se metia á averiguar de donde procedia el boato de su casta esposa: ya de un jóven sentimental, que hacia la córte á un medio siglo; y ya de una jóven romántica, que con dulces ojos miraba á un mayorazgo sesenton.

Caminabamos en silencio, y oí decir á dos jóvenes de veinte años, que iban delante.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro.

—¿La marquesa ha citado esta noche á Enrique Flores?

—Le ha citado.

—¿Sabes á qué hora?

—No lo sé.

—Es estraño cuando ayer llegó...

Volvió en esto el jóven la cabeza; calló de repente; apresuró el paso, y dijo al al oido de su amigo unas palabra que me fué imposible comprender.

—Vámonos á comer, Nazario: me dijo Camilo al mismo tiempo.

—Vámonos: repuse, pesaroso de no haber oido completamente la conversacion de los jóvenes.

Nos dirijiremos á la carretela, y teniendo el pie en el estribo, ví rodar la berlina verde con la misma rapidez que antes.

CAPITULO VII.

LOS TRES ENCUENTROS.

Chateaumargó, Lacrima Cristi, Madera, Rhin, Jerez, gritaban varios bebedores á un tiempo en la fonda de Leví Drasié; haciendo resonar sus voces en una sala iluminada, con mas profusion que buen gusto, y al rededor de una gran mesa, en tanto que Camilo y yo comiamos reposadamente en un gabinete inmediato. Su algazara nos entretenia, como se entretienen los niños con el ruido de las sonajas, y estudiábamos los semblantes de los que alcanzábamos á ver, con toda la atencion de un frenológo, loco perdido por su ciencia.

Volcanizados los cerebros con los vapores de aquellos vinos, que pedian fuera de sazon y que

habian saboreado en abundancia, segun los manjares reclaman; hablaban todos á la vez, confundian las conversaciones, y golpeaban á compás la mesa con los vasos y los cuchillos.

Política, asuntos domésticos, lances amorosos y chismes se referian y comentaban sin miramiento ni pudor: quitándose todos la palabra, y burlándose de los mas débiles, que balbuceando disputaban ó cerraban los hinchados ojos reclinándose sobre el mantel.

—Cuando yo suba á la poltrona, decia un hombrecillo de cuatro pies y seis pulgadas, de ancha frente y raros cabellos; cuando yo suba á la poltrona, verán VV. un ministro cons....cons.... ti...ti...tuci...onal.

—¿Te se atragan...ganta la pa...labra? le respondia otro, preguntando con un acento picaresco, que lo picaresco y lo borracho se encuentran juntos muchas veces.

—La palabra cons....ti...ti...tucion es una palabra peliaguda: decia el primer interlocutor, confirmando con su tartamudeo la sospecha del interpelante.

—Mi mu...ger, gritaba un tercero, es... una mu...ger....

—Ya lo sa...bemos: repondia un cuarto.

—Pe...ro u...n...a...m...u...g...e....e inclinándose sobre la mesa se quedó dormido como un tronco.

—Te aseguro que... la mar...quesa ha... trona...do con... decia el quinto.

—¿Con quién? le preguntaba un sesto que se esplicaba sin vacilar.

—Con... Na...

—¿Te quedaste dormido?

—Yo... yo... dormir...me... En... Roma es... tá el Pa... pa.

—¿Qué tenemos que ver con Roma?

—El concordato: el... con...cor...da....dato.

—Haz tú concordato con el sueño.

—Aquí está el periódico, señores, decia una voz firme y sonora y este es el párrafo en cuestion. Dice asi: «Ayer tarde llegó á esta córte el »distinguido publicista y antiguo director de »este periódico, don Nazario Palma de Jura. Hemos tenido el gusto de hablarle, y casi podemos asegurar que tomará parte en la redaccion de este diario.»

—¿Y qué quiere V. decir con eso? preguntó otra voz mas vinosa, y para mí un tanto conocida.

—Quiero decir, que Palma de Jura es de los nuestros.

—No tengo en él gran confianza.

—¿Y en qué se funda V?

—Me fundo, en que no combate el gobierno su candidatura.

—No la combate, porque lo cree ausente todavía.

—Palma de Jura....

—¿Qué?

—Es un ambicioso.

Este ataque era muy directo, y quise conocer al hombre que de tal modo proclamaba mi desmesurada ambicion. Persuadido que con el calor de los licores y la disputa no fijarian en mi la atencion, me asomé á la puerta del gabinete, y reconocí en mi detractor al bilioso D. Tadeo, con quien habia comido dos dias antes en mesa redonda.

Retrocedí con precaucion y prosiguieron ambos la disputa, pero como en aquella baraunda no se acababan las cuestiones, quedó la mia sin resolver. Terminada nuestra comida nos retiramos tranquilamente, y conté á Camilo el por qué me trataba tan mal don Tadeo.

Desde la fonda nos dirigimos, á propuesta de Perez de Silva, al café de la Disputa; en el que debiamos encontrar varios amigos, periodistas y literatos. Despedimos la carretela en la misma puerta de la fonda y á pie llegamos al café. Encontré en él á algunas personas, que habia saludado en la sociedad del ex-ministro; á otras muchas, que me habian hablado en la Floresta; y á algunas mas, que no conocia, pero á quienes, como acostumbrado al difícil papel que me era fuerza representar, recibí con particular agasajo.

No es el café de la Disputa muy elegante, na-

da elegante, ni medianamente decente. Es una especie de taberna, alumbrada con la luz necesaria para que se conozcan los amigos si no se encuentran á distancia; adornada con unas mesas protectoras natas de los sastres; pues la manga de frac ó levita que las toca momentáneamente pierde al instante el privilegio de poder presentarse en público. Las sillas, sus hermanas gemelas, no atacan menos á los pantalones, faldones y espaldas, pero en cambio son las bebidas lo mas delicado y mas limpio que puede el hombre imaginar.

El ciudadano, ó no ciudadano, pues esta cualidad poco importa, que ha comido bien, se entiende, mucho, debe dirigirse sin tardanza al gran café de la Disputa; y le servirán, despues de pedirlo varias veces, una taza de agua de acelgas ó de castañas, que en esto varian los autores, con el nombre de café de Moka: si sufre dolores de estómago ó vientre le presentarán agua de albahaca en vez de té perla: y si necesita refresco ó pide sorbete por sus culpas, quédará curado de estos vicios, resultándole á fin de año una regular economía.

Muy rara vez planta femenil pisa su enlodado pavimento; la que una vez, por desgracia, traspasó su dintel huye al punto; y despues se retira aterrada cual si lo guardara Cancerbero.

Cuentan sus anales, y antiguos son y minu-

ciosos, que solo han entrado en él tres hermosas: una el año de 1814, cuando abdicó Napoleon: otra en 1823, cuando sucedió lo que Dios quiso; y diez años despues la tercera, para anunciar la muerte de un rey que debia causar otras muchas. Desde el año de 33 no ha vuelto á entrar ninguna hermosa, y todos temen á la cuarta; pues una tradicion conservada con reverencial temor augura, que precederá al fin del mundo.

Entre tantos inconvenientes tiene este café sus ventajas. En primer lugar sus paredes acostumbran á oir y callar, circunstancia que en nuestra época no debe perderse de vista: en segundo, está situado en un paraje bastante céntrico; y en tercero, cuantos á él concurren se conocen, se hablan, y por lo tanto tiene un desocupado la certeza de encontrar buena sociedad y entretenida conversacion.

Nos colocamos los mas íntimos al rededor de una súcia mesa, pues limpia no es dado encontrarla; y, por rara casualidad, nuestra conversacion rodó sobre la literatura del pais. Yo, que habia vivido hasta entonces con tan equivocadas ideas respeto al Infierno, no sabia de ella una palabra, y me contenté con oir. Aprendí los nombres de los mas célebres literatos antiguos y modernos, y supe que eran pobremente recompensados.

—No hay que devanarse los sexos, dijo Camilo, la principal causa de su decadencia consiste en el prurito de traducir cuanto se publica en el estrangero y muy particularmente en Francia. Anuncia el Constitucional de París ó el Diario de los Debates una novela de Eugenio Sué ó Alejandro Dumas: novela que no ha escrito el autor y que debe empezar á publicarse despues de seis meses: estos periódicos, en cuyos folletines debe ver la luz, alquilan las cien trompas de la fama, y cada dia repiten, siguiendo el mismo diapason. «Mr. Eugenio Sué, autor de Matilde y los Misterios de París, está escribiendo una interesantísima novela, de la que hemos leido algunos tomos, titulada, *El Judío Errante*, ó *Martin el Espósito*. Deseando la empresa corresponder á la fina atencion de nuestros numerosos suscritores, ha firmado un contrato con Mr. Eugenio Sué; por el cual se obliga el autor á publicar su nueva producton en los folletines de nuestro diario: mediante la retribucion de trescientos mil francos. El nombre de tan ilustre novelista es una segura garantía del buen desempeño de la obra; pero debemos añadir que es muy superior á cuantas ha publicado hasta el dia.» Todos los periódicos infernales copian este pomposo anuncio, con ligeras modificaciones; prometen á sus suscritores traducirla, segun se vaya publicando

:

en París: asegurando que tienen tomadas sus medidas para ser los primeros á desempeñar tan interesante tarea. Preparada así la opinion, secundan varios editores los esfuerzos de la prensa periódica; reparten tres millones de prospectos, anunciando cincuenta traducciones y ediciones económicas, ilustradas, compactas, etc., etc. El público, al oir tanto estruendo, se aturde, coge, como el pez, la carnada sin reparar en el anzuelo; y recibe la literatura estrangera del mismo modo que los guantes, telas, alhajas y caballos. De este abuso resultan dos males. Encontrando los editores quienes por una onza les traduzcan un tomo de trescientas páginas, se niegan á dar al escritor original una recompensa decente, fundándose en la justa razon de que ganan mas con el otro: pero como siempre el trabajo guarda una exacta proporcion con la recompensa, sucede, que la traduccion casi siempre se hace del francés al gabacho, segun la espresion de Moratin, en cuyo pais debió suceder lo que sucede en el Infierno; y acostumbrándose los lectores á los mas patentes galicismos, introducen en la conversacion los giros que en los libros han encontrado, los popularizan ó estienden á lo menos en la sociedad de buen tono: los adoptan primeramente escritores poco concienzudos, y al poco tiempo el mas castizo tiene que usarlos, so pena de no darse á entender. De esta

manera pierde nuestro idioma su índole, y mancillamos la memoria de los Lagarcisos, los Ventarces y los Vedoques.

—Te has esplicado, amigo mio, como un libro repuse yo, para probar que podia usar de la palabra; pero me parece oportuno añadir una observacion ó dirigirte una pregunta. ¿Por qué los periódicos infernales se ocupan tanto de los autores estrangeros, y no critican á los nacionales aunque sea para lanzar sobre sus obras la mas formidable censura?

—Me haces una reconvencion tan justa que nada puedo responderte.

—Alabo, Camilo, tu franqueza. ¿Y el gobierno cómo proteje á los literatos?-

—Matando la literatura.

—Esplícate.

—Voy á esplicarme. De dos ó tres años á esta parte han pensado algunos ministros, por cálculo gubernamental ó por relaciones personales, en los escritores, y les han ido dando empleos, mas ó menos en armonía con sus costumbres y caracteres, mejor ó peor retribuidos. Esto puede convenir en muchos casos á los escritores, que en vez de una subsistencia insegura encuentran otra mas garantida y regular, pero perjudica, como he dicho á la literatura, porque decirle á un literato: «Tus obras, que merecen los aplausos del público, han llamado tambien la atencion del

gobierno de S. M., y ha creido conveniente nombrarte intendente ó gefe político.» Equivale á decir: «Porque es V. buen literato dedíquese á otras ocupaciones y renuncie á las literarias.»

—Tienes razon, esclamaron todos; pero esto no se puede decir, Camilo, porque si nos quejamos de ello nos quedaremos sin ninguna.

Eran las ocho: Camilo y yo nos despedimos de los amigos y nos dirigimos al teatro. Al salir delcafé se llegó á mí un hombre embozado y me dijo:

—Señor D. Nazario; ¿tiene V. la bondad de decirme las señas de su habitacion?

—¿Para qué? repuse, no conociendo á mi interlocutor, ni adivinando por qué motivo me preguntaba.

—Tendré que hablar á V. muy en breve, y deseo saber á donde debo dirigirme.

—Yo desearia saber tambien á quién tengo el honor de hablar.

—¿No me ha conocido V., señor D. Nazario?

—¡Don Bruno Gonzalez! esclamé entonces, y despues de darle las señas de mi casa me agarre del brazo de Camilo y nos dirigimos al coliseo.

Entramos en él: quise abarcar todo el salon con mis miradas, y lo conseguí fácilmente, gracias á sus mezquinas dimensiones. Nada hallé que admirar: los palcos, las lunetas y el esce-

nario, ni se distinguian por su elegancia ni por su lujo: ocupamos nuestros asientos, y fijamos nuestra atencion en los actores, que ejecutaban medianamente un juguete menos que mediano.

—Ya ves, Nazario, me dijo Camilo, que en el Infierno no progresa mucho el teatro.

—Me parece que retrograda: le respondí sencillamente.

—¿Qué me dices de estos actores?

—Que son medianos; muy medianos.

—¿Y de la comedia?

—Qué es muy mala.

—Tenemos la misma opinion: pero acabada la comedia te divertirás de seguro.

—¿Qué tendremos?

—Un famoso prestidigitador.

—¿Hombre notable?

—Sin la menor duda.

—Voy á ver si puedo dormirme, mientras se acaba la comedia.

—Entretente en mirar á los palcos.

—Tienes razon.

Por obedecer á Camilo, ó mejor dicho para engañarle, gradué mis soberbios gemelos y empecé á dirigirlos á los palcos. No conocia á una sola persona de cuantas se hallaban en ellos, y gozaba lo que puede gozarse viendo un cosmorama de figuras de movimiento: contestaba cuantos saludos me dirigian, pero si me hubie-

ran preguntado á quién saludaba no hubiera sabido qué responder.

Lo peor del mundo puede tener una cualidad buena, ser corto: así sucedió á la comedia, se acabó pronto, y yo dí al autor rendidas gracias por tan acertada economía.

Durante el intermedio salimos á fumar, y Gamilo me propuso que hiciéramos algunas visitas á los palcos. Deseché al punto su propuesta, bajo el pretesto de que queria encontrarme al empezar el prestidigitador; pero en realidad porque temia acercarme á alguna persona á quien no supiera cómo hablar.

Ocupamos nuestras lunetas, que estaban en primera fila, y se alzó el telon. El foro oscuro tenia el aspecto de una gruta de nigromante, y al reflejo de la lucerna del salon se descubrian un gran número de bujías, formando caprichosos grupos. En lo mas profundo de la gruta se percibia apenas la entrada de un tenebroso subterráneo, semejante á los que ocupaban las trípodes de las inspiradas pitonisas: de este subterráneo salió con paso lento el nigromante.

Sus largos cabellos le caian en iguales rizos hasta el cuello, y sobre su cabeza se alzaba un gorro bordado de oro, sembrado de piedras, y de forma piramidal. Negra barba cubria su rostro; un calzon y una armilla ajustados ceñian sus miembros, cubriendo su cuerpo una ancha dal-

mática de terciopelo carmesí, que le bajaba hasta las rodillas: y flotando sobre sus espaldas una capa corta y trasparente.

En la puerta del subterráneo se paró un momento el nigromante: tendió su diestra magestuosamente, armado de una varita de metal: una chispa eléctrica brillo en el estremo de la barita, doscientas bujías se encendieron instantáneamente y un aplauso general saludó al hombre que debia presentar prodigios.

Salieron en pos del nigromante dos pages negros, caprichosamente vestidos, y colocaron sobre el proscenio, un velador que estribaba sencillamente en una columnita de hierro: se acercó á él el mago, saludó, tendió su capa trasparente sobre el velador un solo instante; y al retirarla apareció una pecera de cristal, llena de agua, y en ella nadando varios y matizados peces. Cuatro veces tendió un estremo de su capa sobre el velador, cuatro peceras aparecieron sobre él. El público aplaudió de nuevo: era imposible negar al mago los aplausos.

Continuaron sin interrupcion un gran número de prodijios, y yo tomaba no pequeña parte en el entusiasmo general. Colocado en primera fila, me encontraba de vez en cuando en la precision de examinar varios objetos de los que usaba el nigromante; y despues de haberle visto introducir mis guantes en una nuez cerrada, la nuez en

un huevo, el huevo en un limon, el limon en una naranja, y deshacer todo lo hecho con una limpieza admirable; me presentó una caja dorada, de dos pulgadas de largo, una de ancho y media de profundidad.

—¿Qué debo hacer con esta caja? le pregunté, casi turbado al considerar, que los dos mil ojos de los mil concurrentes, si no habia entre ellos tuerto ó tuerta, estaban clavados en mí.

—V. pondrá, me contestó en un idioma casi incomprensible, en eso cajita, quelque coso, é ossi alguno señorrita.

—¿Muchas cosas?

—Truas ó cuatra: coma V. volga.

Obligado á dar el ejemplo, deposité en la cajita misteriosa una moneda de oro: invité á una señorita, muy lánguida y sentimental, á que me imitara: y la jóven, haciéndose mucho de rogar, rompió la esquina de un billete, que le habian entregado al principio de la funcion, y la echó en la caja encantada. Camilo, sin esperar mi invitacion, puso la llave de su neceser, y decidido yo á completar las dos parejas, me volví en busca de una dama que quisiera favorecerme.

La admiracion que á todo el público habia causado el nigromante, y lo que esperimentaba yo mismo, fueron nada en comparacion del asombro que me sobrecojió viendo á mi espalda á la jóven de mirada fiera que habia conocido

en el camino, y que acompañada de su madre, tia, amiga ó parienta, sin descansar de su viaje se habia presentado en el teatro.

—Señorita: tartamudeé.

—Sí, señor: repuso María, contestándome antes que acabara mi pregunta: y quitándose de su dedo una sortija de mucho valor, la depositó en la cajita; magnetizándome al mismo tiempo con aquella mirada, húmeda á la par y radiante, que como una espada de dos filos penetraba hasta el corazon y como un narcótico adormecia. Mirada aleve como el sanguinario vámpiro, que halaga batiendo sus alas y chupando la sangre asesina.

A pesar de mi turbacion, conocí que debia romper el encanto que me sujetaba; y volviéndome hácia la escena, presenté la caja cérrada al nigromante, que se habia alejado del proscenio, para no distinguir los objetos que en ella se depositaban.

Tomó la caja el nigromante: la envolvió cuidadosamente en un pañuelo de batista, y me lo entregó, previniéndome que la tomara de cierto modo, para quo no pudiera en ningun caso salir del pañuelo la caja.

Persuadido el público, y particularísimamente yo, de que continente y contenidos se encontraban en mi poder; se alejó de mí el nigromante, tomó un telescopio, miró á la caja, que yo tenia

en alto, envuelta siempre en el pañuelo, y volviendo á su incomprensible jeringonza, empezó á decir:

—¡O señorres, con cuesta teloscopia veo toda, toda la que contiene lo cajita. En premier lugare uno sortija tre bonito: en secondo una doblon: en tercere una papilito: en cuarta..... en cuarta..... non mi ricordo.... ono elesf.

Trabajo costaba comprender lo que habia visto el nigromante, pero era cierto que sabia, tan bien como yo, el contenido de la caja. Cerciorado de él dejó el telescópio, y trajo una campana de cristal, que colocó sobre el pequeño velador.

—Ahorra, señorres, dijo adelantándose hasta mí, verran VV. comme van andeando tutti los cosas uno á uno, de lo cajita á lo campana.

Entonces se acercó mas á mí: tocó lijeramente la caja, que continuaba envuelta en el pañuelo, y dijo al mismo tiempo:

—Ya pasa.

Instantáneamente la campana resonó, herida por un objecto de metal.

—Suena V. la cajita, me dijo.

Soné en efecto; y aunque chocaban varios objetos entre sí, se conocia distintamente, que habia el número disminuido.

El nigromante pasó otra vez la punta de su dedo índice sobre la caja, y un segundo objeto metálico hirió la diáfana campana de cristal. Al pasar el tercer objeto no produjo ningun sonido; era el pedazo de papel que habia depositado la señorita de mi derecha: el cuarto hirió como los dos primeros. Siguiendo yo las indicaciones del nigromante sacudí la caja varias veces: mis esfuerzos fueron inútiles; no produjo el menor sonido; estaba enteramente vacía.

—Ahora pasará lo cajita: añadió el nigromante: su índice resbaló sobre mi pañuelo, como habia hecho antes; la campana resonó con mas ronco acento: mi pañuelo estaba vacío: el público aplaudió admirado.

El nigromante se acercó al velador, alzó la campana, tomó la caja, se adelantó hasta las lunetas, y la puso cerrada en mis manos. La abrí, siguiendo su mandato, y encontré en ella los objetos que habiamos depositado antes.

Como responsable de ellos, dí su pequeña llave á Camilo, el pedacito de papel á la dama de mi derecha, y, haciendo un esfuerzo superior al que debió hacer el inglés Wernon para entregar su espada al castellano don Blas de Lezo, me volví hácia la muger cuyos ojos me hacian temblar como un cobarde.

Sin drigirla la palabra, la presenté su anillo:

me tendió la diestra con altivez y desenfado, y me mandó con su mirada que la colocára en su dedo. Temblando y mudo obedecí: anchas gotas de sudor caian de mi frente: aquella temible mujer, sin pensar en ello quizás, acababa de darme en espectáculo á mil personas, las mas distinguidas de la corte.

Devolví la caja al nigromante dejando en ella la moneda: no me habia acordado de tomarla.

—¿Se deja V. cuesto doblon, señor caballerro? me preguntó el sábio.

—Es verdad: le respondí maquinalmente.

—V. se engaña, caballerro: el suo doblon non e en lo cajita.

—No lo he tomado: respondí profundamente preocupado.

—¿Lo sabrá V. bien?

—Bien.

—E brai, la tiene cuesto otra caballerro en la testa.

Efectivamente, mi doblon habia pasado á la calva frente de un hombre de cincuenta años, que daba la izquierda á la señora del billete. Aterrado el hombre, se echó mano al resplandeciente lucero, y con mil protestas de que no habia tocado á la caja, lo pasó á manos de la señora, para que llegára á las mias.

Este incidente interrumpió por un instante mis meditaciones; como el caballo que cruza al

escape interrumpe el vapor con que la sierpe acerca á sus fauces al bravo toro que entumece, y pregunté á mi sentimental vecina.

—Señorita ¿es su papá de V. ese bondadoso caballero?

—Es mi esposo: respondió la jóven, con mal encubierto embarazo, esplicándome su respuesta el misterio de aquel billete que la entregaron con recato.

Cosas dignas de ser contadas hizo el nigromante; las vió el público, juez imparcial y respetable, dando vivas muestras de placer: yo perdí la mayor parte de ellas, profundamente preocupado, al meditar cuánto poder iba adquiriendo sobre mí aquella mujer misteriosa, que con cadena de invisibles anillos, procuraba atarme á su carro, para arrastrar quizás mis despojos como orgulloso vencedor.

Acabó por fin el nigromante: el público aplaudió frenético, cayó el telon, y todos los espectadores se levantaron á un mismo tiempo, como si un resorte los moviera ó fueran ruedas de una máquina que debieran darse mútua ayuda. Seguí el movimiento general y mis ojos se encontraron de nuevo con los de Maria. Temblé, como momentos antes; y aunque me empujaban espectadores, á quienes estorbaba el paso, permanecia inmóvil, y al mismo tiempo queria huir.

—Páselo V. bien, señor Palma de Jura: me dijo la vieja levantándose, y en el momento de salir: la jóven me inclinó la cabeza. Su mirada me bañó de nuevo; temblé cual si tuviera fiebre, y sin embargo yo no sabia cómo interpretar aquellas miradas.

CAPITULO VIII.

LA ESPOSA DE UN CESANTE.

PROFUNDAMENTE preocupado me retiré del coliseo, y todas las instancias de Camilo para que le acompañára á una sociedad ó al Casino, fueron inútiles: necesitaba descansar, y conocia por esperiencia que las fatigas del espíritu debilitan los miembros, como una carrera ó una lucha de gladiador. Llegué á mi casa, abrí algunos libros, leí varias páginas procurando hallar distraccion, pero trabajé inútilmente, pues entre mis ojos y el libro se interponia un hermoso fantasma que no me permitia leer: este fantasma era María, cuyas magnéticas miradas penetraban despiadamente en los tejidos de mi cerebro, me subyugaban y enloquecian.

Dejé los libros con un indecible malestar, y corrí al lecho, puerto de descanso y consuelo de agudas penas. Me tengo por hombre sensible, aunque no soy sentimental, pero confieso francamente que pocas veces mis pesares no se mitigan al contacto de blancas sábanas tendidas sobre dos mullidos colchones. Me acosté, dormí, soñé largamente con la viajera de ojos negros: pero, ó sus ojos habian perdido parte de su aterradora fiereza, ó yo soy mas valiente durmiendo; lo cierto es que no me aterraron, y que tuve ensueños deliciosos, semejantes á los que produce una corta dósis de *hatchis* en el cerebro de un oriental.

Desperté á las ocho, con la cabeza despejada y fortalecidos los miembros: me levanté, leí los periódicos con todo el cuidado que mi situacion reclamaba: ví que los sucesos proseguian su lenta y compasada marcha, y á las once pedí el desayuno, que devoré, por encontrarlo apetitoso y por tener buen apetito, dos cosas que parecen una, pero que en muy pocos minutos dan sepultura á un buen almuerzo.

Despues de tomar el café encendí un habano, de una caja que me habia regalado Camilo, me recosté en una butaca, y con el placer de un consumado fumador, ví la blanca y ligera nube de humo que se desprendia de mis lábios, ensanchándose lentamente y desvaneciéndose des-

pues; como esos diáfamos vapores que se levantan de una fuente, y el primer rayo del sol naciente atrae á su foco, para devolverlos á la tierra en ricas perlas de rocío.

Estaba pensando en salir, sin saber hácia qué parte dirigirme: pero un ángel velaba por mí, y tomando sin duda la forma de mi ceremoniosa huéspeda, se presentó ante mis soñolientos ojos, y dijo:

—Señor don Nazario, un criado acaba de entregarme este billete para V.: y sin añadir mas palabras puso en mis manos un billete color de rosa, que exhalaba ricos perfumes y hacia latir mi corazon.

Lo estreché con cierto entusiasmo, leí el sobre, escrito por una mujer, pero bastante bien escrito; y vacilé en romper el nema, como el jugador de lotería vacila al leer los números premiados, que han de realizar su fortuna ó desvanecer su esperanza.

Hice un esfuerzo, rompí el lacre verde, y leí:

«Mi apreciable amigo: ha cumplido V. su palabra, y por su apreciable sé las señas de su habitacion: aunque señora cumplo lealmente mis empeños y paso á darle las de la mia. Vivo calle de los Claveles, número 10, cuarto segundo, y es siempre su amiga.

Sofía Amaranto.»

Releí el lacónico y cordial billete, tan cordial y breve como el mio, lo que me probó que Sofía guardaba en sus contestacionos aquella regla gramatical de que la pregunta y la respuesta siempre piden el mismo caso.

Bajo dos aspectos me era agradable el billete de Sofía Amaranto; veia en primer lugar, que una muger hermosa, discreta y agradable no se habia olvidado de mí, lo que, segun ella misma confesaba es muy raro en una mujer; y en segundo, me avisaba que podria pasar la mañana en dulces y amorosas pláticas: lo que era una felicidad grandísima en mi angustiosa situacion. A estas ventajas debo añadir, que el billete de la hermosa Sofía borró de mi mente la imágen de la viajera de ojos negros.

Encerré el billete en mi pupitre, que debia ser el arca santa, si no de las tablas de la ley de varios secretos importantes; y con mas esmero que de ordinario me vestí, saliendo de mi casa en guisa de conquistador. Formando castillos en el aire atravesé calles y plazuelas, tropezando con cuantos encontraba, y contestando á los saludos de personas tan desconocidas para mí como el emperador de la China. Me paraba de vez en cuando para preguntar á los transeuntes por la calle de los Claveles, que ni de nombre conocia, dirijiéndome siempre á mozos de cordel y personas descuidadamente vestidas, para no hacerlo

á un conocido á quien chocára mi pregunta.

Por fortuna las primeras señas me marcaron un itinerario, que ratifiqué dos ó tres veces; y despues de haber recorrido tres calles y la célebre Puerta de la Luz, paraje céntrico y el mas concurrido de la ciudad, tuve el inefable placer de leer en letras algo borradas CALLE DE LOS CLAVELES. Dificulto que el intrépido Cristóval Colon repitiera *tierra*, con mayor júbilo que yo esclamé, *Claveles*, contemplando la baldosa en que estaba escrito el florido nombre de la calle.

Una vez en ella, busqué el número, pase el dintel, subí la escalera, y sacudí la campanilla, tan orgulloso de mi triunfo, como César de haber bañado su cortante espada en la sangre de los valerosos hermínios; y pariodando las palabras del mismo ilustre conquistador, entré, ví, y saludé á la deliciosa Sofía.

Ocupaba la hermosa viajera un reducido gabinete, amueblado con poco lujo y aun escasa comodidad. Humildes esteras de esparto tapizaban su pavimento; estampas grabadas y de un mérito muy escaso salpicaban, permítaseme esta espresion, sus paredes; cortinas de percal flotaban ante la ventaba y alcoba; una mesita de cerezo, un tocador de la misma madera, seis sillas y un confidente, pintados de verde y con asientos de enea y paja completaban el pobre mueblaje de la mezquina habitacion.

¿Pero qué importaban los adornos, y quién podia fijar en ellos su atencion un solo segundo; cuando en tan poco digno templo se hallaba la divinidad, ornada siempre de sus celestiales atributos, la belleza y la juventud?

En el humilde confidente estaba sentada Sofía, vestida con suma sencillez pero con perfecta elegancia. Un traje de merino azúl, en forma de bata, dibujaba delicadamente sus contornos. y un chal de casimir listado, echado con seductor descuido, á un tiempo velaba y descubria parte de su turgente seno, y un cuello de cisne acariciado por blondos y sedosos rizos. Al verme me tendió la mano, me señaló asiento á su lado, y dijo con su dulce voz, y bañando en aquellas miradas tiernas, que tan grande contraste hacian con las de la jóven de ojos negros.

—Esperaba á V., amigo mio.

—Gracias, Sofía: la respondí.

—¿Por qué me da V. gracias, Palma?

—Porque me estaba V. esperando.

—¿Y eso?...

—Prueba que pensaba V. en mí, Sofía.

—Si hubiera V. de agradecerme, amigo mio, siempre que me ocupo de V., acabaria por profesarme una gratitud sin ejemplo.

—¡Sofía, Sofía! repuse con creciente entusiasmo: jamás sentiré hácia V. gratitud.

—¿Por qué, amigo mio?

—Porque la gratitud es afecto puro, santo, pero tambien dulce y tranquilo, y yo siento hácia V...

—¿Qué, amigo mio?

—Una pasion que me consume; un fuego que abrasa mis entrañas, toda la violencia del amor.

Y para probar con la accion lo que afirmaba la palabra, estampé mis lábios ardientes sobre la mano alabrastina, que me tendió Sofía al entrar y que entre las mias conservaba. Cuando sintió la hermosa viajera el contacto de mi ardoroso lábio, se estremeció lijeramente, retiró su mano con dulzura, y dirijiéndome una mirada de cariño y reconvencion:

—Palma, me dijo, no pretenda V. volver loca á una pobre mujer, con palabras que V. profiere sin sentirlas, pero que suenan dulcemente á nuestros oidos, y profundizan, lo confieso, hasta el fondo de nuestras almas.

—¿Es cierto, Sofía?

—Sí, muy cierto.

—¡Oh! V. ha llenado mi alma de inesplicable felicidad. ¿Qué ha hecho V. Sofía? ¿Qué ha dicho?

—Unas palabras imprudentes, que debemos ambos olvidar.

—¿Olvidarlas? jamás, Sofia. ¿Podria olvidar quien viera á un ángel la resplandeciente vision?

¿Olvidaría un reo la promesa que le perdonara la vida? Mándeme V., Sofia, que muera, pero no me mande olvidar.

—Por Dios, Palma.

—¡Sofia, Sofia! me ha hecho V. feliz con una palabra me ha remontado V. á los cielos; y mi caida seria la caida de Luzbel. Amo á V. Sofia, como un loco, añadí arrojándome á sus pies, y apoderándome de una mano que en vano pretendia retirar: mi amor ha crecido en pocos dias con la rapidez del incendio, con la lozanía del gigante. V. ha dicho que no le soy indiferente. Amémonos, hermosa Sofia. ¿Qué puede oponerse á nuestro amor?

—Mi deber: repuso la hermosa con voz conmovida: mi deber.

Esta palabra cayó sobre mí como un obelisco de granito: cerré los ojos cual si destellara un relámpago; vacilé como herido del rayo; quedé mudo como una estatua: y sentia en el fondo de mi alma, que aquella palabra solemne no entumecia mis sensaciones porque encerraba un desengaño sino por su misma santidad.

—Levántese V. amigo mio, añadió Sofia, despues de mirarme con ternura y contemplar por algunos momentos mi dolorosa postracion. Movido por su dulce voz como por oculto resorte, me levanté y ocupé el asiento del confidente que

habia dejado momentos antes: Sofia me miró con mas ternura, y prosiguió.

—Querido amigo, he proferido una palabra que le manifiesta mi estado, y colocada en esta senda debo decirle mi situacion y el motivo de mi viaje. ¿Quiere V. escucharme?

—Hable V. hermosa Sofia: repuse con abatimiento.

—Mi marido.....

Un vivo carmín tiñó mis mejillas é hice un movimiento de impaciencia; Sofia me dirijió una seductora sonrisa, añadiendo:

—No tenga V. celos: mi esposo ha cumplido sesenta años.

Mecí tristemente la cabeza, y la hermosa continuó.

—Mi esposo ha sido contador de rentas de la provincia de Barlocena por espacio de algunos años; no muchos, porque como V. sabe, en este pais duran poco los empleados, ó al menos ganados trashumantes mudan cada dia de lugar. Un ministro de color verde, que hay ministros de varios colores, y ministro que los toma todos, trasparente camaleon: un ministro de color verde nombró á mi esposo contador de rentas de la provincia de Barlocena: la dictadura del ministro, que aquí ministro y dictador generalmente son sinónimos, duró dos años, y merced á las relaciones que entre mi familia y la del ministro me-

diaban, dos años duró mi marido en su destino de contador. Se agostó, porque todo se agosta en nuest.o malhadado pais, el ministro de color verde, y le reemplazó, como era natural, un ministro de color de hoja seca: mi familia no estaba en relaciones con el nuevo ministro, y mi esposo de empleado activo pasó á la clase de *cesante*; palabra que ataca los nervios de toda mujer algo sensible. En los tres años que han transcurrido desde que fué depuesto, hemos contado media docena de ministerios, pero como todos han sido del mismo color, con tintas poco mas ó menos pronunciadas, y mi familia no ha estado en íntimas relaciones con ninguno, ha continuado mi pobre esposo en su lastimosa cesantía. Cansado de tanto esperar y de cobrar sueldo considerablemente disminuido y constantemente mal pagado, resolvió que viniera á la córte, ya que él no podia hacerlo á causa de sus graves dolencias, provista de una documentada y sentida solicitud; encargándome la presentara al ministro del ramo y que no descuidara ni un solo dia recordársela personalmente.

Aquí Sofia se interrumpió, y mirándome cariñosamente añadió con incomparable coquetismo:

—Estoy segura que mi historia lejos de haberle entretenido le habrá cansado horriblemente. Suplico á V. me disimule, porque la esposa de un cesante solo puede causar enojos.

No sé si la hermosa viajera seguiria las varias emociones, que esperimenté durante su discurso en el espejo de mi rostro. Del delirio del entusiasmo me habia hecho bajar con una palabra al abismo de la razon: desde la ilusion al respeto. Su relato, fácil y chistoso, habia despues puesto en mis lábios una pasajera sonrisa, y cuando me pidió perdon, por el enojo que debia causarme su historia, tan confuso y preocupado estaba, que tuve que hacer un esfuerzo para responderla:

—Sofia, es tan delicioso para mí el eco de su dulce voz, que nada puede causarme enojos, viniendo de tan hermosos lábios: por lo demás ¿qué puedo yo encontrar de enfadoso en una conducta que le honra? Pero á fuer de amigo, quisiera hacerla una pregunta.

—Puede V. preguntarme; amigo mio, sin temor de ser indiscreto.

—¿Con qué medios cuenta V. Sofia, para lograr la reposicion de su esposo?

—A una mujer menos franca que yo, la colocaría V. sin duda en lamentable compromiso; pero yo que le llamo mi amigo, quiero esplicarme con franqueza.

—Hable V. hermosa Sofia.

—Tengo muy pocas esperanzas de conseguir lo que pretendo.

—¿Pocas esperanzas?

—Sí, Palma: he traido conmigo algunas cártas de recomendacion, es cierto: pero temo mucho que las personas á quien vienen dirijidas no tomen un vivo interés.

—¿Porqué tanta desconfianza?

—V. sabe mejor que yo, que en la córte las amistades apenas son conocimientos; y que las recomendaciones se olvidan.

—¿Y con tales desconfianzas qué piensa V. hacer?

—Pienso presentarme al ministro.

Estas palabras tan naturales y sencillas, agolparon mi sangre al rostro y guardé un instante silencio. Como el marino que en la carta busca puerto adónde dirijirse si brama de lejos la tormenta, busqué yo arbitrio en mi memoria para hacer que la hermosa Sofia, no se presentara en la secretaría de Hacienda, y acordándome afortunadamente, que una de las doce tarjetas tenia el nombre del ministro de la gobernacion, y que me indicaba á la hora que me seria fácil hablarle, respondi á la encantadora pretendienta.

—Aunque considero, Sofia, que un ministro con corazon no podrá negarse á sus instancias...

—Amigo mio, interrumpió Sofia, suele estar muy endurecido el corazon de los ministros.

—Sea así, la contesté riendo, y esa observacion dé mas fuerza á lo que pensaba decir.

—Sepamos, amigo mio; sepamos.

—Para evitará V. la molestia de ir y venir á los ministerios, me ofrezco á ser el agente mas infatigable y activo que pueda V. hallar en la córte. ¿Acepta V. Sofia, mis servicios?

—No me hubiera atrevido nunca á incomodarle, suplicándole lo que acaba de proponerme, pero no puedo desechar una oferta que me asegura el pronto y feliz resultado de mi comision.

—No nos alimentemos, Sofia, con lisonjeras esperanzas.

—¿Conoce V. al ministro de hacienda?

—Un poco.

—No quiere V. alegrarme diciendo que tiene con él intimidad.

—Seria engañar á V. Sofia: tengo bastantes relaciones, ó al meuos las tenia antes de emprender mi viaje, con el ministro de la gobernacion, y pienso valerme de su influjo para lograr lo que ardientemente deseamos.

—¿Cuándo verá V. al ministro?

—Esta misma noche.

—¿Y yo podré saber su respuesta?

—Mañana.

—¡Cuánta bondad!

—Crea V. Sofia, que haré algo mas de lo posible por complacerla.

—Ha sido una felicidad para mí el que nos reuniéramos en la posada.

—¿Será para mí una desgracia?

—¡Por Dios, Palma!

—Bien, Sofia, bien: sé que debo sufrir en silencio y no añadiré una palabra. Tiene V. pocas relaciones en la córte y desconfia de ellas; si necesita V. algo, Sofia, deseo que me dé V. la preferencia.

No sabiendo cómo prolongar una sesion, que en el estado de mi alma se iba haciendo muy difícil, me levanté, tomé el sombrero y saludé de despedida.

—¿Por qué me deja V. tan pronto? me preguntó la jóven.

—V. sabe que no debo permanecer mas: repliqué.

Sofia me tendió su torneada mano, estampé en ella mis lábios por segunda vez, y salí mas enamorado que antes.

CAPITULO IX.

PERICO TRAVIESO.

En España y en el discurso de dos años, poco mas ó menos, se publicó una coleccion de cien artículos, si la memoria no me engaña, escritos por los literatos de mas valor y nombradia, segun se anunció en el prospecto; y ya se sabe que los prospectos merecen crédito y hacen fé. A esta coleccion se dió el nombre de Los ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS, y cada artículo de ocho páginas, tasado de antemano en ocho pesos fuertes, hablando en lenguaje mercantil, llevaba un epígrafe como *El Dómine*, *El Esclaustrado*, etc., Estos epígrafes indicaban que se iba á poner en escena un TIPO, palabra griega, segun creo, de muy simple composiciou; pero complexo signi-

ficado. Tipo, palabra fraccionaria, que es á un mismo tiempo parte y todo; parte respecto de la especie, todo en relacion á los individuos que calca sobre el mismo molde ó graba con el mismo buril.

Los artículos en cuestion, dieron lugar á controversias, que no pudieron decidirse y que se renuevan aun: sosteniendo unos que tal TIPO no era peculiarmente español, y diciendo otros que A. B. oC. no podian llamarse verdaderos tipos, pues en ellos estaba mezclado el dibujo de dos diferentes escuelas, ó la casta bastardeada, como en los mistos que produce el canario y el colorin.

A mí me parece que estos mistos tienen tambien su particular fisonomía; pero para no empeñar nueva disputa, en vez de llamar TIPO á Perico Travieso, me contentaré con llamarle lisa, llana y sencillamente, misto de canario y de colorin.

Basta de preámbulo ó digresion, y encadenemos los sucesos.

Mi entrevista con Sofía Amaranto habia causado en mí varias peripecias morales, tan rápidas y tan violentas, que no sabia cómo esplicármelas, qué debia esperar ni què temer. ¿Seria Sofia una fiel esposa, que aunque encadenada á un viejo tronco, y conociendo la inmensidad del sacrificio, domaria sus mas tiernos afectos y

aun sus mas violentas pasiones, bajo la coyunda del deber? ¿Sería, quizás, por el contrario una aguerrida cortesana, que procuraria vender á alto precio sus halagos y sus favores? ¿Al constituirme en su activo agente, debia esperar tarde ó temprano pago material de mis servicios; ó tal vez una gratitud ardiente y profunda, una amistad santa y duradera, como la que fomentan dos hombres desde la cuna al ataud?

En resolver estos problemas invertí el resto de la tarde: me acompañaron al paseo, entré con ellos en mi habitacion, y dije mal en resolverlos; pues cuando me senté á la mesa permanecian todos intactos, y se presentaban á mi mente entre las varias discusiones que despues sostuve en el café.

En cumplimiento de la palabra que habia empeñado á la bella Sofía, decidí visitar al ministro; pero como debia tener lugar esta deplomática visita entre una y dos de la madrugada, quise aprovechar la primera noche y conocer á otra persona, cuya clase, nombre y apellido habian picado desde un principio bastante mi curiosidad.

Saqué de mi casa dos tarjetas, verdadera guia de forasteros ó hilo de Arriana, que debian guiarme en tan intrincado laberinto. Decia la una «D. Buenaventura Perez Crespo, ministro de la Gobernacion. Se le vé en su secretaría, entre una

y dos de la madrugada» y la otra «Perico Travieso, baratero. Calle de la Camorra, núm. 16, taberna. Se emborracha de siete á nueve de la noche.»

No no sé por qué tenia capricho de conocer á este sugeto; y teniendo en cuenta el lugar á donde debia ir á buscarlo, cambié el paletó por la capa, puse pistolas en mis bolsillos, tomé las señas de la calle, y en guisa de buscar aventuras, me encaminé hácia la taberna.

La costumbre de guiarme per brújula, me iba dando una agilidad que podia causar envidia á un indio, y sin hacer una sola pregunta llegué á la puerta de la taberna: eran las ocho de la noche. Pasé el umbral con arrogancia, y acercándome al mostrador, dije al tabernero:

—Nuestro amo ¿está por aquí la honrada halaja de Perico Travieso?

—Pase su merced a aquella alcoba, que está mas allá de esa sala, y allí le encontrará trincando.

—¿Está solo?

—Como la una.

Me contenté con la metáfora; crucé la sala, en cuyas mesas se encontraban varios bebedores, que me miraban de reojo, como á gallina de otro gallinero, y llegué é la puerta de la alcoba. Una candila de dos mecheros, que arrojaban dos espesas columnas de humo, la alumbraba y enne-

grecia; tres mesas, rodeadas de sillas sin respaldo, brindaban á los bebedores asiento y sitio en donde colocar los vasos; y un ancho brasero de barro, con dos carbones á medio encender, que desprendian un gas mortífero, la servian de calentador.

En la mesa de la derecha se encontraba un hombre de treinta â treinta y cinco años; color moreno, negros ojos, nariz remilgada, lábios delgados, cabellos negros, por detras cortos y sobre la frente mas largos, robustos miembros, patilla corta y mas que mediana estatura. Su vestido se componia de un ancho pantalon de paño, un ceñidor de seda, un chaleco de casimír, una pellica guarnecida de terciopelo azul, con broches y clavetes de plata; un pañuelo flor de granado al cuello, tendido con cierta elegancia; y un calañé, que habia colocado sobre una silla bastante inmediata. Este bebedor era Perico.

Tenia sobre la mesa un jarro de vidriado blanco, medio de vino, y un vaso en forma de campana, de ancha boca y estrecho asiento.

Estaba sentado de modo que volvia la espalda hácia la puerta, y esta posicion me dió lugar para contemplarlo á mi sabor antes que pudiera descubrirme.

Perico estaba pensativo, y golpeaba con el pié de modo que manifestaba impaciencia. Tomó el jarro; vertió en el vaso lentamente una cantidad

de vino tinto, bastante para ponerlo medio; dejó el jarro con la misma lentitud, y se llevó el vaso á sus lábios.

Yo queria presentarme á Perico de una manera algo teatral; valiéndome de su posicion, me adelanté pausadamente, y dí de improviso una palmada sobre la mesa en que bebia. Perico no hizo movimiento; apuró el vaso tranquilamente, y despues volvió la cabeza para descubrir quién habia llamado su atencion de una manera tan violenta. Al verme saltó de su silla con la agilidad de un gato montés, cojió su sombrero en la mano para manifestar mas a las claras su deferencia y cortesía, y tomando la actitud mas humilde, me dijo como un reo convicto:

—No sabia, señor D. Nazario, que estuviese V. en Dramalla.

—Llegué antes de ayer, amigo mio.

—Todas las semanas iba una vez á preguntar si habia V. venido, y no me correspondia hacerlo hasta mañana; pero de todos modos he faltado; pues yo debia haber dormido, como un perro, en el escalon de la puerta.

—¿Estas loco, Perico?

—No lo estoy, y por el contrario tengo una escelente memoria. Herí á un hombre que me habia ofendido, y le herí en combate leal: me prendioron, tuvo protectores, yo no, y me condenaron á presidio. Dios condujo á V. á la cár-

cel: mi rostro le llamó la atencion, me habló con bondad, se informó minuciosamente de mi desgracia, y tres dias despues recibí el indulto.

—Calla, calla.

—No debo callar, señor D. Nazario: han pasado dos años sin que hayamos hablado de esto; hay cosas que no debe un hombre olvidar. Cuando me leyeron la sentencia, juré escaparme del presidio y matar al hombre que era causa de que me llevaran á él. Conozco que me hubiera escapado y que hubiera cumplido fielmente mi sacrílego juramento. He sido travieso, muy travieso, y hoy mismo no soy ningun santo; pero juro á V. que sentiria tener cargada mi conciencia con la muerte de un hombre.

—Bien, Pedro.

—V. me ha librado, señor D. Nazario, de cometer un asesinato: V. ha hecho por mí mas que mi padre: V. ha sido para mi un Dios.

Cuanto mas hablaba Perico, mas mi admiracion se aumentaba; aunque falso héroe de su historia, la escuchaba con vivo interés, contemplándolo con confusa mezcla de sentimiento y de ternura.

Permaneciamos los dos de pié, llamando un tanto la atencion de los bebedores de la sala; y como yo no sabia de qué modo debia conducirme Perico para desempeñar el papel á mi discrecion confiado, antes de mandarlo sentar, calculé que

debia darle el ejemplo. Me dejé caer sobre una silla, apoyé el codo sobre la mesa y le dije:

—Siéntate, Pedro.

—Un esclavo debe estar de pié en presencia de su señor; repuso con solemnidad.

—Pedro, te mando que te sientes.

—Un esclavo debe obedecer: respondió con el mismo acento, y se sentó á alguna distancia.

Mucho deseaba seguir hablando con un hombre tan singular, pero no sabia qué decirle de nuestras antiguas relaciones; relaciones sin duda íntimas y en algun modo interesantes, cuando el diablo lo habia colocado en el número de sus tarjetas. En esta duda creí prudente preguntarle algunas noticias referentes á los dos años, que segun él habiamos estado distantes, y le dije:

—Ya que has recordado los pequeños servicios que tuve ocasion de hacerte, quiero saber cuál ha sido tu vida en los dos años que no nos hemos visto.

—Mi vida, repuso Perico tranquilamente, ha seguido su curso ordinario, sin mas que un pequeño incidente. V. me entregó tres mil reales, para que atendiera á mis gastos durante su ausencia. Me conozco; los tres mil reales en mis manos hubieran durado poco tiempo, y yo no queria despilfarrar la dádiva de mi bienhechor. Para conservarla, busqué á un amigo, hombre honrado y emprendedor. «José, le dije, tengo

»tres mil reales en oro, tú tienes genio comer-»cial y andas escaso de dinero; ¿quieres tomar »mis tres mil reales y dedicarlos á tus negocios?» »Con mucho gusto» me respondió. «Te advierto» »José, le dije entonces, que yo necesito comer.» »¿Cuánto necesitas al mes?» «Seis duros.» «Te »entregaré el último dia de cada mes ciento »veinte y cinco reales; que equivale al año al »cincuenta por ciento de la cantidad que me en-»tregas» «¿Producirá tanto?» «Algo mas.» Cerramos así nuestro contrato: me ha entregado religiosamente los ciento veinte y cinco reales, añadiendo algunos regalillos por Pascuas, y conservo íntegro el capital.

—Eres un hombre honrado, Pedro.

—El que á buen árbol se arrima buena sombra le cobija.

—¿Pero con ciento veinte y cinco reales cada mes lo habrás pasado pobremente?

—Perico: gritó un bebedor de los que estaban en la sala.

—¿Qué quieres? repuso Perico.

—Escucha una palabra, con permiso de ese caballero.

—¿Me permite V., señor D. Nazario? me dijo Perico.

—Anda, Pedro.

Despues de recibir mi venia, se llegó al grupo en donde estaba el bebedor que lo habia llamado»

cambió con él algunas palabras, que no pude oir desde mi asiento, sacó una baraja del bolsillo, la colocó sobre la mesa, saludó, ocupó de nuevo su silla, y me dijo:

—José ha respondido á la pregunta que acababa V. de dirijirme: tengo un sobresueldo bastante á satisfacer algunos vicios.

—¡Siempre baratero!

—Señor D. Nazario, me ha reprendido V. algunas veces, y por último ha tenido que darme la razon. V., caballero y valiente, se ha portado siempre como tal, teniendo lances, corriendo peligros, y aun haciendo calaveradas; pero sin descender un punto de la altura en que le colocó la suerte: yo, hombre del pueblo, tengo mi género de valor, soy calavera de otra especie; mis lances son por muy diferentes motivos: en una palabra, sigo arrastrándome sobre el mismo lodo en que nací.

—Estás contínuamente espuesto, no solo á los peligros de un lance sino tambien á ser traidoramente asesinado.

—Algunas veces pienso en ello, y me estremezco á mi pesar; pero al mismo tiempo reflexiono que mi voz infunde respeto, y que cien hombres bajan los ojos ante mi mirada atrevida: que mi nombre aterra ó anima al contrario ó al amigo mio. Considero que tengo mi córte, mis vasallos, mi patrimonio; y en prueba quiero que V. vea-

Perico dió una fuerte puñada sobre la mesa y se presentó el tabernero preguntando:

—¿Qué quieres, Perico?

—¿Cuánto debo? preguntó mi ahijado.

—Ya está pagado.

—¿Quién lo ha hecho?

—Aquel buen mozo que está en el rincon de la sala.

El tabernero se retiró, y continuó diciéndome Perico:

—Un dia cada año gasto yo en estos generosos amigos mas que han gastado en mí todos juntos, pero esta especie de homenaje me llena de orgullo, lo confieso.

—Tienes, Pedro, mucha razon.

—Ustedes, señor don Nazário, no pueden saborear estos goces: en la sociedad en que viven podrá ser uno mas discreto, mas valiente que los demas; pero nadie le cede la palma, la discrecion le niegan unos por envidia, otros el valor por orgullo. En mi sociedad se reconocen paladinamente privilegios y categorías; un hombre agudo concedo á otro mas agudeza; un valiente confiésa tambien que otro lo es mas.

Estos hombres, dije para mí, tienen el valor que el divino Homero dá á sus héroes: hay Nestores, Ulises y Ayaces; pero sobre tantos mortales se levanta Aquiles, como un Dios; y alzando la voz continué:

—Me has hablado de un incidente que ha tenido lugar en tu vida, durante mi ausencia, y si no es un secreto deseo conocer bien sus pormenores.

Pedro sonrióse con dulzura, y me respondió.

—Señor D. Nazario, no tengo secretos para V.· y ademas no lo es para nadie el incidente de que hablamos. Estoy locamente enamorado.

—¿Estás enamorado?

—Hasta los tuétanos, señor.

—Cuéntame la historia de tus venturosos amores.

—Es muy sencilla y nada larga. Me paseaba solo y tranquilo en la tarde del 4 de agosto por las alamedas que conducen á la hermosa fuente Infernal: delante de mí iban jugando una docena de mozuelas, guardadas por dos ó tres madres, que hacian las veces de paveros. No sé por qué me interesaba su alegría: y el sol poniente, que reflejaba sobre sus lustrosos cabellos, como en un espejo de azabache, tendiendo sus últimos rayos á través de las alamedas y sobre un lecho de hermosas flores, daba al paisaje delicado barniz de poesía.

—Inspirado estás, le interrumpí.

—El corazon siempre es poeta: me replicó sencillamente, y prosiguió despues su historia.

—Continuamos nuestro camino. Ellas delante

y yo algunos pasos detras, todos llegamos á la fuente: en ella habia puestos de flores, de dulces, tortas y naranjas. Las jóvenes formaron rueda; sacó cada una de su bolsillo los pocos cuartos que habian ahorrado en la semana; los reunieron en un pañuelo, y despues de haberlos contado, empezaron á calcular en qué deberian invertirlos. Propusieron unas que en dulces, sin atender á que era corta la cantidad: opinaron por flores otras; pero las madres decidieron que se compraran tortas y naranjas, una para cada una. Durante esta larga discusion, no habia apartado yo los ojos de una muchacha encantadora que habia opinado por las flores, y era sin disputa una flor. Ojos negros, cabellos negros, cejas pobladas, frente tersa, boca pequeña, lábios rosados, dientes iguales y blanquísimos, tez ligeramente morena, y perfectamente sonrosada: nariz correcta, cuello torneado, esbelto talle, y estatura mas que mediana.

—Pedro, Pedro, le interrumpí; ¿has encontrado modelo á tu dama en la Venus de Praxiteles, ó dándole mirada fiera es el modelo de la célebre Minerva de Fídias?

—No he viajado, señor D. Nazario, y por lo tanto no conozco esos modelos que V. cita; pero sí puedo asegurar que Manuela es una mujer bastante hermosa.

—Continúa la historia de tu amor.

—Siguiendo la opinion de las madres, ajustaron quince naranjas y el mismo número de tortas, y sacaron del fondo comun casi el total para pagarlas: mas al ir á entregar el dinero vieron con sorpresa que se negaban á tomarlo.

—¿Podrás esplicarme qué causa hacia obrar á los vendedores con tamaña generosidad?

—Una doble seña que yo les habia hecho poco antes.

—¿Tú pagabas?

—Precisamente.

—¿Las jóvenes te rodearian para darte las gracias.

—Las jóvenes no debian saber quién las hacia el pequeño obsequio.

—¿Querias conservar el incógnito?

—Exactamente.

—Prosigue, prosigue.

—Las mujeres de nuestra clase ven en un obsequio la atencion de quien se lo hace, y no se paran á sacar remotas ni oscuras consecuencias: se comieron con algazara su merienda, y como habia quedado íntegro su caudal, tomaron frescos ramilletes de flores.

—Pero en el momento de pagarlas, sabrian tambien con admiracion, que una misteriosa providencia habia venido en su socorro.

—La florista tomó el dinero sin decirlas una palabra.

—¿Se agotó tu bolsa ó se acabó tu generosidad?

—Ni lo uno ni lo otro, señor don Nazário: pero, en las dádivas sobre todo, es preciso ser muy discreto. La muger que me enamoraba deseó comprar algunas flores, su madre apeteció manjares, el caudal no alcanzaba á tanto: pagué los unos, compraron las otras, y todas quedaron satisfechas.

—Eres un buen economista.

—La tarde acabó sin incidente, y las jóvenes, despues de haber triscado como corzas, volvieron cantando á la ciudad: yo las seguí á corta distancia. Llegadas á la puerta de Boliba, se dividieron en vários grupos, y yo seguí á Manuela y su madre, que despues de muchos rodeos llegaron á la calle de la Escucha, y se entraron en una casa de magníficas apariencias.

—¿Recuerdas el número?

—Número 7.

—En ese número vivia la marquesa del Buen Gusto.

—Y sigue viviendo, señor.

—Continúa, Pedro, continúa.

—Dí algunos paseos ante el palacio, pensando cómo tomar informes; y la fortuna que se decidia en mi favor, hizo que cuanto mas apurado me encontraba me tocasé un hombre en la espalda. Volví la cabeza, y me encontré con un amigo de

la infancia, á quien habia perdido de vista por espacio de cinco ó seis años. «Cómo te vá, Pe»dro?» me dijo, con muestras de vivo placer. «Bien, Francisco: ¿y tú como estás?» Le respondí. «Perfectamente. Estoy al servicio de S. E. el »marqués del Buen Gusto.» «¿Y qué haces en »casa de S. E.?» «Soy cochero de la señora.» Siguieron preguntas y respuestas, que fuera largo referir: é intimando los confianzas, le pedí noticias de la jóven, que habia llamado mi atencion. Supe por él que era hija única de la lavandera de la casa, que la señora la queria mucho, y que muy en breve debia subir á la categoría de doncella: me dijo su nombre, y me habló con basbante encómio de sus cualidades y carácter.

—Pocos amantes tienen la dicha de averiguan en tan poco tiempo las circunstancias de sus amadas.

—Me contenté con estas noticias, y despidiéndome de mi amigo lo cité para el dia siguiente. Acudi á la cita con una hora de anticipacion, y tuve el gusto de ver á Manuela en una reja. Mis ojos la dijeron que la amaba, y sus ojos me respondieron que no era insensible á mi amor. El cochero de la marquesa acudió á la cita puntual; volvimos al tema del dia anterior, le declaré paladinamente que estaba perdido por la chica, me introdujo en la casa, hablé á Manuela con el corazon en los lábios, y comprendiendo

mi cariño me dió al fin las mas halagueñas esperanzas.

—¿Y ahora eres el mas feliz amante del Infierno?

—El mas desgraciado.

—¿Por qué?

—Porque la madre de Manuela me niega la mano de su hija.

—¿Y en qué se funda?

—Dice que soy muy pendenciero.

—Has recibido al fin el castigo de no haber tomado mis consejos.

—Cuando sacan á un pez del água se muere.

—¿Qué quieres decir?

—Que debo morir como he vivido.

—¿Renuncias al amor de Manuela?

—Jamás.

—¿Qué esperas?

—Ablandar á la madre ó casarme contra su gusto; venciendo con tiempo y halago la resistencia de la hija.

—¿Esperas lograrlo?

—Todo lo vence la constancia. Mas para cuando llegue este caso quiero pedir á V. un favor.

—Habla, Pedro.

—¿Nos servirá V. de padrino?

—Te doy mi palabra.

—Nada mas tengo que pedir.

Iba adelantando la noche, y yo habia pasado algunas horas en aquella miserable taberna. Nada temia de los bebedores, que respetaban á Perico, y que hubieran tenido que habérselas con un seguro par de pistolas; pero temia que un celador ó comisario de policía penetrara en aquel lugar, y me encontrara en tan poco honrosa compañía, ó creyera que estaba conspirando allí.

Me levanté, Pedro hizo lo mismo; y aunque le mandé que se quedara, no lo hizo; apoyándose en que era tarde y la calle estaba desierta. Al cruzar la sala, un bebedor dijo á mi ahijado:

—Toma, Perico, el dinero de tu baraja.

—Mañana me lo pagarás; repuso Pedro, y ambos abandonamos la taberna.

CAPITULO X.

EL HOMBRE NO ES RIO PARA SEGUIR SIEMPRE EL MISMO CURSO.

Cuando salimos de la taberna eran las once, y tenia que esperar dos horas para poder hablar al ministro: no sabia adonde dirijirme y dije á Pedro:

—¿Por qué camino invertiremos mas tiempo en llegar al ministerio de la gobernacion?

Pedro me miró fijamente, y repuso:

—El camino mas corto habrá V. querido preguntarme.

—El mas largo he dicho.

—El mas largo, es no seguir ninguno.

—Pedro, quiero estar á la una en punto de la noche á la puerta del ministerio, han dado las

once y no tengo nada que hacer, guia por donde mejor te parezca para invertir estas dos horas.

—¿Quiere V. pasarlas andando?

—Sí.

—Pues empecemos el paseo.

No sabia esplicarse Perico mi capricho de correr calles, ni mucho menos por qué dejaba a su eleccion las que nos acomodaba seguir: yo hubiera podido con dos palabras poner término á su estrañeza, manifestándole que no conocia la poblacion, pero esto hubiera sido provocar su risa, ó echar por tierra el edificio que estaba empezado á levantar. Dejé á Pedro con su admiracion y emprendimos nuestro paseo.

De una á cinco de la mañana duermen las ciudades, y semejan un apartado mausoleo: durante el dia despiertan, viven y son el trasunto de aquella Babel, real ó simbólica, que nos refieren historiadores y escritores: de diez á doce de la noche, presentan solamente el claro oscuro del cuadro de la humanidad, confusa mezcla de luz y sombras, de existencia y negaciones, de vida ó muerte, de ilusion y de realidad.

Las luces de las habitaciones van desapareciendo una á una tras de las cerradas maderas: los faroles del alumbrado se amortiguan, chisporrotean, y rápidamente se estinguen: las mugeres se cubren el rostro para no ser reconocidas; estrellas que buscan en los cielos diáfanos mantos

de vapor, porque la tierra ya no necesita sus luces: los hombres se miran recelosos, salúdanse apenas los amigos, y entre la actividad y el cansancio hay aquel intermedio imperceptible que comprendemos entre el abrir y cerrar los ojos, entre estar despierto y dormir.

Este panorama bosquejado á grandes rasgos de pincel y que solo ocupa algunas líneas, se fué presentando á nuestros ojos progresivamente y con sus menores destalles. Pedro andaba maquinalmente sin fijar en él sus miradas, yo envidiaba su indiferencia y proseguia siendo escrupulosamente observador.

Cuando llegamos á la puerta del ministerio dió el reloj inmediato la una: mi acompañante habia calculado bien el tiempo, y con un espresivo apreton de mano le manifesté mi gratitud.

—Ya puedes retirarte, Pedro, le dije con voz afectuosa.

—¿No tiene V. nada que mandarme? repuso.

—Nada.

—Buenas noches, señor don Nazario.

Perico se alejó algunos pasos, y yo subí de dos en dos las gradas de aquella escalera que conduce á las regiones del favor.

Llegué á la primera antesala, y el portero me saludó, como á persona conocida: este cordial recibimiento, lejos de causarme alegría me con-

trarió terriblemente, pues como persona acostumbrada á pisar aquellos salones debia atravesarlos sin vacilar, y no sabia siquiera hácia qué lado estaba el despacho del ministro. Dudé qué partido tomar, pero conociendo que la pérdida de algunos instantes en inútiles reflexiones llamaría la atencion del portero, le pregunté con admirable impasibilidad:

—¿Está S. E.?

—Sí señor: me respondió, y abriendo una mampara me indicó sin pensar en ello el camino que estaba lejos de conocer.

—¿Se puede ver á S. E.? pregunté al portero mayor.

—Voy á anunciar: me contestó, pero noté que su mirada revelaba alguna estrañeza.

No me hizo esperar el portero, y manteniéndo abierta la mampara, manifestó con mudo lenguaje que estaba autorizado á entrar.

Pasé el dintel con la arrogancia de un atrevido aventurero, y á los pocos pasos me hallé frente á frente del señor ministro.

Con una rápida ojeada abrazé todos los detalles del santuario ministerial cómodo y suntuosamente amueblado, y sobre un sofá de flexibles muelles de acero, ví recostado á un hombre casi jigante, que fumaba un riquísimo habano, para olvidar sin duda los dolores de aquel punzante lecho de espinas.

A mi vista se levantó, y dándome la mano cordialmente me preguntó:

—¿Se ha dejado V. la petaca?

Esta pregunta, hecha lo mas naturalmente posible, me desconcertó en el momento, pero acudiendo al predominio que iba tomando sobre mi, repuse:

—No he dejado nada.

—Como tengo el gusto de recibirlo segunda vez.

—¡Mísero de mí! esclamé en lo interior del alma: el Diablo, mi homónimo ha estado aquí, habrá conversado con el ministro, yo no sé lo que habrá dicho, y voy á encontrarme en la mas complicada situacion que puede hallarse hombre en el mundo.

Hubiera querido en aquel instante ser víctima de un furioso ataque de nervios, de un vértigo ó de una aplopegia fulminante. Las enfermedades, que tan fuera de sazon acometen á los que menos las desean, despreciaron mi humilde ruego, y como náufrago que hace el último esfuerzo para asirse del roto mástil que puede llevarlo á la playa, reuní las fuerzas de mi combatida inteligencia y murmuré penosamente:

—Me habia olvidado de hablar á V. de un negocio de poca monta, pero que ofrecí recomendar.

—Siéntese V., repuso el ministro, cediéndome

parte del sofa que le habia servido de lecho, y pídame cuanto desée.

Aproveché su indicacion, y respiré como aliviado de un gran peso en lo pendiente de una sierra.

—Decíamos, añadió el ministro.

—Decia, repuse, que estoy empeñado á recomendarle un negocio, y voy á cumplir mi palabra. Don Marcos Pastrana, que habia sido contador de rentas de la provincia de Barlocena durante algunos años, fué separado de su destino hace tres, sin haber dado el mas leve motivo para semejante medida.

—Defiende V. con mucha conviccion los intereses de su protejido.

—Lo tengo por un hombre honrado.

—No pondrá en duda su honradez: y puede V. continuar.

—Sin discutir sobre las razones ó pretestos en que pudieran fundar entonces su deposicion, solo diré que me holgaria mucho de verlo repuesto en su anterior destino ó en otro de la misma clase.

—La recomendacion es lacónica: repuso el ministro sonriendo.

—Siempre he oido decir que los memoriales deben serlo: le repliqué en el mismo tono.

—Todas las dimensiones son buenas, cuando se dirijen á un amigo: y solo siento no ser el mi-

nistro del ramo, para despachar al momento tan recomendada solicitud.

—¿Pero podrá V. interesarse con su compañero?

—Sin duda. ¿Trae V. consigo la esposicion á S. M.?

—No señor: pero....

—Tal vez no nos sea necesaria. Escriba V. en un papel el nombre del solicitante, y lo que desea conseguir.

Me acerqué al bufete del ministro, y en un pliego de papel timbrado escribí. «Don Marcos Pastrana desea la contaduría de rentas de una provincia de primer órden.» y al dejar la pluma reparé en una tarjeta, que decia: *Nazario Palma de Jura.* Esta tarjeta me esplicó el recebimiento de los porteros y la pregunta del ministro.

El sofá de muelles, que tan blando debia parecer á don Buenaventura Perez Crespo, habia sido para mí, el poco tiempo que estuve en él, un verdadero lecho de espinas, y no quise ocuparlo de nuevo. Indiqué el papel con un espresivo ademan, y me despedí del ministro: este me estrechó la mano deteniéndome unos instantes, y dijo con afable sonrisa:

—Haré su encargo, amigo Palma; pero V. acaba de probarme que *el hombre no es rio para seguir siempre el mismo curso.*

—Pero, murmuré.

—Ni una palabra mas. Es una observacion de amigo, y repito que haré con eficacia su encargo.

No podia seguir la discusion sin desventaja, y salí temiendo los peligros de partir la existencia con el Diablo.

CAPITULO XI.

UN DIA BIEN APROVECHADO.

Poner en órden las ideas que de tropel ó á la desbandada fueron apoderándose de mi mente, no sé si por brecha ó por asalto, seria querer sujetar á guarismos las arenas de rios y playas, las aves que pueblan el aire, y las hojas de flores y plantas: renunciemosá este trabajo, que ni honra daría ni provecho, y contentémonos con decir que se borraron con el sueño.

Amaneció, no sé de qué modo, porque durmiendo no se ve si sale la aurora sobre carro de topacios ó de zafiros; dieron las ocho en todos los relojes de campana, todas las muestras las señalaron, y yo dejé el lecho soñoliento, pues me habia acostado á las tres, y cinco horas de

sueño no es mucho para un hombre que asi piensa en ser cenobita como en arrancarse las pestañas.

Despues de estregarme los ojos, no recuerdo si con las puntas de los dedos ó á puño cerrado, que una y otra cosa puede ser, me recosté en una butaca tan blanda como el sofá de S. E. y me puse á leer los periódicos, empezando por la Gaceta, á la que por órgano oficial y por anciana guardaba siempre la merecida preferencia.

Empecé por la parte oficial, que es empezar por el principio, y supe con júbilo que S. S. M. M. y real familia continuaban sin novedad en su importante salud. Continué por el primer real decreto, y ví que S. M. se habia dignado conceder cincuenta grandes cruces á un médico de cámara, un pintor de idem, no recuerdo cuantos generales y brigadieres, grandes del infierno, capitalistas etc., etc., etc., Acaté, como era debido, la resolucion de S. M.; y pasé á una lluvia de cruces pequeñas, grados, empleos, etc., etc., que en España hubieran llamado la atencion porque estas gracias no se prodigan, pero que se veian en el Infierno con estóica impasibilidad.

A renglon seguido de las gracias, venia un parte del director general de correos, participando al gobierno de S. M., que las muchas nieves y mal estado de los caminos dificultaban la conduccion de la correspondencia pública, por

lo que á pesar de los heróicos esfuerzos de los mayorales y postillones que se espresan, las sillas correos de tal y cual punto habian llegado con cuarenta y seis y cincuenta y cuatro horas de retraso: habiendo dejado enterradas en nieve á dos góndolas de las diligencias generales, y á una de las peninsulares, cuyas mulas resbalándose con el hielo se habian caido de la lanza.

Al leer la palpitante relacion de un pais nevado, y viendo que una húmeda niebla habia empañado los cristales de mi gabinete, mandé que encendieran la chimenea, y trasladándome á la sola me hundí en otra cómoda butaca, y despues de reflexionar maduramente que el parte del señor director de correos era una lectura tan amena como instructiva; continué la empezada tarea con fé, esperanza y caridad.

El autócrata de todas las Rusias y los hielos de la Siberia, azote y verdugo de un pais: el emperador de Alemania y el príncipe de Meternich, cuerpo y alma de una autoridad: el rey Luis Felipe I, encargado y aspa de un telégrafo: la reina Victoria y su ministerio, santo y sacerdotes de un culto: el rey de Prusia y sus políticos; maestro de escuela que pregunta, chicos que enseñan y máquina que hace mucho ruido sin producir ningun efecto; fueron pasando ante mis ojos; estraño escuadron de gigantes y de pigmeos, de realidades y mentiras, de astros sin

órbitas, de órbitas sin astros, de luz y sombras, que conversándose entre sí quieren sostener una bóveda sin clave, acometiéndola con picos, y haciendo volar profundas minas.

De la política esterior pasé á la interior, y como el ministerio, segun la feliz espresion de Sofia, era de color de hoja seca, la política del periódico oficial tenia el color del ministerio y no era ni nueva ni brillante, corrí por ella como quien corre sobre ascuas, deteniéndome sin embargo en la crónica electoral. La Gaceta no hacia comentarios sobre las personas nombradas (en lo que obraba como prudente su director, pues el mas humilde diputado podia elevarse al ministerio, y pobre entonces del direcctor si hubiera dicho una sola palabra capaz de provocar su enojo); pero sí ponia todos los nombres; y entre aquellos nombres leí: «Don Nazário Palma de Jura, propietario y escritor público, diputado electo por el distrito de Riadalo.»

Tan acostumbrado estaba á ver cosas que no habia soñado siquiera, desde mi llegada al Infierno, y tanto puede la costumbre que apenas me llamó la atencion mi honroso y nuevo cargo. Erguí la cabeza, como hombre que tiene en su mano una parte del destino de su pais, y abrazando de una sola ojeada las variedades de la Gaceta, que no tienen mucho que abrazar, la arrojé sobre un velador.

Siguiendo el turno de periódicos, que establecí desde el primer dia, me apoderé del Infernal pero antes de leer la primera línea de su primer artículo de fondo, me asaltó una idea, que me hizo suspender la lectura y profundamente meditar.

—Yo no poseo, decia en mi interior, un solo palmo de terreno en los dominios infernales, y segun la constitucion que nos rije, para ser representante del país, es indispensable justificar una renta de diez mil reales anuales, procedente de bienes raices, ó pagar por el mismo concepto mil reales de contribucion. Yo no puedo ser diputado.

Este argumento, que, aunque no calado servilmente sobre los moldes escolásticos, no dejaba de tener sus formas, era á mi ver tan concluyente, que incliné la frente sobre el pecho y lancé un profundo suspiro; porque á mi pesar se iba despertando en mi pecho, no sé que la ambicion esté en él, pero es frase sacramental, la noble ambicion de poner término algun dia á los males de mi patria adoptiva, á la que iba cobrando amor.

Mucho tiempo hubiera durado mi meditacion, á no turbarla mi amable huéspeda, que con un grueso pliego en la mano me saludó desde el dintel.

—Buenos dias, señor don Nazário.

—Muy buenos, señora: respondí.

—¿Ha pasado V. buena noche?

—Buena, ¿y V.?

—He estado un poco desvelada y he oido á V. toser varias veces.

—Estoy un poco constipado.

—¿Por qué se ha levantado V. hoy? El tiempo está crudo, señor don Nazario, métase V. de nuevo en la cama y le daré leche caliente bastante cargada de azúcar.

—Gracias, señora, muchas gracias.

—No se cuida V.

—Esto no es nada: pero trae V. un pliego en la mano, y presumo que será para mí.

—Es verdad: como hablábamos del constipado me olvidé de esta carta que acaba de entregarme el cartero.

Mi huéspeda me entregó la carta, haciéndome una profunda reverencia; y despues de preguntarme varias veces si queria tomar sudoríficos, desapareció como habia entrado, es decir saludando siempre.

Me apresuré á romper el nema, y con asombro ví papel sellado y papeles impresos: los desdoble y encontré el acta de mi eleccion, y dos recibos de contribuciones, por los que constaba que habia pagado el año anterior dos mil trescientos reales de contribucion territorial.

—¡Ya soy diputado! esclamé dando una puña-

da en el brazo de la butaca, que estuvo á punto de romperse, y despertándome la alegría un apetito mas que mediano, tiré con una mano el Infernal y con otra el cordon de la campanilla, para pedir que me sirvieran el almuerzo.

Quien quiera ser servido al vapor, frase nueva, debe vivir en casa de huéspedes, pagar mucho, hacer poco gasto, y no escatimar las propinas ni oponerse á algunas periódicas sangrías, que de vez en cuando le hagan; si alguno duda de la bondad de este consejo, que se venga á almorzar conmigo y se rendirá á la evidencia.

No soy gastrónomo, lo que al público nada importa, pero place mucho á mi huéspeda: á pesar de mi gran contento almorcé muy medianamente, y solo por gala empecé á hacer algunos honores á los postres. La huéspeda se presentó con una sonrisa maliciosa.

—Señor don Nazario, me dijo: una señora busca á V.

—¿Ha dicho su nombre? pregunté; temiendo una escena semejante á la que tuve con la dama del pié delicado y pequeño.

—Aquí tiene V. su tarjeta.

Cojí la tarjeta y leí: *Sofía Amaranto de Pastrana.*

—Que entre al ínstante: grité á mi huéspeda, y con la servilleta en una mano y medio pastelillo en la otra salí al encuentro de Sofía.

Un hombre en bata, pantuflas, desgreñado, y con los accesorios del pastelillo y la servilleta no debe parecer muy elegante ni gallardo, y la hermosa mitad del cesante tuvo que hacer un violento esfuerzo para no soltar la carcajada. Avergonzado tiré el pastel, me limpié las puntas de los dedos en la servilleta y presenté la mano á Sofía. La pretendienta me dió la suya sin recelo ni reparar en el guante amarillo, que habia estrenado momentos antes; y de la mano la conduje hasta una butaca muy próxima á la chimenea y frente á frente de la mia.

—Amigo mio, me dijo Sofía, con su voz dulce y argentina, he venido á turbar á V. en lo mas sabroso de su almuerzo.

—Solo siento, la repliqué, desembarazado de aquella fatal servilleta y tomando una postura mas galante, que haya V. llegado á los postres: pero si quisiera hacerme el honor de tomar algo en esta su casa, seria muy fácil remediar su, para mí, sensible tardanza.

—Las mujeres, amigo mio, repuso Sofía, con el delicado coquetismo, arma y lote de las mujeres, somos mucho mas arregladas que los hombres, y nunca salimos de casa sin haber almorzado antes.

—Pero al menos me hará V. el gusto de probar un poco esta conserva.

—Las mujeres somos golosas, y el que nos

provoca con dulce está seguro de vencernos. ¿De qué es la conserva?

—De manzana.

—Quiere V. vengar al primer hombre.

—Desearía vengarme á mí propio.

Sofía tomó un cuchillo, y con un donaire singular llevaba del plato á los lábios tan pequeños pedazos de conserva, que al tocarlos quedaban perdidos, como la abeja entre las hojas de una malva.

Con su esquisita delicadeza me reservó el último pedazo, conociendo que por estar sobre la punta del cuchillo, que habia rozado ligeramente sus frescos lábios, quemaria los mios como fuego, sabiéndome á dulce ambrosía.

Pagué á Sofía el tierno agasajo con una mirada radiante, y la hermosa dando á sus ojos aquella espresion dulce y ardiente que trastornaba mi razon:

—He querido ser la primera en felicitar á V., me dijo: y me parece que lo he logrado.

—Hasta ahora no habia considerado una fortuna el honor que me han dispensado los pueblos: pero su visita me prueba que calculaba equívocado.

—Qué amable es V.

—Y V. qué hermosa.

—¿Me paga V. así la visita?

—Yo no sé lo que hago, Sofía; porque sus miradas me enloquecen.

—¿Quiere V. que baje los ojos?

—No, Sofía; no baje V. los ojos por Dios. Míreme V., abráseme el alma con las miradas de sus ojos: máteme, que quiero morir al impulso de sus miradas.

—Amigo mio, ¿cumplió V. anoche su palabra?

La pregunta de Sofía Amaranto heló en mis lábios la palabra y puso dique á mi pasion. Una sonrisa de compasion ó de desprecio contrajo mis músculos, y dando á mi acento cuanta frialdad me fué posible, repuse:

—Comprendí, señora, todo el interés que V. tenia en el pronto despacho del negocio y hablé anoche con el ministro.

Sofía aparentó no comprender la amarga ironía de mis palabras, y volvió inmediatamente á preguntarme con perfecta tranquilidad:

—¿Qué respondió á V. el ministro?

—Me ofreció influir eficazmente con su compañero, y como habia olvidado pedir à V. la solicitud de su señor esposo...

—Aquí la traigo: repuso Sofía vivamente.

Alabo la precaucion, señora, repliqué con la misma ironía, pero no la creo necesaria.

—¿Por qué? preguntó con viva inquietud.

—Porque conociendo el ministro que yo deseaba el pronto despacho del negocio, tuvo la condescendencia de decirme que escribiera en

un pedazo de papel el nombre del solicitante y el destino que pretendia.

—¿Lo escribió V.?

—Inmediatamente.

Sofía arrastró su butaca hácia la mia, se quitó un guante, como distraida, y arreglándose con su pequeña y delicada mano un rizo, que no necesitaba el menor arreglo:

—Amigo mio, dijo, conozco que no tiene límite su bondad.

—Mi obediencia, señora: repuse.

—¿Está V. enojado conmigo?

—Seria sumamente ridículo enojándome con quien tanto me favorece.

—Me parece que su lenguaje ha cambiado mucho en pocos momentos.

—¿Es posible que V. lo crea?

—Muy difícil seria dudarlo.

—Cuando se está al lado de una hermosa se siente á todas horas lo mismo, y es muy natural espresarse de la misma manera siempre.

—Lo que acaba V. de decirme me parece muy bien hablado, pero al mismo tiempo mal sentido.

—Está V. deliciosa, Sofía; y parecemos en este instante dos amantes reñidos.

—Es verdad.

—Si fuéramos, Sofía, lo primero, poco importaria lo segundo.

—Sofía puso entonces su pequeña y desnuda mano sobre el brazo de mi butaca, inclinó su talle flexible hácia mí, me miró con una mezcla de vergüenza, tristeza y ternura, y dijo:

—Nazario, los hombres solo aprecian el sacrificio pero en nada estiman la lucha.

Por mas prevenido que estaba contra la seduccion de Sofía, su voz y su dulce mirar me trastornaron completamente: sin embargo, conservé las fuerzas necesarias para no desplegar los lábios, y mecí tristemente la cabeza, como apenado y pensativo.

—Amigo mio, prosiguió la dama, hoy no podremos entendernos y padeceremos callando. ¿Me promete V. no olvidarme?

—No lo lograria aunque quisiera: repuse con cierta timidez.

—¿Me visitará V.?

—Cuando pueda darla noticias.

—Me conformo, Nazario; me conformo. Adios, amigo mio; procure V. visitarme pronto, porque deseo tener noticias.

Sofía se levantó, la imité; me tendió su desnuda mano, se la estreché con mas violencia que yo mismo hubiera querido; la acompañé hasta la escalera, nos dimos el último adios, y volví á echarme en mi butaca.

Predestinado estaba yo para luchar continuamente, preso de encontradas ideas, que se con-

fundian en mi mente, como se confunden las hojas secas que arrrastra en otoño el huracan. La política y el amor me habian elegido por juguete; cuando pensaba triunfar caia; y cuando temia caer triunfaba. Era la ola que se levanta en la inmensidad del Océano para confundirse con otra ola, ahogar al poderoso navío ó contra la roca estrellarse: la pluma arrancada de una abutarda, que escribe YO EL REY, va á manos de un memorialista, ó juega en los dedos de Byron.

Mucho medité, mi voluntad no era bastante á sujetar las meditaciones que se rompieron al leve ruido de una puerta.

CAPITULO XII.

ESPLICACION Y ENHORABUENA.

La puerta fué abierta por un hombre que usaba de su propio fuero para presentarse sin que precediera su anuncio: este hombre era nada menos que Perico.

—Buenas tardes, Señor don Nazario: me dijo:

—Buenas tardes, Pedro: contesté.

—¿Cómo ha pasado V. la noche?

—Bien, Pedro: ¿y tú?

—Muy bien, señor.

—¿Qué traes por aquí?

Lo que traeré todos los dias. Bien sabe V. que mi costumbre es venir á informarme diariamente del estado de su salud.

No lo sabia, dije para mí, y no me parece

mal ir aprendiendo. Y alzando la voz añadí:

—¿Qué dices de nuevo?

—Ahí es nada. Todo el barrio está alborotado.

—¿Qué barrio?

—El que yo habito: el de Pesavia.

—¿Y por qué está alborotado, Pedro?

—Porque han nombrado á su merced diputado.

—¿Y qué espera el barrio de mi diputacion?

—Que nombre la reina á su merced ministro.

—¿Y cuándo yo sea ministro?....

—Dicen todos que disminuirá V. las contribuciones: y que mientras sea diputado hará oposicion al ministerio.

Esto es muy sério, dije para mí: un barrio entero de la córte cree que yo puedo llegar á ser ministro y pone en mí su confianza, ¿qué lazos me unen á este barrio? imposible me es ahora saberlo, pero procuraremos estrecharlos por lo que pueda suceder.

Me levanté, fuí al gabinete, abrí el cajon, tomé una onza, volví á la sala, y puse el dinero en la mano del buen Perico.

—¿Para qué me dá esto su merced? me preguntó, haciéndose atrás y no queriendo recibirla.

—Para que convides esta noche á todos los amigos del barrio: repuse.

—Eso es otra cosa. Mandaré disponer un ban-

quete en la taberna, reuniré á todos los amigos, y les diré que V. me ha mandado.....

—Precisamente todo lo contrario.

—¿Pues cómo?

—Dirás á cada uno en particular: que para celebrar mi elecccion has querido gastar tus ahorros, pero que durante el banquete no pronuncie nadie mi nombre, pues de lo contrario me traeria graves y sensibles compromisos.

—Así lo haré: pero cuando se suba el vino...

—Que canten, rian y beban mas; pero que no pronuncien mi nombre.

—Haré lo que pueda.

—¿Cuándo piensas dar el banquete?

—Esta noche.

—Mucha prisa te das.

—Lo mejor es *el llanto sobre el difunto.*

—Haz lo que quieras.

—Y para no perder el tiempo, si su merced me dá permiso....

—Vete, Perico: pero antes díme cómo van tus amores.

—Vengo de ver á mi muchacha, y he tenido que trabajar mucho para no decirla que seria V. nuestro padrino.

—No se lo digas, Pedro; hasta que yo te lo permita.

—Callaré, señor don Nazario. A propósito de mi muchacha. He visto á la señora marquesa.

—¿No la conocias?

—No señor.

—¿Y qué te ha parecido?

—Muy guapa.

—¿Mas que su doncella?

—Lo que uno ama siempre le parece lo mejor.

—Sentencioso estás.

—Y auguro á V., señor don Nazario, que no se olvidará la marquesa de mi fisonomía.

—¿Por qué?

—Porque me miró de hito en hito.

—¿Piensas, Pedro, que la marquesa ha quedado prendada de tí?

—No señor. En primer lugar yo soy un perdido para señora de tanto rango; y en segundo no brillaba en sus ojos amor, pero sí una grande curiosidad.

—¿Te habló la marquesa?

—No señor; pero me parece que preguntó al cochero mi nombre. Pero yo me entretengo mucho y es fuerza que vaya á preparar el banquete.

—Adios, Perico.

—Hasta mañana.

Salió Pedro y de nuevo me hundí en mi butaca, pues lo desapacible del dia no permitia salir á paseo, y de ningun modo tenia ánimo para correr nuevas aventuras. Me decidí á quedarme en casa, aunque temiendo fastidiarme,

si la Providencia no enviaba algun amigo en mi socorro.

Declarada estaba en mi favor: un coche se paró á la puerta de la calle y pocos momentos despues entró en mi aposento Camilo.

—Adios, Nazario: ¿cómo estás? dijo ocupando la butaca que sostuvo antes á Sofía, y encendiendo un rico cigarro.

—Bien, Camilo. ¿Tú estarás bueno cuando te mueves con tanto frio? repuse.

—Es verdad que no hace calor. Dejé arreglado nuestro periódico, permíteme que así lo llame, y dije para mí. Nazario no habrá salido de su casa y tendrá chimenea: buena conversacion buena lumbre, y si me viene á cuento que comer, no me ha de faltar; me voy, pues, á casa de Nazario.

—Te agradezco, Camilo, en el alma esta deliciosa visita; estaba temiendo fastidiarme solo; y con lumbre, buena conversacion y quien me acompañe á comer, juro á Dios que no me atacará el fastidio.

—¿Comemos juntos?

—Decididamente.

—A tales instancias y oponiendo poca resistencia sucederá como lo deseas.

—Y aun lo mando.

—Voy á decir á mi lacayo que se lleve á casa el carruage.

—Díle al mismo tiempo que te traiga una capa.

—¿Una capa?

—Sí.

—Cuidado, Nazario, con llevarme á malos pasos.

—Pierde cuidado. Manda que te traigan la capa, y á su hora me acompañarás como valiente y fiel amigo.

—Esto va picando en historia.

—Si no curiosa al menos nueva.

—Has picado mi curiosidad.

—Comunica, Camilo, tus órdenes.

Perez de Silva sacudió el cordon de la campanilla, entró un criado, le mandó llamar á su lacayó, subió este, recibió las órdenes de su señor, y pocos momentos despues oimos rodar la carretela. Camilo se enderezó un poco en la butaca, dió á su semblante marcado aire de gravedad y me dijo:

—Amigo Nazario, saludo con el mayor respeto á un representante del pais, dándole la mas cordial enhorabuena.

—Agradezco, como es debido, le respondí en el mismo tono, la manifestacion de afecto que acababas de hacerme; ya sabes toda la estension de nuestra amistad, y que cuanto valga, cuanto pueda será poco en comparacion de mi deseo de complacer á tan digno amigo.

—¡Bravo, bravo! esclamó Camilo, soltando una estrepitosa carcajada: hemos representado lindísimamente los papeles de protegido y protector: y para hacer el de periodista solo me faltaba añadir. Bien sabes que las columnas del INFERNAL están abiertas para cuanto quieras publicar, y que puedes corregir en ellas tus discursos.

El buen humor de Perez de Silva fué disipando poco á poco las densas nubes que habian ocupado mi cerebro, y olvidándome de Sofía tomé parte en su hilaridad.

—Vamos á tratar de otra cosa, dijo mi amigo con el mismo jovial humor. ¿Has leido el INFERNAL de hoy?

—Dos ó tres veces lo he tenido en la mano, y han entrado tantos importunos, que no me han dejado leerlo.

Camilo cogió el Infernal, recorrió sus columnas, y rayando con la uña un párrafo me entregó el periódico sin proferir una palabra. Busqué la raya con ansiedad, y con no menos ansiedad leí:

«Sabemos que anoche tuvo lugar en un mi-
» nisterio una acalorada aunque amistosa discu-
» sion entre el ministro y un publicista electo
» diputado. Se dijeron cosas muy buenas, con-
» cluyendo el señor ministro la cuestion con es-
» tas palabras: *El hombre no es rio para seguir*
» *siempre el mismo curso.* »

El párrafo aludia, sin duda, á la entrevista que el Diablo, mi homónimo, habia tenido antes que yo con el ministro; confirmándome en ello las palabras que el periódico subrayaba, siendo las mismas que me habia repetido Perez Crespo.

—Esta mañana, dijo Camilo, me he encontrado con el parrafillo en cuestion: pregunté por qué lo habian puesto sin consultarme y me respondieron, que lo habian hecho porque lo llevaron de tu parte y estaba escrito de tu letra. Dije entonces que habian hecho muy bien, y aquí me tienes deseoso de saber algunos pormenores.

—Te diré uno solo, amigo mio, He sido el héroe de la fiesta.

—¿Habrás rifado con el ministro?

—Precisamente no.

—¿Pues cómo?

—La huespeda entró en el momento, me preguntó con la mirada si podia hablar, la dije que sí, y entregándome un pliego dijo:

—Del ministro de la gobernacion.

—Está bien: repuse á la huespeda, que se retiró discretamente.

—Me parece, dije á Camilo, que aquí tendremos una prueba de mi buena ó mala amistad con don Buenaventura Perez Crespo. Rompe el nema, Camilo, rompe y lee.

—Esa prueba de confianza ofende, Nazario, á mi amistad.

—Deseo, Camilo, que me complazcas.

Camilo rompió el nema y leyó:

« Señor don Nazario Palma de Jura. »

« Mi apreciable amigo: queriendo cumplir á V. la palabra que le empeñé anoche, he entregado á mi compañero, el ministro de hacienda, la nota que V. me dejó; recomendándosela eficazmente. El ministro la recibió como cosa de V. y mia, y tengo el gusto de anunciarle que será colocado su protegido en la primera contaduría principal de rentas que vaque.

» Queda de V. afectísimo amigo seguro servidor Q. B. S. M.

BUENAVENTURA PEREZ CRESPO. »

—¿Qué dices, Camilo? pregunté.

—Francamente: que no comprendo los medios de avenir este párrafo y esta carta: repuso Camilo.

—A esta carta ha dado lugar la exigencia de una muger. ¿Vas comprendiendo?

—Un poco, Nazario. ¿Pero si te convenia no rifar con el ministerio, por qué has puesto el párrafo en cuestion?

—Han falsificado mi letra.

—¿De veras?

—Sin la menor duda.

—Esto es muy grave.

—Voy á esponerte francamente mi conducta en este negocio.

—Te escucho.

—Amo á una muger....

—¿La amas, Nazario?

—O tengo capricho por ella; elige lo que mas te plazca. Amo á una muger, esta muger tiene á su marido cesante y ha hecho un viaje sola, con intento de colocarlo.

—No sigas, Nazario: era imposible dejarla pretender por sí misma, particularmente en hacienda, y te has encargado: lo comprendo.

—Pero quiero que sepas la historia del párrafo y carta en cuestion.

—Con mucho gusto. Continúa.

—El único ministro con quien tengo relaciones de sociedad es el de la gobernacion: fuí á verlo para recomendarle el negocio: empezábamos á hablar de política, nos exasperamos un poco, y algunas personas que esperaban en la antesala, pudieron oir nuestras palabras ó á lo menos el ruido de las voces. Cualquiera de ellas ha escrito el párrafo en cuestion.

—Es posible. ¿Pero cómo oyó lo del rio?

—A pesar de nuestra disputa nos separamos

bastante amigos, y en el momento de despedirme pronunció su inoportuno aforismo. En el calor de la disputa me olvidé de hacerle la recomendacion que me habia llevado al ministerio, y ya distante de él volví. Perez Crespo me recibió como si nada hubiera pasado, le manifesté mi solicitud, la acogió con mucha cortesía y aquí tienes los resultados.

—Solo puedo hacerte un reproche.

—¿Cuál?

—El de que eres muy aficionado á las hijas de Eva.

—¿Qué hombre no lo es?

—El ministro de hacienda.

—¿De veras?

—Has estado ausente dos años y no es estraño que desconozcas la crónica de S. E.

—¿Me la contarás?

—A su tiempo.

—Son las seis. ¿Quieres que pida la comida?

—No tengo el menor inconveniente.

Llamé á mi huéspeda, la dije que queria comer y que pusiera dos cubiertos.

En otra ocasion he observado que me servian siempre con admirable rapidez, y á presencia de un convidado debia aumentarse la prontitud. Camilo y yo habiamos hablado de los negocios de alguna importancia durante una sesion de tres

horas, y poco ó nada nos quedaba ya que decirnos. No obstante, como era preciso pasar el tiempo y Perez de Silva, hombre de chispa, empezó á contarme algunas anédoctas de personas que consideraba mis amigas; pero cuyos nombres no habia oido pronunciar siquiera.

Nos sirvieron la sopa, Camilo interrumpió su relacion, que precisamente trataba, de cómo se efectuó el matrimonio de la hermosa hija de un general no muy guerrero; del empleo que dieron al marido fuera de la córte; de los asuntos que pedia y lograba con frecuencia, poniendo las mas alarmantes disyuntivas: y otros curiosos pormenores, que sazonaron sopa, cocido y una perdiz.

Con motivo de un plato de jamon en dulce, me contó Camilo las aventuras de la esposa de un banquero judío, que segun su dicho no tenia nada de Susana: y cuando llegamos á los postres hablando de unos pastelillos y una delicada conserva, me recomendó mucho los ojos de una confitera muy joven, que, segun me dijo, vivia frente al café de la Disputa.

Comida de delicado aliño y bien sazonada con chistes, por precision parece corta, buen aliño y delicados chistes tuvo la nuestra, amen de vinos estrangeros, de modo que á las siete y

media estábamos tomando café, sin saber cómo darnos cuenta de la hora y media que dos hombres solos habiamos invertido comiendo.

—¿Cuándo hacemos uso de las capas? me preguntó Camilo al echar la primera bocanada del humo de un delicadísimo veguero.

—Inmediatamente, Camilo, le contesté; pero te ruego que me permitas escribir antes cuatro renglones.

—¿Cuatro renglones nada mas?

—Nada mas. Palabra de honor.

—Tienes mi permiso.

Mandé que lleváran luz á mi gabinete, escribí en papel de cantos dorados exactamente cuatro renglones, los reuní á la carta que me habia escrito Perez Crespo, los cerré bajo un mismo nema, y escribí, dándoles direccion.

«Señora doña Sofía Amaranto: calle de los Claveles, número 10, cuarto 2.º»

B. S. P. N. P. de J.

Llamé en seguida á mi criado, le entregué el pliego, dándole las señas de palabra: y me vestí en cinco minutos; dejando admirado á Camilo, que por segunda vez me veia desempeñar en tan poco tiempo tan delicada operacion.

—Cuando quieras: dije á Camilo, entrando en la sala con mi capa y sombrero puestos.

—Al instante: me replicó. ¿Pero sabes si han traido mi capa?

Tiramos de la campanilla; y mi huéspeda se presentó al punto con ella, adivinando lo que la ibamos á pedir.

—Vámonos, pues: añadió Camilo; y bien embozados los dos salimos de mi alojamiento.

CAPITULO XIII.

A CINCO REALES EL CUBIERTO Y LO DEMAS PARA PROPINAS.

Antes de hablar de nuestro paseo, quiero, con ayuda de los datos que deba á Perico, narrar los preparativos y principio del suntuoso banquete electoral que recomendé á su cuidado.

Cuando salió Pedro de mi casa se fué á su taberna favorita, y encarándose con el tabernero; hombre de nariz roma y granujienta, abultado abdomen, y falsa sonrisa:

—Rafael, le dijo: esta noche cenamos aquí unos cuantos amigos: ¿comprendes?

—¿Cómo cuantos? preguntó el tabernero.

—Como sesenta.

—¡Cáspita, Perico! es todo un banquete.

—Dices bien.

—¿Te han nombrado, chico, diputado?

—Algo tenemos de diputacion.

—Cuenta.

—Ya conoces á don Nazario.

—Lo mismo que á tí.

—Es diputado.

—Ya lo sé.

—Pues bien.

—¿Qué?

—Vengo de verlo.

—¿Y qué?

—Me ha dicho: «Yo sé, Pedro, que la jente del barrio me estima.»

—Ya se ve que le queremos mucho: es un señor tan campechano, tan tratable: saluda á los pobres como si fueran condes ó duques, y si uno se ve en un aprieto: ya sabes....

—¿Quieres tú saber lo que me ha dicho don Nazario?

—Te escucho con un palmo de orejas.

—Pues me ha dicho. «Yo sé, Pedro, que la jente del barrio me estima mucho, y siento en el alma no poder darles una muestra de mi cariño. Yo los haria venir á casa, para que tomaran un vizcocho y una copa de vino de Jerez, pero temo que les dé vergüenza....

—Y tiene razon. ¿Cómo habíamos de ir nos-

otros á su casa en donde se reunirán tantos señores?

—Si no me dejas concluir....

—Habla, Perico.

—Don Nazario continuó: «Pero de todas suertes quiero, que beban siquiera á mi salud.»

—¿Eso dijo?

—Y metiendo la mano en su cajon me dió....

—¿Qué te dió don Nazario?

--Una onza.

--¡Cáspita, Perico! ¿Y qué piensas hacer con ella?

--Dar de cenar á los amigos.

--Muy bien pensado. ¿Y quieres que la cena sea aquí.

--Ya te lo he dicho.

--Bien sabes que mandas en mi casa.

--Gracias, Rafael. Ahora quiero que me acompañes.

--Con mucho gusto. ¡Mira, Nicolasa, grito el tabernero dirigiéndose á su muger. Echa un ojo por esta tienda, que voy á un negocio con Perico.

Los dos en amor y compaña, que si no me engaño es principio de cuento, aunque no principio de millon, se encaminaron á un matadero, y ajustaron un hermoso carnero, que segun el cálculo del matador debia tener mas de setenta libras de carne. El animal pereció al filo de la

cuchilla, recojieron la sangre en una vasija de barro; dejaron la zalea al matador por su trabajo, y la víctima y sus despojos fueron conducidos inmediatamente á la taberna de Rafael.

El tabernero era conocedor de la cocina que á sus parroquianos gustaba, y asi Perico no tuvo nada que decirle respecto al aliño del sacrificado animal.

Libre Pedro de la parte mas enojosa de su banquete, compró pan y un barril de aceitunas: y llegado que fué á la taberna dijo al tabernero.

--Rafael ¿cuánto gastarás en los aliños de ese vicho?

—Dos duros; respondió el tabernero, y echemos pelillos á la mar.

--Bien. Yo he gastado siete duros, y dos que voy á darte nueve: quedan siete. ¿Qué vino nos darás por seis duros?

--Has dicho que te quedan siete.

—No importa. ¿Qué vino nos darás por seis duros?

--Con un parroquiano como tú no quiero ganar ni un ochavo. Te voy á vender el vino por mayor y al mismo precio que me cuesta. Por seis duros os vais á beber tres arrobas.

—Aquí tienes los ocho duros.

—¿Y ese duro que queda, Pedro?

—Para quien nos sirva á la mesa.

—Eres un mozo muy cabal.

—Vamos á otra cosa, dijo Perico despues de un instante de silencio. ¿Cuántas personas podremos convidar?

—El vicho, repuso el tabernero, tiene tela larga.

—Ya lo sé: ¿pero cuántas personas crees que podrán comer de él?

—Hagamos cuentas. El perillan del matador nos dijo que tendria el carnero setenta libras: él aumentaria alguna cosa; bajemos diez libras por su aumento: nos quedan sesenta. A esto podemos añadir las menudencias y no se quedarán sin comer sesenta convidados.

—Quince duros entre sesenta, sale á cinco reales el cubierto. No se quedarán sin comer.

—¿Apruebas?

—Apruebo. Ahora debemos ocuparnos de otra cuestion.

—Habla, Perico.

—¿Nuestros convidados serán hombres solos ó traeremos algunas mugeres?

—El negocio me parece de hombres.

—¿Por qué?

—Porque en los asuntos políticos solo los hombres toman parte.

—Mas de una vez he visto mugeres valientes, que se presentaban al peligro cuando los hombres huian de él.

—Si quieres que vengan.

—Que vengan.

—¿Y en qué proporcion?

—Las mugeres bizarras no son muchas, pero es preciso no hacer desaires. Todos los casados podrán venir con sus mugeres.

—¿Y los solteros con sus queridas?

—No, Rafael.

—Como te parezca mejor,

Perico y su amigo el tarbernero fueron nombrando uno por uno á los hombres mas ternes del barrio, contando por dos á cada casado, pues segun el convenio hecho debian acudir con sus mugeres. Cuando estuvo completo el número se entró Rafael á la cocina, y Perico se puso en movimiento para hacer sus sesenta convites.

No es nuestro intento referir las preguntas de las mugeres ni los aspavientos de los hombres, basta decir que fueron muchos, y que todos hacian honor al motivo y al convidante.

Para las ocho de la noche dió la cita Pedro; y á las ocho la sala mejor de la taberna, precisamente la que atravesé la noche antes para conocer á Perico, estaba alumbrada con mayor número de candilejas, cuyas mechas, mucho mas gruesas que de costumbre, era dudoso si daban mas luz, pero de seguro despedian humo mas mefítico y denso.

Una larga fila de mesas dividia en dos alcoba

y sala, cojiendo de testero á testero, sobre las mesas estaban colocados en dos filas sesenta panes, de trecho en trecho se veian algunos platos de aceitunas, grupos de vasos; ocho ó diez cuchillos, mayor número de cucharas de palo y grandes cántaras de vino.

Sesenta sillas rodeaban la fila de mesas, y Perico estaba sentado en la mas alta, y colocada en el testero.

Los convidados y convidadas fueron entrando en pequeños grupos: todos dirijian sus miradas á la larga fila de mesas, y se convencian á primera vista de que iban á asistir al banquete mas numeroso que habian presenciado jamás.

Se habian ataviado las mugeres con sus mas preciosos vestidos: las mas ricas traian corpiños de terciopelo negro, faldas de seda, collares de coral ó gruesas cadenas de oro, pañolones de bastante precio por los hombros, y de mano para la cabeza, ó mantillas con anchas franjas de terciopelo: y las mas pobres sustituian el terciopelo con la pana y la seda con el percal. Bien calzadas estaban todas, alegres, arrogantes y limpias.

Los hombres tambien habian seguido el ejemplo de sus mugeres, traian todos sus mas ricos trajes, pero no ofrecian el cuadro variado y pintoresco que sus mitades presentaban.

A las ocho y cuarto se veian ocupados todos los asientos; el tabernero se presentó, contó las

personas, y certificado de que estaba el número completo, hizo una seña á Pedro; Pedro inclinó un poco la cabeza, y al minuto se presentaron el tabernero, su mujer y su criada, trayendo cada uno un barreño de colosales dimensiones, que magestuosamente colocaron en tres parajes de la mesa.

Un grito unánime de aprobacion se levantó al ver los barreños, cuya salsa encarnada y grasienta movia el apetito, y cuyo olorcillo á toda espécie confortaba á veinte leguas de distancia.

Perico, cuyo carácter de anfitrion le hacia respetable y respetado, cogió un cuchillo é hizo pedazos algunos panes, otros convidados le imitaron, y aquella mesa simétricamente arreglada, dió el primer paso hácia el desórden, el que debia llevarla á otros por ley eterna y natural. Perico fué tambien el primero que sacó una tajada de carne, valiéndose de una cuchara, la colocó mañosamente sobre un pedazo do pan abierto, y la presentó á una mujer de cuarenta años, que estaba sentada á su derecha, diciéndola con galantería:

—Vaya esta presita, comadre.

La accion de Pedro fué la señal, y sesenta manos á la vez se sumergieron en los barreños, presentándose despues armadas de sus correspondientes presas.

—¿Adónde vamos? me preguntó Camilo en la escalera de mi casa.

—Sígueme y veras: le respondí.

—¿Veré algo de lustre?

—Lo verás.

—Así sea: dijo humildemente, y empezamos á correr calles.

Cuanto mas nos íbamos entrando en los barrios, mas crecia de punto la estrañeza de mi amigo, pero decidido á respetar mi secreto, guardaba silencio como yo, y apresuraba mas el paso.

Luego que llegamos á la calle de la Camorra, fuí contando casas, porque difícilmente podia leer los números á la escasa luz de los faroles, y sin vacilar me paré á la puerta de la taberna.

Perez de Silva dirigió una mirada al mostrador, clavó en mí sus ojos; pero no me dijo palabra. Entré, me siguió, y al pisar la primera pieza encontramos al tabernero.

—Don Na... gritó admirado Rafael, queriendo dar el grito de alarma.

Le puse mi diestra en la boca, deslicé una moneda en su mano, y le dije:

—Silencio, silencio. Quiero presenciar el banquete sin que sepan que estoy aquí.

—Vengan sus mercedes conmigo: repuso el tabernero, y haciéndonos cruzar un corredor oscuro y sucio, nos colocó tras una pepueña mampára que podia pasar por celosía, desde donde veiamos perfectamente á los sesenta convidados.

La fortuna quiso que llegáramos al empezarse

la comida, nuestras miradas recorrieron aquella línea de rostros francos, espresivos y varoniles: Camilo me apretó la mano, en accion de gracias por el espectáculo que le acababa de proporcionar.

Comida la primera tajada, tomó Pedro un vaso y lo llenó, convidadas y convidados hicieron lo mismo á su vez.

—A la salud de quien sabemos, brindó Perico.

—A la salud de quien sabemos, respondieron todos, y á la vez quedaron todos vacíos.

—¿A la salud de quién? me preguntó Camilo, osando apenas suspirar.

—A la mía, le respondí muy quedo.

Prosiguió el banquete; el primer brindis habia hecho nacer la alegría, y los convidados hablaban, comian y bebian á la vez. Elogiaban unos la sala, hablaban otros de lo bien cortado de la carne, dirigian todos alguna fineza al tabernero, y Rafael recibia unas y otras con la arrogancia de un triunfador.

A la media hora de combate, el fondo de los tres barreños se manifestó por varios lados; pero los estómagos daban señales de repletos, y se entretenia el mayor número en saborear las aceitunas. Los brindis eran mas frecuentes y mas entusiastas cada vez; pero al notar que las vasijas apenas derramaban líquido, una penosa es-

presion de angustia se pintó en los rostros de los bebedores.

Aquella fiesta era muy alegre y solemne para que una nube la empañara; me separé de la mesa para que en un momento en que Rafael salia á dar una vuelta á la tienda, y acercándome al tabernero le dije:

—Rafael, vino á discrecion á esa gente.

Mi órden se cumplió por ensalmo, aquellas vasijas vacías que causaban pena, se llenaron; y los esposos de las bodas de Canaan, no pudieron sentir un placer mas verdadero ni mas vivo que el que reanimó los semblantes de tan numerosa reunion.

Perico, único que sabia la cantidad de vino disponible, miró á Rafael con estrañeza, como preguntándole la causa de aquel inesplicable despilfarro; el tabernero se encogió de hombros y empezó á brindar con mas frecuencia. Los bebedores á cada brindis disminuian la poca razon, que muchos de ellos conservaban; y hasta el mismo tabernero, tonel mas profundo y mejor envinado que todos los de su taberna, hablaba con algun desconcierto y bebia como una vasija sin fondo.

—Señores, dijo Rafael llenando su vaso, que me imiten todos los valientes y brinden conmigo.

Los vasos se llenaron con rapidez y el tabernero continuó:

—Quiero repetir el primer brindis que echó Perico. A la salud de quien sabemos.

—¿Y por qué no hemos de nombrarlo? dijo la muger colocada á la derecha de Perico. ¿Tendremos miedo, por ventura de que nos lleven á la cárcel los polizontes? El brindis del señor Rafael no vale un comino, y supuesto que los calzones no saben hablar, hablan las faldas. ¡A la salud de don Nazario!

—¡A la salud de D. Nazario! brindaron todos á la vez; y el tinto pasó de los vasos á sepultarse en los estómagos de los hijos é hijas de Eva.

—Y para que el dia sea completo, dijo el tabernero acercándose á la mampara, solo falta lo que ahora verán.

Camilo y yo miramos con mas atencion, para no perder la sorpresa que los preparaba el tabernero; cuando abriéndose la mampara aparecimos en espectáculo.

Un grito general de alegría nos saludó: Perico admirado se levantó, descubiéndose al mismo tiempo, y los sesenta convidados, como movidos por un resorte, se pusieron tambien de pié, aunque muchos de ellos tuvieron que buscar apoyo, pues no podian guardar mucho tiempo equilibrio.

El tabernero habia logrado sorprender á los concurrentes; pero su sorpresa me ponia en un muy grave compromiso. Colocado en él, si me ofendia desairaba á los convidados y perdia en

parte su estimacion: hice de la necesidad virtud; me adelanté con paso firme, acompañado de Camilo: tomé dos vasos, puse en ellos una corta porcion de vino; presenté uno á Perez de Silva, y levantando el otro dije:

—Habeis brindado, amigos mios, á mi salud y os debo buena correspondencia. Brindo á la salud de estos valientes ciudadanos.

—A la salud de estos valientes: repitió Camilo, y desocupamos nuestros vasos, á pesar de que Rafael habia servido un vino que no hacia mucho favor á su taberna.

Los granaderos de la guardia imperial no recibian con tanto entusiasmo las palabras de Napoleon cuando los guiaba à la victoria, como los amigos de Pedro recibieron nuestro doble brindis. Una aclamacion no interrumpida y que duró algunos minutos, fué la respuesta, y Camilo me decia muy bajo:

—Amigo mio, estás recibiendo una verdadera ovacion.

—Observa, Camilo, repuse: el pueblo se dá por satisfecho cuando los que deben mandarlo le tratan con amabilidad: aquí aprenderás que es muy fácil conducir al pueblo, si en vez de azotarlo se le persuade, si en lugar de separarse de él se le trata con algun amor.

Aunque estaba muy complacido, y en cierta manera orgulloso, no me convenia prolongar una

escena que si llegaba á traslucirse seria comentada de mil modos : reclamé silencio y añadí:

—No quiero turbar, amigos mios, con mi presencia vuestra bulliciosa alegría, y os dejo para que deis fin á este banquete de familia; pero antes de que nos separemos me habeis de dar una palabra.

—¡Todos la empeñamos! esclamaron.

—No direis á nadie el motivo de este banquete ni mi presencia en él.

—Lo juramos.

—Gracias por todo, amigos mios.

Camilo y yo nos retiramos al compás de entusiastas aclamaciones : Perico y Rafael nos acompañaron hasta la puerta.

—Vayan sus mercedes con Dios : dijo Perico, saludándonos con su acostumbrada cortesía.

—Vayan sus mercedes con Dios : repitió el tabernero con su voz un tanto vinosa.

—Vino á discrecion, Rafael, y mañana la cuenta : le dije.

—Vino á discrecion, Rafael repitió Camilo entusiasmado, y salimos de la taberna.

Al dia siguiente me contó Perico que el banquete se habia prolongado hasta las doce de la noche, reinando la mayor alegría, y que muchos habian tenido que dormir el lobo en la taberna.

Doce duros pagué á Rafael, de seis arrobas mas de vino que habia consumido la gente.

CAPITULO XIV.

UN MUERTO.

Acababan de dar las diez cuando salimos de la taberna, y menudos copos de nieve enlodaban el empedrado y matizaban nuestras capas. Los serenos y los traperos, aves nocturnas como el murciélago y el buho, se apostaban en las esquinas ó escudriñaban en el arroyo; y algunas mujeres sospechosas, si la conviccion y la sospecha pueden ir juntas alguna vez, nos empujaban en la acera, y decian finezas que en sus lábios dejeneraban en insultos, que insultos son para la rosa las feas caricias de un reptil.

—¿En qué acabaremos la noche? me preguntó Perez de Silva.

—En lo que mejor te parezca, repuse: fiando

mas en sus conocimientos topográficos, que en los mios; muy estensos en apariencia, pero pobres en realidad.

—¿Has visitado á lo condesa de Jentosca?

Recordé que una de las doce tarjetas tenia este nombre, y respondí sin titubear.

—No, Camilo.

—¿Quieres que vayamos á verla?

—No tengo mas que un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que estamos perdidos de lodo.

—Tenemos un pronto remedio. Nos vamos cada uno á su casa; nos mudamos botas y pantalones: mando enganchar: voy á buscarte, y nos presentamos en carretela, lo que siempre dá alguna importancia.

—Convenido.

Nos separamos, á la media hora vino Camilo á recojerme, y cinco minutos despues pisábamos los aristocráticos salones de la condesa de Jentosca.

La circunstancia de ir acompañado de Camilo era para mí inapreciable, pues en la sociedad de la condesa debia presentarme seguramente como persona conocida, y no hubiera podido yendo solo dirijirme á la señora de la casa, á quien no habia visto jamás.

En una antesala dejamos nuestros gabanes, y penetramos en una sala bastante espaciosa y

amueblada con elegancia, pero que no era seguramente la destinada para las grandes recepciones.

Varias señoras y caballeros formaban diferentes grupos, y Camilo se dirijió á uno compuesto solamente por un corto número de personas.

—A los pies de V. señora condesa, dijo Camilo, dirijiéndose á una señora entrada en años, cuarenta y cinco por lo menos, y mas que medianamente gruesa: tengo el gusto de traer á V. á nuestro amigo Palma de Jura.

La condesa, que en empeñada discusion se encontraba con un caballero de su misma edad levantó la cabeza al momento, y tendiéndome afectuosamente su mano, por cierto no muy aristocrática, dijo:

—Agradezco á V. Perez de Silva, esta especie de presentacion, pues tanto tiempo ha estado lejos de nosotros el ingrato Palma de Jura, que otros amigos menos afectuosos se hubieran olvidado de él.

—Y hubieran hecho mal, condesa; repuse con desembarazo; porqué ni un solo dia han perdido su lugar en mi corazon y en mi memoria.

—Doy á V. amigo mio, las gracias en mi nombre y en el de todos. ¿V. ha venido tan bueno?

—Perfectamente. ¿Viendo su semblante de V. me parece inútil preguntar?

—Continúo siendo tan buena vieja.

—¡Condesa, por Dios!

—Guarde V. sus galanterias para esas jóvenes, que tampoco lo han olvidado y en las que tendrá mucho que admirar.

Me sonreí maliciosamente, cómodo medio de no decir nada, cambié algunos apretones de manos con las personas que á la condesa rodeaban, y tomando el brazo de Camilo, le dije:

—¿Te parece que pasemos revista á estos encantadores grupos?

—Estás en el deber de hacerlo, me respondió: y como encontrarás hechas mujeres algunas que dejaste niñas, quiero servirte de edecan y al mismo tiempo de mentor.

Perez de Silva era el amigo mas delicioso que podia imajinar un hombre reducido á mi condicion. El primer grupo á que llegamos lo componian dos hermosas jóvenes de quince años, apenas cumplidos, un jovencito de diez y ocho, y don Tadeo Gomez; presunto diputado, á quien conocí en la mesa redonda.

—A los pies de Vds. hijas mias, dijo Camilo á las dos jóvenes, y dirijléndome la palabra añadió:

—Aquí tienes á las hermosas Clara y Margarita, á quienes dejaste vistiendo muñeras y encuentras atormentando corazones.

Las dos niñas se sonrojaron, bajaron los ojos y replicaron á la vez.

—No haga V. caso de Perez de Silva. ¿Has venido V. bueno, Palma?

—A los pies de Vds. señoritas: pero no puedo complacerlas, pues encontrándolas tan hermosa creo que Silva tiene razon.

El jovencito nos miró de soslayo, con la impertinencia de su edad; Gomez me dió la enhorabuena, y nos dirijimos á dos señoras bastante bellas, y que ninguna habia cumplido treinta años.

—Bien venido, Palma de Jura, dijo la mas alta, presentándome su pequeña mano que estreché.

—Ahora conozco la ventajas de haber llegado: respondí.

—Lisonjero.

—Rosa me dice, interrumpió Perez de Silva, que habia tramado conversacion con la otra dama, que de tu viaje nos has traido un aire mas grave é imponente.

—Rosa sin duda me ha mirado por un prisma que la presenta todos los colores mas sombríos: repuse con vivacidad.

—Apelo á Julia, dijo Rosa; y estoy segura que opinará lo mismo que yo.

Discutimos unos minutos sobre mi aire, discusion tan trivial como aérea, y nos dirijimos á otro grupo.

Al separarnos de las damas me dijo Camilo.

—Hemos dejado á las dos inocentes cuyas biografias te conté esta tarde comiendo.

—Angelitos: repuse con malicia, para manifestar que la nueva no me cojia ya de relance.

En nuestra revista general aprendí varios nombres, y conocí á distintas personas de todas edades y sexos. Perez de Silva no sabia cuánto provecho sacaba yo de estas cortas conversaciones, y me remordia la conciencia, pensando en el frecuente abuso que estaba haciendo de su amistad.

Despues de las doce noté movimiento en un gabinete, y que la mayor parte de los tertulianos, particularmente las señoras de cierta posicion y edad, iban tomando asiento al rededor de una gran mesa, cubierta de tapete verde. La premura de tomar asiento, y el tapete verde sobre todo, me manifestaron que muy en breve los entreses y los elíjanes llamarian la atencion de jugadores y jugadoras.

Pensaba en sotas y caballos, cincos, mayores y judias, cuando sentí sobre mi hombro el leve peso de una mano que me llamaba la atencion. Volví al instante la cabeza, y tuve el gusto de encontrarme con la condesa de Jentosca, que me dijo con su estudiada amabilidad.

—¿Apuntará V. algunas cartas?

—No tengo el menor inconveniente: respondí con indlferencia, pero tambien con galantería.

—Siempre tan amable.

—Y V. siempre tan bondadosa.

—¿Entramos en el gabinete?

—Con muchísimo gusto, condesa.

Presenté el brazo á la de Jentosca, y la conduje á la fatal mesa cual si fuera á la de un festin.

La condesa se sentó á mi derecha, y á mi izquierda estaba una señora de cincuenta y cinco á sesenta años, viuda, segun ella misma me dijo, de un general. Camilo entró poco despues, y tomó asiento frente de mí.

Los dos banqueros descartaron pausadamente las barajas, las cruzaron á su sabor, pusieron de banca ocho mil reales en plata y oro, y tiraron el primer albur.

Pocas puestas se atravesaron; los jugadores esperaban encontrar juego, es decir, manera de sujetar la suerte al cálculo, pretension algo mas difícil que el prodijio de Josué; y los puramente aficionados no apostaban por espíritu de imitacion.

Yo, que respeto mucho ese mito llamado fortuna, acaso y providencia, puse media onza al as de oros, sin cuidarme de si era judia, menor, ni esperar que se decidiera por lado. Apenas habia caido mi moneda, cuando otra del mismo valor rodó al lado del cinco de copas, que era precisamente mi contraria.

Tiraron el gallo, y continuó la misma frialdad que en el albur.

—¿No juega V. abajo? me pseguntó la generala.

—No señora, la respondí. Respeto un adagio castellano que dice: *jugador de dos albures no se casará con mi hija.*

—Cuánto aprenden los que viajan.

—Equivale á haber vido mucho, recorrer distintos paises.

—Cobre V. Palma: me dijo la condesa.

En efecto habia salido el as de bastos.

Al tirar la segunda talla se notó mas animacion, las puestas se multiplicaron, y con ellas tomaron su fria espresion de codicia los rostros de los impasibles banqueros.

—¿No juega V., Palma de Jura? me dijo la condesa.

—Sí: Perdone V. estaba distraido: repuse: y dirigiéndome á Perez de Silva: ¿Adónde has jugado, Camilo? le pregunté:

—Al siete de bastos, repuso.

Al siete de bastos jugué, doblando la puesta. Una onza cayó al mismo tiempo al lado del caballo de espadas. Este empeño de jugar contra mí me llamó un tanto la atencion; alcé la cabeza inmediatamente, y ví una mano que se retiraba; esta mano era la del jóven Enrique Flores; á quien conocia por habérmelo presentado el exministro.

A pesar de que su conducta debia parecerme inesplicable, lo saludé con una sonrisa: Flores apartó de mí los ojos y no me devolvió el saludo.

Gané el siete, y otras varias cartas que apunté sin el menor cálculo; pero la suerte se habia empeñado en protejerme: Flores seguia haciéndome la contra, y debia perder una suma considerable.

La generala, que observó mi buena fortuna, me dijo:

—¿Quiere V. jugar una baca?

—Con mucho gusto: respondí.

—Pondremos dos duros cada uno.

—Si V. me lo permite, señora, jugaré esta onza por los dos.

—Como V. quiera: estando en suerte seria un crímen contradecirle.

Aposté la onza y la gané: doblé la puesta, y gané tambien; á la tercera los ojos de la generala querian salirse de sus órbitas: era el tercer golpe, y si triunfamos seria dueña de cuatro onzas.

—¿Tiene V. fé en ese as de oros? me preguntó la generala.

—La misma que en otro cualquier naipe: repuse con indiferencia.

—Mucho tarda.

—As hondo no se pierde; replicó la condesa en contestacion á su amiga.

La condesa tenia razon; á las dos cartas vino el as.

El banquero pagó la puesta, y yo recojí las ocho onzas.

—Estraño mucho que el señor de Palma se haya dedicado á enterrador: dijo Enrique Flores, con la mayor impertinencia.

Todos llevaron sus miradas del jóven á mí y de mí al jóven, como buscando la esplicacion de aquellas palabras imprevistas y mal sonantes. Yo miré á Flores con estrañeza, mientras Camilo, que estaba á su lado, le preguntaba!

—¿Qué ha dicho V. caballerito?

—He dicho, le contestó Flores, queriendo aparecer osado, pero no pudiendo ocultar su turbacion y aun su vergüenza, que don Nazario Palma de Jura acaba de levantar un *muerto*.

Al escuchar tan grosera injuria me puse de pié: la condesa leyó en mis ojos la resolucion de vengarme de una manera escandalosa, y deteniéndome con ambas manos.

—Por Dios, me dijo, amigo mio, no comprometa V. mi casa.

—¿Cuándo ha levantado un muerto? volvió á preguntarle Camilo.

—Ahora mismo: repuso Flores.

—¡Mentira, caballero; mentira! gritó la vieja generala brotando fuego por los ojos. Ha cobrado

el señor de Palma una puesta de cuatro onzas que jugaba á baca conmigo.

—El señor de Palma es incapaz de levantar muertos, caballerito; dijo un banquero con acritud: yo le he visto poner la puesta y era imposible equivocarla, porque está jugando á la dobla.

—Ha faltado V., caballerito, al decoro que mi casa merece· y como ha sido pública la ofensa, pública será la reparacion: dijo la condesa levantándose.

—Señora... tartamudeó Flores.

—Ruego á V. que tenga la bondad de retirarse y de no volver á mi casa

Tantos amigos habian hablado en mi favor, disputándose la palabra, que antes de responder yo á Flores estaba vencido y humillado. Casi tuve lástima de él, é iba á rogar á la condesa que recibiera sus disculpas; cuando levantándose con orgullo y provocador ademan, dijo:

—Saldré, señora, de esta sociedad, sosteniendo lo que una vez he asegurado.

Enrique salió, á una seña mia le siguió Camilo, y todos quedamos confusos, no sabiendo cómo esplicarnos la conducta de aquel imprudente.

Yo, víctima de su insensatez, no encontraba causa á su encono, y aunque en mi posicion escepcional, podia tener enemistades con personas á quienes hubiera ofendido mi homónimo;

daba la casualidad de que Flores me habia recibido tres dias antes en la sociedad del ex-ministro, como á una persona, conocida solo de nombre, á quien profesaba cariño, respeto y consideracion.

Deseando encontrar una causa cualquiera á su inesplicable conducta. recordé el intrincado logrogrifo, que yo habia descifrado fácilmente con asentimiento general: reflexioné que el logogrifo estaba dedicado á María; que María me habia hablado al oido, y que los celos habrian precipitado á Enrique, lo que era muy fácil á su edad.

—Palma, me dijo la condesa, visiblemente conmovida ó aparentándolo á lo menos: lo que acaba de suceder me hubiera afectado dolorosamente en todo caso; pero se aumenta mi disgusto, al considerar que tan desagradable incidente afecta á uno de mis mas íntimos amigos.

—Tranquilícese V., condesa, repuse con perfecta calma. Las palabras de ese pobre jóven habrian conseguido irritarme, pero me estimo demasiado para creer que puedan empañar mi honor.

—Puede V. estar muy tranquilo, observó la vieja generala: todos han defendido á V. con el calor de la amistad, y como ha dicho uno de los banqueros, era imposible confundir una puesta que se estaba jugando á la dobla.

El discurso de la generala, ademas de mostrarme simpatías, podia servir para recordarme que no habiamos divido la baca: comprendí esta piadosa idea, y no queriendo atormentar su espíritu, repuse con suma frialdad.

—Puesta que no hemos dividido aun, siendo de rigor hacerlo así, despues de haber dado el tercer golpe: y con la punta del dedo índice empujé cuatro onzas hácia el lado de la generala.

Durante el juego, consideró la anciana el peligro a que estaba espuesto nuestro oro, y aunque lo miraba con inesplicable codicia no sentia el placer de poseerlo; pero cuando lo vió en sus manos, se dilataron sus pupilas. y una sonrisa de placer contrajo todas sus facciones, profundizando mas las huellas que marcaba en ellas la edad. Miró una por una las monedas, para deleitarse á su aspecto ó certificarse de su ley; y sacando un bolso de mostaza con cierre de acero, las dió sepultura eclesiástica con deleitosa lentitud.

Este episodio, indiferente para todos, aunque de goces inefables para la vieja generala, no interrumpió la conversacion general; y aunque los banqueros, contrariados de ver interrumpida la partida, tirababan entreses y elíjanes, discurrian todos sobre el mismo tema, habiéndose formado una segunda línea en torno de los jugadoaes, compuesta de los curiosos del salon.

—Ese jóven debe estar loco, decia una niña de quince años muy pudorosa y muy bonita: entró en la sala desatentado, no saludó á nadie, y se dirigió al gabinete. Ya ven Vds. que solo un loco comete tamaña grosería.

—Particularmente, repuse, cuando en el salon se encontraban jóvenes tan bellas como V.

—Lo que es ser un hombre de mundo, dijo la mamá de la niña á media voz á la condesa: un jovencilio estaria furioso, mientras Nazario manifiesta la mas perfecta tranquilidad. Y con todo estoy persuadida que no dejará así el negocio.

Estas palabras hicieron sin duda viva impresion en la condesa; echó una rápida mirada sobre todos los jugadores, y me preguntó vivamente:

—¿En dónde está Perez de Silva?

—Hace un momento que salió y me parece que volverá: repuse con suma sencillez.

—Todo lo comprendo; un desafío.

—No podia ser otra cosa, observó un banquero.

—¡Un duelo, un duelo! repitieron varias señoras, y queriendo aparecer sensibles se cubrieron los ojos unas, como si estuviéramos en el trance, y otras declamaron contra la bárbara costumbre que preceptúa lavar con sangre las manchas echadas al honor.

No combatiré sus razones, pero sí puedo asegurar, pues en sus ojos lo leí, que muchas de ellas hubieran asistido de buen talante á nuestra lucha, y que mas que la compasion reinaba en todas la femenil curiosidad.

Camilo entró, me aseguró con una mirada que habia cumplido ya mi encargo, y se sentó tranquilamente.

—¿Por qué nos dejaba V., Camilo? preguntó la condesa.

—Señora, repuso mi amigo, mi ausencia ha durado pocos momentos.

—Pero...

—Juego al as: interrumpió Camilo para evivitarse una respuesta.

Seguimos jugando una hora mas; la fortuna no me retiró sus favores, y cuando se levantó la banca me retiré con una ganancia de cincuenta y cinco á sesenta onzas: Camilo tambien retiró una decente cantidad.

La condesa me repitió un millon de escusas, mis amigos manifestaron que el frenesí de aquel mancebo en nada lastimaba mi honor; y hasta algunas damas repitieron que seria generoso perdonándolo.

Camilo y yo salimos juntos: en el descanso de la escalera le pregunté:

—¿Qué has hecho, Camilo?

—Mañana á las ocho esperaré en mi casa á los

padrinos de Enrique Flores. ¿Qué debo hacer?

—Llevar á cabo el duelo; mas disponiéndolo de modo que no tenga que matar á ese jóven.

—¿No le tienes ódio?

—Por el contrario; solo me inspira compasion.

—Cumpliré, Nazario, tu deseo.

CAPITULO XV.

HERIR POR LOS MISMOS FILOS.

A las dos de la madrugada salimos de la sociedad de la condesa, y nos separamos mi amigo y yo, prometiéndome Perez de Silva, que vendria á buscarme al dia siguiente, despues de arreglar con los padrinos de Enrique Flores los preliminares del duelo que era indispensable terminar.

La vida, para quien la arrastra por espacio de treinta años entre las embravecidas olas de la mar que llamamos mundo, no es un bien, y la certidumbre de esponerla mas ó menos al siguiente dia, no me impidió dormir tanquilo, ni despertar á la misma hora. Este desprecio de la vida no es valor en mí, lo confieso; es cansancio de combatir, íntima persuacion de que el hombre

jamás encontrará en la tierra verdadera felicidad. Odio el suicidio como crímen ante Dios y la sociedad: compadezco al suicida, y desprecio á quien ve la muerte con espanto; porque morir es descansar.

La primera idea que me ocurrió al despertarme no fué el lance que debia sostener contra Flores, fué apoderarme del Rey de Armas, periódico del ministerio, y ver si respondia á las líneas estampadas en El Infernal del dia anterior. Recorri sus planas con presteza, y encontré el párrafo siguiente:

«El Infernal de ayer indica una sesion acalorada, que tuvo lugar antes de anoche entre »un ministro de la corona y un señor diputado »electo, que debió contarla á los redactores del »Infernal. Nada tenemos que oponer á las palabras de nuestro colega; pero sí debemos añadir, »por si no ha llegado á su noticia, que no fué »sangrienta la querella; y que despues de haberse retirado el señor diputado en cuestion, »volvió á entrar en la secretaría á hora avanzada »de la noche, para recomendar al ministro un »ahijado cesante, que ha desempeñado un destino de bastante categoría y mas que mediano »provecho.

»Escusamos añadir reflexiones sobre la premura que manifestó el señor diputado en recomendar á su cliente, y la buena inteligencia que

»debe reinar entre un diputado que solicita y un »ministro que no se niega.»

Aunque esperaba mucho mas, temblaba mi mano leyendo el párrafo del Rey de Armas. Aunque deseaba satisfacer las pretensiones de Sofía, no me contrariaba tanto perder su dudosa gracia, como que me creyera el ministro tan poco fino y caballero, que hubiera revelado á un periódico nuestra conversacion particular: conversacion que habia perdido una gran parte de su fuerza, despues de la que debia considerar mi segunda y amistosa visita.

Bien se vengaba El Rey de Armas del párrafo del Infernal, bien heria por los mismos filos.

Aun no habia dejado el diario cuando se presentó Camilo.

—Buenos dias, amigo Nazario. ¿Estás en la cama todavía? me dijo Camilo entreabriendo la puerta vidriera de mi alcoba.

—Entra, Camilo: repliqué.

—¿Qué haces?

—Lee este párrafo del Rey de Armas, que voy á vestirme al momento.

Camilo salió al gabinete; me arrojé del lecho, me vestí en bata, y cuando él volvia hácia la alcoba le salí al encuentro, preguntándole:

—¿Qué te parece?

—¿Qué quieres que hagamos? repuso.

—Me parece que contestar será empeñar una

polémica en que perdera mi opinion; pues aunque digamos la verdad la creerán meditada escusa, y por lo tanto que reconocemos la falta.

—Opino como tú.

—Pues dejémoslo así.

—Por dejado: pero hablemos de lo que importa. Ahora acabo de separarme de los padrinos de Enrique Flores.

—¿Y qué dicen?

—Que su ahijado está muy resuelto á llevar el duelo á delante.

—No tengo el menor inconveniente.

—De sus palabras he colegido, que Flores te ofendió de aquel modo, solo por tener un pretesto de batirse contigo.

—Lo creo.

—¿Le has ofendido?

—Jamás.

—¿No sospechas por qué pueda tenerte odio?

Conté á Camilo lo que me habia pasado con él en la sociedad del ex-ministro, mi amigo continuó.

—Ya tenemos la clave: celos.

—Por esa razon le compadezco, repuse con tranquilidad; y por la misma te encargué que no me obligáras á matarlo.

—He arreglado las condiciones como podiamos desear. Se verificará el duelo á florete.

—Le desarmaré: dije friamente.

—Te encargo que mires por tí.

—Tengo seguridad de desarmarlo.

—Ten en cuenta que está celoso, y que se irá á fondo.

—No importa: pararé los golpes, si es preciso, con la empuñadura del estoque. ¿Lugar del combate?

—A la derecha de la venta de los Espíritus en una profunda cañada, que resguarda un soto.

—¿A qué hora?

—A la una en punto.

—¿Has buscado segundo testigo?

—Sí.

—¿En dónde debemos reunirnos?

—En la redaccion.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—Perfectamente.

—Adios, Nazário. Antes de las doce tengo que arreglar el periódico.

Camilo salió, me afeité, pedí el almuerzo, y despues de haber almorzado con mas que mediano apetito, me vestí, sin pretensiones, que indican el deseo de hacer alarde de valor; pero con pulcritud y esmero. Acababan de dar las once.

Vacilaba si me dirigiria á la redaccion inmediatamente, ó si esperaria á que dieran las doce, hora fijada por Camilo. Mis dudas se desvanecieron al anunciarme mi oficiosa huéspeda que

me buscaba una señora. Salí á la sala y me encontré con la seductora Sofía.

—Muy buenos dias, amigo mio, me dijo la hermosa, bañándome en una mirada magnética y presentándome su pequeña y desnuda mano. La estreché con vivo entusiasmo, y despues de estampar en ella mis lábios ardientes de pasion, repuse:

—No esperaba, señora, tan inestimable favor. Ver á V. dos veces en mi casa es una dicha, hermosa Sofía, que apenas hubiera soñado.

—Y á lo que V. llama favor corresponde con ingratitud: dijo Sofía, dejándose caer en el sofá.

—Bien sabe V. que no soy ingrato; repuse sentándome á su lado.

—Amigo, noto grandísima diferencia entre sus obras y palabras.

—¿Qué diferencia nota V.?

—¿Por no verme dos veces en un dia, se tomó V. la incomodidad de escribirme un corto billete; acompañándole el del ministro.

—Sofía.

—Agradezco á V., como debo, el interés y la eficacia con que ha tomado la solicitud de mi esposo, pero confieso á V. francamente, que me hubiera sido mucho mas grato saber de viva voz, lo que me notició por escrito.

La voz de Sofía que era tan dulce y melancó-

lica como el canto del ruiseñor, sus hermosos ojos azules despedian una luz suave como el rosicler de la aurora; sus lábios rosados y húmedos se agitaban, como los pétalos de la rosa al amante beso de la brisa: las palpitaciones de su pecho eran perceptibles, y cada latido era una ola de fuego que envolvia y volcanizaba mi alma.

Estreché de nuevo aquella mano que me hacia temblar de placer; estampé mis lábios en ella con mas pasion, y con una voz que la emocion enronquecia.

—Sofía, la dije, ayer mañana me mató V. con su indiferencia y su repulsa: lejos de V. la veo siempre hermosa y me la finjo enamorada...

—¿Y cuando estoy cerca?

—Queda la hermosura y desaparece el amor.

—¡Ingrato! Debo repetir lo que ayer dije· «Nazário, los hombres solo aprecian el sacrificio, pero en nada estiman la lucha.»

—¿Cuando el sacrificio es la gloria y la lucha un acervo penar, por qué evitar el sacrificio?

—Piedad, Nazário.

—Hermosa Sofía, estoy loco, loco perdido. Si ese sacrificio tan temido fuera yo quien debiera hacerlo, juro á V. que no estaria tan lejos de nosotros la mas hermosa felicidad.

—Nazario: tartamudeó la hermosa con inesplicable ternura.

—¿Me ama V., Sofía?

Sofía me lanzó una mirada que encerraba un mundo de amor. Estreché su mano con delirio, la cubrí de besos, me arrodillé, ceñí su talle, respiré su perfumado aliento: estaba loco; no sabia qué hacer ni qué decir. Sofía no oponia la menor resistencia à mis trasportes, y una vez sus delicados lábios rozaron la tez de mi frente. Mi corazon latia apresurado, mi pensamiento queria romper la cárcel que le sujetaba; tenia fiebre, no podia respirar.

Un sonido agudo y metálico llegó á mis oidos, como el trueno que atraviesa tupidas brumas, era el reloj de mi chimenea, que daba las doce. Herido del metálico son, como pudiera serlo de un rayo, separé mis brazos de Sofía, y me levanté, como movido por un resorte. Sofía ahogó un grito; yo me precipité al gabinete, y salí al instante con sombrero y guantes en la mano.

—Nazario... murmuró Sofía.

Me acerqué al sofá, la cogí la mano, y poniéndola sobre mi corazon, esclamé:

—A tu vista, mujer á quien amo, habia olvidado que debo batirme á la una.

Sofía lanzó un grito de espanto, y se dejó conducir por mí hasta la puerta de la calle; bajo su dintel nos separamos. Flores me privaba la posesion de una mujer idolatrada; deseaba ya matar á Flores.

CAPITULO XVI.

EL DUELO.

Cuando llegué á la redaccion encontré á su puerta la carretela de Camilo, y antes de cruzar el humbral, me encontré con Perez de Silva, que acompañado de un redactor salia á tomar el carruaje. A mi vista se detuvieron, y dijo Camilo:

—Amigo mío, íbamos á buscarte.

—Una visita inesperada me ha detenido algunos momentos, repuse; y ahogué un suspiro acordándome de Sofía.

—Tenemos el tiempo necesario, apenas son las doce y cuarto, y en media hora podemos llegar á la cañada. Montemos en la carretela.

Subimos en ella al momento, y Camilo dijo á su lacayo.

—A la Venta de los Espíritus, y dí al cochero que ponga las yeguas al gran trote.

Cerró el lacayo la portezuela, y á pocos momentos el carruaje se puso en marcha con rapidez.

Atravesamos la floresta, cuyos árboles despojados de su verde pompa recordaban lo instalable de nuestras grandezas, que como las hojas se marchitan y pasan como el huracan, dejando confusos recuerdos y desnivelados escombros, y á los cinco minutos saliamos por la puerta de Calamina, obra de un rey amante de las artes, y cuyos trofeos militares publican el mérito de los escultores que cuidaron de sus adornos. Seguimos una larga alameda y á la una menos cuarto paramos en la Venta de los Espíritus.

Descendimos de la carretela, la dejamos junto á la Venta, y bajamos á pié una pendiente, que á la cañada conducia. Caminamos con rapidez hasta el paraje señalado, y tuvimos la satifaccion de notar, que aun no habia llegado mi antagonista.

—Siempre es bueno llegar los primeros: dijo Camilo alegremente.

—Lo mismo da, en llegando á tiempo; añadió Alvarez, que era mi segundo testigo.

—¿Insistes en tu pensamiento de no matar á Enrique Flores? me preguntó Perez de Silva.

En el momento de abandonar á la seductora

Sofía para acudir al desafío, deseaba beber la sangre do Flores, pero en el transcurso de una hora se habia calmado la mia, y repuse con tranquilidad:

—Sostengo, Camilo, mi palabra.

—Debo advertir, observó Alvarez, que ha propuesto Flores un duelo á muerte, y que así lo hemos aceptado.

—No importa, repuse con frialdad.

—Allá veremos; añadió Camilo, tomando un habano y presentándome la petaca.

Empezábamos á fumar apenas, cuando vimos asomar á Flores, seguido de sus dos padrinos; uno de los cuales traia dos floretes bajo del brazo: se acercaban con rapidez, y el rostro de Enrique manifestaba que sentia haber llegado el último.

Nos reunimos y saludamos con afectuosa cortesia, escepto Enrique, que iuclinó lijeramente la cabeza.

Todos estábamos convencidos de que no habia arreglo posible, y así se ocuparon los testigos de prepararnos el terreno, y nos presentaron los estoques. Tomó Flores el suyo con furor, y yo el mio con tranquilidad tanto mas notable, cuanto que presentaba un vivo contraste con la furia de mi adversário.

Apenas nos pusimos en guardia me tiró Enrique una recia estocada á fondo, que apresuradamente paré; y como no era mi intento respon-

derla, me reduje á la defensiva. Enrique Flores era poco diestro en las armas, y aun cuando su encono hácia mí le hacia veces de un segundo valor, le faltaba de todo punto el aplomo que dá el hábito de batirse, y se precipitaba ciego, sin guardar las reglas del arte, ni dar muestras de imponente serenidad.

Desde la primera estocada me hubiera sido sumamente fácil atravesarle el corazon, pero habia ofrecido respetar su vida, y por un fenómeno inesplicable, cuanto mas chocaban nuestros aceros me inspiraba mas compasion.

Sus testigos estaban admirados de mi conducta, los mios sabian bien que no queria herir á mi contrario, y solo Enrique desconocia que cada minuto tenia su vida en la punta de mi florete, y que sin embargo le perdonaba.

Un antagonista como Flores, para un hombre que lo respetaba, era el enemigo mas terrible que podia deparar la suerte. Enpeñado en matar, é importándole poco el morir, se tiraba á fondo como un tigre, y mas de una vez tuve que apartar la punta de su estoque con la empuñadura del mio. Tirándome atras con violencia, logré que se enlazaran nuestras hojas como dos culebras que luchan, y despues de ejercitar el pecho de Flores hasta condolerle la muñeca, sacudí violentamente los dos estoques, y el suyo saltó algunos pasos.

El jóven dió un grito de dolor, de ira y de vergüenza, yo bajé la punta de mi arma, y los padrinos quisieron dar por terminado nuestro duelo.

—No está terminado, gritó Enrique, precipitándose sobre su florete. Uno de los dos debe morir; y veo que los dos respiramos.

—Inutilízalo, me dijo Camilo; de otro modo no verás acabado el duelo, el mancebo está medio loco y no le hará daño una sangria.

—¡En guardia, en guardia, caballero! me gritó Enrique con voz siniestra, y dándome apenas lugar para obedecer su mandato, se precipitó sobre mí con mayor enojo y violencia.

Obligado á herirlo á mi pesar, paré su golpe, soslayándome, y le repetí una estocada que penetrándole por la parte anterior del brazo, tendido hácia mí todavía, le salió muy cerca del hombro, causándole una profunda herida. Flores lanzó un agudo grito y cayó el florete de su mano, yo retiré el mio, clavando su punta en el suelo.

—El lance queda terminado, dijeron los cuatro padrinos, aproximándose al herido.

—No está terminado: gritó Enrique alzando de nuevo su estoque, pero al querer mover el hierro sintió mas agudos los dolores, y tuvo que dejarlo caer.

—Ya ves, Enrique, repitió entonces uno de sus padrinos, que no puedes continuar.

Flores se llevó las manos al rostro, y empezó á llorar como un niño, es verdad que apenas tenia veinte años.

—¡Estoy deshonrado y vencido! esclamó despues entre sollozos: deshonrado por que mentí para obligar á mi enemigo; y ya sin honra no puedo alimentar la esperanza de batirme segunda vez.

La fiereza de Enrique Flores lejos de irritarme aumentaba mi interés y mi compasion; le tendí la mano cordialmente, pero lejos de recibirla, me rechazó con rudo enojo: entonces creí que mi presencia aumentaria su descontento, y cojiendo el brazo de Camilo, despues de vestirme con prontitud, le insté que nos retiráramos.

—No has obrado como caballero, dijeron á Enrique sus padrinos, rechazando la amistosa mano, que te ofrecia tu generoso vencedor.

—¿Estrechar su mano? ¡jamás! esclamó Flores, con amargura: y añadió con creciente furor. ¡Yo la habia ofrecido matarlo!

Pronunció Enrique estas palabras en voz alta, y aunque mis padrinos y yo distábamos algunos pasos del herido no perdimos ni nna sola de ellas.

—¿H s oido? me preguntó Camilo.

—Todo cuanto ha dicho, repuse.

—¿Conoces, Nazario, á tu enemiga?

—Solo sé lo que ha dicho Flores.

—Guárdate, Nazario, de la veuganza de una muger..

Levanté los hombros con desden, llegamos á la carretela, entramos en ella, y corrimos hácia la ciudad.

CAPITULO XVII.

ENSAYO PARLAMENTARIO.

Habia tenido mi desafío el término mas favorable que era dado prometerse, y al separarme de mi enemigo no le guardaba el menor rencor y tomaba parte en sus dolores. Si Enrique hubiera terminado el combate cuando hice saltar el florete por segunda vez de su mano, una comida de seis cubiertos hubiera sido el complemento del lance; pero su dolorosa herida y el odio que contínuaba manifestándome, nos impidieron este natural desahogo, y cada cual se dirigió á su casa, para comer solo ó acompañado, segun su posicion y costumbre. Yo tenia un motivo particular para apresurar mi comida, debia asistir á una reunion de díputados electos, y queria ver antes á la seductora Sofía.

Por culpa de mi antagonista no habia recibido aquella mañana algunas muestras de cariño de la deliciosa pretendienta, y conociendo perfectamente que la pérdida de una ocasion muy pocas veces se subsana, quise esplorar el campo enemigo, y ver si lograba por sorpresa lo que abandoné momentos antes.

Cumpliendo el destino del hombre, que segun mi opinion consiste en trazarse planes quiméricos, salí de mi casa á la seis, y en cinco minutos corrí el espacio que me separaba del alojamiento de Sofía. Subí la escalera sin respirar, y sacudí la campanilla con el afan de un conquistador que quiere entrar á saco una plaza antes que llegue en su socorro un ejército formidable. Percibí el ruido de ligeros pasos y momentos despues abrieron la ventanilla de la puerta.

—¿Quién es? me preguntó la voz chillona de una de esas criaditas de casas de huéspedes de medio pelo, que pasan una parte del dia cantando, otra riendo con sus amas, y lo restante en recibir y devolver bromas á los estudiantes y pretendientes, á quienes sirven el chocolate.

—¿Doña Sofía Amaranto está en casa? repuse para abreviar nuestro diálogo.

—No sé si ha salido.

—Pues tenga V. la bondad de verlo.

—¿Quién es V?

—Palma de Jura.

La muchachita echó á correr, y á los dos minutos me respondió que no estaba Sofía.

Esta respuesta contrariaba terriblemente mis resoluciones y cabizbajo y meditabundo bajé uno á uno los escalones que de una tirada habia subido. No sé porqué estaba persuadido que encontraria á Sofía en su casa, y me causó tanto mas sentimiento no encontrarla cuanto que habia forjado en mi mente una interesante novela, dividida en cuadros y con minuciosos detalles, basada en la entrevista que me proponia realizar.

Mustio y cansado, como hombre que vuelve de un baile de máscaras ó de alguna fiesta de lugar, me dirigí paso entre paso á una cita de importancia, que hubiera descuidado quizás habiendo encontrado á Sofia. Un gran número de diputados electos debiamos reunirnos aquella noche para tratar la árdua cuestion de la presidencia del Congreso: esta reunion debia tener los mas importantes resultados, y yo que apenas conocia los acontecimientos y personas, estaba muy interesado en asistir á ella, para trazarme la conducta que debia seguir en adelante.

Llegué, pues al sitio convenido, que era un salon público, entré con las precauciones necesarias á un hombre conocido de todos, y que á muy pocos podria conocer ni aun de vista.

En una reunion numerosa, la entrada de un hombre á quien se espera no produce la menor

sensacion y así sucedió con la mia. Paseé mis miradas en torno, reconocí algunas fisonomías que habia visto en casa del ex-ministro Soto: en los salones de la condesa Jentosca: en el café, en los coliseos y en la Floresta. Me inclinaron algunos la cabeza; pero D. Alejo Gomez, que sin duda se iba reconciliando conmigo, me señaló un asiento á su lado; que yo acepté con mucho gusto; pues entre tanto desconocido no me venia mal estar en contacto con un *Cicerone*, que sino me ilustraba con sus luces podria hacerlo con sus palabras.

—Ha tardado V., Palma de Jura: me dijo Gomez empezando de una manera indiferente la conversacion.

—Amigo mio, le respondí en el mismo tono, no esperaba que estos señores hubieran sido tan puntuales.

—Tratándose de una cuestion tan importante la menor tardanza es un crímen.

—¿Y de qué se trata?

—V. tiene ganas de broma. ¿Es posible que V. no sepa?....

—Sé en globo que vamos á tratar de quién debe ser el presidente del Congreso; pero no sé de qué manera abordaremos la cuestion.

—Segun tengo entendido el gobierno debe presentar proposiciones de transacion á la oposicion moderada.

—¿Y á la exagerada?

—Como V. vé no ha sido invitada á esta reunion.

—Efectivamente, no veo ningun diputado exagerado.

—Ni uno.

—¿Y la oposicion moderada, ó sus caudillos á lo menos qué piensan?

—En breve lo sabremos de cierto. Acaban de entrar los ministros de Gobernacion y Hacienda, y muy en breve principiará la discusion.

En efecto, Castor y Polus, como los habia llamado Camilo, se presentaron en el salon, con una arrogancia que hacia mas notable sus modales y personas, y lo atravesaron á lo largo, tomando asiento entre sus mas fieles amigos ó mas sumisos servidores.

Momentos despues se levantó D. Buenaventura Perez Crespo, y con frases no siempre corteses y descompuestos ademanes, pronunció un discurso indigesto, henchido de alabanzas propias y recriminaciones estrañas, concluyendo con proponer á la oposicion: que si votaba para la presidencia, vice-presidencia y dos secretarías á los candidatos ministeriales, el ministerio y sus amigos votarian dos vice-presidentes y dos secretarios salidos de las filas de la oposicion.

El discurso de Perez Crespo fué recibido por la fraccion ministerial con grandes muestras de

asentimiento, y por el contrario la oposicion guardó un silencio que bien podia considerarse como una severa censura. Yo, que no estaba comprometido ni con los unos ni con los otros, á lo menos que yo lo supiera; pues en mi complicada existencia podia suceder lo contrario, guardé silencio; y esta muda señal de disgusto me afilió, sin yo mismo pensarlo, en las filas de la oposision moderada.

—¿Qué le ha parecido á V. el discurso me preguntó Gomez.

—Que á falta de buenas razones ha usado palabras, repuse, no siempre decorosas para él ni para aquellos que escuchan: que no teniendo ni por acaso, instintos gubernamentales, ha desbarrado horriblemente: que creyéndose superior á cuantas personas le rodean, habla ex-cátedra con el dogmatismo de un dómine, que cree á la nacion patrimonio de unos cuantos, y tiene la inconcebible avilantez de imaginar que un ministerio de pandilla puede aspirar á larga vida, y hacer la felicidad del pais. Este es mi juicio que he manifestado con la franqueza que acostumbro.

—¿Por qué no toma V. la palabra?

—He viajado durante dos años, y otros conocerán mejor que yo el estado de los negocios.

—Lo que acaba V. de decirme...

—Son cuatro lugares comunes: aunque verdades en el fondo.

—Silencio, me dijo Gomez, llevándose el dedo á la boca, que tiene pedida la palabra nuestro gefe.

No me hizo gracia encontarme rejimentado sin haberlo yo pretendido, pero conviniéndome juzgar al hombre que debia mandarme, segun la espresion de D. Alejo, guardé silencio y me dispuse á oirlo con una profunda atencion. Seguí la direccion que Gomez me señalaba, y ví al orador, que era un hombre de mediana edad y reposado continente. Su semblante no revelaba el génio brillante de Mirabeau ni el estoicismo de Robespierre estaba tranquilo y bondadoso, y apenas daba algun indicio de profunda meditacion.

Comenzó á hablar, y su discurso, en armonía con su semblante, presentó un marcado contraste con el de su predecesor. Abundante en buenas razones, se dirijió al entendimiento sin tener siquiera uno de aquellos felices arranques que llegan hasta el corazon. Le escuchamos todos en silencio, y cuando concluyó rechazando las proposiciones del ministro, algunas muestras de asentimiento de sus amigos manifestaron que habia sabido interpretar perfectamente sus deseos. Yo quedé tan mudo como antes, y Gomez me preguntó de nuevo.

—¿No ha quedado V. satisfecho con el discurso de nuestro gefe?

—Ni satisfecho ni disgustado: le respondí sen-

cillamente, y en ello decia la verdad; pues el discurso del gefe de la oposicion habia sido á mi paladar uno de aquellos manjares insípidos, que no dejan ningun sabor.

—¿Qué ha encontrado V. de malo en él? volvió á preguntarme D. Alejo.

—Nada.

—¿Ha dicho mas que debia decir?

—No señor.

—¿Ha pecado por carta de menos?

—Difícilmente puedo responder.

—Esplíquese V. con franqueza.

—¿Qué quiere V. que yo le esplique? En el discurso del ministro he encontrado un pensamiento malo, muy malo, pero al fin tiene un pensamiento: en el otro he oido palabras bien sonantes pero que nada significan.

Interrumpió nuestro diálogo un tercer orador ministerial, que con habilidad notable trajo la cuestion al terreno que mas á sus planes convenia; y despues de haber hablado largamente sin soltar prendas, terminó su discurso, dejando la cuestion intacta, y las fracciones divididas como al empezarse el debate.

Terminada esta escaramuza, abandonamos el salon, habiendo recibido los diputados de cada fraccion cita para reunirse al dia siguiente separados, y preparar su plan de ataque.

Durante la larga sesion, que para mi inquie-

tud fué eterna, me habia ocupado un pensamiento tan distante de la política, como yo lo estaba de las intrigas gubernamentales ni de tener vivo interés en la prosperidad del Infierno. Este pensamiento era Sofia.

Así que logré desprenderme de Gomez y algunos otros compañeros, corrí á la calle de los Claveles, seguro de encontrar á la deliciosa pretendienta: pero ¡oh desgracia! encontré la puerta de la calle cerrada, y no atreviéndome á turbar el reposo de aquella mansion sosegada, lancé un suspiro que debió llegar hasta los oidos de mi hermosa, y volví la esquinn á paso lento; maldiciendo mi mala estrella, el duelo, y la reunion preparatoria.

Meditabundo caminaba, lo que sucedia con frecuencia al entendido Sancho Panza, escudero, como toda la Europa sabe, del caballero, flor y nata de la andante caballería, don Quijote, palafrenero del Rocinante, caballo abuelo, no sé en cuantas generaciones de primero que montó Artaguan; y dueño en plena propiedad, posesion y señorío del Rúcio; asno notable de cuantos asnos han nacido de asna, desde la burra de Balan.

Meditabundo caminaba, y la idea del duelo me trajo otra, que podia esclarecer mis dudas sobre qué causa habria influido en la estraña conducta de Flores: recordé que lo habia cono-

cido en la sociedad del ex-ministro, y como no habia concurrido á ella los dias anteriores, resolví pasar las dos horas que hasta la media noche quedaban, en tan agradable compañía.

Apresuré de nuevo el paso, y llegué en breve á la morada del ex-ministro.

Penetré con mas desembarazo en el salon de don Fulgencio; me recibió este con las mismas muestras de afecto que la vez primera, y con todas aquellas consideraciones que los hombres públicos no dejan de prodigar nunca á los que pueden ser pedestal de futuro engrandecimiento y aun áncora de salvacion en alguna feroz borrasca.

Su primer cuidado fué informarse de cuanto habia sucedido en nuestra reunion parlamentaria, declamó en seguida contra el ministerío como hombre que echa menos el lecho de espinas ministerial; recorrió con maravillosa rapidez el estado de la pública administracion; y posándose, como el águila sobre una roca despues de haber mirado al sol y parándose con ráudo vuelo, me preguntó:

—¿Piensa V., Palma, hacer la guerra al ministerio?

—Regularmente será así: le respondí sencillamente.

Siguió un instante de silencio á mi respuesta, y aprovechándose de él Adelaida, con aquel

tacto delicado que siempre tienen las mugeres para no perder la ocasion, me dijo:

—Señor Palma de Jura, esta noche nos olvida V. completamente.

—Adelaida, la contesté con una galante cortesía; siento mucho haber incurrido en un crímen que no me perdonaré nunca.

—Puede V. disculparse conmigo, interrumpió al punto el ex-ministro con su su afabilidad ordinaria; y á fé que no debia ocupar su atencion, hasta que estas hermosas jóvenes hubieran dejado satifecha su vivísima curiosidad: pues no debia haber olvidado que esperaban á V. con una singular impaciencia.

—No creí ser tan afortunado.

—Al ver á V. repuso Adelaida, hemos tenido un inesplicable contento.

—¡Adelaida! esclamé.

—No debe V. estrañarlo, Palma; ebservó el ex-ministro, las mugeres son naturalmente romanceras, y V. es ahora el protagonista de un drama, interesante doblemente; porque su causa permanece en las sombras del misterio, y son confusos sus detalles.

—Cuéntenos V., añadió Adelaida, el motivo y roalizacion de su duelo.

—No negaré que me he batido, repuse con la mayor indiferencia, y ya sabrán Vds. que la suerte se ha decieido en mì favor.

—Ahora mismo acaban de contarnos con referencia á Perez de Silva varios pormenores del duelo, y sabemos que V. se ha portado con un valor poco comun y estraordinaria generosidad.

—Tenia que habérmelas con un enemigo valiente; pero poco diestro en el manejo de las armas, lo que me ha proporcionado ser impunemente generoso.

—¿Pero qué motivo ha dado márjen á tan encarnizado duelo?

—En la apariencia un grosero insulto, señora.

—¿Sóbre una jugada?

—Exactamente.

—Pero, segun nos han contado, cuantas personas se encontraban en la tertulia de la condesa contradijeron á Enrique Flores.

—Es verdad.

—Y por lo tanto su honor de V. no sufrió menoscabo alguno.

—Si no lo creyera así, señora, no me encontraria en este sitio.

—¿Como pudo ofuscarse Flores hasta el punto de imputar á V. una estafa?

—Creo, señora, que estaba resuelto á insultarme, y que elijió un medio cualquiera.

—¿Habian Vds. tenido antes alguna cuestion.

—No señora. Una sola vez le habia visto, en esta misma sociedad, y me trató, debo confesarlo, con estremada cortesía. Puede ser que yo le

ofendiera, sin quererlo seguramente, añadí mirando á María, cuyo rostro tenia una espresion singular; y que en vez de pedirme entonces satisfaccion, que inmediatamente le hubiera dado, pues nunca ofendo por capricho, y no tengo el menor motivo para querer mal á Enrique Flores; haya querido tomar la rebancha de una manera tan ruidosa.

La mampara se abrió de repente, á su ruido levanté los ojos que tenia fijos en María, y ví entrar á la altiva y misteriosa dama del pequeño pié que me habia dias antes visitado.

La presencia de esta mujer, cuyo nombre desconocia tanto y quizás mas que su historia, me contrariaba horriblemente; pero me hallaba colocado en tan singular compromiso, que ví en su llegada una tabla capaz de salvarme del naufragio. Mi esperanza se realizó: todas las señoras se levantaron para saludar á la recien venida, dándola el título de marquesa, y yo aprovechando la confusion y cumpliendo con un deber de sociedad ofrecí mi silla á la marquesa y me retiré de Adelaida; sentándome junto al exministro.

Repuesto un tanto de mi sorpresa, empecé á darme el parabien, porque encontraba la mas favorable ocasion de saber el nombre, y quizás una gran parte de la hístoria de aquella mujer ofendida que se atravesaba en mi camino; mas

sin atreverme á preguntarlo, pues quizás en mi posicion estraordinaria estaba obligado á saberlo.

Y muy bien hice en ser prudente. Despues de haber saludado la marquesa á las señoras y caballeros de la casa, me lanzó una mirada siniestra que yo solo podia comprender, y sonriéndose dulcemente, me dijo con voz cariñosa:

—¿Ha descansado V., Palma de Jura?

—Perfeetamente, respondí, procurando disimular el embarazo que sentia.

—¿Y cómo encuentra V. la córte?

—Como la dejé.

—Algo variada.

—Variaciones serán tan pequeñas que no las noto.

—Aseguro á V. que con el tiempo las irá notando.

—Puede ser.

—Los jóvenes, observó el ex-ministro, olvidan pronto lo que dejan y suelen volver sin recuerdos.

—Es verdad, repuso la marquesa, aparentando una perfecta tranquilidad; pero clavando sus blancos y afiliados dientes en sus lábios frescos y rosados.

—Los jóvenes olvidarán, interrumpió María dejándose llevar sin duda de un impulso interior; pero las jóvenes no olvidamos.

—Las mujeres son muy distintas, dijo la marquesa con el aplomo que en toda ocasion conservaba, y jóvenes ó viejas no olvidan.

—Tiene V. mucha razon, marquesa, insistió María; pero los hombres son tan malos.

—Malísimos, hija mía, malísimos: no fie V. de ellos en ningun caso: y si quiere sacar partido págueles en la misma moneda.

La marquesa se levantó, y acercándose á mí me dijo:

—¿Quiere V, cederme esa silla?

Me levanté inmediatamente, y me recliné en la chimenea; fijos mis ojos en la maaquesa, que siguió á media voz un largo diálogo con el entendido ex-ministro.

Terminado se levantó, y despidiéndose de las señoras con marcadas muestras de agasajo se dispuso para salir.

—Siento en el alma, hermosa marquesa, dijo el ex-ministro, levantándose con mucho trabajo y apoyándore en los brazos de su butaca, que la gota no permita acompañar á V. hasta el coche.

Varios jóvenes iban á ofrecerse, pero la marquesa se adelantó á sus finos ofrecimientos, diciendo con aire sencillo:

—Agradezco á V. su deseo, y como no puede realizarlo, espero que Palma de Jura se resignará á hacer sus veces.

Incliné en señal de asentimiento la cabeza, y me dispuse á acompañarla.

—¿No se despide V., Nazario? me dijo á media voz.

—Señoras: murmuré entonces despidiéndome, tomé el sombrero, busqué en la antesala mi gaban, y dando el brazo á la marquesa, la acompañé hasta el estribo de su mágica berlina verde.

Ni en la antesala, ni en la escalera, ni el zaguan nos dirigimos la palabra: el estribo de la berlina estaba bajo, la marquesa subió rápidamente, dejando ver el pié pequeño que tanto me habia cautivado.

El lacayo estaba indeciso para subir ó no el estribo, y yo mas indeciso aun no sabia cómo retirarme.

—Suba V., Nazario, suba V., dijo la marquesa con una voz sonora y con tono de autoridad.

Obedecí, como lo habia hecho momentos antes, el lacayo recogió el estribo, recibió las órdenes de la marquesa, las comunicó en voz alta al cochero, y los caballos partieron á medio galope.

CAPITULO XVIII.

LA BERLINA VERDE.

Rioba la berlina verde, arrastrada por dos poderosos caballos, con mas rapidez que se desliza una barquilla sobre la espalda de las mares, cuando hincha su frágil lona el viento ó robustos remeros bogan como en empeñada regata. La marquesa y yo ocupábamos nuestros respectivos rincones, guardando un profundo silencio que no me atrevia á interrumpir.

Me he batido mas de una vez y he ocupado la misma testera que mi adversario sin estremecerme: tambien he corrido en un carruaje llevando á mi diestra la mujer que perdidamente idolatraba, estremeciéndome á su contacto y acrecentando mas mi amor: estas dos situaciones so-

lemnes se habrán repetido para muchos; pero muy pocos se habrán encontrado á media noche encerrados en una berlina al lado de una muger hermosa, desconocida, poderosa, con un grave resentimiento y que habia jurado vengarse.

No soy cobarde, tampoco tímido, pero juro á Dios que sentia un involuntario terror, reconviniéndome á mí mismo por haberme entregado inerme en manos de aquella muger.

Mi imaginacion recorria con pasmosa velocidad una série no interrumpida de probabilidades, queriendo adivinar cuál seria el intento de la misteriosa marquesa. Pensé un instante si pretenderia apoderarse de mi persona, y castigarme con prision: y por un movimiento instintivo me eché sobre la portezuela, decidido á abrirla y á precipitarme de un salto: pero el temor de aparecer á los ojos de mi enemiga como receloso y cobarde, y quizás tambien el recuerdo del malogrado duque de Orleans, me hicieron volver á mi asiento mas aturdido y ofuscado.

De conjetura en conjetura llegué á figurarme que la marquesa deseosa de anudar nuestras relaciones, me habia proporcionado el medio, convidándome á dar un paseo en su misteriosa barlina.

Yo no tenia ningun motivo para aborrecer á la marquesa: su pequeño pié, que tanto me habia hecho pensar, su mano breve y torneada, su

rostro hermoso todavía, y su porte en suma aristocrático, me cautivaban casi tanto como la belleza de Sofía, y bien sabe Dios que si reñí con mujer tan encantadora, fué porque no tenia medio humano de darla mis satisfacciones sin conocer antes la ofensa, y quizás por no serme posible llamarla por su nombre de pila, ni darla el título que no sabia entonces tuviese. Con tan buenas disposiciones no debió disgustarme la idea de hacer paces con mi enemiga, y dejando mi actitud indiferente y descuidada, estendí mi pierna suavemente hasta tocar el lindo pié de la marquesa. Yo esperaba, y debo decirlo, algun movimiento de repulsion, y quedé sorprendido observando la impasibilidad de la dama, pues no retrocedió su pie una sola línea ni una sola línea mas adelantó.

Esta inesperada conducta fué orígen de otras nuevas meditaciones; pero como nos ciega tanto el amor propio concluí, que con aquella inmovilidad me alentaba, y no queriendo perder por tímido lo que habia conseguido osado, me incliné hácia mi compañera, y puse su delicada mano sobre la mia: palpitándome el corazon como á un chico de quince años que declara su amor á una mujer.

Esta prueba seguramente debia dar mayores resultados, y yo esperaba una repulsa ó una queja. Me equivoqué, *vanitas vanitatum et om-*

nia vanitas, como dice no sé qué libro religioso. La marquesa dejó su mano entre la mia, sin estremecerse siquiera. ¿Estará dormida? pensé. Era posible. El moviento, como he dicho en otro lugar, adormece á muchas personas que del movimiento se llaman; ¿qué estraño, pues, que la marquesa, retrógada seguramente se durmiera con el delicado movimiento de su bien montada berlina? Pero dormirse al lado de un hombre que habia sido poco ó mucho tiempo su amante, y que á la sazon era su jurado enemigo, hubiera sido muy estraño en una mujer; no era posible; quizás estaba la marquesa decidida á no contestar á ninguna de mis amorosas indicaciones; pero sí dispuesta á recibirla: era importante averiguarlo, y para empezar estreché la pálida mano que en mis manos abandonaban.

—Me hace V. daño: dijo la marquesa; con un tono tan desdeñoso, tan impertinente, tan frio, que solté al momento la mano y me recliné en mi rincon.

Siguió rodando la berlina; continuamos en nuestro silencio, y á pocos momentos oí el ruido de otro carruage que en opuesta direccion venia. El ruido cesó de repente.

—Aparta ese coche, gritó nuestro cochero, parando de pronto los caballos.

—Espera, si quieres, replicó una voz cascada y vinosa.

—No quiero esperar; y si no apartas...

—Poco á poco ¿Qué adelantarás con no esperarte?

—Adelantaré.....

—Que rompamos los carruajes.

La polémica de los cocheros y detencion de la berlina, rompió el hilo de mis sérias meditaciones; é impulsado por la curiosidad, bajé un vidro y asomé por él la cabeza. Nos hallábamos en una calle un tanto estrecha y desconocida para mí. Un coche *simon* estaba parado ante un roverbero y frente á la puerta de una casa demas que mediana apariencia: un lacayo estaba bajando el estribo del coche *simon*, y tendia su mano hácia dentro. Un segundo despues bajó una mujer de alta estatura, envuelta en una gran capa, cuyo capuchon la cubria la cabeza y parte del rostro. La bañaba la luz del reverbero, pero el capuchon no me permitia descubrir sus facciones: sin embargo, creí reconocer en sus movimientos los de una persona que alguna otra vez habia visto. La casualidad vino en mi favor. Un boton del raido sortú del lacayo se enredó afortunadamente en la larga borla de seda que de la capucha pendia; y queriendo desenredarlo violentamente, cayó la capucha sobre las espaldas de la dama, ví flotar blondos y perfumados rizos, y descubrí el hermoso rostro de Sofía.

Viéndose la dama descubierta, contra su vo-

luntad sin duda, lanzó un grito, yo lancé otro grito, y nuestro cochero que no habia cesado de reñir con el cochero del *simon*, encontró por fin el paso franco, y sacudiendo á los caballos, partimos de nuevo al galope.

Cosas tan estrañas é imprevistas se agrupaban á mi alrededor, que apenas podia comprenderlas; y mas de una vez me restregaba los ojos para convencerme de no estar dormido. Estaba cierto de haber reconocido á Sofía en la mujer que del coche *simon* descendió; pero no podia adivinar que motivo la conducia á aquella casa y á tal hora. Podian ser motivos muy honrosos, ó á lo menos muy naturales. Bien podia vivir en aquella casa alguna amiga de Sofía; podia darse en ella algun baile; pero como habia estado dos veces en busca de la pretendienta y no la habia encontrado en su casa, ó me la habian negado quizás, todos los objetos se presentaban á mis ojos por un prisma fascinador, y se confundian y mis ideas como la lengua de los descendientes de Noé al levantar su soberbia torre de Babel.

Tan absorto estaba, tan preocupado con el encuentro de Sofía, que se habia parado la berlina sin que yo en ello reparase. Abrió el lacayo la portezuela, tendió el estribo y yo permanecia sumido en mis profundas reflexiones, cuando la voz de la marquesa me arrancó de ellas.

—Puede V. bajar cuando guste: me dijo con

glacial acento; y entonces conocí que estábamos á la puerta de mi propia casa.

Aquel acento frio y desdeñoso me volvió en mí, irritando un tanto mi orgullo y descendiendo rápidamente de la berlina, respondí de la misma manera.

—Doy á V. las gracias, marquesa.

CAPITULO XIX.

LA GACETA.

Apenas entrado en mi aposento, me desnudé rápidamente y fuí á buscar en el lecho todo el reposo que mis miembros necesitaban, y en el sueño la tranquilídad que mucho convenia á mi espíritu. Para no conseguir á una mujer es lo bastante profesarla mucho cariño: para que se vaya un criado, se muera un caballo ó un perro, tres animales necesarios, estar decido á conservarlos: para que un niño no haga gracias ó un pájaro no cante, convidar gentes á que los oigan: para no quedarse dormido, llamar al sueño con afan, y querer entre sus vapores ahogar importunos recuerdos ó hacer que brillen esperanzas. Yo tenia muy justos motivos para desear asopo-

rarme, y el ingrato sueño no queria ceñir mi frente de beleño y adormideras.

Me sería muy fácil describir las fatigas de una mala noche; pero cuantos lean y no lean estas páginas habrán pasado cien malas noches en la vida. El amor nos dá malas noches; los celos, sus hijos lejítimos, nos dan malas noches; la ambicion, que por amor puede tenerse y que se tiene sin amor, nos dá malas noches; malas noches nos dá la envidia; malas noches nos dá el deseo de adquirir gloria y la gloria adquirida nos dá malas noches tambien; malas noches nos dán las pulgas, las sábanas almidonadas, los mosquitos y otros vichos pestíferos, no sé si insectos ó reptiles, que chupan la sangre y cuyo nombre damos á las personas muy pesadas; malas noches dá el calor, el frio..... ¡Parece que el hombre ha nacido para pasar pésimas noches! Renuncio, pues á describirla, y digo que á las ocho y media abrí los ojos penosamente, bostecé, estendí los brazos y dí, sin quererlo, una bofetada en la respetable mejilla de una persona, que sin duda estaba sentada á la cabecera de mi lecho.

—Dispense V. dije aturdido: y abriendo de un todo los párpados, ví que habia estampado mi diestra en la sonrosada mejilla izquierda de mi huéspeda, doña Tomasa.

—Perdone V., perdone V.; repetí con algun sentimiento.

—No ha sido nada: respondió la buena señora con su sonrisa habitual.

—¿Cómo está V. aquí tan temprano?

—Son las ocho y media bien dadas; y estaba esperando que despertára V. para entregarle estas dos cartas. Añadió presentándome dos billetes.

—¿Quién las ha traido? pregunté con alguna ansiedad.

—Dos criados, á quienes no conozco.

Rompí el nema de la que encontré mas á mano, y leí estas solas palabras: «*Se han roto las hostilidades.*»

Rompí el nema de la segunda, y esta sola fraencontré en ella: «*No será el ultimo.*»

Los dos billetes estaban escritos por distintas manos y eran de letra de mujer.

Los anónimos eran guerreros; yo conocia dos enemigas, y no dudé que serian ellas las que de tal modo amenazaban. En mi embarazosa posicion, solo me era dado resignarme; y para olvidar las amenazas, rogué á mi huéspeda que me acercara los periódicos.

Condescendió inmediatamente y momentos despues ví mi cama cubierta de papel impreso; tantos periódicos se publican en esta corte del Infierno.

Recorrí varios para ver cómo referian y comentaban mi duelo de la tarde anterior, y que-

dé asombrado al considerar que se creian los periodistas mejor informados que yo; pues todos daban los motivos, aunque andaban tan encontrados; que unos lo achacaban á amores, otros á una cuestion política, y otros al despecho de Enríque por haber perdido su oro. No nos nombraban por supuesto, aunque daban muy claras señas, y seguian largos comentarios contra las tertulias donde se juega, para que pierdan su dinero imprudentes hijos de familia.

Habia dejado la Gaceta, como insulsa para lo último; pero apenas fijé la vista en sus columnas cuando dí un grito de alegría: grito arrancado por las cortas líneas siguientes:

«S. M. la reina (Q. D. G.) se ha servido nom-
«brar intendente de la provincia de Barlocena á
«don Marcos Pastrana, contador que fué de la
«misma.»

Mis lectores recordarán qne don Marcos Pastrana era el digno y amado esposo de la hermosa Sofia Amaranto.

Con la Gaceta en una mano y repicando las castañuelas con la otra, salté de la cama en calzoncillos, me puse las pantuflas cambiadas, la bata del embes, y sacudiendo la campanilla con mas violencia que de ordinario, pedí al mismo tiempo el almuerzo, agua caliente para afeitarme, unas botas bien barnizadas, y tantas cosas á la vez, que el criado se quedó mirándome con una

cara tan espresivamente estúpida, como la de algunos muñecos chinos dibujados en calabaza. Su estupidez me reveló mi intempestivo aturdimiento, y dando las órdenes una á una conseguí ser obedecido; y á las doce menos diez minutos estaba en la puerta de la calle con la Gaceta en el bolsillo, y el corazon rebosando felicidad.

Todos habrán adivinado que en vestirme con tal premura tenia por esclusivo objeto presentarme á recibir albricias de la encantadora viajera. Recordaba que la noche anterior la habia encontrado en una calle desconocida para mí; pero queriendo verlo todo por un prisma color de rosa, resolvi que habria ido á algun baile; y aunque recordaba tambien el grito que dió al verse descubierta, conjeturé que bien podría habérselo arrancado el dolor ó el despecho de verse en tal caso despeinada.

Lleno de dulces ilusiones me encaminé rápidamente hácia la calle de los Claveles, codeando á cuantos encontraba, y maldiciendo á una dilijencia que me detuvo tres segundos. Llevado en alas de amor y en pies de jóven, me puse en muy pocos minutos en la calle de los Claveles, que de rosas, nardos y jazmines, debia serlo en breve para mí. Miré con ojos codiciosos ó con ojos enamorados, como mas al lector agrade, el número 10: pasé el umbral, subí la escalera, sa-

cudí la campanilla marcialmente, y me abrió la puerta de par en par la misma criadita vivaracha que la tarde antes me despachó por el postigo.

—¿Está en casa doña Sofia? la pregunté queriendo entrar.

La criadita soltó una recia carcajada, y me respondió:

—Doña Sofia se ha marchado en la dilijencia.

Gruesas gotas de sudor bañaron mi rostro, que se puso lívido, y se ajitaron todos mis miembros con instantánea convulsion.

—Me engañas: dije á la muchacha con airado acento.

—¿Que le engaño? No hay para qué respondió desdeñosamente. Y si no quiere V. creerme, todavía está caliente la propina que no me dejará mentir.

Así diciendo sacó de su pecho un trapillo, lo deslió y me enseñó un napoleon en testimonio de verdad. Yo saqué entonces un doblon lo coloqué sobre su plata, y la dije:

—Esto es para tí; pero respóndeme.

—Hable V.

—¿Durmió aquí anoche doña Sofia?

—No señor: respondió la muchacha, guardándose todo el dinero.

CAPITULO XX.

UN MAL ENCUENTRO.

Lleno de dulces ilusiones habia entrado en el número 10, y mustio, desengañado y pesaroso bajé la escalera, condenando los impulsos de mi corazon que pérfidamente me engañaban. Yo maldige una diligencia, que interrumpió durante tres segundos mi rápida marcha, y en aquella diligencia iba la pérfida y hermosa Sofía: yo sacudí la campanilla con estraordinaria emocion, porque el corazon no me decia que en vez de encontrar á la viajera tendria que pagar á su fámula para recibir una herida mas cancerosa. Quede consignado que el corazon no tiene espíritu profético, que nos engaña, que nos vende, ó por

lo menos que es una porcion de materia; un órgano que ejerce sus funciones, como el pie, la mano, ó la nariz, pero un órgano y nada mas.

Si estudiamos bien ambos mundos, el físico y el moral se entiende, descubriremos una cadena de acciones y reacciones contínuas, que dan movimiento determinado y fijan carrera á los cuerpos; que confunden, cruzan, metodizan y hacen adelantar ó retroceder las ideas. Esta doble reaccion sufrí; de suerte que mi paso rápido y desigual se hizo compasado y perezoso, al mismo tiempo que mis ideas, brillantes, alegres y rosadas, se tornaron en negras, melancólicas y fúnebremente sombrías.

Así caminaba al acaso, cuando sentí sobre mi hombro una mano que me detenia con la dulzura de un amigo. Volví lentamente la cabeza, porque todos mis movimientos revelaban al hombre hastiado y abatido, y reconocí con todo el placer que mi situacion permitia á Camilo Perez de Silva.

—Vengo de tu casa, Nazario, me dijo Silva alegremente; pero encontré que el gavilan habia ya dejado su nido.

—Aquí me tienes, amigo Silva, repuse cobrando algun brio, porque suele darlo el quejarse mientras el callar lo disminuye: aquí me tienes, amigo Silva, hastiado, abatido, furioso, y yo no sé cómo esplicarte lo que me sucede.

—¿Qué mala yerba has pisado, Palma?

—Me sucede...

—¿Qué te sucede?

—Nada.

—Dí, epamos.

—No hablemos mas sobre el asunto. Yo mismo no sé distintamente lo que me pasa, y lo poco que sé es un secreto que á nadie puedo confiar.

—Pues ocupémonos de otra cosa. He visitado á Enrique Flores.

—¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien: su herida no es grave, y muy en breve podrá salir de su aposento.

—¿Le has has hablado de mí?

—Sí, Nazario.

—¿Y me guarda rencor?

—No y sí.

—No te comprendo.

—Voy á esplicarme. Cuando empecé á hablarle de tí se puso furioso, lloró, quiso desgarrarse el vendaje, y profirió palabras contra tí, que un hombre sano, en mi presencia, no hubiera dicho impunente. Proseguia Enrique sus denuestos, mas se interrumpió de repente para tomar una tarjeta que le presentaba un criado. Se apoderó de ella con rapidez, fijó sus lábios en la charolada cartulina, lleyó el nombre repetidas veces, y á una indicacion del criado fijó su vista en el embes de la tarjeta, leyó unos renglones

escritos con lápiz, y lanzando un grito de alegria me dijo:

—Puede V. decir de mi parte á su amigo Palma de Jura, que aunque nunca tocaré su diestra no le tengo el menor rencor.»

—¿Qué nombre, Camilo, estaba grabado en la tarjeta?

—No lo sé: solo distinguí un escudo de armas y una corona de marqués.

—¿Y no conociste el blason?

—Estaba distante y me fué imposible distinguirlo.

—¡Ella debe ser!

—¿Quién, Nazario?

—Nadie, Camilo: es una parte del secreto.

Dimos juntos algunos pasos sin dirigirnos la palabra, hasta que parándome de pronto dije á Camilo:

—Mis ideas se confunden cada vez mas; siento una fatiga que me ahoga, fatiga moral solamente, y quisiera hacer algun ejercicio violento.

—¿Quieres que montemos á caballo?

—No, Camilo.

—¿Que demos un largo paseo?

—Tampoco me contenta.

—Se me ocurre una idea bellísima.

—¿Cuál?

—Nos encontramos casi á la puerta de nuestro querido maestro de esgrima Mr. Botonazo:

vamos á hacerle una visita y podrás tirar al florete.

La proposicion me contentaba, y mucho mas cuando recordé que el nombre de Mr. Botonazo estaba escrito en una de las doce tarjetas. Admití, pues, la proposicion, y á los pocos minutos entrábamos en la anchurosa sala de armas del célebre maestro de esgrima.

El salon en donde penetramos tendria cuarenta pies de largo, treinta de ancho, y diez y seis de elevacion. Su pavimento de madera estaba muy poco bruñido, para resvalar difícilmente; y estaban sus muros cubiertos de sables, espadas, floretes, dagas, caretas, guantes, y una especie de medias armaduras; destinadas mas bien al ornato de la sala que al uso de los intrépidos gladiadores. Algunos bancos y dos ó tres sillones de banqueta con gruesos clavos tachonados, ofrecian incómodos asientos á los sacerdotes de Marte, lo que encontré súmamente lógico; pues el hombre pronto á recibir en sus entrañas la aguda punta de un florete, ó sobre su cráneo el rudo golpe de un sable, debe recibir sin melindres un asiento ya sea de baqueta ó de tabla.

Varios jóvenes discurrian en encontradas direcciones, examinaban algunos las armas, y otros hablaban de pasados lances ó de los rápidos progresos que hacian en la esgrima. Saludé á otros

jóvenes ligeramente, y puse mi atencion en dos personas que con mas razon la llamaban.

Era el primero un hombrachon de cinco pies y diez pulgadas, de cabellos grises, cara apoplética, anchas espaldas, ojos penetrantes y pronunciada musculatura. Vestia este hombre un paletó grís muy holgado, un pantalon color de ayosa, y unas zapatillas de becerro. Tenia su paletó abrochado cuidadosamente, y sobre su cuello caia el de una camisa de color, que no aprisionaba ni pañuelo ni corbatin. Estaba sentado en uno de los anchos sillones, y fumaba una pipa con toda la molicie de un oriental. Este atleta era nada menos que el respetable maestro de esgrima Mr. Botonazo, con quien debia tener yo seguramente las mas amistosas relaciones.

Arrellanado en otro sillon, y á corta distancia del maestro, estaba un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, vestido con bastante lujo; pero con muy poca elegancia. Sus facciones, bastante morenas, tenian la dureza salvaje de las estátuas primitivas, una espesa barba cubria la parte inferior de su rostro, y el negro mostacho retorcido á la borgoñesa como los soldados de Flandes, aumentaba su fria altivez. De estatura mas que mediana, dejaba ver en sus muñecas pronunciada musculatura, y los ojos fijos en el techo fumaba reposadamente un habano de nueve pulgadas cumplidas, y arrojaba con cierto método

y á pequeñas bocanadas el humo, que se elevaba lentamente y en caprichosas espirales.

He necesitado alguna líneas para retratar á estos dos hombres, que yo abracé con una rápida mirada; pues en el momento que Mr. Botonazo me descubrió corrió á abrazarme con un cariño paternal.

—Bien venido, señor D. Nazario, gritó el maestro alegremente, y repicando índices y pulgares á manera de castañuelas. Bien venido señor D. Nazario: ya esperaba yo esta visita, juro á mi patron San Dionisio que estaba un poco amostazado porque se hacia mucho esperar (1).

Al oir mi nombre, el caballero del habano separó sus ojos del techo, y me dirigió una mirada provocativa y desdeñosa.

—Grandes deseos tenia, respondí al honrado Mr. Botonazo, de ver á V.; pero las muchas ocupaciones que he tenido, me lo han impedido hasta ahora.

—Parece mentira; pero han transcurrido dos años desde que nos separamos.

—Es cierto.

—¿Ha viajado V. mucho?

—Mucho.

(1) No creo necesario advertir que el maestro de esgrima se esplicaba en una gerga incomprensible, porque ya he dicho que es francés, y los franceses hablan su lengua, todas las demas las maltratan.

—¿Ha estado V. en Francia?

—Si señor.

—¿Se ha batido V?

—Algunas veces.

—¿Ha tirado V. mucho?

—Mucho.

—¿Qué tal tiran los franceses?

—Algunos tanto como V. y como yo; la mayor parte mucho menos.

—Y algunos tiran, señor Palma, mas que nosotros.

—Puede ser; mas si existen no han cruzado conmigo el hierro.

—¿Y ha estado V. en Italia?

—Poco tiempo.

—¿Se ha batido V?

—Una sola vez.

—¿Ha tirado V. mucho?

—Ni un segundo.

—¡Me alegro en el alma, señor D. Nazario: así no tendrá V. los vicios de la infame escuela italiana! esclamó Mr. Botonazo con toda la fé de un artista: y serenándose despues añadió:

—¿Habrá V. adelantado mucho en la esgrima?

—No he olvidado al menos las lecciones que V. tuvo la bondad de darme.

—Vamos á verlo.

Mr. Botonazo cogió dos floretes, guantes y caretas, y me invitó á tirar un rato. Acepté la oferta

con sumo gusto, me despojé de mi gaban y sombrero, me aflojé los tirantes, puse la careta, calcé el guante, empuñé el florete, y saludando á mi antagonista, me puse en guardia. Mr. Botonazo tomó las mismas precauciones, pero conservó su paletó, que mas holgado que mi frac debia dejarle libertad en sus movimientos. Camilo sacó la petaca, encendió un cigarro en el del hombre desconocido, que fijamente me miraba, y ocupó el sillon de baqueta que habia abandonado el maestro. Todos los jóvenes se colooaron en los bancos, y dimos principio á la lid.

Soy bastante diestro en la esgrima; Mr. Botonazo es un maestro que conoce su profesion y tiene las fuerzas de un toro, el combate era por lo tanto interesante y empeñado. Nuestros floretes se enroscaban como dos culebras que luchan, y el chirrido de los aceros semejaba el ruido de una lima que trabaja sobre metal. Mr. Botonazo sudaba, yo sudaba tambien; y casi agotadas nuestras fuerzas tuvimos que tomar aliento para renovar el combate.

Aprovechando esta corta tregua, se despojó mi antagonista de su paletó, y levantándose las mangas de la camisa dejó ver sus brazos velludos, nervíosos. Yo me despojé tambien del frac, chaleco y corbata; y dejándome caer los tirantes me puse en guardia nuevamente. Cruzamos otra vez los estoques; de tan fino temple que se encor-

vaban y estendian como dos varitas de goma.

—Quince minutos mas lidiamos, parando en cuarta ó en tercera, y sin darnos un botonazo, que pudiera llamarse herida. Me animaba cada vez mas, y entre tanto el rostro del maestro iba tomando una espresion de indecible felicidad. Este bien estar quizás le hacia atender menos á mis golpes, y como yo los repetia con mas ardimiento cada vez, conseguí, tendiéndome á fondo, marcarle una estocada bajo la primer costilla.

Todos los jóvenes dieron un grito: «¡Bien Nazario!» esclamó Camilo, y el buen maestro me tendió los brazos, creyendo que era mi destreza el resultado de sus provechosas lecciones.

Tuve un momentde de ovacion, pasado el cual el desconocido encendió otro habano; y dando al viento su primera bocanada de humo, me señaló con su baston y dijo desdeñosamente.

—Este caballero se batió ayer con un niño llamado Flores.

—Se batió, respondió Camilo, y no creo que le importe á V.

—No me importa, respondió sosegadamente; pero ahora mismo acabo de formar mi opinion.

—¿Puedo saberla, caballero? le pregunté con arrogancia.

—Estoy pronto á manifestarla.

—Su opinion de V., interrumpió Silva, será la de un hombre.....

—Camilo, dije á mi amigo interrumpiéndole; te suplico que dejes hablar á este caballero.

Perez de Silva se cruzó de brazos, y el desconocido prosiguió con la misma serenidad:

—Ofrecí manifestarle mi opinion, y voy á cumplir mi promesa. Hablando del lance de ayer, he oido decir á varias personas que es V. un valiente, y que se portó como tal.

—¿Y esas personas?.... interrumpí.

—Se han engañado, caballero.

—Segun eso soy.....

—Un cobarde.

Eché una mirada desdeñosa á mi ofensor, y dije á Camilo:

—Haz de modo que este caballero tenga que variar de opinion.

Antes que Silva respondiera, se adelantó el desconocido, diciendo:

—Comprendo, señor Palma de Jura, el encargo que da V. á su buen amigo, y antes que lo cumpla deseo dejar fundada mi opinion.

—Puede V. fundarla, repliqué.

—He dicho que es V. cobarde, porque manejando el florete de una manera tan pasmosa, no necesitó gran valor para batirse con un niño, que apenas sabia sostenerlo.

—Me alegro en el alma, caballero, que V. me presente ocasion de cruzar el hierro con con un hombre.

—Tampoco daria V. grandes muestras de valor.

—¿Por qué?

—Por que tiro casi tan mal como Enrique Flores.

—¿Será preciso, caballero, herirle el rostro para que dé la satisfaccion que reclamo?

—Repito que tiro muy mal.

—Yo me bato á todo.

—En ese caso nos batiremos á pistola.

—Convenido. Arregla, Camílo, las condiciones de este duelo.

Camilo se alzò de su asiento, y aproximándose á mi adversario le dijo:

—Mi amigo Nazario no puede batirse con V.

—¿Por qué razon? repuso azorado.

—Por que V.....

—Todo lo comprendo, interrumpió mi antagonista: su amigo de V. es un cobarde y V. quiere buscar escusas.....

—¡Camilo, Camilo! esclamé: quiero batirme con ese hombre, aunque sea un bandido, un infame, un asesino.....

—Te batirás: repuso Camilo tristemente: y dirijiéndose á mi antagonista añadió:

—¿Quien es su testigo de V.?

—¿Quiere serlo alguno de Vds.? preguntó el hombre del habano á cuantos estaban presentes.

Ninguno respondió: mi enemigo se pasó la

mano por la barba, y levantándose de su poltrona dijo:

—Estos señores temen semejantes compromisos, no me faltará quien lo corra.

Despues se dirijió á Camilo, y añadió:

—Dentro de una hora buscarán à V. de mi parte.

—Está bien respondió Camilo, y el desconocdio se alejó.

Dispuesto á imitarlo tendí al maestro de esgrima mi mano; me la estrechó afectuosamente, diciéndome al dejarla.

—Señor don Nazario, prudencia: si se batiera V. á florete estaria tranquilo: pero las balas parten del cañon y el dedo de Dios las dirije.

CAPITULO XXI.

UN BUEN ENCUENTRO.

En la puerta del maestro de esgrima nos separamos Camilo y yo, él para esperar, como lo habia ofrecido, al testigo de mi antagonista, y yo en direccion á mi casa, para escribir circunstanciadamente cuanto acababa de pasarme.

Esta inmotivada provocacion acabó de echar en mi alma la gota de hiel que le faltaba, y aseguro que ansio llegar al fatal trance para dejar en él la existencia ó tomar venganza de un hombre á quien ódio profundamente.

Caminaba con paso rápido, cuando me oí llamar por mi apellido con aquella voz eco de la mia, que tanto cautivó mi atencion en el paseo, que nunca olvido, de mi alegre y amada patria.

Volví la cabeza instantáneamente, y ví asomar por la portezuela de un coche una mano que me llamaba. Acudí con la mayor presteza, encontré tendido el estribo, y penetrando en el carruage tuve el gusto de estrechar la mano del Diablo, mi homónimo y compañero de viaje.

El coche prosiguió su camino, y el Diablo me dijo:

—Ví á V. pasar, y no he podido resistir al deseo de darle la mano.

—Mucho lo agradezco, respondí; y desearia hablar con V. frecuentemente.

—Es muy difícil.

—¿Porqué?

—Porque ordinariamente vivo distante de la corte.

—Sin embargo quisiera recibir, para modelar mi conducta, la esplicacion de algunos sucesos que me interesan vivamente.

—Si recibiera V, amigo mio, esa esplicacion, dejaria de hallarse en la posicion escepcional en que hoy se encuentra y perderia mucho la ilusion óptica.

—Continuaré con mi ilusion.

—¿Qué tal lo pasa V. en la corte?

—No sé si decirle que bien ó si que mal. Ayer tuve un duelo.

—Lo sé.

—Y mañana debo batirme.

—¿Con quién?

—Con un hombre á quien no conozco.

—Eso es muy sério. ¿Qué ofensas ó causas han dado márgen al desafio?

Conté al Diablo circunstanciadamente cuanto acababa de pasarme, y despues de haberme escuchado con escrupulosa atencion, me dijo:

—Ese duelo puede tener fatalísimos resultados.

—Así lo comprendo, repuse.

—¿Y sin embargo está V. decidido á batirse?

—Lo estoy.

—Con todo, se me ocurre un medio para que no concurra V. á ese lance.

—No hay medio alguno.

—Uno muy sencillo.

—¿Cuál es?

—Iré á batirme en su lugar.

—Nunca lo permitiré, nunca; y si insiste V. en su propósito, nos encontraremos frente á frente sobre el mismo campo de batalla.

—No es mi intento, repuso el Diablo con una sonrisa melancólica, provocar un escandaloso conflícto; y si V. insiste en batirse puede hacerlo como le plazca.

—Insisto, dije friamente; pero tengo que pedir á V. un inestimable favor.

—Haré cuanto V. me prevenga.

—Yo tengo en la corte de España un íntimo amigo.

—Siga V.

—Este amigo mio es literato.

—Tiene una mala profesion.

—Por confesion suya sabia que andaba sobrado de deudas por andar escaso de dinero.

—Es propio de un hombre de letras.

—Creo que remitiéndole un circuntanciado diario de mi viage, para que allí lo publicase le haria un gran favor, y hasta hoy he cumplido religiosamente la obligacion que voluntariamente me impuse.

—Puede ser que gusten en España de saber lo que sucede en el Infierno.

—Mañana puedo sucumbir en mi desafio.

—Puede suceder.

—Y como si mi fin quedara oculto no seria completo mi viaje; ruego á V. encarecidamente, que si sucumbo escriba á mi amigo mi trájico fin.

—Lo prometo.

—Dí al Diablo tu nombre y apellido, y como ya nos encontrábamos á la puerta de mi alojamiento, me despedí de él dándole gracias por su promesa.

Camilo ha venido á visitarme: ya deja arreglado mi duelo, el que debe tener lugar á las seis de la madrugada.

Cinco dias no mas he vivido en *la corte de los milagros*, que así llamo y debo llamar á esta fatal corte del Infierno: cinco dias no mas he vi-

vido, y han sido fecundos á fé en misteriosas aventuras.

Señala la una mi reloj; voy á dormir, y espero tranquilo que el dedo de Dios, como dice el maestro de esgrima, señale camino á la bala que ha de matar á mi contrario ó traspasar mi corazon.

FIN DEL TOMO I.

UN VIAJE

AL INFIERNO.

UN VIAJE AL INFIERNO.

NOVELA ORIGINAL.

POR

D. Juan de Ariza.

TOMO II.

MADRID: — 1848.
IMPRENTA DE D. JOSÉ MARIA ALONSO.
Salon del Prado, número 8.

UN VIAJE AL INFIERNO.

CAPITULO I.

SABELO DIOS Y ELLA.

No creí poder continuar la descripcion de mi viaje, pero sin duda estará escrito que deba añadirle algunas páginas; y mientras la pluma no se niegue á formar letras, he de proseguir mi tarea con una indomable constancia. Esperando que el dedo de Dios trazára camino á una bala pasé la noche; y el insomnio, que por diferente motivo me aflijió la noche anterior, continuó su maléfico influjo con mas indestructible saña. Sin

hacer alarde de valiente, puedo decir que no me amedrenta la imágen de una muerte próxima; pero me causa gran terror una vida llena de azares y la certidumbre de estar rodeado de enemigos ocultos, cuyos tiros no sé de dónde parten y me es imposible evitar. Ahora comprendo, como nunca, toda la fuerza de aquella metáfora feliz, *la espada de Damocles*, que materializaba la responsabilidad de los reyes, y me mueve á lástima la suerte de los mas tiranos. Esto de vivir sin saber quién me aborrece, quién me ama: ofendiendo al mejor amigo, á la muger mas cariñosa: dando la mano á mis contrarios y teniendo simpatía quizás por las mugeres menos dignas de amor y respeto, es un tormento que yo no habia imaginado nunca; que pocos hombres habrán sufrido ni podrán esperimentar. Pero dejando los temores que debe inspirarme mi suerte, voy á referir los sucesos con la calma de historiador.

Despues de una noche de insomnio, saludé con vivo entusiasmo la venida del nuevo dia, y como debia sin tardanza correr á la muerte, dejé el lecho y empezé á vestirme con premura; porque el honor manda disputar la primacía de asiento en tan divertida funcion. Poniéndome estaba el gaban, cuando oí que paraba á mi puerta un carruaje, y un segundo despues la aldaba me anunció que Perez de Silva habia sido aun

mas diligente que yo. Agradecí su diligencia y salí al instante á encontrarlo: montamos en el carruaje, y otra vez tomamos el camino de la venta de los Espíritus, que habiamos visitado dos dias antes.

Caminábamos al galope, y Camilo y yo, profundamente preocupados, guardábamos triste silencio. Corrimos así todo el camino; llegamos en quince minutos á la venta; bajamos de la carretela y nos dirijimos al paraje que dos dias antes habia servido de palenque para mi combate con Flores.

Por un capricho del invierno, hacia una mañana templada y se divisaba hácia el oriente una franja de nubes carmesíes, que doraban lijeramente los primeros rayos del sol. Al llegar al punto designado, vimos que nuestros adversarios no se habian presentado aun; lo que lisonjeó en cierto modo nuestra vanidad: dejó Camilo sobre un ribazo las pistolas, y comenzamos á dar paseos, mirando siempre hácia la venta, para ver un momento antes la llegada de mi adversario y su padrino.

Continuábamos mi amigo y yo guardando silencio; mas parándose de repente Perez de Silva, me dijo con resuelto tono:

—Nazário, hoy será tu último desafio.

Estas palabras, pronunciadas de una manera singular, me hicieron profunda impresion; la

misma que si la voz de un ángel me hubiera dicho: «Vas á morir hoy sin remedio:» pero dominando mi terror y ocultando cuidadosamente una convulsion espasmódica, que me habia ajitado un instante, respondí con alegre acento:

—¿Estás seguro de mi muerte?

—No sé lo que sucederá, repuso Camilo con estraordinaria enerjía; pero, aunque venzas, no puedes tener otro duelo.

—¿Por qué, amigo mio?

—Porque sobre tí está pesando una estraña fatalidad.

—Es indudable.

—Y si no, respóndeme, Nazario. ¿Has hecho la menor ofensa al insensato Enrique Flores?

—Creo que no.

—Y te ha provocado, sin embargo, de una manera bien estraña.

—Es verdad.

—¿Has ofendido al espadachin que estamos esperando?

—No.

—Y sin causa ni razon alguna te ha conducido á un duelo á muerte.

—Es cierto; y, como tú has dicho, está pesando sobre mí una estraña fatalidad.

—Pues por lo mismo, si escapas vivo de este duelo, no debes admitir ninguno.

—¿Y si me provocan de nuevo?

—Rehusas.

—Rehusar un duelo es deshonrarse.

—No, cuando se han dado repetidas pruebas de valor.

Reconocí toda la fuerza de las razones de mi amigo, y en lo crítico de mi situacion me encontraba muy inclinado á prestarlas completo asenso; pero al mismo tiempo mi orgullo se rebelaba contra todo indicio de flaqueza, y repuse sin vacilar:

—Solo me prueban tus razones que estoy destinado á morir de muerte violenta.

—¿Estás decidido á batirte con cualquiera que te provoque?

—Sí.

—En ese caso puedes buscar otro padrino para los lances sucesivos.

—¿Te has cansado ya de acompañarme? le pregunté con amargura.

—No, Nazario; me respondió profundamente enternecido: pero yo no debo apadrinarte.

—¿Por qué, Camilo?

—Porque mi corazon me dice, que soy la causa de estos duelos.

—¿Tú?

—Sí, Nazario.

—No te comprendo.

—Ni yo puedo esplicarme mas.

—¿Adivinas de dónde vienen las persecuciones que sufro?

—A lo menos, creo adivinarlo.

—Revélame ese fatal secreto.

—No: me cierra la boca un juramento.

—¿Un juramento?

—Un juramento, que tú debes respetar tambien; porque has jurado como yo.

La clave de estas pocas palabras, para mí tan incomprensibles, debia tenerla indudablemente el Diablo, mi homónico; y para él seria muy claro y terminante lo que me estaba volviendo loco entre las sombras del misterio. En mi situacion escepcional, no podia dirigir á Camilo nuevas preguntas sin comprometer el secreto de mi fatídica existencia; y resolví correr los azares mas terribles antes que pecar de indiscreto. Guardé silencio por lo tanto, y pocos minutos despues vino á llamar nuestra atencion una berlina, que, á todo escape, se adelantaba hácia la venta. Llegó precisamente al sitio que ocupaba nuestro carruaje; se paró muy próximo á él, y vimos bajar á un caballero. Estrañamos que un solo individuo descendiera de la berlina, cuando segun nuestra creencia debian venir en ella mi antagonista y su testigo; y mas creció nuestra estrañeza, cuando vimos que el caballero se adelantaba hacia nosotros. Lo esperamos, sin adelantar un solo paso del lugar que habiamos elegido; llegó hasta nosotros, y despues de un cortés saludo nos dijo:

—Caballeros, siento en el alma haber hecho á Vds. esperar una hora ó mas.

—Seguramente, hemos esperado una hora: repuso Camilo con acento no muy apacible.

—Solo puedo repetir á V. mis escusas y el sentimiento que me causa; pero no ha sido culpa mia.

—Poco importa que hayamos perdido algun tiempo si lo adelantamos ahora: dijo Perez de Silva sin dar mas dulzura á su voz.

—Pero es el caso..... tartamudeó el caballero.

—¿Qué? preguntó mi amigo impaciente.

—Que el duelo no puede efectuarse.

Las fruncidas cejas de Camilo se dilataron de repente, y yo sorprendí en su mirada todo el júbilo que en vano procuraba ocultar. Procuró tomar, sin embargo, continente reservado y frio, y preguntó tranquilamente:

—¿Podemos saber qué motivo nos impide llevar á cabo un duelo empeñado sin la menor causa.

—Voy á contestar sencillamente; repuso el padrino de mi imprudente antagonista.

—Esperamos la esplicacion: dijo Camilo con su simulada indiferencia.

—Convine anoche con mi ahijado, en que al amanecer de hoy se reuniria conmigo en casa. Me levanté á la hora convenida, y estuve esperando su llegada, por mas de cuarenta minutos con la impaciencia natural en lances de honor,

caballeros. Cansado de tanto esperarlo, me dirijí á su alojamiento, y supe con la mayor sorpresa que no habia pasado en él la noche. Procuré en vano averiguar los motivos que habia tenido para una conducta tan estraña; pero no conseguí adquirir ninguna noticia. Juzgue entonces, que mi honor me llamaba á este sitio, y he corrido á él á todo escape. Nada mas tengo que decir.

Durante este corto relato, frunció Camilo varias veces las cejas, costumbre que habia tomado, al parecer, desde mi inesplicable duelo; y despues que se hubo terminado, me interrogó con una mirada estraordinariamente espresiva. Yo me había propuesto guardar un indiferente silencio, y le respondí únicamente con un movimiento de hombros. Comprendió al momento Camilo lo dificil de mi posicion y preguntó al padrino de mi adversario:

—¿Qué debemos hacer?

—Firmar un acta, repuso aquel sin vacilar, y esperar que el tiempo nos aclare este incomprensible misterio.

Aceptó mi amigo la propuesta, y todos trenos encaminámos á tomar nuestras carruages; conviniendo antes en una reunion, para estender el documento.

Cuando entramos en la carretela, y en tanto que las briosas yeguas deshacian al trote el ca-

mino que habian corrido una hora antes, pregunté á Camilo:

—Tú, que tienes sospechas ó corazonadas relativas á las personas que me proporcionan estos lances, ¿qué dices de lo que acaba de pasar?

—Yo no sé qué pensar, Nazario.

—¿No te parece este desenlace inesperado y peregrino?

—Sí, Palma.

—¿Y no sospechas?...

—A fuerza de sospechar tanto, me confundo mas cada vez.

—Pero Camilo....

—Recuerda nuestro juramento, y sospecharás lo que yo.

Por segunda vez el juramento cerraba la boca á Camilo, y por segunda vez tambien me veia obligado á poner freno á mi inmensa curiosidad.

Cansado de marchar á ciegas por las intricadas revueltas de tan confuso laberinto, iba á descubrir á Perez de Silva el secreto de mi existencia; pero como encontraba en él, en medio de muchas espinas, alguna que otra flor fragante; como habia ofrecido â mi homónimo no revelar mi procedencia; y como al hacerlo confesaria que habia mentido infamemente, deseché la mala tentacion y busqué amparo en el silencio, que me habia servido hasta entonces como un escudo impenetrable.

El veloz trote de las yeguas correspondió perfectamente á mis últimas disposiciones, y á los veinte minutos de haber salido de la venta, entraba en mi casa, despues de haber dado á Camilo una cita para la tarde y un abrazo por despedida.

A las nueve de la mañana me encontraba en mi gabinete, turbado el ánimo con mil dudas, rendido el cuerpo con las fatigas de una larga noche de insomnio y una penosa madrugada. Sentado frente á mi bufete, apoyé los codos en el pupitre, recliné en mis manos la cabeza, y me entregué á una larga série de meditaciones penosas. Por primera vez, desde que emprendí este viaje, recordé con pena á mis amigos, y sobre todo á aquella Matilde tan tierna, que casi lloró al recibir la nueva de mi pronta marcha. ¡Pobre Matilde! es tan bonita: y aunque aquí hay mujeres bonitas... pero sigamos con mi historia.

En medio de mis reflexiones, hice un movimiento algo brusco y dejé caer al suelo una carta que, aunque colocada sobre el pupitre, no habia llamado mi atencion. La recojí maquinalmente, pero se disipó en un punto el sopor que me dominaba, viendo mi nombre y apellidos, trazados por mano de mujer. Rompí el nema apresuradamente y leí las siguientes palabras:

«Nazario: una mujer, á quien has hecho cru-

da guerra, quiere tu muerte y te ha preparado dos lances, que llamais los hombres *de honor*: otra mujer, á quien has ofendido cruelmente, quiere que vivas en un contínuo sobresalto. Estabas seguro de vencer á Flores, porque eres diestro tirador, y tuvo efecto el desafío: era dudoso que vencieras á tu segundo antogonista, y no se ha realizado el duelo. ¿Quieres decirme en dónde se encuentra tu adversario?»

Confuso me dejó el billete: busqué el que habia recibido el dia antes; cotejé las letras y ví que no se parecian en nada. De conjetura en conjetura, y haciendo juicios temerarios, acabé por desconfiar del buen estado de mi razon; y releyendo la sétima línea del fatal billete esclamé: «¡En dónde se encuentra mi contrario!» pero calmándome de improviso, murmuré con apacible acento. «Sábenlo Dios y ella.»

CAPITULO II.

REVISTA DE LA SEMANA.

Ha transcurrido una semana, la segunda desde que respiro en la gran corte del Infierno; y han ido pasando ante mis ojos mil fuguras de linterna mágica con prodigiosa rapidez. ¡Cuántos amigos, que no conozco, se han presentado en mi alojamiento, visitándome de bien venida! ¡Cuántos honrados electores han venido á congratularse por haberme dado su voto! ¡Cuántos *quid pro quos*, cuántas preguntas inconexas, cuántas respuestas disparatadas hemos cambiado mútuamente! Un amigo, que se decia serlo mio desde la niñez, me ha contado que doña Tomasa, nombre de su adorada esposa, ha modificado su carácter. Que de coqueta y casquivana se ha trasformado

en mujer juiciosa: y, en fin, que las malas apariencias, la peligrosa intimidad con el médico de la casa ha desaparecido del todo. Es verdad que doña Tomasa, segun el relato de su esposo, ha cumplido cuarenta años; que sus cabellos la van dejando al vapor, frase sacramental tratándose de rapidez: que tiene dos dientes postizos; que los demas amarillean, y que el médico ha entrado en relaciones con la mujer de un abogado, que cuenta veinte y tres primaveras y tiene los dientes completos. El esposo de doña Tomasa me ha dicho el nombre y apellido del sapientísimo doctor, el nombre y apellido de la mujer del abogado y el del abogado tambien.

Otro amigo, bajo y obeso, que me vió nacer, segun dice, me ha noticiado que está con una sobrina suya, á quien yo amé en mi primera juventud; que aunque ha cumplido treinta años se conserva fresca y hermosa; que la tiene en su misma casa; que le habla de mí con frecuencia: y por último, me ha sacado ocho napoleones flamantes, porque está cesante el infeliz.

Un tercer amigo, no muy amigo; «ha tenido el honor de hablarme pocas veces,» son sus palabras: me ha suplicado que lo acomode en la redaccion de un periódico, aunque sea para escribir revistas diplomáticas, y el ángel no sabe francés.

Otro amigo, que debe serlo mucho, á juzgar

por su marcialidad; ha empujado los muebles; me ha dado en el hombro una palmada mas fuerte que lo necesario para llamarme la atencion; se ha arrellanado en una butaca; y, despues de encender un habano, me ha dicho, sacando de su pecho un abultado manuscrito, y echándolo sobre el velador:

—Ahí te dejo, Nazario, ese drama; házlo representar y pronto.

—Perdona, le dije admirado de su peticion ó mandamiento; pero yo no soy empresario y...

—Ya lo sé que no lo eres, me interrumpió en el mismo tono; pero tú tienes relaciones íntimas con el empresario del coliseo principal.

—Perdona: no sé quién es el empresario.

—El mismo del año pasado; el del anterior, el del otro.

Y como no sabia quién era este empresario permanente, tuve que quedarme con el drama por no decir una tremenda necedad.

Interpolados con mis amigos, han ido entrando mis electores; armados de humildes palabras y de terribles exijencias. Uno de ellos, padre de una numerosa familia, se contentaba con que á su primogénito, clérigo de misa y olla, como se llaman en España los que no han cursado teología, diera el ministro de la Gracia, no podia ser de la Justicia, una canongía doctoral; al segundo, jóven lampiño, que acababa de graduarse, una

plaza de magistrado en las colonias: y á su Benjamin, que estudiaba el segundo año de medicina, plaza de agregado en la facultad de teología. En cuanto á los maridos de sus hijas no eran grandes las exigencias: al uno, que era oficial quinto de una gefatura política, debia hacerlo el ministro de Hacienda contador de provincia; y al otro, que era teniente retirado, debia nombrarlo el ministro de Instruccion pública director de un Seminario conciliar.

El segundo de mis electores era solteron, y por lo tanto solo deseaba que le acomodára un sobrino, aunque fuera de secretario de embajada. Por lo demas pedia únicamente que le liquidáran dos millones de suministros, hechos á un sargento segundo en la guerra de no sé cuándo.

Tres electores en comision solicitaban que el gobierno mandára abrir una carretera y un canal de riego; cuyos presupuestos solo subian á la suma de veinte millones de reales: y otros tres electores mas solicitaban, uno á uno y encargándome mucho el secreto, ser alcaldes del mismo pueblo. Debiendo añadir únicamente que todos estos electores eran enemigos declarados del ministerio, y que me encargaban le hiciera sistemática oposicion. Yo no escasee los ofrecimientos á mis honrados comitentes; procurando suplir con razones la poca esperanza que tenia de satisfacer sus deseos.

En cumplimiento de mi deber, como diputado que soy, he asistido á una conferencia y á una sesion. En la primera se agitó de nuevo la gran cuestion presidencial, y en la segunda hemos procedido á la eleccion; en la cual ha obtenido el mayor número de votos un hombre de mucho talento, segun la opinion de sus amigos. Yo, que sin saber cómo ni cuándo, me cuento en el número de ellos, he contribuido con mi voto al triunfo de su candidatura; y sin saber cuándo ni cómo he recibido de su parte las mas lisonjeras ofertas. En la sala de conferencias se ha conferenciado muchísimo; y por lo tanto se han gastado muchas palabras. En la misma sala he recibido varios apretones de manos, mas ó menos significativos, y dados por amigos mios que deben conocerme mucho; pero á quienes yo no conozco. El señor ministro de Hacienda me ha saludado con una sonrisa burlona, diciéndome en tono festivo:

—Su recomendada de V., la encantadora Sofia Amaranto; no habrá quedado descontenta de mí.

Estas palabras me parecieron una injuria; pero estoy tan cansado de riñas, que respondí al señor ministro con otra sonrisa, mas impertinente que la suya, y nos separamos riendo. El me ha insultado hipócritamente; pero en cambio he jurado hacerle la mas furibunda oposicion;

con la cual dejaré satisfechos á mis honrados comitentes.

Por mas que trabajo no consigo averiguar el paradero de mi furibundo adversario; y su estraña desaparicion ha dado orígen á estupendas murmuraciones. Mis amigos quieren consolarme, diciéndome que es un botarate, fullero y muy provocativo; pero de poco corazon: que habrá convenido á sus planes meter ruido, y que á última hora, ha temido perder la piel y tomado las de Villa Diego, librándose de esta manera de un lance muy comprometido y de numerosos acreedores. Mis enemigos, que los tengo sin haber hecho el menor daño, forjan los cuentos mas absurdos; y hay quien asegura que yo lo he quitado de en medio, por no cambiar un pistoletazo. Esta calumnia me desespera, y estoy tentado á fijar un cartel desafiando á todos los diablos y diablesas.

Para cumplir con el encargo de mi íntimo amigo el poeta, he recomendado al empresario el drama en cuestion; y como tengo el don de errar, he sacado en limpio que el señor empresario y yo estamos reñidos por un artículo de periódico, en que no hablé con entusiasmo de su señoría; que el drama ha vuelto á mi poder; que lo he pasado al del autor; que este no ha dado crédito á mi relato, y que hemos quedado reñidos.

Huyendo de nuevas relaciones, he buscado

puerto en la sociedad del ex-ministro; pero en vez de plácida calma, comienzo á oir los roncos preludios de una peligrosa tormenta.

En la sociedad del ex-ministro he visto por tercera vez á María. La he visto con sus ojos negros, rasgados, espresivos y chispeantes: la he visto con sus cabellos de azabache: la he visto con sus lábios breves, su tez apenas sonrosada, su talle esbelto, su voz sonora, sus imperiosos ademanes; y he tenido miedo de María. Pero no es lo malo que me cause un irresistible terror: lo verdaderamente peligroso es que sus miradas de fuego van penetrando por mis ojos hasta el pensamiento que enardecen; y que contra mi voluntad siento latir mi corazon. No hay duda que yo estoy enamorado de esta peligrosa muger.. Hace cuatro dias que no la veo, y su imágen está ante mis ojos como un aterrador fantasma: he soñado tres noches con ella, he llamado á mi ceremoniosa huéspeda con el dulce nombre de María; y por escribir el nombre y apellido de un secretario del congreso, escribí dos veces María, deposité la papeleta y dí motivo á una risa monumental. Este principio de locura me tiene con algun cuidado, y por mas que discurro no encuentro medicina para mi mal. Si Sofia Amaranto no hubiera marchado: si la dama del pié pequeño no estuviera enojada conmigo: si Matilde, la hermosa niña que dejé en mi patria, se apareciera

como un ángel: si yo pudiera preguntar, como todo el mundo pregunta, lo que ignoro; quizás encontraria remedio; pero estoy sirviendo de juguete á todos los diablos y diablesas, que me hacen pagar culpas agenas, sin que yo pueda echarles en cara sus pecados.

Acabo de hacer conocimiento, segun yo, y de anudar antiguas relaciones, segun ella, con la señora Paca Confianzas; la lavandera de mi homónimo. Por su hija, novia de Perico Travieso, ha sabido que estoy de vuelta; y aunque mi huéspeda tiene el cuidado de darla y pagarla mi ropa, ha querido la buena muger saludarme despues de una tan larga ausencia. Mi lavandera está al corriente de varios lances de mi vida prestada, y aunque se esplica con reticencias, por respeto hácia mí; y sabe cosas que yo necesito saber. Me ha dicho que está S. E. mas hermosa que la dejé y, como yo no puedo preguntar, he tenido que contentarme con saber que está mas hermosa S. E. Tambien me ha dicho que su casa está siempre á mi disposicion, y esta oferta, aunque todo el mundo la hace, debe encerrar algun misterio. ¿Habré tenido la costumbre de visitar misteriosamente la casa de mi lavandera? Bien puede ser. Es necesario que yo continúe visitando á la señora Paca Confianzas, hasta hacerla hablar por los codos.

Media hora despues de haber salido mi lavan-

dera, ha entrado Perico Travieso, mal carado y meditabundo.

—¿Qué traes, Pedro? le pregunté.

—Nada, señorito: respondió sin desfruncir el entrecejo.

—¿Estás enfermo?

—No señor.

—¿Te hace falta dinero?

—Tampoco.

—¿Estás reñido con la novia?

—Me quiere lo mismo que ayer.

—¿Has tenido alguna pendencia?

—¿Quién se aflije por una riña?

—Podia perseguirte la justicia.

—V. me sacaria de la cárcel, como me sacó la otra vez.

—Pues no adivino la razon de tu adusto y terrible ceño.

—Es difícil adivinarla.

—¿Quieres esplicarte? le pregunté con tono seco y displicente.

—Señor don Nazario, repuso con honda espresion de amargura: hay palabras, que un hombre como yo no debe dirigir jamás á un caballero como V.

Las reticencias de Perico picaron mi curiosidad; y como, por mas que me devanaba los sesos, me era imposible adivinar la causa de aquel embarazo, le dije:

—Tu obstinado silencio me dá lugar á graves sospechas; y te mando que me respondas, si en algo estimas los servicios que has recibido de mi parte.

—Señor D. Nazario..... repuso Pedro con angustia.

—Habla.

—Voy á hacerlo, señor.

Y añadió, bajando los ojos y moviendo apenas los lábios, como si temiera ser oido.

—Acusan á V. de haber cometido una infamia.

—¡Perico! esclamé con violencia y adelantándome hácia él.

—Bien decia yo, que un hombre de mi humilde clase no puede dirigir ciertas palabras á un caballero como V.; repuso Perico dulcemente.

Al primer impulso de mi ira siguió pronto la reflexion; y considerando que con aparente justicia podian achacárseme crímenes, le pregunté tranquilamente:

—¿Qué infamia he cometido, Pedro?

—Señor D. Nazario.....

—Habla pronto. Ya ves que escucho muy tranquilo.

Pedro me miró fijamente; se arregló un poco los cabellos; dió varias vueltas al sombrero, que no habia dejado de la mano, y empezó á tartamudear estas palabras:

—Dicen que ha hecho V. desaparecer á un hombre, por miedo de batirse.

—¡Yo!

—¿Es verdad que no, señor D. Nazario? esclamó Pedro con estraordinaria alegría.

—No cometo yo tales infamias: repuse recobrando mi aplomo, y recordando las conjeturas á que habia dado márgen la estraña desaparicion de mi contrario.

—Ya lo decia yo para mí. ¡Tiene don Nazario un corazon demasiado noble para tales alevosías! esclamó Perico, y añadió un momento despues.

—Esta calumnia es preciso que desaparezca.

—¿De qué modo? le pregunté instintivamente.

—De una manera muy sencilla.

—Sepamos.

—Buscando á los calumniadores, y haciéndoles que se retracten.

—¿Pero á quiénes he de buscar?

—A dos caballeros.

—¿Quiénes son?

—Escúcheme V. un momento.

Volví á sentarme en mi sillon, que habia dejado momentos antes: el baratero apoyó su mano en una esquina del bufete; y empezó con voz sosegada:

—La primera noche que hablamos, conté á V.

la historia de mi amor, porque yo no tengo secretos para mi bienhechor.

—Prosigue.

—Protejido por el cochero de la marquesa del Buen Gusto, hablo de noche con mi novia, mientras los señores de la casa se entretienen en su tertulia. Anoche hablamos hasta tarde; y al retirarme, ví bajar la escalera á dos caballeros, vestidos con suma elegancia. El uno de ellos nombró á V. y añadió despues. «Sabes que es muy estraño lo que nos ha dicho la marquesa.» Su nombre de V. y estas palabras picaron mi curiosidad, y apliqué el oido atentamente. «Y tan raro: repuso el otro. Nunca hubiera creido que un hombre como Nazario Palma recurriese á tan bajos medios. Hacer que un hombre desaparezca, por no verse con él cara á cara, es una infame cobardía.» Entraron los dos caballeros en una hermosa carretela, que les esperaba á la puerta, y no pude continuar oyendo el resto de su conversacion.

—¿Conociste á esos caballeros?

—No los habia visto en mi vida.

—¿Y cómo quieres que los busque?

—Paciencia, señor don Nazario. Al oir que hablaban mal de V., mi primer impulso fué pedirles cuenta de su infame calumnia.....

—Hubieras hecho mal.

—Por eso busqué otro medio mas prudente.

—Continúa Pedro, continúa.

—Sin decirles una palabra, los dejé tomar el carruaje; pero al momento que el lacayo cerró la portezuela y tomó asiento en el pescante, me acomodé lo mejor que pude en la zaga; resuelto á seguirles la pista. Corrimos así varias calles, al trote de dos buenas yeguas normandas, y la carretela paró á la puerta de una hermosa casa. No queriendo ser descubierto, me eché al suelo antes de que lo hiciera el lacayo; y colocándome algo distante, vi bajar á los dos caballeros, que entraron inmediatamente en el magnífico edificio. La carretela se marchó, y yo me aproximé á la puerta. Aunque las señas eran claras, no quise dejar nada al acaso; y con la punta de mi cuchillo hice tres rayas en un sillal de la portada. Satisfecho con esta precaucion, me fuí á mi casa tranquilo; y esta mañana muy temprano he averiguado, valiéndome para ello del portero, que uno de los dos caballeros es el rico capitalista don Mauricio Sanchez.

Así terminó su relacion mi fiel y agradecido Pedro, y me pareció que yo habia oido en alguna ocasion solemne el nombre del rico banquero. Di las gracias al que tanto cuidado habia tenido de mi honra: le aseguré que en toda mi vida habia cometido infamia alguna; prometiéndole que pediria las debidas esplicaciones á la marquesa y á sus íntimos tertulianos; y lo despedí, muy sa-

tisfecho, porque me habia dado una prueba de agradecimiento y lealtad.

Aflijiame profundamente ser objeto de infundadas murmuraciones; y aunque conocia lo difícil que debia serme el acallarlas, el nombre del rico banquero continnaba resonando á mi oido; avivando cada vez mas el deseo de aclarar los hechos ó de alejar con un lance ruidoso y grave la acusacion de cobardía. Estaba pensado el mejor modo de acercarme al capitalista, cuando se vino á mi memoria un recuerdo que debia costar muchísimas dificultades. Para comprobar su exactitud, abrí mi pupitre al momento, y tomando las doce tarjetas del Diablo, leí en una de ellas: *D. Mauricio Sanchez, banquero. Vive calle de Mirasoles, número 39, cuarto principal. Se almuerza con él á las doce.*

Todas las personas cuyos nombres estaban en las doce tarjetas, me habian recibido hasta entonces con vivas muestras de amistad, y era muy probable que el banquero se contara tambien en el número de mis obsequiosos amigos. Esta persuasion debia halagarme, y me contrariaba en cierto modo, porque siempre me embarazaba tener que tratar con personas muy enteradas en asuntos que yo debia saber como ellos y que sin embargo no sabia. Este fundadísimo temor me tuvo perplejo un instante; pero dominándolo al fin me decidí á probar fortuna. Tomada esta re-

solucion, y no queriendo perder dias, me vestí apresuradamente, porque habian dado las once y media, y ya me disponia á salir, cuando empujaron rudamente la puerta de mi habitacion. Creí al principio que vendrian á presentarme el desayuno, pero en vez de la risueña faz de mi huéspeda ó la estúpida del gallego, me encontré con la maliciosa y sarcástica del astuto don Bruno Gonzalez.

—Muy buenos dias, señor don Nazario: dijo don Bruno, sáludándome con tanto respeto, como si yo fuera ministro.

—Muy buenos dias, señor don Bruno: le respondí con sequedad.

—¿Iba V. á salir, señor don Nazario?

—Si V. no dispone otra cosa.

—¿Tiene V. prisa?

—Sí señor.

—Pues entonces diré á V. muy pocas palabras, dejando para otra ocasion minuciosas esplicaciones, que ó yo soy muy topo ó deben tenernos mucha cuenta.

—Hable V. don Bruno; y no olvide que tengo prisa.

—Voy allá. El gobierno tiene sospechas: me dijo bajando la voz.

—¿De quién? le pregunté risueño.

—De V.

—El gobierno está loco.

—Puede ser; pero yo aseguro qne sospecha de V., y que tiene comisionados para que no le pierdan de vista.

—¿Está V. seguro?

—Tan seguro, como que yo soy uno de ellos.

—¿Y en qué fundan esas sospechas?

—Verdaderamente no lo sé; pero me han encargado especialmente que trabe amistad con el tabernero y que tenga mucho cuidado con Perico Travieso; mozo de mucho corazon, que estaria en presidio sin la proteccion de V.

—Es cierto.

—¿Tiene V. algo que mandarme? me preguntó el obsequioso espía, despidiéndose al mismo tiempo.

—Nada, don Bruno, respondí: presentándole al mismo tiempo algunas monedas de oro.

—Muchas gracias, señor don Nazario, me dijo: rehusando con un ademan el oro que le presentaba.

—Tome V. este corto obsequio: insistí por segunda vez.

—No puedo tomarlo, señor: repuso dando algunos pasos.

—Yo sé muy bien que Vds. viven haciendo esta especie de favores.

—No lo niego, señor don Nazario: pero sabemos distinguir.

—No entiendo.

—Es muy fácil. Nuestros servicios no son

nunca desinteresados; pero se diferencian en que de los unos queremos oro y de los otros proteccion.

Me hizo una profunda reverencia y desapareció, dejándome con las monedas en la mano, fortuna que muy rara vez se presenta. Las sepulté de nuevo en mi bolsillo y salí en busca del banquero.

CAPITULO III.

EL ALMUERZO.

Atravesé con rapidez la distancia que me separaba de la calle de Mirasoles; entré en la casa número 39, y subí al cuarto principal; cuya puerta se hallaba abierta y en ella un lacayo muy jóven.

—¿Está en casa el señor don Mauricio? pregunté al lacayo.

—No sé: me respondió sin vacilar, y agitando una campanilla.

A este llamamiento apareció un criado de bastante edad; y reconociéndome sin duda, esclamó con muestras de júbilo:

—¡No se detenga V., señor don Nazario! ¿Ha venido V. bueno?

—Bueno: le contesté con el laconismo que me hacía tener mi mal humor.

El criado marchaba delante; grande fortuna para mí, que segun todas las apariencias debia conocer las habitaciones; y abriendo una puerta de dos hojas, me cedió el paso retirándose. Dí un paso mas, y me encontré en un espacioso comedor; en cuyo centro se veia una mesa de veinte cubiertos á lo menos, y á su alrededor algunas personas, que alegremente conversaban. Hasta entonces me habia presentado con desembarazo y aplomo; venciendo ó mejor dicho, no encontrando dificultades que vencer; pero en el momento mas crítico se me presentaba una muy grave, en la cual yo no habia pensado. Esta grave dificultad era á quién dirigiria la palabra, que fuera realmente el banquero. Esta confusion me detuvo algunos momentos á la puerta, dando lugar á que uno de aquellos señores me gritára:

—Nazario, adelante.

Obedecí su invitacion, que para mí realmente era una órden, y me adelanté resueltamente; no dudando fuese el banquero quien me dirigia la palabra. Me dejé caer en una silla, que él mismo se dignó presentarme, y estreché cordialmente la mano que me presentó de igual manera.

—¿Vienes á almorzar con nosotros? me preguntó, como esperando una respuesta afirmativa.

—No, le respondí; pero he venido á hacerte una pregunta.

—Habla.

—Tú estuvíste anoche en la tertulia de la marquesa del Buen Gusto.

—¿Qué dices, Nazario?

—Que estuvíste anoche en la tertulia de la marquesa....

—Calla, calla.

Si se habrá equivocado Pedro; dije para mi pero aun no habia acabado de concebir esta duda, cuando se abrió la puerta de repente y apareció en ella un hombre de cuarenta á cuarenta y dos años, que saludó á todos y vino á darme la mano.

—¿Cómo estás? me preguntó cariñosamente.

—Bien le respondí, no sabiendo qué tratamiento debia darle

—¿Has descansado ya?

—Sin duda.

—¿Y queriendo guardar etiqueta, porque no he tenido un momento en que poder ir á visitarte, no has venido á casa hasta hoy?

—¿Será este don Mauricio Sanchez, me pregunté; y habré cometido una necedad en cuanto he hablado con el otro?

—Pero ya que has tardado tanto en venir á vernos, almorzarás hoy con nosotros.

—No he venido precisamente á almorzar.

—¿Pues á qué, Nazario?

—A que hablemos un poco.

—Empieza.

—Tú estuviste anoche en la tertulia de la marquesa del Buen Gusto.

—¿Yo?

—Segun creo...

—Pues estas muy equivocado. Bien sabes, hace mucho tiempo, que no estoy por la aristocrácia.

—¿De sangre? supongo: pregunté; queriendo lanzarle un epígrama.

—Ni por la de dinero, Palma.

—No lo comprendo.

—Es muy sencillo. Puede darse nada mas indigesto que un gran señor improvisado: un gran señor, que ayer se limpiaba las botas y que mañana quizás tenga que hacer lo mismo.

—Cuanto mas oigo mas me admiro: le respondí; y dije para mi interior. No solamente los poetas hablan mal de su profesion y de todos sus compañeros: aquí tenemos un capitalista que niega la supremacía á la riqueza.

—No debe causarte admiracion, repuso el caballero, oirme hablar en términos tan duros de la aristocracia del oro; perque la conozco muy de cerca y no se me ocultan sus defectos. Es mas vanidosa mil veces que la de la sangre: hace gala de sus talegas, como la otra de sus añejos

pergaminos; y con mas ínfulas de pródiga, tiene mucha menos generosidad.

—¿Y esos defectos capitales afligen á la clase toda, sin que podamos hacer en ella ni una escepcion honrosa?

—Nazario, yo, á lo menos, no hago ninguna. Este es mi modo de pensar.

—¿Ni una siquiera?

—Ni una, repito.

—¿Ni tú mismo?...

—¿Qué?

Esta interrupcion me hizo creer que quizás estaba acostumbrado a recibir del Diablo, mi homónimo, un tratamiento mas cortés; y no sabiendo como enmendar mi torpe desliz, tartamudeé algunas sílabas inconexas; que mal podia comprender mi amigo, cuando yo mismo no sabia lo que habia querido manifestar.

—¿Qué estás murmurando, Nazário? me preguntó con estrañeza.

—Queria decir... tartamudeé nuevamente.

—Durante tu largo viaje has perdido el habla ó el seso.

—No precisamente, pero....

—¿Pero qué?...

Abrióse de nuevo la puerta, y dió paso á un hombre de treinta á treinta y cinco años; elegantemente vestido, de alta estatura, sueltos modales, marcial y fiero continente.

—Señores, vamos á almorzar; dijo acercándose á la mesa: y despues de tomar asiento, comenzó á jugar con el cuchillo.

—¡Vive Dios! dije para mí, que el que acaba de entrar ahora es Mauricio Sanchez, en carne y hueso, y que yo acabo de cometer una solemne tontería en haber hablado con mi segundo comensal, tomándolo por el banquero.

Corroboróse mi opinion, al ver, que imitando el ejemplo del recien llegado, una docena de individuos, que ocupaban el comedor. fueron acercando sus sillas, y poniéndose en disposicion de hacer los honores á un almuerzo bien sazonado y abundante. Con efecto, varios criados fueron presentando manjares; y comenzó á sentirse el ruido de armas, cuchillos y trinchantes, que generalmenie precede á las batallas gastronómicas.

Mi interlocutor dejó el divan; y, arrastrándome en pos de sí, quedamos sentados los dos en un testero de la mesa. Antes de probar los manjares, dirijióse mi afectuoso amigo al que acababa de presentarse, y le dijo con la mayor indiferencia:

—Acabo de sostener con Palma una disputa muy graciosa.

—¿En dónde está Palma? preguntó el recien llegado.

—No lo ves.

—Es verdad. ¿Cómo está V., señor de Palma?

—Para servir á V.: respondí. ¿Y V. cómo se encuentra?

—Bueno.

Este lacónico cumplido me hizo ver que mis relaciones con el anfitrion no eran muy íntimas, y que me veria obligado á tratar el asunto que allí me llevaba con particular tacto y prudencia. Púseme á discurrir el medio de salir airoso de mi empresa, pero me distrajo la voz del recien venido, que á mi adlateré preguntaba:

—¿Sepamos, Angel, la disputa que has sostenido con Palma de Jura?

—A eso voy: repuso Angel; poniendo en su plato una buena lonja de ternera.

—¿A qué vas; á seguir esa cuestion ó á devorar esa ternera?

—Procuraré hacer amhas cosas; y asi te diré, mientras trincho, que don Nazário Palma de Jura, diputado, publicista y poeta, se ha manifestado esta mañana ¡horripílate antes de oirlo! se ha manifestado esta mañana aquí, en este recinto nefando; en esta casa cuyas bóvedas....

—Esplícate pronto.

—Es lo mejor. Ha osado defender aquí á la aristocrácia del dinero.

—¡Qué horror! y el interlocutor de Angel, y las voces de los demas parásitos dijeron á coro: ¡Qué horror!

No puedo decir qué llamó mas mi atencion, si la voz de un hombre que se condenaba á sí mismo, ó las de aquellos viboreznos que traidoramente se ensañaban contra el hombre de quien recibian grandes y contínuos favores. Exasperado al contemplar tan desconsoladora ingratitud, iba á cometer la tontería de predicarles un sermon, que hubieran acojido todos con estrepitosas carcajadas, cuando abriéndose por tercera vez la puerta de dos hojas, que yo habia pasado media hora antes, se presentó en ella un nuevo actor, á quien acojieron todos con el grito de:

—¡Salud á don Mauricio Sanchez!

Esta unánime aclamacion me probó que me habia engañado miserablemente tres veces; pero al mismo tiempo salí de dudas; y lo que pocas veces sucede en mi estraordinaria existencia, supe antes de hablarlo, positivamente su nombre. La espresion del rostro del banquero no debia inspirarme confianza; estaban hundidos sus ojos, fruncidas sus cejas, sus lábios trémulos, y hasta en sus menores movimientos descubria nna vivísima agitacion; presentando su profunda tristeza un singular contraste con la bulliciosa alegría que hasta entonces babia reinado. Ocupó Mauricio un asiento, despues de saludar friamente, y se sirvió una corta porcion del primer manjar que encontró cerca; y era

tanta su distraccion, que estuvo sin llevarlo á sus lábios durante un buen cuarto de hora.

La tristeza del anfitrión no disminuyó el apetito de los convidados: Angel, que habia pasado ya revista á todos los platos, suspendió momentáneamente su tarea; y dirigiéndose al banquero, le dijo, como recordándole un deber, que no habia cumplido:

—Mauricio ¿no has visto á Nazario Palma de Jura?

—No; respondió el banquero distraido.

—¿Estás lelo? repuso Angel, dirigiéndose al capitalista.

—¿Por qué? preguntó Sanchez, continuando en su dolorosa distraccion.

—Porque le tienes á la mesa y no le has dicho una palabra.

El banquero se estremeció; y disipándose por ensalmo el letargo que lo entumecia, me dirigió una larga mirada; mirada de estraña espresion, que debia encerrar una larga historia, incomprensible para mí. En el trascurso de un segundo, tomó el semblante del banquero dos ó tres espresiones distintas; y pasó del amarillo mate al encarnado de amapola. Sin duda buscaba palabras que dirigirme; pero todas espiraban entre sus lábios: hasta que por último formuló, ó quizas dijo maquinalmente:

—¿Has llegado bueno, Nazario?

—He llegado bien, respondí: preguntándole en el mismo tono. ¿Y tú estás bueno?

—No: me siento, hace muchos dias, algo enfermo.

—¿Qué tienes?

—Yo mismo no lo sé; pero sufro, Nazario, sufro.

Estas palabras del banquero, pronunciadas con amargura, no impidieron que sus amigos desocupáran sendas copas; estómagos poco agradecidos que no se amoldaban siquiera al apetito del anfitrion.

Sin terminarse el desayuno, se levantó Mauricio Sanchez, y dirigiéndose á todos, dijo:

—Vds. me dispensarán que los abandone; pero tengo que salir inmediatamente.

—Anda con Dios: repuso Angel con la mayor indiferencia.

Como no habia sido mi objeto almorzar en casa del banquero, no me conformé con su marcha; y levantándome al mismo tiempo que Mauricio, le dije:

—Tengo que decirte.

El eco de mi voz debia causarle profunda impresion, porque se detuvo al momento; y despues de haberme mirado con la misma espresion de angustia que minutos antes, tartamudeó algunas sílabas inconexas, y acabó por decir:

—Nazario, tengo tantísimo que hacer que si me dispensáras hoy.

—Lo siento en el alma, Mauricio; pero no puedo complacerte. Cambiaremos pocas palabras, pero me interesa muchísimo que no se retarde el momento.

—Si así lo quieres, repuso Mauricio tristemente, tomaremos juntos el coche y hablaremos por el camino. ¿Te parece bien, Palma de Jura?

—No tengo el menor inconveniente: le respondí con sinceridad; y despidiéndonos de aquellos señores, á quienes no debia causar gran sentimiento nuestra ausencia, salimos del brazo, pudiendo notar yo que el de Sanchez estaba convulso, y tomamos el carruaje.

CAPITULO IV.

EL BANQUERO.

El banquero Sanchez y yo nos reclinamos muellemente sobre los mullidos almohadones de su elegante carretela; que arrastraban á trote largo dos buenos caballos ingleses. Desde que salimos del comedor se habia ido aumentando por grados la palidez del capitalista, y el leve temblor de sus lábios manifestaba claramente lo angustioso de su agonía. Aunque no podia comprender el motivo de su inquietud, causábame vivo disgusto verlo en tan triste situacion; y, creyendo tener parte en ella, hubiera renunciado gustoso á averiguar lo que habia contado de mí la marquesa del Buen Gusto, por no contemplarlo un solo instante en tan dolorosa agitacion. El cú-

mulo de estas ideas ocupaba toda mi mente, hasta tal punto, que habiamos andado una ó dos calles sin que hubiera pensado una vez en dirigirle mi pregunta. En la posicion del banquero, debia aflijirle mi silencio tanto ó mas que las mas duras reconvenciones; y considerándolo quizás como una terrible amenaza; como una losa sepulcral, que debia desplomarse sobre él mas pronto ó mas tarde; hizo un violentísimo esfuerzo; violento hasta tal punto que su respiracion se hizo ronca, y me dijo con amargura:

—Estamos solos, Palma de Jura; y puedes decirme lo que quieras.

—Es una cosa muy sencilla: le respondí con suave tono, procurando tranquilizarlo.

—Dime lo que quieras, Nazario: todo lo oiré tranquilamente.

—Respóndeme, pues, á esta pregunta. ¿Estuviste anoche en la sociedad de la marquesa....

—Estuve: me interrumpió el banquero, y noté que su frente se despejaba.

—¿Pues bien, añadí; usando siempre la misma entonacion; tú sabes que desde mi llegada á la corte he tenido dos estraños duelos.

—Sé que te has batido una vez, y que no lo has hecho la otra porque no acudió tu adversario; cuya desaparicion llama la atencion de muchas personas.

—Acabas de poner el dedo sobre la llaga; y

hablarte sobre este negocio ha sido el único objeto que me ha conducido á tu casa.

—¿El único objeto, Nazario? esclamó el banquero con una espresion singular.

—El único objeto · te lo aseguro por mi honor.

El rostro de Sanchez se animó al escuchar mi juramento; pero bajo el trasparente cendal de una pasajera alegría podia descubrirse el negro fondo de una perdurable tristeza. Comprendí por ello que varios abrojos mortificaban al banquero, y me apresuré á continuar:

—Sé, Mauricio, que en la sociedad de la marquesa se habló anoche mucho de mí.

—¿Quién te lo ha dicho? me interrumpió con estraordinaria ansiedad.

—Eso importa poco; repliqué con mi anterior indiferencia.

—No, Nazario, importa muchísimo: me respondió con amargura.

—Sí importa, despues hablaremos: ahora quiero continuar.

De nuevo el rostro del banquero reveló profunda tristeza.

—Tú me conoces hace algunos años.

—Cinco lo menos: repuso Mauricio tristemente!

Yo no sabia que fuera tan añeja su amistad, y le agradecí tan inestimable advertencia.

—¿Y has notado en todo ese tiempo, que á

Nazario Palma de Jura, ni una sola vez le haya faltado corazon?

—No, Nazario.

—Pues anoche, Sanchez sostuvieron en tu presencia, que mi adversario habia desaparecido la mañana misma del duelo, porque yo lo habia hecho desaparecer, no sé de que modo, para no cambiar una bala, y no tuviste valor para salír á mi defensa.

—Te ofendia una mujer, Nazario: repuso el banquero abrumado bajo el peso de algun recuerdo, y yo proseguí con enerjía.

—¡Qué importa! Cuando una mujer, sea quien sea, calumnia....

—Y hay otra mujer que toma con calor la defensa del calumniado, los hombres, Nazario, deben guardar el mas relijioso silencio: me respondió el capitalista con tan claras muestras de despecho, que me hizo formar conjeturas, singularmente aventuradas; y sobre todo, tan confusas como mi propia situacion.

Antes de hablar con el banquero sabia, merced al celo indiscreto de Perico, que la marquesa habia forjado una maliciosa calumnia; pero las palabras del capitalista acababan de noticiarme que habia tenido una decidida defensora; y que esta defensa afectaba de alguna manera al triste y confuso Mauricio. A causa de este raro incidente, nuestra conversacion iba tomando un

sesgo muy particular; sesgo para mí desfavorable, porque temia encontrarme en el intrincado laberinto que me rodeaba de contínuo.

Afectados Sanchez y yo en el mismo grado quizás, aunque por distintas ideas, guardábamos profundo silencio; y la carretela habia recorrido algunas calles sin que de inturrumpirlo tratáramos. Sin embargo, entre los dos habia una notable diferencia, y era que mi rostro manifestaba una tranquila meditacion, y el del banquero revelaba dudas, temores é inquietud. Estos diferentes afectos se reunieron en un instante, para producir uno, cuyo nombre seria muy dificil buscar; pero que se pintó con rasgos vivísimos y singulares en la mirada del banquero. Dominado completamente por esta pasion infernal, me cojió la mano con violencia; y, abriendo paso á sus palabras con un especie de rujido, me dijo con acento ronco y profundo:

—Nazario: tienes algo mas que preguntarme, respecto á la marquesa?

—No; le respondí: creyendo calmar sus atroces padecimientos.

—Pues ahora habrás de responderme á una sola pregunta.

—Dí.

—¿Quién te ha contado la conversacion que anoche tuvimos en los salones de la marquesa?

—Las paredes oyen, Mauricio; le respondí, esquivando así la respuesta.

—Eso se dice; pero las paredes no oyen: repuso el banquero temblando.

—No hablemos mas de esto: añadí, pesaroso de haber tocado la cuestion.

—Es preciso que hablemos mas; aunque cada palabra me cueste un año de vida.

—Desearia que te sosegaras un poco.

—¡Sosegarme yo! Dí Nazario: ¿á tí te dijeron únicamente que la marquesa habia puesto en duda tu caballerosidad y no desmentido valor?

—Nada mas que eso me dijeron: te lo aseguro por mi honor.

—¿Y refiriéndote el ataque, no te hablaron de la defensa?

—Ni una palabra: te lo aseguro nuevamente por mi honor.

—Basta, Nazario: basta, basta. Ya sé, á no dudarlo, por dónde lo has sabido todo.

Al pronunciar estas palabras, la convulsion del capitalista tomó un grandísimo incremento: chocaban sus dientes, como chocan los del chacal enfurecido: sus lábios estaban cubiertos de espuma verde amarillenta: temblaban sus miembros: frio sudor bañaba su pálida frente, y sus ojos, secos y ardientes, querian salirse de las órbitas. Fijas en mi rostro sus miradas, tenian una espresion siniestra; y en sus movimientos desiguales,

y en su febril agitacion, parecia un cadáver galvanizado. Estos síntomas se sucedian con estremada rapidez, y no es posible describirlos con la misma velocidad. Despues de un minuto de silencio, si silencio puede llamarse la agitacion del capitalista; frunció los lábios, remedando una sonrisa indiferente, y me preguntó con voz hueca y hasta cierto punto estentórea.

—¿Con que la has visto?

—¿A quién he visto? hube á mi vez de preguntarle.

—A *Ella*: me respondió; cortando la frase de una manera que yo no habia oido hasta entonces.

—¿Y quién es *Ella*? le pregunté con la mayor tranquilidad.

—¿Y quién es *Ella* Nazario? ¿quién es *Ella*? ¿La has olvidado por ventura?

—Como no sé de quién tratamos, mal puedo decirte.....

—¡Calla, calla! Tratamos de *Ella*: ya lo sabes: y *Ella*, Nazario es todo para mí: sí, todo. Escucha, y guárdame el secreto; mi fortuna está comprometida, muy comprometida, Nazario: quizás mañana, pasado, el otro tenga que presentarme en quiebra: y mi fortuna ha llegado á ser colosal. Como es natural, siento perder las comodidades y el lujo que hace algunos años me rodean, y me entrego á profundas meditaciones; pa-

ra buscar modo de evitar el hondo precipicio que miro ante mis pies. Mi cabeza ha sido de hierro: he calculado á sangre fria en los mas críticos momentos; y jugando el todo por el todo, siempre respondió la fortuna á la firme voz de mi osadia. Hoy quiero ser lo que era antes, y por mas que lucho no puedo. La combinacion mas sencilla es muy superior á las fuerzas de mi imaginacion enferma, y siempre calculo con fiebre. ¿Sabes, Nazario, en qué consiste tan horrible cambio? consiste en que *Ella* no se aparta un punto de mi memoria: en que *Ella* añade combustible á mi imajinacion ardiente: en que *Ella* me ofrece tesoros de amor y torrentes de celos: en que *Ella* mantiene siempre vivos, el temor, la duda y la esperanza: en que *Ella* me está volviendo loco, por pasatiempo ó por amor.

Habia empezado su discurso con el entusiasmo de la ira, y lo acabó, descendiendo grado por grado, con la languidez del dolor. Mucho debia sufrir Mauricio, y yo tomaba no pequeña parte en sus graves padecimientos; pero lo que no podia comprender era lo que habia de comun entre *Ella* y yo; y como las esplicaciones del banquero, para una persona bien enterada debian ser mas que suficientes, me encontraba en la imposibilidad de dirgiirle otra pregunta. Este inconveniente gravísimo me hacia estar á la espectativa, sin otra esperanza de saber lo que ardientemente

anhelaba, que la que pudiera fundar en las vehementes impresiones que atormentaban al banquero. Como buen tirador de esgrima, tenia mis pupilas clavadas en las pupilas de Mauricio, y percibí instantáneamente, y chispa por chispa, el fatídico fuego, que otra vez las iba animando. Dilatáronse de repente, como si buscaran mas luz; y murmuró Sanchez:

—Es preciso que uno de los dos baje á la tumba.

Acompañaron á estas palabras sordos rugidos, y los lábios del capitalista continuaron agitándose; pero sin que salieran de ellos sonidos de ninguna especie. Este estado se prolongó un minuto mas, y despues volvió á murmurar el banquero:

—Necesito sangre: mucha sangre; y no puedo derramar la suya. Esto es horrible: esto me calcina los huesos: esto me despedaza el alma: esto me quita la razon.

Nueva interrupcion de sonidos; nuevo movimiento de lábios: despues prosiguió:

—Para mí no hay paz en la tierra. Siempre, siempre me perseguirán negros fantasmas: siempre tendré amor; siempre dudas; y mañana, como hoy, sentiré el cruel aguijon de los celos. Y puedo vivir así un año, dos años, tres años..... ¡No, no! ¡la muerte, la muerte, la muerte!

—¡Mauricio! esclamé enternecido, al contemplar tanto dolor.

—¿Quién me llama? dijo el banquero, lanzándome una feroz mirada.

—Yo te llamo: le respondí, con estraordinaria dulzura.

—Siempre tú: siempre me persigues implacable.

—Escucha, Mauricio, y....

—Nada escucho.

—Quizás oyéndome....

—Huye; huye.

—Pero un momento....

La carretela acababa entonces de pararse: abrió el lacayo la portezüela; y sin dar tiempo á que le bajaran el estribo, se arrojó Mauricio de un salto, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Huye, Nazario: me asesinas!

La esclamacion del capitalista, salida del fondo de su alma, me conmovió profundamente; y su instantánea desaparicion me dejó sumido en hondo mar de confusiones. Bajé tambien de la carretela, sin atreverme á preguntar al lacayo qué rumbo habia tomado su señor, y tomé una calle á la ventura, preguntándome:

—¿Qué tiene este hombre? ¿quién soy yo? ¿y, sobre todo, quién es *Ella?*

CAPITULO V.

EN QUE SE CUENTAN VARIOS SUCESOS, QUE SABRÁ EL CURIOSO LECTOR.

El estraño giro que fué tomando mi conversacion particular con el banquero, no me permitió depurar lo que, respeto á mi persona, habian dicho la noche anterior en la sociedad de la marquesa; y me separé del capitalista, ó mejor dicho, me quedé sin él, sabiendo, poco mas ó menos, lo mismo que me habia contado el leal y valiente Perico. Sin embargo, una circunstancia debia llamar mucho mi atencion; y era que otra muger, la amada sin duda del banquero, hubiera tomado mi defensa; hasta punto de irritar los furiosos celos de su amante. La casuali-

dad, ordinariamente contraria á mi conveniencia y deseos, habia hecho, que, en vez de pronunciar el capitalista con todas sus letras el nombre del tierno objeto de su amor, se contentará con esclamar: *¡Ella!* en distintos diapasones; y si me hubiera sido muy difícil encontrar á una María determinada entre el gran número de mugeres que llevan este precioso nombre en una populosa ciudad, mucho mas difícil debia serme encontrar á una *Ella*; porque así pueden ser indicadas todas las mugeres del mundo.

Despues de haberse estraviado mi imaginacion en un confuso laberinto de conjeturas, y de haber recorrido mis pies otro laberinto de calles, volvió á su centro la primera y se pararon los segundos; sin que haya podido averiguar si la imaginacion cansada trasmitió el quietísimo á los pies, ó si el cansacio de los pies paralizó instantáneamente á mi imaginacion agitada; cuestion que desearia mucho ver tratada por un médico y un teólogo; logos de distintas especies, por sobra de materia el uno y el otro por sobra de espíritu. Pero dejando á los teólogos, azotes de la razon humana, y á los médicos, azotes de la misma naturaleza; lo cierto es que mi razon, vuelta á su centro de gravedad, y en esto soy materialista, mandó á mis pies, como espiritualista hablo, que se encaminaran al congreso de ser

ñores diputados del reino; y que mis pies, mucho mas dóciles que un médico, siguiendo el precepto del alma se encaminaron hácia el santuario de las leyes, pisaron el sagrado recinto, y proporcionaron á mi cuerpo el descanso que el espíritu deseaba; hallándose enterámente de acuerdo las exigencias del espíritu y necesidades de la materia; como si dijéramos en alianza ofensiva y defensiva los médicos y los teólogos.

Encontrábame en pleno reposo, el mejor estado en que puede hallarse todo cuerpo, medio reclinado en un divan de la sala de conferencias; y tan en reposo me hallaba, que un dulce sopor, vulgo sueño, iba confundiendo mis ideas y cerrando mis cansados párpados; lo que prueba que reinaba aun buena armonía entre la materia y el espíritu. Este sopor era natural, porque estaba el dia algo nublado y porque en la sala de conferencias, tan propensa á ruido y algazara, reinaba un silencio profundo. Aunque asoporado, discurria mas ó menos pausadamente, y empezó á llamarme la atencion que á las dos y media de la tarde no hubiera acudido al congreso un solo individuo; esta rareza estaba á punto de despertarme, cuando sentí sobre mi hombro la pesada mano, qne era hombre de mano pesada, de mi diguísimo compañero don Tadeo Gomez; con quien tnve la honra de

comer en la célebre mesa redonda del parador de diligencias.

La presion de su pesada mano me despertó completamente; y si me hubieran quedado aun algunos átomos de sueño, hubieran huido al escuchar una voz hueca y campanuda que me preguntaba.

—¿Qué hace V. aquí?

—Dormitar: le respondí, sujetando penosamente un bostezo, que empezaba á dilatar mis fauces y humedecia un tanto mis ojos, con esas lágrimas ambiguas que no hace brotar la alegría ni arrancar del alma el dolor.

—Pues es buena hora de dormir: me replicó medio amostazado.

—Conozco que no es buena hora; pero han dado Vds. en la gracia de venir á las tres de la tarde, y no sé yo que un hombre solo pueda entretenerse mejor.

—Nadíe ha venido hoy al Congreso tan tarde como V.

—Muchas gracias, y nos encontramos los dos solos.

—V. se chancea.

—No señor; y la mejor prueba de ello es este salon.....

—Nuestros compañeros están reunidos en secciones.

—¡Es verdad, y yo no me acordaba! Tie-

ne V. razon; soy el hombre mas distraido.....

—Y eso que se está tratando en ellas de nombrar á los individuos que han de componer la comision de respuesta al discurso de la corona.

—Es cierto.

—Levántese V.: estamos haciendo gran falta en nuestra seccion.

—Ya lo creo.

—Cuando he salido de ella, se encontraban equilibrados los partidos.

—¿Sí?

—Doce votos por cada parte.

—¿De modo que el mio puede decidir la votacion?

—Cabalmente.

—¿Pero si algun otro compañero entra al mismo tiempo?...

—Es imposible; porque nuestra seccion se compone de veinte y cinco diputados.

—Entonces triunfamos de seguro.

—Y el ministerio sufrirá una gravísima derrota.

Hasta que pronunció estas palabras, no habia yo recordado que mi dignísimo compañero pertenecia á la oposicion, y lo mismo me hubiera esplicado con un miembro ministerial; porque mis asuntos domésticos no me dejaban tiempo hábil que consagrar á la política.

Mas de la mitad de nuestro diálogo lo ha-

biamos seguido dirigiéndonos á la sala de la seccion; y cuando atravesé el umbral, estaba usando la palabra el señor ministro de Hacienda. Al verlo recordé las frases que me habia dirigido dias antes, y pagué su risa burlona con otra que queria decir: «La suerte te ha puesto entre mis manos, y no saldrás de ellas bien librado.» El ministro comprendió al momento el significado de mi risa, pero esta amenaza manifiesta no le impidió continuar su peroracion con admirable sangre fria. Aseguro que su arrogancia me interesó; lejos de irritarme, y tuve un momento en el cual hubiera votado en su favor; sin embargo, algunas doctrinas, y particularmente la forma de su discurso, me irritaron; y en un momento de entusiasmo, ó mas bien de deseo de venganza, pedí la palabra con calor! El oirme pedir la palabra hizo impresion en la asamblea; pero el ministro siguió hablando con la misma tranquilidad.

Terminado que hubo su discurso, empecé á usar de la palabra; no podré decir que lo hice bien; pero sí puedo asegurar que hablé con facilidad suma; mereciendo mas de una vez el asentimiento general. Mi discurso no podia llamarse de verdadera oposicion, ó á lo menos daba lugar á interpretaciones distintas, y con grande sorpresa mia salí elegido, por las dos terceras partes de los votos, individuo de la comision de respuesta. Este nombramiento, que deseaban buen nú-

mero de mis compañeros, era para mí un verdadero compromiso; pero sin embargo halagaba mi vanidad, y entre el temor y la esperanza no quedé del todo descontento. Cambié con el señor ministro algunas frases de doble sentido: hablando con mis compañeros, entré en el salon de sesiones, y elegí para asiento un banco no distante de la tribuna de señoras.

La órden del dia no era importante, y por lo tanto las tribunas se encontraban casi desiertas. Dirijí á ellas mis miradas con la mayor indiferencia; y las retiré indiferente, porque nada encontré que debiera fijar un punto mi atencion. Aunque fué rápida mi ojeada, noté que en la tribuna de señoras se encontraba una, poco notable por su hermosura pero dotada de una elegancia singular. Esta observacion fué muy rápida en un principio; pero á medida que adelantaba la discusion de una peticion impertinente, y que se iba apoderando de mí el hastío consiguiente á escuchar seis discursos sobre un negocio que no merecia una palabra: por no dormirme, como me habia sucedido antes en el salon de conferencias, me puse á mirar fijamente á la señora, que habia llamado mi atencion un momento por su singular elegancia.

Cuando yo comencé á mirarla, me pareció muy distraida; y efectivamente deshojaba un ramo de lilas, sin apercibirse siquiera de que estaba dando

martirio á aquellas flores inocentes. Cinco minutos á lo menos permaneció en esta actitud; y dejándola, de manera que indicaba haber hecho un grandísimo esfuerzo, levantó la cabeza y sus ojos se dirigieron hácia mí; encontrándose con los míos, que fijamente la miraban. Sin duda no esperaba hallarme ocupado en considerarla, porque su rostro se tiñó de un vivo carmin, y sus ojos se fijaron en las mustias flores que acababa de deshojar. Quise adivinar al momento la historia que debia encerrar aquella rápida mirada y aquel instantáneo sonrojo; pero dos semanas de práctica me habian enseñado que la sagacidad del hombre se pierde entre las sombras del Infierno; que en mi posicion especial, perdia el tiempo en inútiles meditaciones; que debia poner mi destino en manos de la Providencia, ó de su prima hermana la casualidad; y por entonces me contenté con seguir mirando á la elegantísima señora.

La impresion que yo la habia causado debió atenuarse ó destruirse en pocos momentos; porque despues de haber mirado, ó hecho que miraba, las flores, alzó de nuevo su cabeza, y cambió conmigo sus miradas sin timidez y sin rubor. Este inocente pasatiempo abrevió las pesadas horas del lánguido y glacial debate; y cuando dijo el presidente, con su voz breve é incisiva, «*levántase la sesion*» hubiera yo pasado en

ella dos horas mas sin el menor inconveniente.

A este grito de dispersion, abandoné el mullido banco; y con detrimento de los pies de algunos ancianos compañeros, corrí á la escalera, con ánimo de ver mas de cerca á la única mujer notable que habia asistido á la sesion. No fueron vanos mis esfuerzos: la dama y yo nos encontramos en el primer descanso; y, con la franqueza de un subteniente de provinciales, tuve el alto honor de presentarla el brazo. Lo aceptó la desconocida, despues de echar en derredor una mirada indagadora; y así bajamos la escalera hasta la puerta de salida. Pretendí seguirla acompañando; pero antes de pasar el dintel, y despues de haber examinado con una mirada veloz la gran fila de carruajes, que esperaban á sus respectivos dueños, soltó mi brazo de repente; me rogó con una mirada que no atravesára el umbral, y desapareció, dejándome sumido en nuevas confusiones.

O sobrecojido ú obediente, permanecí cinco minutos sin atravesar el dintel, hasta que un amigo importuno tuvo la bondad de arrancarme de mi improvisado pedestal. En vano intentó distraerme, hablándome de combinaciones políticas; porque así como al separarme del banquero murmuraba: ¿Quién es *Ella*? al apartarme del Congreso me preguntaba ¿quién es *Ella*; y sobre todo, quién es *El*?

CAPITULO VI.

DOMINGO DE CARNAVAL.

Aunque no parece posible que en los ámbitos del Infierno habite un ángel; sin embargo, puedo decir en alta voz que uno vive en ellos, para mí, á quien conozco bajo el nombre de Camilo Perez de Silva. Rodeado siempre de disgustos; preso con frecuencia en las redes de incomprensibles *quid pro quos*, solo respiro libremente al lado de este tierno amigo, y me remuerde la conciencia de no haberle confiado ya mi estraño y destructor secreto. He pasado con él, con él solo, el domingo de Carnaval, y ni una sombra de tristeza ha oscurecido mi semblante. ¡Cuánto he gozado! Me he reido, como pudiera hacerlo un loco ó un niño libre de temores, de recuer-

dos y de esperanzas, de los infinitos disfraces que han paseado pomposamente por calles, plazas y paseos, un crecido número de artesanos y jornaleros; que se consideran muy felices colocando sobre sus hombros un manto real hecho jirones, y sobre sus frentes una corona de carton: contemplando los mil colores de un sucio vestido de arlequin, ó cubriéndose con el traje de caballeros de otra edad. Me ha llamado mucho la atencion la gravedad de las parejas, que sin dar una sola broma ni dirigirse la palabra, se pasan diez ó doce horas andando calles y mas calles; verdaderos *Judios errantes*, sin otro destino que andar. Tambien he fijado la atencion en las bulliciosas estudiantinas; grupos que finjen alegría y que producen la tristeza, que acompaña á toda ficcion. He corrido á pié y en carruaje: he comido medianamente: he pasado dos ó tres horas en un teatro, viendo representar una comedia sin pretensiones de obra maestra, cosa muy rara en el Infierno; y á las doce y media de la noche he pisado las ricas alfombras de los salones de *Ciudad-Bella*; aristocrático palacio, en el cual una sociedad numerosa proporciona á los habitantes de Dramalla concurridos bailes de máscaras, por la módica cantidad de veinte reales castellanos.

Despues de un delicioso dia, pasado al lado de un amigo con toda la dulce confianza que

proporciona la amistad; debo ocuparme de una noche, pasada entre dos ó tres mil personas; y antes de narrar los sucesos que en ella tuvieron lugar, quiero hacer dos observaciones que se me ocurrieron al verme entre la inquieta muchedumbre. Es la primera, que no habrá sucedido á nadie lo que á mí me estaba sucediendo; hallarme entre un gran número de máscaras, á las cuales no conocia ni con antifaz ni sin él, conociéndome gran parte de ellas y sabiendo algunas mi historia: y la segunda, que solo para mí reinaba en aquel inmenso salon la mas absoluta igualdad; pues no conociendo á casi nadie, la modistilla y la duquesa me inspiraban, sin distincion, el mismo respeto ó confianza. Hechas mis dos observaciones, me preparo á entrar en materia.

Habia visto durante mi vida muchísimos bailes de máscaras, para sorprenderme á la vista de un salon, ni grande ni pequeño, y medianamente adornado. La numerosa concurrencia que lo poblaba, no ofrecia el mas leve contraste para mí; y para distinguir las clases me servian de clave unas palabras que al entrar me habia dicho Camilo. Queriendo disimular mi ignorancia, le habia preguntado con la mayor indiferencia.

—Desde que falto de la corte ¿cómo están los bailes de *Ciudad-Bella*?

—Cada año un poquito peor: me respondió sencillamente.

—¿Disminuye la concurrencia? volví á preguntarle.

—No por cierto: pero vienen pocas señoras, y todas conservan el difraz.

—¿De manera que vamos á pasar la noche entre hombres?

—No lo creas: vienen muchísimas mujeres y mujercillas.

—¿Y las mujeres ó mujercillas se presentan á cara descubierta?

—No.

—¿De modo que es imposible distinguirlas de las señoras verdaderas?

—No es imposible. Las mujeres y mujercillas visten trajes, mas ó menos ricos, pero que llaman la atencion; mientras que las señoras se ocultan bajo sencillos dominós ó aristocràticos capuchones.

Estas palabras de Camilo me dieron, como he dicho antes, la clave de categorías; y llevandolas por *cicerone*, rechazaba desdeñosamente á toda máscara vestida de princesa ó emperatriz, y recibia cariñosamente á las que venian á embromarme bajo el sagrado de un aristocrático capuchon ó de un dominó de tafetan. Yo debo ser una persona muy conocida en la villa y corte del Infierno, y debo tener relaciones con diferentes gerarquías. Entrado en el salon de baile, la primera que me saludó fué una mora; lo que no

estrañé de modo alguno; porque hallándome en el Infierno, era natural que encontrase crecido número de infieles, destinados precisamente á perpétua condenacion. La mora no era muy aguda, y se contentó con decirme:

—Yo te conozco, don Nazario.

El traje de mora, el *te conozco*, y particularmente el *don Nazario*, me hicieron creer que la musulmana no tenia nada de reina mora; y la dejé pasar de largo, para que llevára la alegría al corazon de otros infieles, menos desdeñosos que yo.

Libre de la hurí, seguí andando, no sin recibir y contestar sendos pisotones y codazos, hasta que un dominó de raso negro; quiero decir una mujer que lo vestia, me cojió una mano; y despues de habérmela apretado, dejó entre mis dedos una lila. La dulce manera de indicarse y lo elegante del dominó, me hicieron creer inmediatamente que esta máscara pertenecia al número de las señoras, é intenté detenerla y hablarla; pero al irlo á poner por obra, cayó entre los dos un mascaron; se entiende que es hombre, envuelto en un dominó negro, y entre una oleada de otras máscaras, desaparecieron, cual grano de arena que arrastra el furioso huracan.

Quedé triste y meditabundo, mirando con amor la lila y sintiendo no poder tocar los dedos

que la habian puesto entre los mios; pero como no es fácil seguir meditando por mucho tiempo entre el bullicio de una fiesta, sucedió que vino á turbar mis profundas meditaciones la presencia de un arlequin; que como tromba despeñada venia girando con portentosa rapidez desde un estremo de la sala. Temiendo su violento choque, todos le abrian paso, y llegó sin el mas leve contratiempo hasta el sitio que yo ocupaba. Como si viniera buscándome, se paró á mi vista y me hizo una profunda reverencia. Le correspondí cortesmente; y despues de haberme mirado durante dos ó tres minutos, me dijo con voz ahuecada:

—Nazario, hay moros en la costa.

Apenas pronunció estas palabras, tomó de nuevo el movimiento que habia traido, y fué á parar al estremo opuesto del salon, con maravillosa rapidez.

Me produjeron sus palabras la misma impresion que me hacian todos los estraños sucesos que estaba obligado á presenciar; y sin darme tiempo siquiera para coordinar mis ideas, se acercó á mí otra mascarita de estatura poco aventajada, y vestida de hermana de la caridad. Se arrastraba penosamente, como si el peso de los años la abrumara; y descubria bajo la saya, un tanto corta, unos pies enormes, metidos en toscos zapatos de piel. La hermanita se acercó á mí,

y aparentando que no se podia sostener, se apoyó fuertemente en mi brazo. En la esplicacion de Perez de Silva no se encontraba una palabra que pudiera tener aplicacion á las hermanas da la caridad, y no podia conjeturar por ella si la máscara que tenia al brazo era señora, muger ó mugercilla: en tan penosa incertidumbre guardaba profundo silencio; y la hermana de la caridad, que si no leia mi pensamiento debia estar muy cerca de lograrlo, me dijo:

—¿Te causa disgusto, Nazario, el prestar apoyo á la vejez?

—No máscara: la respondí con notable desabrimiento.

—¡Qué mal humor tienes, Nazario! y eso es muy ridículo.

—Máscara te engañas: no he estado en mi vida de mejor humor: la contesté, dominándome pare ocultar los pensamientos que me atormentaban, y que realmente debian ponerme muy en ridículo.

—¿Con que no has tenido en tu vida tan buen humor como esta noche?

—Nunca lo he tenido tan bueno; dije procurando reir.

—¿Ni cuando te cayó la lotería? me preguntó la mascarita.

—¿Qué dices? la pregunté sin acordarme en el momento del otro yo.

—¿Te se ha olvidado ya, Nazario? Eres muy flaco de memoria.

—Tengo una memoria magnífica; y te juro que nada olvido.

—Mas vale así; mas vale así. Hay tanta gente olvidadiza.

La máscara guardó silencio: y yo, que estaba distraido con cien diferentes ideas, no pensaba en interrumpirlo. Dimos una vuelta al salon, y al terminarla volvió á hablarme la hermanita de la caridad.

—Ya adivino por qué estás triste: me dijo en compasivo tono.

—Sabes mas que yo; la respondí: y á fé que decia la verdad.

—Estás triste, porque el arlequin te ha amenazado.

—¿Cuándo me ha hecho, mascarita, esas terribles amenazas?

—Cuando te ha dicho «Nazario, hay moros en la costa.»

—No tengo miedo de los moros: la respondí con una sonrisa forzada.

—Pero es el caso, insistió la hermana, que el arlequin se ha equivocado.

—Tanto mejor: así estaré libre de sufrir duro cautiverio.

—No estás tan libre, como crees, presumido Palma de Jura.

—¿Cómo he de sufrir cautiverio no habiendo moros en la costa?

—Puedes sufrirlo, porque hay moras: y las moras son muy crueles.

—Crueldad de mujer: murmuré con aparente indiferencia.

—Cómo te ciega la presuncion: dijo con desprecio la máscara.

—Y á tí el orgullo de mujer: la repuse con frio sarcasmo.

—Ten siquiera un lúcido intérvalo, y opinarás de distinto modo. ¿No estás siendo ahora mismo juguete de dos mujeres orgullosas?

—¿De qué mujeres? pregunté, pretendiendo aclarar mis dudas.

—Tú las conoces, como yo: aunque no sabes estimarlas.

En este momento el arlequin se desprendió de su testero, en el cual parecia embutido, y jirando, como anteriormente, describió la misma línea, y vino á pararse junto á mí. Pero en vez de dirigirme la palabra; se acercó al oido de la hermana de la caridad, la dijo una frase, que no oí, y dándola el brazo, se alejó con ella velozmente.

Grande iba siendo mi desgracia ó incomparable mi fortuna: la venida del mascaron me habia privado de la elegantísima máscara, vestida de dominó negro; que como goje de cariño, ó por lo

menos de amistad, me habia presentado una lila: y la llegada del arlequin habia interrumpido mi coloquio con la hermana de la caridad.

De nuevo me hubiera entregado á profundas meditaciones, si hubiera tenido sosiego; pero de improviso sentí que un brazo torneado descansaba sobre el mio, y que una voz vibrante y sonora, aunque finjida, me decia.

—Saludo á V., Palma de Jura.

Volví al momento la cabeza, y ví, con bastante placer, que daba el brazo á una dama esvelta; la cual, sobre un vestido de raso negro, llevaba un capuchon bastante largo de terciopelo verde; guarnecido de ricas blondas y alamares.

—Saludo á tan hermosa máscara: la respondí galantemente.

—¿Tienes que hacer? me preguntó con estremada coquetismo.

—Tan solo lo que tú me mandes; pues mucho deseo obedecerte.

—En ese caso, dejaremos este salon; porque hace un calor insoportable.

—Iremos adonde tu quieras, repuse: é inmediatamente salimos á los salones de descanso.

CAPITULO VII.

EL CAPUCHON VERDE.

Sali orgulloso del salon, dando el brazo á la esbelta máscara, que marchaba con paso firme y con frente altiva; como si pudiera llamarse la hermosa reina del sarao. Cada vez que las oleadas la hacian acercarse á mí, hasta punto de latir nuestros corazones casi unidos, sentia yo un instantáneo estremecimiento, y creia percibir en ella un movimiento de repulsion. Cruzamos así algunas salas, dirijiéndonos mútuamente varias frases interrumpidas; hasta que llegamos á un gabinete, casi enteramente desierto, y rodeado de divanes de paño carmesí.

—¿Estás cansado, Nazario Palma? me preguntó mi compañera.

—Desde que tengo, hermosa máscara, el incomparable placer de estar á tu lado, no siento ninguna especie de cansancio: la respondí, dando á mi voz una espresion apasionada.

—Aunque yo no me canso nunca, y no olvides que no me canso, desearia estar sentada.

—Por fortuna nos esperan cómodos divanes, que podemos aprovechar.

La dama del capuchon verde me condujo á uno, que estaba completamente desocupado, y tomamos aciento en él. Yo no sabia de qué manera entablar la conversacion; pero mi pareja, que sin duda no era aficionada á perder tiempo, me preguntó sin vacilar:

—¿Me conoces, Palma de Jura?

—No te conozco: la respondí; con el acento de la verdad.

—¿Me das tu palabra de honor de que es cierto lo que me has dicho?

—Te doy mi palabra de honor; añadiendo que desearia mucho conocerte; para admirar un rostro, que imagino debe ser muy bello.

—No soy fea. Pero prescindamos ahora del encanto de mi beldad.

—Estoy dispuesto á complacerte; y hablaré de lo que tú quieras.

—Pues empezarás, respondiéndome á unas cuantas preguntas.

—Repito, que estoy dispuesto á complacerte.

Guardamos silencio, durante dos ó tres minutos, y despues me preguntó mi compañera:

—Nazario ¿por qué has tomado tanto interés en los asuntos de Camilo Perez de Silva?

No sabia como responder á la pregunta de la máscara, porque realmente no sabia si habia tomado interés, ni aun parte, en los asuntos de Camilo; y para no dar una respuesta aventurada, guardé silencio.

—¿No me has oido? volvió á preguntarme la dama ¿ó no quieres darme respuesta?

Acometido en mis trincheras, y considerando que callar era declararme en derrota; hice un esfuerzo, y respondí con grande aplomo y sangre fria.

—He tomado tanto interés en los asuntos de Camilo, porque soy su amigo verdadero.

—¿Y no ha tenido en ello parte una historia de amor?

—¿Qué historia? la pregunté con inquietud; creyéndome preso en las redes de la historia que me anunciaba; porque de ella nada sabia, y, en mi crítica posicion era muy posible que debiera saberlo todo, como parte activa, ó á lo menos como testigo presencial.

—Supuesto que te has olvidado de una historia, no muy antigua ni que que debe serte indiferente, voy á contártela; y espero que harás honor á mi memoria.

—Prometo escucharte con la mas religiosa atencion.

—Empieza así: y perdona la forma de cuento que pienso dar á mi discurso.

—Esplícate como mas te plazca: siempre será igual mi atencion.

—Oye, Nazario. «Vivia en Dramalla un jóven no nacido en ella; pero que á fuerza de talento y de voluntad, se habia hecho en el breve plazo de un año y sin protectores, que rechazaba su altivez, un lugar bastante distinguido entre personas muy notables por su cuna, talento, posicion y riquezas. La suerte no se habia mostrado muy benigna con este jóven, y á medida que iba adquiriendo relaciones se disminuia su caudal. Dotado de un alma de fuego y de un corazon de diamante, emprendió luchar brazo á brazo con la sociedad que le rodeaba y con el rigor de su destino como si las fuerzas de un hombre pudieran resistir al impulso del destino y la humanidad. Por mas quimérico que fuera este pensamiento, justo es decir que fué seguido con ánimo heróico, y que ninguno hubiera rayado tan alto como él. No quiero contar episodios mas ó menos interesantes, ni mucho menos bosquejar sobre conjeturas la historia de su corazon. Soy mujer con alma de hombre, es decir, mas que tierna altiva; y sé cuánto debe sufrir el que tiene la íntima conciencia de su valor real, y se vé en el primer

peldaño de la escalera social, literaria ó política; mientras otros que valen menos, quizas nada, pisan el último escalon. Prescindamos de estas reflexiones; y ya que el jóven ocultó en lo mas hondo de su alma su ambicion, justa envidia y despecho, dejemos á un lado estas pasiones, y hablemos de otras tenidas por dulces, aunque causan grandes estragos.

»Entre otras varias sociedades, concurria el jóven diariamente á una bastante aristocrática; pero en la cual reinaba siempre una mezcla estraña de franqueza y urbanidad. A esta sociedad asistian un buen número de señoras de todas edades y estados; distinguidas por sus modales y por su hermosura tambien. Hablaba á todas nuestro jóven con la misma galantería; pero ninguna pudo hallar en sus cuotidianos obsequios una señal de preferencia, ni mucho menos de pasion. Esta frialdad, poco comun en jóvenes de veinte y seis años, empezó á llamar la atencion de las damas, y dió motivo á frecuentes conversaciones. Llamábanlo en ellas muchas veces *alma de hielo*; pero recordaban al instante las grandes centellas de ingénio que de ella brotaban sin cesar, y rectificaban su opinion. Interesadas en esplicarse de alguna manera su conducta, lo llamaban *hombre gastado*; sin recordar que en veinte y seis años solo una mujer puede gastar el corazon. Discurriánse nuevos motivos forjados con

mucho ó poco ingénio; quedando al fin por realidad, que todas aquellas mujeres se hubieran alegrado mucho de inflamar el *alma de hielo,* ó de reanimar al insensible *hombre gastado:* porque para ser amado locamente, el único medio es no amar.

»Empezaban á conformarse las damas con la indiferencia del jóven y á sacar el mejor partido de su rica imaginacion, cuando una noche se aumentó la sociedad, ya un tanto numerosa, con la adquisicion de una mujer. Esta mujer no podia dar celos á ninguna de las jóvenes abonadas, permítaseme llamarlas así: pues aunque fuera demasiado decir que la tertuliana era completamente fea, puede asegurarse, sin mentir, que no tenia nada de hermosa. Sin embargo, la hacia notable un talle esbelto, unos ojos muy espresivos y maneras muy distinguidas.

»La presentacion de esta señora no hizo sensacion, y fué acogida con frialdad. Nuestro jóven, que estaba presente á su entrada, la examinó con impertinente curiosidad, frunció las cejas y se mordió un tanto los lábios; teniendo tan poco disimulo, que todo el mundo conoció la mala impresion que la dama habia producido en el jóven indiferente. Las niñas de diez y seis años prefieren pasar desapercibidas á producir mala impresion; pero las mujeres formadas saben que lo único importante es llamar la atencion de

cualquiera modo que sea; y hacer fruncir el entrecejo á un jóven tan poco impresionable, era un triunfo que podia halagar á la mujer mas vanidosa. La nueva contertulia comprendió la fuerza de este raciocinio; y lejos de darse por sentida, en el primer momento oportuno dirigió al jóven la palabra, con notable amabilidad.

»La voz de esta dama era el remedo de sus elegantes modales, y estaba dotada por lo tanto de una incomparable dulzura y rara flexibilidad. Encantó á cuantos la escucharon, y en las pocas frases que dijo, dejó entrever, ó mejor dicho adivinar, que era una mujer de talento. La escuchó el impasible jóven con particular atencion, y los hondos surcos de su frente se fueron borrando poco á poco; tomando su fisonomía una espresion particular, que ninguno de los concurrentes le habia conocido hasta entonces.

»Terminó la noche sin que ocurriera ningun incidente notable; pero quince noches despues toda la sociedad sabia que el *corazon de hielo* ardia por la mujer menos hermosa de cuantas lo habian distinguido. Entre dos personas discretas se estrechan con facilidad relaciones bastante íntimas, y no tardaron en formarse entre la dama poco hermosa y el desamorado caballero. A las sencillas preferencias sucedieron otras distinciones mas notables; y lo que apareció primero como una aficion sin consecuencia, fué tomando un carác-

ter de gravedad algo alarmante, porque la señora en cuestion tenia deberes que cumplir: hacia dos años que era esposa.

»La presencia de esta señora fué notada en la sociedad por mas de un hombre; y, entre otros, por un rico capitalista, que pasaba con mucha razon por el reverso de la medalla del jóven de quien acabamos de hablar. Este rico capitalista contaria treinta y cinco años, y era conocido en la córte por su notable esplendidez. Hombre de poco corazon, pero naturalmente vano, veia en las mujeres unos muñecos, que solian venderse muy caros, y del mismo modo que gustaba de tener los mas ricos trenes ó los caballos mas veloces, hacia punto de honra el poseer á las mujeres mas notables ó generalmente codiciadas. Entre el banquero y nuestro jóven reinaba, desde que se vieron, una estraña rivalidad. Puede decirse que entre ambos no existia un solo punto de contacto, y sin embargo se comprendia perfectamente esta empeñada competencia; porque el banquero aspiraba siempre á la supremacía material, y el jóven tenia la moral de su parte. Esta necesaria competencia no habia podido manifestarse ostensiblemente, porque habia carecido de objeto; pero cuando los dos se hallaron frente á frente, prendados de una misma mujer, la rivalidad tomó el carácter de agresion, y empeñaron una batalla con igual obstinacion y brío.

»Contaba el jóven con las armas de su ingenio y con el prestigio que habia sabido grangearle su misma insensibilidad: contaba el banquero con su oro y con la fama de hombre espléndido que le acompañaba por do quier. ¡Qué lauro para el jóven, vencer con la omnipotencia del génio á la omnipotencia del oro! ¡Qué lauro, para el capitalista, vencer con la omnipotencia del oro á la omnipotencia del génio! La cuestion no se ventilaba sencillamente de hombre á hombre; era una cuestion de poderes; una cuestion político-social, en la cual debia decidirse si pertenece el cetro del mundo al oro ó á la inteligencia.

»Iban transcurriendo los dias, y aunque proseguia la batalla, era con tan desigual éxito, que todo el mundo aseguraba el triunfo del jóven sobre su opulento adversario. Esta opinion era tan unánime y fundada en las apariencias, que creyendo el golpe decisivo cuestion de dias únicamente, las personas que habian seguido con mas interés la lenta marcha del combate se iban retirando del campo, por no considerarlo ya sujeto á nuevas peripecias. El banquero mismo, corrido de su inevitable derrota, se batia mal y en retirada; cuando de improviso mudó el aspecto de la brava lid; y, con admiracion de todos, pasó el laurel de la victoria á manos del capitalista. Tan inesperada, tan rápida fué la pe-

ripecia, que todos la presenciaron sin saber las causas que la producian; desenlace melodramático, que por la sorpresa causa efecto.

»Ebrio el banquero de placer con triunfo tan inesperado, pero tanto ó mas sorprendido que los simples espectadores, no encontraba la esplicacion de tan intrincado logogrifo; y lo cortaba repitiendo «*El alma del mundo es el oro*:» el jóven supo conservar imperturbable sangre fria; y en la apariencia fué el que menos se sorprendió de su derrota.»

La máscara se detuvo un momento; y despues de haberme mirado, como queriendo penetrar en lo mas hondo de mi alma, para sorprender un secreto; me preguntó:

—Nazario Palma, ¿qué te ha parecido la sencilla y verdadera historia?

—Me ha parecido, que puede ser la millonésima edicion de un millon de historias semejantes: la dije con la mayor tranquilidad y sin vacilar un momento.

—¿De modo que en tí no ha causado ninguna impresion desagradable?

—Absolutamente ninguna: repuse con sinceridad.

—Me parece que esa fria calma es una mentida apariencia.

—Te equivocas mucho, hermosa máscara. Mi tranquilidad es verdadera.

—¿No reflexionas, que si el jóven hubiera triunfado, como parecia natural, la humillacion del rico banquero hubiera sido un gran pedestal para la estátua de su orgullo?

—Lo considero, hermosa máscara: pero no encuentro una gran pérdida. La humillacion del discreto jóven serviria de gran pedestal á la estátua del nécio orgullo del banquero.

—¡Este hombre está loco! murmuró mi linda pareja con un ademan de despecho.

Yo no respondí á su esclamacion; y pasados algunos segundos volvió á preguntarme:

—¿No reflexionas, que al lado de aquella muger hubiera pasado nuestro jóven horas de un placer inefable; porque aquella muger posee un estraordinario talento y un atractivo singular?

—No se pasan horas de placer junto á una muger que no nos ama.

—¡Nazario! esclamó mi pareja con una frenética alegria: acabas de darme la clave.

—No te comprendo: repliquá con el acento de la verdad.

—Aquella muger amaba al jóven: dijo la máscara, acentuando mucho la frase.

—Imposible, máscara, ímposible. Si lo hubiera amado no estaria en brazos de un rival.

—Tú ignoras algunas circunstancias, que te harian variar de opinion.

Habia oido con indiferencia la historia del jó-

ven y el banquero; pero las preguntas de la máscara iban picando mi óuriosidad; y el interés que empezaba á tomar, hacia que me esplicára con mas energía y mas calor. Empeñado ya en conocer la parte oculta de la historia, dije á mi pareja:

—Hermosa máscara, ¿quieres darme esos pormenores?

—Con mucho gusto, Nazario Palma: yo tambien deseo complacerte.

—Puedes empezar: ya te escucho con la mas profunda atencion.

—Cuando los obsequios del jóven recibian de la discreta dama la mas benévola acogida, se presentó en la sociedad una muger bastante hermosa, que faltaba de ella hacia mucho tiempo. Esta muger buscó con ánsia la amistad de la señora objeto de rivalidad tan empeñada; y en muy pocos dias consiguió ser su íntima y cariñosa amiga. ¿Vas comprendiendo?

—Te aseguro que no he comprendido gran cosa; pero escucho con atencion.

—A los pocos dias de intimidad entre las dos mugeres, ganó la batalla el banquero. ¿Me vas entendiendo, Nazario?

—Te voy entendiendo: prosigue.

—Considero inútil decirte, que los consejos de la amiga quitaron al jóven la palma.

—¿Y qué motivo tenia esa amiga para hostilizar al jóven?

—¿Qué motivo? ¿Y tú me lo preguntas, Nazario?

—Yo te lo pregunto.

—¿Qué motivo has tenido tú para tomar parte en los asuntos de Camilo Perez de Silva?

—Ya te he dicho que la amistad; respondí como anteriormente.

—Pues la amiga hostilizó al jóven porque lo odiaba mortalmente.

—Eso es infame.

—Será infame; pero ya ves, Nazario Palma, que una amistad tierna y un ódio inestinguible pueden dar el mismo resultado.

—¿Y el ódio de esa muger?....

—Vive: repuso la máscara, interrumpiéndome: y, levantándose del divan, me indicó con un ademan imperioso que no la siguiera, y salió con frente altiva y firme paso.

CAPITULO VIII.

EL ARLEQUIN.

Aunque la historia del banquero, del jóven, la mujer elegante y la amiga astuta y rencorosa era un misterio para mí, que sabria descifrar probablemente el otro yo; por lo mismo que era un misterio, picaba mi curiosidad, y me hubiera alegrado mucho de recibir esplicaciones. Segun mi propension constante, desde que me encuentro colocado en tan estraña posicion, iba á entregarme á profundas meditaciones; pero un espíritu invisible, que se ha propuesto conducirme por la senda que se le antoja y trastornar todos mis planes, trajo al bullicioso arlequin, que horas antes me habia saludado en el salon.

—Buenas noches, Nazario Palma: me dijo el arlequin, arrojándose sobre el divan.

—Muy buenas noches, arlequin: repuse con la forzada cortesía que requiere un baile de máscaras, y con la contínua zozobra que siento al contraer nuevas relaciones.

—¿Parece que continúas siendo favorecido de las damas?

—Así, así. Algunas máscaras han tenido la bondad de favorecerme.

—Y á juzgar por las apariencias, son máscaras de alto coturno.

—Tú lo sabrás mejor que yo: por lo menos de la hermana de la caridad.

—La hermana de la caridad es una perla de gran precio: pero no es menos rica alhaja la dama del capuchon verde; con quien has sostenido aquí una larga conversacion.

—¿La conoces?

—Medianamente. ¿Es verdad que es una mujer bastante hermosa?

—No se ha quitado la mascarilla, y desconozco su beldad.

—¿Pero la habras visto otras veces; y esta noche no habrás dejado de conocerla?

—Te aseguro que no.

—Eres muy torpe.

—Quizás no tanto como crees.

—Entonces me estás engañando y yo soy

el torpe: ¿no es así, Nazario Palma; no es así?

—Te he dicho que no la conozco, y no he faltado á la verdad.

—Pues ocupémonos de otra cosa. ¿Has estado hablando de amor con la hermosa máscara?

—No, arlequin. Te aseguro que no hemos cambiado una sola frase de amor.

—¿Pues en qué negocios habeis invertido tanto tiempo?

—Eres muy curioso, arlequin; y no creo prudente satisfacer tu curiosidad.

—Pues tú te lo pierdes, Nazario; porque yo pago siempre, y con usura, las confianzas.

—Me pones en la tentacion de ser franco; y voy á serlo. La hermosa máscara me ha contado en pocas palabras una historia, harto frecuente en imprevistas peripécias.

—Quizás habrá sido la suya, que las tiene muy interesantes.

—No sé; y supuesto que tú la conoces, te diré que en la dicha historia figuran un jóven de talento, un rico banquero, una muger no muy hermosa....

—No sigas, Nazario; no sigas. Sé la historia letra por letra y te juro que no es la suya.

Calló el arlequin: guardamos un corto silencio, y prosiguió despues:

—Nazario ¿tienes aficion á las historias, como la que acabas de oir?

—Muchísima aficion, arlequin; y hasta me conviene escucharlas.

—Pues te empezaré á contar una, mas dramática todavía.

—Ya te escucho, con mas atencion que á la dama del capuchon verde.

—Comienzo. «Corria el año de 184..., era el dia 22 de octubre, y una pesada diligencia, al lento trote de ocho mulas, se acercaba magestuosamente á la capital del Infierno. Todos los asientos de la góndola venian ocupados por cesantes y pretendientes: pero solo debo tratar de dos jóvenes que en la berlina conversaban. Llamábase uno de ellos... pero conviene á nuestro intento callar su verdadero nombre, y así lo llamarémos Julio; y contaba veinte y cuatro años, que es una magnífica edad. El segundo jóven tenia su nombre propio y apellidos; pero tambien conviene á nuestra historia que los pasemos en silencio, y que procediendo á una segunda confirmacion, se llame Teodoro. Este jóven contaba apenas veinte y dos años, y habia recbido en Paris una educacion elemental, de mas ornato que provecho. La necesidad de estar juntos durante sesenta y dos horas les habia hecho contraer una especie de intimidad; y en el momento que hemos elejido para comenzar nuestra historia, decia Teodoro.

—Con cuánto placer veo las torres de mi her-

mosa patria, despues de diez largos años de ausencia. Cuántas cosas hallaré cambiadas, y qué mudanza encontrarán todos en mí. Esperimento una sensacion muy parecida á la que sentí al separarme por primera vez de mi madre; aunque aquella tenia en su fondo una imponderable amargura, y esta un inesplicable placer.

—¿Has estado, repuso Julio, muchos años sin ver á tu madre?

—Cuatro.

—Comprendo perfectamente tu alegría.

—Y además brotan y crecen en mi alma, las mas doradas ilusiones. Tengo veinte y dos años, Julio: he vivido la mayor parte de ellos entre las paredes de un colejio, y mi corazon está sediento de felicidad, placer y amor. Apenas conozco las mugeres de París; no recuerdo las de mi patria; pero qué idea tan seductora me he formado de la muger. Las hay bellas, como los ángeles de Milton: todas son dulces, todas buenas; y en sus miradas cariñosas, y en sus tersas frentes, y en sus lábios, húmedos como los pétalos de las amapolas silvestres, se ve claramente que son tan propensas á amar como incapaces de mentir.

—Teodoro.

—Y por el confuso recuerdo que conservo de mi niñez, me parece que las mugeres de nuestro pais son mas entusiastas, mas hermosas, con

una belleza mas divina, que toca mas al corazon. ¡Cuántas mugeres seductoras pienso encontrar, amigo mio; y cómo pienso amar á alguna, con toda la fuerza de mi alma y de una primera pasion!

»Julio escuchaba atentamente á su entusiasta compañero; pero su lábio superior, lijeramente levantado, revelaba una confusa mezcla de sarcasmo y de compasion. Tenia necesidad Teodoro de ser comprendido y alentado, y la contrariaba horriblemente el glacial silencio de Julio. Para hacercelo romper, dijo:

—¿No piensas como yo?

—Teodoro, tengo dos años mas que tú, y conozco mejor á la mujer.

—¿Y qué quiéres decir con ello?

—Verdaderamente, casi nada.

—¿Pero tú opinion particular?...

—Es, que si es triste perder las ilusiones, es mas triste haberlas perdido. Vive con las tuyas, mientras puedas; y haz por conservarlas mucho tiempo.

—¿Has sufrido tú desengaños?

—Yo mismo no lo sé, Teodoro.

—¿Pero no vienes á la corte sediento de amor?

»El rostro de Júlio se animó, como lo estaba momentos antes el de su jóven compañero; y repuso con entusiasmo:

—Mis esperanzas son mas fundadas que las tuyas.

—¿Qué te trae á la córte ?

—Un doble objeto.

—¿ Quiéres esplicármelo?

—Sí ; pero con la precisa condicion de que no lo digas á nadie.

—Te doy mi palabra.

—Pues escucha. Me traen á la corte el amor de gloria y la ambicion.

—¿Y en qué fundas la consecucion de ambos objetos?

—Voy á esplicártelo. He pasado la mayor parte de mi vida en estudiar y en escribir: la parte restante en malgastar mi patrimonio. He nacido pródigo y poeta ; dos cualidades que se hermanan perfectamente : pero mientras fuí medio rico, así pensé en sacar partido de mis buenas ó malas dotes literarias como en hacerme mahometano. A los veinte y seis años me cansé de estudiar doce horas diarias ; y, en un momento de mal humor, empaqueté todo mi equipaje, me despedí de mis amigos y, sin otra ruta que mi capricho, salí á viajar.

—¿Vendrias á la corte?

—No: el Infierno tiene muchas buenas ciudades, en las cuales puede un mancebo pasarlo magníficamente; y las recorrí unas tras otras, dándome una vida de príncipe. Pasé dos años deliciosos entre los banquetes, el juego y las galantes aventuras ; pero cumplidos los dos años,

el mal estado de mis negocios me hizo recojer todas las velas y volver al puerto de mi casa. Entré en él cansado y taciturno; y como tengo la desgracia de ser huérfano, hallé el hogar tan árido como un desierto. Pretendí en vano apuntalar el edificio de mi fortuna: el huracan de mis desórdenes lo habia casi desmantelado; y me dí por muy satisfecho con cumplir mis obligaciones y reservarme algunos escasos despojos.

—¿En ese momento de apuro, te acordarias de tus facultades literarias?

—Así sucedió: me acordé de ellas y me dediqué á ejercitarlas. Con toda la fé de un neófito tracé mis primeros ensayos; y algunos amigos indulgentes elogiaron mi desempeño.

—¿Inmediatamente encontraste el premio de tu aplicacion?

—No, amigo mio. Las producciones literarias, por mas mérito que en sí tengan, no son nunca recompensadas en las capitales de provincia: su único mercado es la corte.

—¿Y ahora vienes á darlas salida en Dramalla?

—Precisamente.

—¿Y este es el motivo de tu viaje?

—Ya te dije que tiene dos.

—Sepamos, sepamos.

—Con los manuscritos en el pupitre, ambos codos sobre la mesa y la frente sobre las manos, pensaba en mi nuevo viaje; y pensaba con des-

aliento, porque la pérdida de mi fortuna habia ido dejando en mi alma un fondo de melancolía, que me quitaba por momentos mi natural resolucion. Yo habia nadado poco antes, como el cetáceo en el alta mar; y al verme en tan pequeño golfo me mareaba, como al cetáceo le sucede, para ir á morir en la arena. Mas de una vez me repetia esta aterradora pregunta: ¿Qué haré yo con poco dinero? y ni una sola sabia darle satisfactoria solucion: cuando un incidente imprevisto vino á ofrecerme un ancho campo, que no habia pensado recorrer.

—¿Qué acontecimiento inesperado vino á reanimar tus esperanzas?

—Un gran movimiento político.

—¿El que ha derribado en dos meses al hombre que representaba el poder?

—El mismo.

—¿Has figurado en él?

—He figurado; y la casualidad me ha puesto en primera línea.

—Cuenta, cuenta.

Julio se detuvo un instante, como quien mide las palabras, y dijo despues:

—¿Para qué he de darte pormenores? Bástete saber que he combatido con el fusil y con la pluma; y de ambos modos he prestado servicios de alguna importancia.

—¿Con que tanto has hecho?

—No poco. He sido el primer representante de un gran partido, que estaba humillado y temia: he puesto el baston y la espada en la mano de un general: he dado impulso al alzamiento, inclinándolo hácia el objeto que á mis amigos convenia: y algunos representantes del pais quizás me deben su eleccion. Juzgo que con tales servicios encontraré abiertas las columnas de los periódicos, y que el gobierno se apresurará á recompensarme, aun mas allá de mis deseos.

—Tienes razon, Julio: un gobierno por quien has trabajado tanto, y que empieza á recompensar con prodigalidad, no puede ser contigo ingrato.

—Amigo mio, debo confesarte, que es precisamente la ocasion en que deseo ejercer magisterio; porque me parece muy fácil aprovechar la gran fusion de los partidos, que ha realizado el alzamiento, y establecer ahora un gobierno verdaderamente nacional.

—Tienes razon.

—Pero aunque así pueda ser útil á mis compatriotas y asegurarme una cómoda subsistencia, mis verdaderas esperanzas, las que yo acaricio con deleite, son las literarias.

—Te comprendo, Julio, te comprendo: prefieres la gloria á la ambicion.

—Sí, amigo mio; no soy ambicioso, y prefiero á la cartera de ministro una corona de poeta.

—Bendigo, Julio, tu entusiasmo; porque se acerca mucho al mio. Tú hallarás en Dramalla la gloria que buscas, y el poder, que debe venirse á tus manos: los dos hallarémos el amor.

—No espero encontrar amor, Teodoro.

—Razon mas para que suceda.

—El amor para tí.

—Para tí la gloria y la ambicion.

—Y para los dos la amistad.

«Las últimas palabras de Julio, pronunciadas tranquilamente, y á las que respondió Teodoro con un espresivo apreton de mano y una inclinacion de cabeza, tenian el valor de un juramento; y como tal fueron recibidas por los dos jóvenes viajeros, que se daban en su interior las mas cumplidas enhorabuenas por haber trabado amistad.

»La diligencia seguia rodando, y muy en breve saludó Teodoro con júbilo á su hermosa patria, mientras Julio veia, al paso, sin estrañeza los monumentos de la córte. Llegó la góndola al parador, y se apresuraron los viajeros á desentumecer sus miembros. Todos encontraron amigos, recomendados ó parientes que los recibian con agasajo: Teodoro encontró mas que todos; su madre lo esperaba allí: y Julio se encontró un momento en la mas triste soledad.

»Pasados los primeros transportes de amor filial, presentó Teodoro á su madre el tierno ami-

go, que debia serlo eternamente: y esta señora, que amaba á cuanto merecia el cariño de su hijo, recibió á Julio con afectuosa distincion. Teodoro se marchó con su madre, radiante el rostro de alegría, y Julio mandó conducir su equipaje á una modesta habitacion.»

Hizo una pausa el arlequin, para tomar aliento, y al mismo tiempo apareció en la puerta del gabinete la hermana de la caridad, apoyada en el brazo de Camilo Perez de Silva. Camilo me inclinó la cabeza, dijo una palabra á la máscara, y se marcharon al momento.

—¿Tú conoces á la hermana de la caridad? preguntê al arlequin.

—La conozco: me respondió inmediatamente.

—¿Quieres revelarme su nombre?

—Laura.

—¿Laura de qué?

—Eso es mucho preguntar, Nazario: ten paciencia, y prosigamos con mi historia.

CAPITULO IX.

PROSIGUE HABLANDO EL ARLEQUIN.

»Dejaremos pasar seis meses desde el dia 22 de octubre de 184....., dia en que llegaron los viajeros á la capital de las regiones infernales, y nos encontraremos de fijo en el dia 22 de abril del año próximo siguiente. En una mesa, que muy bien merece el nombre da revuelta, encontraremos un cuaderno; y hojeando las primeras páginas, escritas en el mismo dia, podremos leer estas razones:

»Lleguê á Dramalla el 22 de octubre próximo pasado y estamos á 22 de abril: total seis meses de permanencia en la córte: quiero ajustar la cuenta del primer semestre. La misma noche que llegué, entregué la carta de M. á G., y me

recibió cordialmente. G. es un muchacho de corazon y de talento, pero un poquito desidioso: por su mediacion, èstoy en contacto con los escritores mas célebres. Los escritores tienen una confusa mezcla de buen y mal humor, de pereza y actividad. Tienen buen humor para satirizar las obras de sus compañeros; mal humor para recibir la mas templada crítica que hagan de las suyas. Son perezosos para fomentar y defender los intereses de la clase, y mas de una vez los suyos propios: son activos, para dañarse mútuamente. Los literatos, como hombres son admirables, buenos, dulces y generosos; como escritores son los vicios de estas virtudes.

» Al tercer dia de mi llegada visité á don Fulgencio Soto: podria decir que su acogida fué afectuosa, si no me hubiera reñido ágriamente porque no habia ido á visitarlo en la noche de mi llegada. He encontrado en su casa gentes, que un francés llamaria con razon, si pueden tenerla los franceses, del antiguo régimen. Entre estas personas respetables se cuentan varios exministros, ex-consejeros, generales, embajadores; y me ha causado suma estrañeza, que personas tan condecoradas discurran, poco mas ó menos, como los demas hijos de Eva. Yo, antes de venir á la córte, tenia en mi cabeza un olimpo; pero al acercarme á los dioses veo que son hombres como yo. Tambien he cruzado la

palabra con señoras y señoritas, y en vez de sílfides ó ninfas, he hallado mugeres nada mas; aunque muy hermosas algunas. Voy á presentar una cuestion que no pretendo resolver: ¿La cortesanía es discrecion?

»He hablado con muchas personas de materias indiferentes, y me han escuchado con atencion y complacencia; pero al momento que hago girar la conversacion sobre negocios, ya políticos ya literarios, se distraen lastimosamente.

»Ambicion de gloria y poder fueron los móviles que me trajeron á la córte; y no veo tan llanas las sendas que han de conducirme á su logro. Encuentro aquí glorias brillantes, que sin apercibirse de ello cerrarán el paso á la mia: encuentro tambien nulidades afortunadas, que sin la fuerza del impulso tienen la de la resistencia; y que impenetrables, como todo cuerpo, rechazan al que con mas justo derecho intenta ponerse en su lugar. Cuánto tiempo necesita un hombre para darse á conocer á aquellos que desconocerlo procuran, es un problema delicado que solo el tiempo puede resolver por sí mismo. Yo desmayo en algunos momentos, en otros cobro ánimo, y el miedo y la fé siguen su lucha, disputándose la victoria con encarnizado teson.

»Cuando de un mundo de poesía desciendo á un mundo de pasiones mas materiales y tangibles, si así se me permite llamarlas, encuentro

mil locas ambiciones: que hacen impotente la mia, por su moderacion quizás. Ni una sola de las personas que deben conocer á fondo mis servicios me ha hablado de ellos; y asentándose cómodamente en la cúspide del edificio, que hemos levantado entre muchos, afectan no reconocernos, temiendo quizás que les pidamos alguna parte del poder.

»Pero tal vez yo creo fantasmas por el placer de combatirlos, y pongo mis cavilaciones en el trono de la realidad. Solo han transcurrido seis meses y ya quiero ver satisfechas mis esperanzas. ¿Qué son seis meses para realizar tan brillantes y hermosos sueños? El miedo cede, recobra la fé su antiguo brío..... La fé es ciega..... pensemos un poco y resolvamos matemáticamente lo que he conseguido hasta ahora. He conseguido hacerme lugar en sociedades de buen tono, y que me reciban en ellas con manifiesta distincion; conocer á muchas personas, cuyos nombres son demasiado grandes ó sus estátuas muy pequeñas; y tomar un baño de córte, que si no purifica, como los del *agua tofana*, es una especie de barniz con distintas aplicaciones. Estas han sido mis ganancias; mis pérdidas han consistido en seis meses, doce mil reales y un rico tesoro de ilusiones.»

»Con estraordinaria rapidez habia escrito Julio las reflexianes que anteceden; y despues que las habia acabado, jiró sobre su mismo asiento; para

encontrarse frente á frente de su buen amigo Teodoro, que acababa de abrir la mampara y se adelantaba hácia él.

—¿Qué te trae por aquí, Teodoro? preguntó Julio festívamente á su amigo de diligencia.

—Un negocio de alta importancia, repuso Teodoro: queriendo dar á sus grandes ojos azules una espresion de severidad, que de ningun modo podia aliarse con su natural y hasta poco comun dulzura.

—¿Sepamos, pues, ese negocio? insistió Julio, remedando el tono hinchado que afectaba su buen amigo.

—Aun no ha llegado el solemne momento de tan importante revelacion.

—¿Pues entonces, cómo te trae un negocio de alta importancia, que debemos tratar los dos?

—Ahí está el nudo de mi intrincado logogrifo.

—Difícilmente podré desatarlo, sino acudes en mi socorro.

—El tiempo lo desatará.

—¿Y entre tanto?....

—Ponte una levita; toma el sombrero y acompáñame.

—¿Pero Teodoro?.....

—¿Cuándo ha necesitado un amigo minuciosas esplicaciones para acompañar á su amigo?

—Tienes razon: y en prueba de que la reco-

nozco te digo, con el padre nuestro y en latin, *fiat voluntas tua.*

»Julio acompañó á la palabra con la accion; y á los dos minutos, tenia abrochado su levita negro.

—¿Y ahora qué me pongo? preguntó Julio, como un recluta que se viste por primera vez de soldado.

—El sombrero, repuso Teodoro, con el tono que lo hubiera dicho un severo sargento segundo.

—¿Y despues?

—Los guantes.

—¿Ahora?

—El baston.

—¿Y despues?

—Sígueme.

»Teodoro se acercó á la puerta; Julio lo siguió, y ambos amigos se hallaron muy ponto en la calle.

»Siguió Julio á su jóven amigo, sin dirigirle una pregunta sobre sus planes ulteriores; y una hora despues se encontraban sentados á una mesa de tres cubiertos, primorosamente servida. Las tres personas que debian en ella comer, eran la madre de Teodoro y los dos íntimos amigos. En el parador de diligencias encontramos por primera vez á esta señora, y vamos á hacer su retrato.

»Doña Visitacion Bazan, así se llamaba, habia

tenido veinte años antes, reputacion de muy hermosa; y conservándola todo este período, habia llegado á sus cuarenta en tan buen estado, que decian: «no pasa dia por la Bazan.» Aunque tan rica en hermosura, no era esta su dote principal; pues el que tenia la fortuna de oirla, quitaba los ojos de su rostro, para disfrutar un encanto mas permanente y seductor. Casada á los diez y seis años, y á los veinte y cinco viuda, llenó primero los deberes de esposa y madre con un tacto muy superior al que su corta edad prometia; y desechando despues enlaces muy ventajosos y honoríficos, dedicó su talento y ternura á la educacion de la sola prenda de su único y malogrado amor. Escudada de otros afectos con el afecto maternal, llegó á la edad en que las hermosas pierden comunmente la razon, con la suya severa y fria; y mas de una vez sus consejos trazaron una noble y segura senda al estudiante de París. Esta señora hizo los honores de la mesa, y no es necesario decir que fué escelente una comida, sazonada con su amena conversacion.

»Servidos los postres, Teodoro apresuró el café, dando algunas muestras de ansiedad; y momentos antes de las ocho arrancó á su amigo de sociedad tan agradable.

—¿Qué tal has comido, amigo Julio? le preguntó Teodoro, luego que estuvieron en la calle

y despues de haberle dado el brazo, para que anduviera mas deprisa.

—He comido perfectamente; pero sobre todo me ha encantado la conversacion de tu madre.

—Tiene un hermoso corazon y un talento poco comun: repuso Teodoro con orgullo.

—Por eso debo confesarte, que he sentido dejar tan pronto su inestimable sociedad.

—Te desquitarás otro dia; pero esta noche me era imposible detenerme ni un solo minuto.

—¿A dónde vamos, amigo mio, que con tal premura nos aguardan? preguntó Julio, quebrantando el silencio que se habia impuesto respecto á los ocultos planes de Teodoro.

—Aprieta el paso y lo sabrás.

»Mitad arrastrado por Teodoro y mitad por el fuerte impulso de una viva curiosidad, recorrió Julio velozmente no pocas calles y plazuelas; hasta que pararon á la puerta de un edificio, sobre la cual se leia en letras de muy buen tamaño estas dos palabras: CIRCO OLÍMPICO. Penetraron sin otra detencion que la de entregar dos entradas, y fueron á tomar asiento en un palco poco elegante. Teodoro dirigió una mirada afanosa á uno de los palcos inmediatos, y con dulce satisfaccion dijo á su amigo:

—Ya ves, Julio, adonde he querido traerte.

—Ya lo veo, Teodoro: repuso Julio bostezando.

—¿Te satisface la sorpresa?

—Hasta ahora, no mucho.

—¿Por qué?

—Porque están duros los asientos.

»A este tiempo empezó á tocar una música bastante mala: salieron al circo un payaso y media docena de farsantes, con uniformes de maestranza: se presentó un palafrenero, colgado al freno de un caballo, aparentemente brioso pero muy manso en realidad: montó en él un niño, saludó con la cortesía de ordenanza, y así comenzó la funcion.

»Julio, que no era aficionado á milésimas ediciones de una misma cosa, cerró los ojos, por temor de quedarse ciego con los chinos que saltaban frecuentemente; y Teodoro fijó su atencion en el palco de la derecha; palco que no ocupaba nadie, pero que debia ser ocupado segun fundadas conjeturas.

»Amenazado estaba Julio de sumerjirse en las dulzuras de profundo y sosegado sueño, cuando el ruido de una puerta inmediata, empujada con arrogancia, le hizo recobrar el pleno uso de sus sentidos embotados; y volviéndose con rapidez hácia el palco de la derecha, vió penetrar en él á una jóven de alta estatura, esbelto talle, ojos y cabellos de azabache, morena y sonrosada tez,

lábios delgados, boca breve, nariz griega, mirar altivo y chispeante. A esta jóven seguia una señora de cuarenta y cinco años cumplidos, y que conservaba todavía algunos restos de hermosura. La presencia de la hermosa jóven llamó un tanto la atencion de Julio; pero el rostro de Teodoro se reanimó instantáneamente con la aureola de una inmensa felicidad.

—Qué seductora es esa jóven, murmuró Julio; señalando á la que acabamos de pintar.

—Muy hermosa es; repuso Teodoro: é inclinándose sobre la baranda de su palco dirigió á las recien llegadas un saludo, que le devolvieron con galante afabilidad.

—¿Parece, prosiguió Julio á media voz, que conoces á esas señoras?

—Las conozco mucho, amigo mio. ¿Qué te parece Dorotea? (Continuo mudando los nombres.)

—¿Quién es Dorotea?

—Habla mas quedito. La jóven.

—¡Ah! Me ha parecido muy hermosa: repuso Julio á media voz.

—¿Es verdad que pocas mujeres, y quizàs ninguna, poseen unos ojos tan espresivos, un talle tan esbelto, una tez tan delicada, un aire tan aristocrático, un atractivo tan...

—¡Teodoro!

—¿Qué te admira, Julio?

—No me admiro: pero sí veo que estás locamente enamorado.

—No quiero engañarte, amigo mio. Amo á esa mujer con frenesí.

—¿Y te corresponde?

—Sí.

—Me alegro en el alma.

—¡Cuán pronto se han realizado mis ensueños! ¿Te acuerdas, Julio, de lo que hablábamos en la góndola? Tú mirabas mis esperanzas como irrealizables quimeras; pero ya ves que en pocos meses se realizan, porque la mujer á quien amo es tan bella como mi amor.

»Aunque las palabras de Teodoro se dirijian inmediatamente á su amigo, bien se conocia, por el fuego con que las pronunciaba, que estaba bajo el magnetismo de los ojos de Dorotea; y que esperaba, declamándolas, hacerlas llegar á los oidos de la señora de sus amantes pensamientos.

»Demasiado absorto Teodoro con los encantos de su amada, no podia fastidiarse con lo insulso de la funcion; pero Julio, que con la franca confesion de su compañero de viaje habia perdido el estímulo mas poderoso que puede tener un hombre al lado de una mujer hermosa, la posibilidad de poseerla; para no protestar durmiéndose contra la indijesta funcion, preguntó á Teodoro:

—¿Quiéres decirme á qué familia pertenecen esas dos señoras?

—A una de las mas distinguidas de la corte. Son hija y esposa del muy noble marqués del Campo.

—¿De manera que es una boda completamente aristocrática?

—He tenido esa gran fortuna; porque de otro modo mi madre se opondria á nuestra union.

—¿Pero tanto has adelantado, que va á efectuarse el subsiguiente matrimonio?

—No te diré que sea al instante; pero no puede tardar mucho.

—Hágase tu voluntad: dijo Julio tranquilamente, y echó una lánguida mirada á la familia japonesa, que hacia grupos y daba saltos; como diciendo: «Me resigno á apurar hasta la última gota de este soporífico espectáculo.»

»La gran resigacion de Julio tuvo al fin su merecido galardon, porque levantándose Teodoro, le dijo:

—Ven: quiero presentarte á mi futura.

»Acogió Julio con placer una propuesta que iba á ponerlo en relaciones con la bien amada de su amigo, y á proporcionarle agradable conversacion. Se levantó inmediatamente; salió del palco, acompañado de Teodoro, y entraron juntos en el de la hermosa Dorotea.

»La distribucion de los asientos fué como debia

presumirse: á espaldas de Dorotea Teodoro, y Julio tomó posicion á espaldas de la noble mamá. Como buen amigo del amante, entabló conversacion tirada con la marquesa; lo que le fué súmamente fácil, porque la muy ilustre dama no queria impedir á su hija una larga sesion de amor.

»Despues de cambiar algunas frases rélativas al espectáculo, preguntó la marquesa á Julio, como queriendo reanimar la conversacion un tanto fria:

—¿Hace mucho tiempo que está V. en la corte?

—Señora, seis meses cumplidos; nada mas.

—¿Qué le ha parecido á V.?

—Muy bien.

—¿Piensa V. permanecer aquí?

—Sí, señora.

—¿Es V. empleado?

—No, señora.

—¿Viene V. á pretender?

—Solo puedo decir á V, que no he pretendido hasta ahora.

—Ya comprendo. Viene V., como suele decirse, á comerse sus rentas,

»Julio se sonrió por respuesta, con una de esas sonrisas equívocas que no dicen nada; pero que generalmente se reciben como esplícita confirmacion de lo que se acaba de oir. La marquesa continuó un interrogatorio, digno del mas inge-

nioso escribano, y los dos amantes prosiguieron su animada conversacion.

»Sin dejar de dar á la marquesa contestaciones evasivas, estudiaba Julio atentamente la fisonomía de Dorotea; encontrando á cada momento una perfeccion desconocida; pero notando al mismo tiempo una espresion indefinible que en vano pretendia esplicarse. En las miradas de la jóven creia distinguir dos impulsos, uno que partia de su alma y llegaba hasta sus pupilas; impulso violento y destructor. Otro que de sus pupilas partia como un fluido magnético, y adormecía ó esclavizaba á fuerza de dulce languidez. En la sonrisa de Dorotea se notaba el mismo fenómeno: y si es posible hacer esta distincion, diremos, que en el interior de los lábios era sarcástica y glacial; pero que al salir variaba de forma, apareciendo bondadosa ó apasionada. Teodoro no podia conocer, por el prisma de la pasion, estas singulares diferencias, que veia Julio con espanto.

»Acabada la pantomima, se levantaron las señoras; y apoyada cada una en el brazo de su respectivo caballero, atravesaron el corto espacio que mediaba entre el palco y la carretela. Antes de tomar el estribo, ofreció la marquesa á Julio su casa y amistad; y alejándose rápidamente, al trote de dos briosas yeguas normandas, dejaron á los dos amigos, que se pusieron en lenta y segura retirada.

—¿Qué te ha parecido mi futura? preguntó Teodoro á su amigo.

—Lo que me habia parecido antes: una mujer bastante hermosa. Repuso Julio secamente.

—¿Nada mas que hermosa, nada mas?

—Por las pocas palabras que la he oido, me ha parecido muy discreta.

—Julio, tienes que hacerme un gran favor, que no ha de negarme tu amistad.

—Estoy dispuesto á complacerte.

—He convenido con Dorotea en casarnos inmediatamente, y es preciso que lo participes á mi madre; pues aunque sé que su cariño no me negará lo que deseo, no me atrevo casi á indicárselo.

—¿Nada mas tienes que pedirme, amigo mio?

—Nada mas.

—¿Cuándo quieres que hable á tu madre?

—Mañana mismo.

—Quedará cumplido tu deseo.

»Quedó Teodoro satisfecho; y se separaron los amigos despues de apretarse las manos.»

Volvió á interrumpirse el arlequin, y me propuso que nos dirijiriamos al café á tomar un vaso de naranja; porque con tanto hablar se le habian irritado las fauces. Yo, que me habia pasado escuchando la noche, no tenia necesidad de refresco; pero creí deber pagar su narracion y lo acompañé de buen grado. Al atravesar una sala

me encontré inmediato á la máscara del dominó negro, que iba del brazo del mascaron que nos habia interrumpido antes; y burlando la vigilancia de su Argos, me dijo. «Aquí nos veremos el martes.» Tomó el arlequin su refresco sin otro incidente notable nos volvimos al blando divan, y mi compañero anudó el hilo de su historia.

CAPITULO X.

EL ARLEQUIN NO SE CANSA DE CONTAR HISTORIAS.

En cumplimiento de la palabra que tenia empeñada á su amigo, se presentó Julio al dia siguiente en casa de Teodoro, y fué recibido al momento por la discretísima viuda. No daba el jóven grande importancia á su comision, y por lo tanto quiso entrar al punto en materia.

—Señora, dijo á la Banzan, tengo el honor de hablar á V. por encargo espreso de Teodoro.

—¿Qué desea mi hijo? preguntó la hermosa viuda, disimulando su estrañeza.

—Teodoro está enamorado, señora; y he venido á rogar á V., en su nombre, que le permita dar su mano á la que posee su corazon.

—Nada mas justo que lo que Teodoro solicita;

siempre que la mujer á quien ama sea digna de él.

—En ese concepto puede V. estar muy tranquila: la amada de su hijo de V. tiene un ilustre nacimiento.

—¿Sabe V. su nombre?

—Dorotea.

—¿La hija del marqués del Campo? preguntó la madre de Teodoro con estraordinaria ansiedad.

—Precisamente: repuso Julio con tono alarmado.

—Mi hijo no se casará con Dorotea.

»La Banzan pronunció estas palabras con estraordinaria energía, y Julio quedó sorprendido de encontrar un muro inespugnable sobre el terreno que habia considerado llano. Sin embargo, como encargado de representar los intereses de su amigo, se repuso inmediatamente y dijo á la noble viuda.

—Debo advertir á V., señora, que Teodoro está locamente enamorado.

—Esto es horrible, murmuró: y dominándose despues prosiguió diciendo:

—¿Es verdad, Julio, que V. trabajará conmigo para que no se lleve á efecto esa boda?

—Señòra.....

—Prométame V. que secundará mis esfuerzos. Se lo pide á V. una madre.

—Señora, soy un buen amigo de Teodoro y...

—Porque es V. tan buen amigo tiene obligacion de salvarlo.

—¿Pero qué peligro?.....

—¿Qué peligro? Uno inmenso. Un peligro mil veces peor que la muerte. El....

»Se interrumpió la madre de Teodoro; y despues de haberse calmado prosiguió:

—Necesito hablar con mi hijo, y tambien quiero hablar con V. diariamente. ¿Vendrá V. á verme?

—Lo prometo: respondió Julio, y se despidió poco satisfecho del éxito de su visita.

»Con la impaciencia de un amante, que es el colmo de la impaciencia, esperaba Teodoro á Julio para saber el resultado de su filial solicitud: Julio no se atrevió á desvanecer bruscamente las esperanzas de su amigo, y dejó á su madre el cuidado de hacerle comprender los inconvenientes que á su ansiado enlace se oponian; confiando mucho en la prudencia de esta respetable señora. Corrió Teodoro, mortificado por la duda y animado por la esperanza, al encuentro de su amorosa madre; y aunque deseaba mucho saber la decision de la viuda, permaneció mudo á su presencia; sin atreverse á preguntarla. Amaba mucho la Bazan á su hijo para atormentarlo con el torcedor de la duda, y rompió el silencio, diciéndole:

—Acaba de hablarme tu amigo.

—Lo sé, madre mia; repuso Teodoro reanimado: y juro que, al valerme de él, no he desconfiado un solo punto de vuestra bondad ni del cariño que siempre me habeis profesado.

—Has hecho bien en no dudar: y puedes estar muy seguro que daria mi vida por la tuya.

—Bien lo sé, señora: y esas palabras me aseguran una inmensa felicidad.

— ¡Una inmensa felicidad!

—Sí, madre mia, sí: ¿no es verdad que condescendeis á mi boda?

»La noble dama vaciló un momento; y despues de lanzar á su hijo una mirada enteramente maternal, le respondió, armándose de una heróica resolucion:

—No puedo permitir, Teodoro, la realizacion de ese enlace.

»Teodoro miró á su madre, como si no pudiera dar crédito á lo que acababa de oir; y con acento de reconvencion murmuró:

—No me ha entendido V., señora.

—Te he comprendido.

—Es imposible. V. no sabe que yo amo con toda la inmensa enerjia de un primer amor; que mi vida es el amor de Dorotea; que sin su amor me será imposible vivir.

—Tienes el amor de tu madre.

—Es verdad que tengo el amor de mi madre;

y por eso me atrevo á pedirla una prueba mas de su amor.

» En vano buscaba la Bazan modos de convencer á su amado hijo; eran inútiles las razones y un rudo golpe de autoridad debia producir un rompimiento muy fatal en tan críticas circunstancias. Recurrió, pues, á su talento; y en vez de cortar la cuestion se contentó con aplazarla. Teodoro creyó que habia vencido, y su madre se preparó á lidiar con mayor ventaja.

» A la mañana del dia siguiente, se presentó la madre de Teodoro en casa del marqués del Campo, y tuvo una larga conferencia con la marquesa primeramente, y despues con su hermosa hija. Empleó con las dos la sublime elocuencia de madre tan apasionada, y las suplicó de rodillas, que no la privaran de su hijo. Despues de especiosas razones y de frases de doble sentido, dijo la marquesa:

—Señora, yo no quiero contribuir en nada á la desgracia de mi hija. Si ama á Teodoro, como creo, y Teodoro la corresponde la dejaré obrar con libertad. Por lo demas, V. es muy dueña de influir sobre el ánimo de su hijo; y no tengo el menor inconveniente en que V. sondeé las disposiciones de Dorotea.

» La jóven sostuvo con admirable sangre fria una larguísima discusion, que terminó diciendo á la Bazan:

—V. puede tener razon en desear, para su hijo único, una boda mas ventajosa que la mia; y yo no me doy ni el triste derecho de quejarme. Esta es mi opinion, que manifiesto con franqueza: pero tambien debo decirla que amo á Teodoro ardientemente, que creo ser amada lo mismo, y que no pagaré jamás con crudo desden su ternura.

» Las palabras de Dorotea y de la marquesa, su madre, no dejaban á la Bazan ni un leve asom de esperanza: Teodoro se manifestaba mas enamorado cada dia, y el plazo que habia fijado la viuda debia cumplirse muy en breve. En tan apurada situacion solo descubria la Bazan un remedio heróico, que pudiera hacer impresion en su hijo; pero la aplicacion de este remedio requeria tacto delicado, y era necesario usar de él en último estremo. Meditó dias y noches de qué personas podria valerse con provecho; y en fuerza de meditaciones comprendió que ninguna podria serla tan útil como Julio, el fiel amigo de Teodoro. Fija en esta idea, provocó una entrevista con el jéven, y en ella le manifestó las por derosísimas razones que la obligaban á combati- el ardiente amor de su hijo.

» Con admiracion escuchó Julio las palabras de la Bazan; y si las hubiera pronunciado persona menos autorizada, no se hubiera aventurado á darlas crédito. Sin embargo dudaba de ellas;

pero como le facilitaban espresamente todos los medios de comprobar su exactitud, se prestó por último á cumplir los deseos de la noble viuda. Con arreglo á lo convenido, manifestó Julio á Teodoro, que asuntos de grande ínterés hacian necesaria su presencia en París, y que iba á marchar muy en breve: suplicándole al mismo tiempo tuviera á bien recomendarlo á sus amigos de aquella populosa ciudad.

» Al oir Teodoro que su amigo iba á pasar algunos meses en la capital, en que él habia vivido tantos años, sintió un vivísimo deseo de acompañarlo en su viaje; pero renunció á su propósito acordándose de la encantadora Dorotea. Hizo Julio sus preparativos de marcha, y se despidió formalmente de la tierna madre de Teodoro. Esta señora aprovechó el momento de la despedida, y hablando de ella con su hijo, le dijo con indiferencia:

—¿Recuerdas, Teodoro, que no dejastes arreglados nuestros asuntos de París?

—Lo recuerdo perfectamente; pero deseaba tanto ver á mi madre.....

—Te agradezco en el alma, hijo mio, que atendieras á mi cariño descuidando nuestros negocios; y sin embargo son de muchísimo interés.

—Es verdad que hubiera debido detenerme algunos dias mas.

—No, Teodoro... Y ahora casualmente se presenta una ocasion... pero no.

—¿Por qué se detiene V. madre mia?

—Porque tal vez mi pretension te hubiera parecido enojosa.

—Bien sabe V. que desde niño he procurado complacerla.

—Pero hay ocasiones...

—No, madre mia; no hay ocasiones para hacer la voluntad de una buena madre.

—Teodoro.

—Hable V., madre mia; hable V.

—Pues bien, Teodoro, desearia que acompañáras á tu amigo, y que dejáras arreglados nuestros asuntos de París.

Teodoro escuchó estas palabras, como una sentencia de muerte; tanto le afligia separarse de la encantadora Dorotea; pero dominando su emocion, repusò:

—Marcharé á París con mi amigo.

CAPITULO XI.

ACABA EL ARLEQUIN SU HISTORIA.

Habia prometido Teodoro á su madre emprender su viaje á París, y aunque ciegamente enamorado, guardó fielmente su palabra. Con el luto en el corazon y las lágrimas en los ojos notició á su amada una ausencia, que aunque corta, lo contristaba horriblemente; encareciéndola al mismo tiempo la importancia de los negocios que reclamaban su presencia en la capital de la Francia. Pretendia el jóven de este modo prevenir todas las objecciones que podria esponer Dorotea á su repentino viaje; pero lejos de reconvenirlo, reconoció inmediatamente la hermosa hija del marqués del Campo toda la fuerza de sus razones, y se contentó con hacerle nuevas protestas

de cariño; esperando la natural correspondencia.

»Correspondiendo al ofrecimiento que la noble marquesa hizo á Julio, visitó este dos ó tres veces á las distinguidas señoras; y el dia antes de emprender su marcha fué á despedirse, como parecia natural. La marquesa encomendó al jóven algunas visitas; y Dorotea, despues de tenderle la mano, le dijo, con aquel acento inesplicable que á ella solo era peculiar:

—Julio, V. me responde de Teodoro.

»Estas palabras, que en boca de otra cualquiera amante hubieran parecido una broma, ó lo mas un amistoso encargo, en la de Dorotea sonaban como una amenaza terrible; y dejaban adivinar que, si Julio se presentaba sin Teodoro, oiria de aquellos mismos lábios la pregunta que el Hacedor del universo dirijió al segundo hombre, en aquel tremendo: ¡*Cain Cain*! *¿qué has hecho de tu hermano Abel*?

»Aunque el corazon del jóven Julio no daba cabida fácilmente á ninguna especie de temores, oyó las palabras de Dorotea con un terror inesplicable; y para tocar la pulida mano, que le presentaba la dama, sin manifestar su emocion, tuvo que hacer un grande esfuerzo. La estrechó un momento no mas, y la dejó mas conmovido; porque la mano de aquella mujer, cuyos ojos brotaban centellas en determinadas ocasiones, parecia la ma-

no de un cadáver, sin morbidez, pálida y fria.

»Al amamanecer del dia siguiente caminaban ambos amigos, como lo habian hecho seis meses antes; los dos tristes y pensativos. Teodoro sentia separarse de la muger que tanto amaba: pensaba Julio que en aquel viaje iba á gastar los últimos restos de su fortuna; pero se consolaba, reflexionando que iba á hacer este costoso sacrificio en las aras de la amistad.

»Los pormenores del viaje, muy curiosos para figurar en las páginas de una guia, no tienen ningun interés para el hilo de nuestra historia; y así, sin ocuparnos de ellos, llegaremos con los dos amigos á la populosa Parìs. En esta capital famosa, Teodoro tenia dos quehaceres que llamaban mucho su atencion: era el primero activar dia y noche la solucion de sus negocios; y el segundo servir á su amigo de complaciente *cicerone*. Los cuidados de Julio tenian un objeto muy diferente: reducianse á proporcionar á Teodoro toda clase de diversiones; á hacerle perder la aficion que habia tomado á los asuntos de familia; y á borrar de su imaginacion la hermosa imágen de Dorótea.

»Inùtil afan: tiempo perdido. Si se hallaban en un teatro, y Julio encomiaba con ardor el buen conjunto de la ejecucion ó las bellezas de la obra; Teodoro recordaba á su amigo la noche del Circo, en la cual le presentó á su amada; y

le decia muy sériamente: que preferia el galope de aquellos caballos á los acentos de la Rachel. Si al cruzar los Campos Eliseos, los jardines de las Tullerías ó la alameda de Lomchamps, enseñaba Julio á su amigo un grupo de bellas, Teodoro las miraba con atencion, para comparar su belleza á la belleza de su amada; y acababa por esclamar:

—Desengáñate, amigo mio: en París hallarás mujeres discretas, hermosas, elegantes; pero no encontrarás ninguna que reuna todas estas dotes, ni que sobresalga en una de ellas como mi amada Dorotea.

»Y continuaba despues una hora hablando de los encantos de su amada; de la inmensidad de su amor; de su inmediato matrimonio, y de otro millon de sandeces que solo pueden tener lugar en la cabeza de un amante, cuyo amor pase á frenesí.

»Dos meses llevaban los amigos de permanencia en la capital de la Francia: en ellos habia gastado Julio la mayor parte de los restos de su mal parada fortuna, y Teodoro habia arreglado felizmente los asuntos de su familia, á fuerza de una prodigiosa actividad. Entre las varias relaciones, que, por antigua amistad de Teodoro ó por cartas de recomendacion, habia cultivado Julio en París, habia preferido constantemente las de la princesa de Amelgona; prima hermana

de la Bazan. Esta señora, que reunia á su elevado nacimiento los mas distinguidos modales y una discrecion poco comun, habia distinguido siempre á Julio; en gracia de la particular recomendacion que de él le habia hecho la noble madre de Teodoro. Esta especie de intimidad se habia fomentado dia por dia; estrechándola cada vez mas el vínculo de la desgracia. Julio, que habia vivido siempre en la opulencia ó á lo menos en la abundancia, no podia ser feliz al borde de la miseria; y la princesa, que era madre y madre cariñosa, tampoco podia ser feliz, teniendo á un hijo á quien amaba privado de toda razon. Julio visitaba diariamente á la princesa de Amelgona; y con ella, que sabia muy bien los proyectos de la Bazan, combinaba cada dia un plan de ataque que destruyera la ardiente pasion de Teodoro: plan que ambos consideraban infalible, y que al dia siguiente tenian que cambiar por ineficaz de todo punto.

»Libre Teodoro del compromiso que habia contraido con su madre, deseaba volver á Dramalla; y las instancias de la princesa, unidas á las de su amigo, no eran bastantes á vencer su resolucion. Hubo consejo de familia entre la princesa y el jóven Julio, y resultó de él que no habia medio de prolongar la permanencia de Teodoro; y que por lo tanto era preciso recurrir al remedio heróico; aventurando la partida á este solo golpe

de dado. Tomada esta resolucion, manifestó Julio á su amigo que estaba dispuesto á dar la vuelta: y, para apresurarla mas, se encargó Teodoro de hacer los prepativos de viaje.

»En menos de veinte y cuatro horas dió por terminada su comision el amante de Dorotea; y y él y Julio se dirigieron al alojomiento de la princesa de Amelgona, para hacerla la visita de despedida. La princesa los recibió con su amabilidad acostumbrada; estremándola, si es posible, como última prueba de afecto.

—Ya estarás tranquilo, Teodoro; dijo la princesa á su sobrino: con tu pronta y segura marcha.

—Tranquilo no; pero á lo menos satisfecho: repuso Teodoro, comprendiendo por qué le hablaba así su tia.

—¿Y estás decidido á unir tu suerte á la de la hermosa Dorotea?

—Ocho dias despues de nuestra llegada á la corte.

—¿Y no temes causar con ello un grave disgusto á tu madre?

—Mi madre me pidió un largo plazo, y se lo concedí al momento: mi madre me pidió tambien que viniera á París, y he cumplido al punto su deseo: ¿puede estar mi madre quejosa?

—No; Teodoro: ¿pero si algunas razones sumamente graves y fundadas la hicieran mirar

ese enlace con prevencion y aun con horror?...

—La suplicaria humildemente que depusiera sus prevenciones.

—¿Y sí, á pesar de tu humilde súplica, insistiera en su fundado empeño?

—Con el sentimiento mortal de desobedecer á mi madre, seré esposo de Dorotea.

—Piénsalo, Teodoro, friamente.

—Lo tengo pensado, señora; y juro á V. que en ello veo mi suprema felicidad.

»Julio habia seguido en silencio el anterior diálogo, y cambió una rápida mirada con la princesa, en el momento que Teodoro se disponia á dar por concluida la visita.

—Tengo que pedirte un favor: dijo la princesa á su sobrino.

—Puede V. mandarme, señora; repuso Teodoro, manifestando en lo inseguro de su acento, que temía alguna penosa exigencia, á la cual no le fuera dado sujetarse.

—Deseo, sobrino mio, que me acompañes á comer: dijo la princesa con perfecta tranquilidad.

Respiró Teodoro, como si le hubieran quitado un gran peso; y recobrando su bueno humor, dijo:

—Aunque soy el favorecido, no puedo aceptar el convite sin espresa autorizacion.

—¿De quién? preguntó la princesa, partiendo la jovialidad de su sobrino.

—Necesito, señora, la autorizacion de mí amigo por varias razones. La primera, porque dispone de mi tiempo; la segunda, porque tiene dos años mas que yo, y la edad...

—No sigas, no sigas; veo la fuerza de tus razones, y solo acuso á mi torpeza, que me ha hecho empezar al embes; pero no es tarde, por fortuna. ¿Tendrá V. la bondad, amigo mio, de honrar mi mesa, y de permitir que la honre mi subordinado sobrino?

—Acepto, á nombre de los dos, tan estimable fineza: respondió Julio, dando á sus palabras el tono de forzada jovialidad que usaba la princesa, y que era sincero en Teodoro.

«Siguió un momento de silencio á esta espansion de buen humor, y una persona que hubiera estudiado atentamente la fisonomía de la princesa, hubiera notado al instante que una horrible lucha tenia lugar en su interior. Descubríase perfectamente en el ligero movimiento de sus lábios, en las arrugas que surcaban de vez en cuando su tersa y despejada frente, en su frecuente fruncir las cejas, y en una convulsion interior, que agitaba todos sus miembros. Mucho debió sufrir durante esta terrible indecision; pero consiguiendo dominarla, á fuerza de un valor heróico, valor que cabe solamente en el alma de una mujer; dijo á su sobrino:

—Teodoro, estoy muy quejosa de tí.

—No sé por qué razon, señora; repuso Teodoro formalmente: tanta amargura habia encontrado en el acento de su tia.

—Has pasado en París dos meses, y no me has preguntado una sola vez por mi hijo.

—Es verdad, señora; pero no ha sido porque no me duela su desgracia, ni mucho menos por olvido. Temia, hablando de él, alimentar el profundo dolor que siente el noble corazon de su madre.

—Bien sé, Teodoro, que tomas gran parte en mis penas; pero no temas aumentarlas, recordándome lo que no olvido.

—Desde mi llegada á París, dijo Julio á la noble dama, he tenido vivos deseos de dirigir á V. una súplica, y me han impedido formularla los motivos que acaba de mencionar Teodoro.

—Hable V., Julio, sin reserva: dijo la princesa con bondad.

—Deseo, señora, antes de marcharme, ver un momento á su desgraciado hijo de V.

—Yo tambien deseo ver á mi primo: añadió Teodoro.

—Aunque nadie absolutamente penetra en la prision de mi pobre Alfredo, quiero satisfacer á Vds.; porque sé muy bien que el pobre loco, en vez de ser escarnecido, merecerá tierna compasion.

Amargo y abundante llanto inundó de impro-

viso el rostro de la princesa de Amelgona, y apenas tuvo fuerza su brazo para herir el timbre. Un lacayo se presentó inmediatamente; y enjugando su señora el llanto, le dijo con voz conmovida:

—Dí á José, que venga al momento.

«Salió el lacayo; y pocos momentos despues entró un anciano, cuyos cabellos como la nieve daban á su rostro moreno y grave una espresion estraordinaria, que infundia respeto y cariño al mismo tiempo. Se acercó el anciano lentamente, y con voz dulce preguntó á la princesa de Amelgona:

—¿Qué tiene V. E. que mandarme?

—Mi sobrino y este caballero, que es íntimo amigo de la casa, dijo la princesa violentándose, quieren ver á mi hijo.

—Señora, repuso el anciano inclinándose, haré lo que V. E. determine; pero el estado del señorito es tan lastimoso...

—Lo sé; pero estos caballeros saben que van á sufrir y á llorar.

»Se inclinó el antiguo criado, dejando leer en su m rada que á su pesar obedecia, y dirigiéndose á los amigos, les dijo con tristísimo acento:

—Cuando Vds. gusten estoy á su disposicion.

«Los dos jóvenes se levantaron, y con la venia de la princesa, siguieron al anciano criado, que les fué sirviendo de guia. Atravesaron pri-

meramente varios aposentos, alhajados con mas elegancia que riqueza, y siguiendo un largo corredor, llegaron á una sala cuadrada, en el fondo de la cual se adivinaba una puertecita cubierta con una cortina de tapiz. El anciano se puso el dedo sobre los lábios, y los amigos lo siguieron con pasos lentos, que se perdian sobre la alfombra. Luego que llegaron al tapiz, levantó José con cuidado un estremo de la cortina, y los amigos empezaron á examinar la jaula de un loco, ideada por el tierno amor de una madre.

»Era esta jaula un aposento de quince pies en cuadro y casi la misma elevacion. Sus muros estaban forrados de baqueta; y se conocia á primera vista, que entre la baqueta y la pared existia un relleno de algunas pulgadas de espesor. El pavimento era en todo igual á los muros; así como la puerta, cuyas verjas estaban completamente rodeadas del mismo ingenioso relleno. Despues de examinar la estancia pusieron toda su atencion en el huésped que la habitaba, y vieron un jóven de escasos veinte y cinco años, pero que aparentaba diez mas; cuya negra barba y cabellos, en el mas horrible desórden, aumentaban la palidez de su flaco y pálido rostro. Descalzo estaba de pié y pierna; un pantalon, hecho girones, cubria la parte inferior de su cuerpo, y una especie de blusa grís, tambien desgarrada, completaba su horrible traje de insensato. En la

baqueta del pavimento y de los muros se veian señales mas ó menos recientes de haber intentado desgarrarla; pero en toda la habitacion reinaba un aseo, que incompatible parecia con la permanencia del loco. Cuando se acercaron los amigos, paseaba aquel á paso lento, con la cabeza sobre el pecho, y como si estuviera entregado á profundas meditaciones. Sus lábios se movian de contínuo con una agitacion nerviosa, y tenian sus pupilas un movimiento de rotacion que mareaba. Por mas silencio que guardaron los dos jóvenes y su guia, notó el demente su llegada; y parándose de repente, fijó en ellos una mirada aterradora, y empezó á acercarse á la verja. Teodoro, profundamente conmovido, quiso retroceder; pero Julio, que le daba el brazo, lo detuvo contra su voluntad. Llegó el demente á tocar la verja; y despues de haber examinado las fisonomías de los jóvenes, fijó una mirada en José, y le preguntó con voz hueca:

—¿Quiénes son?

—Amigos: repuso el anciano, como usando una fórmula convenida.

—Si son amigos, querrán que les cuente mi historia.

—Señor: murmuró el fiel criado, con ademan de humilde ruego.

—Sí, sí; es necesario que la sepan: y sobre todo yo lo quiero. ¿No es omnipotente mi vo-

luntad? añadió el loco con una salvaje energía.

»Teodoro quiso de nuevo retroceder; pero su amigo lo detuvo, y el anciano le hizo entender con una espresiva mirada, que ya era preciso escuchar. Conservó su puesto el amante de Dorotea; José se enjugó algunas lágrimas, y el loco prosiguió:

—Escuchad. Yo soy primogénito de un príncipe: yo debí ser mucho: lo que es mi padre: quizás mas. Yo he estudiado tambien. ¿Sabeis vosotros lo que es estudiar? Es hacerse un hombre menos tonto á fuerza de aprender que no sabe. Pero esto no importa para nada; y voy á contaros mi historia. Yo he viajado mucho, muchísimo. ¿Sabeis vosotros lo que es viajar? Viajar es tomar una entrada para un inmenso salon de máscaras, muy grande, tan grande como el mundo: en el cual entran las naciones con sus disfraces peculiares, y los hombres con sus eternas mascarillas. Pero esto es largo de contar, y voy á proseguir mi historia. Yo llegué á Dramalla, es la capital del Infierno; como si dijéramos el París de Francia, el Lóndres de Inglaterra, el San Petersburgo de Rusia; en una palabra, cualquiera de las córtes de Europa. ¿Sabeis lo que quiere decir córte? Quiere decir centro del poder, y por lo tanto del monopolio: centro de la civilizacion, y por lo tanto de la astucia: centro del saber, y por lo tanto de la envidia: cen-

tro de la nobleza, y por lo tanto del orgullo: centro de la industria, y por lo tanto de la emulacion: centro del comercio, y por lo tanto de la vanidad: centro de la riqueza, y por lo tanto de los vicios. Pero no hablemos de la córte, y prosigamos con mi historia. Llegado á Dramalla, concurrí á los principales coliseos. ¿Sabeis lo que es un coliseo? El teatro es la escuela de las buenas costumbres en una sociedad moralizada, la escuela del vicio en una sociedad corrompida. ¿Y sabeis por qué? porque los autores solicitan que el público aplauda sus obras; y el público aplaude siempre mas lo que mas lisonjea sus desenfrenadas pasiones. Pero sigamos con mi historia. Ví en los coliseos actores medianos, que se llamaban *eminentes*: actores malos, que no se contentaban con la antonomasia de *buenos*. Tambien ví comedias medianas, calificadas de *admirables*: comedias malas, cuyos autores se ofendian porque las llamaban de *efecto*; y comedias buenas, que pasaban desapercibidas. Pero esto nada nos importa: vamos á mi historia. Una noche ví en un palco, inmediato al mio, una jóven, cuyos negros ojos brillaban como el rayo de la tormenta.

»Hasta este momento habia hablado el loco con estraordinaria rapidez, pero con grande indiferencia: al pronunciar las últimas palabras, su acento empezó á ser sombrío y varias las modu-

laciones de su voz, siguiendo sin interrumpirse un solo instante.

—Sus rizos eran tambien negros: su talle esbelto y delicado; su tez morena y sonrosada; alta su estatura; su pié breve, y su voz sonora, como un timbre. Desde el momento que la ví, comenzó á correr por mis venas un fuego de una intensidad espantosa: mi sangre inflamada se agolpó al corazon y á la cabeza; y me zumbaban los oidos, como si se estrellaran en mi cráneo las olas de una brava mar. Aquella noche no dormí; pregunté su nombre á un amigo, y al dia siguiente me hice presentar en una sociedad de las primeras de la córte, á la cual diariamente asistia. La ví allí por segunda vez; me senté á su lado; sus ropas se rozaron con mis vestidos, y hablamos á tan corta distancia, que su aliento quemó la piel de mis mejillas. Para pintarla mi pasion, busqué palabras tan ardientes como las centellas de sus ojos: no encontré palabras; pero mi silencio debió ser mas que las palabras elocuente. A los ocho dias de tratarnos nos habiamos jurado amor: á los quince su mano fina y delicada solia estar horas enteras entre las mias: á los treinta mis ardientes lábios habian rozado su tersa frente: á los cuarenta se habian tocado nuestros lábios, como dos rosas que se inclinan: á los dos meses mi cabeza se habia reclinado en su seno: á los tres meses era mia.

»Al pronunciar la última frase, no podia respirar el loco, tanta energía daba al discurso: José lloraba como un niño, y Julio percibia el temblor del amante de Dorotea. El loco no interrumpió un momento su historia, prosiguiendo así:

—Pasó un dia; pasó una semana y un mes: y mi amor creció hora por hora: y mi felicidad creció: y yo apuré la inmensa copa de un placer que no se acababa; porque, ya lo he dicho, la muger que amaba era mia. Un asunto de alta importancia me obligó á dejar á Dramalla, por una semana no mas; pero fué tanta mi actividad que lo despaché en cuatro dias. Al quinto estaba ya de vuelta; pero llegué á la media noche. ¡Qué noche! la recuerdo bien. Enormes masas de negras y apiñadas nubes pesaban sobre nuestra atmósfera, como una gran losa de mármol sobre el tronco helado de un cadáver: olas de fuego se cruzaban de norte á sud y de oriente á occidente: un trueno ronco y permanente, como el hervir de una profunda catarata, resonaba grave y siniestro: el huracan habia plegado sus negras alas, y ni una sola gota de lluvia se hundia entre el polvo calcinado. Mi caballo, que habia corrido seis largas leguas al galope, abria la nariz buscando aire que respirar; y un sudor frio bañaba sus fatigados miembros. Descabalgué; con paso rápido me dirijí á una estrecha calle;

abrí un postigo; cruzé una cochera; subí una escalera tortuosa; atravesé un largo corredor y, valiéndome de un llavin, abrí otra puerta, y me encontré en la habitacion de mi amada. Quise sorprenderla dormida; y, para lograrlo, detuve mis pasos, reprimí mi aliento, y, apoderándome de una lamparilla de noche, que sobre un velador ardia, penetré en la alcoba, cuya puerta encontré entornada. Mis pasos eran mas pausados y lentos; mi respiracion mas afanosa. Llegué al lecho, con mano trémula levante sus blancas cortinas, acerqué la lámpara y ví.... Ví junto á la cabeza de mi amada la cabeza de un hombre: ví que dormian los dos tranquilamente; que se confundian sus alientos, y que se enlazaban sus brazos. De repente mi sangre toda se retiró del corazon, subió á la cabeza, dí un grito y caí desmayado.

»El pobre loco hablaba con mas rapidez, y su acento era mas ronco y sepulcrar. Teodoro temblaba; Julio no podia resistir tantas y tan grandes emociones; José lloraba y el demente proseguia:

—Sí, ella; la que yo amaba en brazos de un hombre.... ¡Pero ella era tan hermosa; tan hermosa! Vosotros no la conoceis; es preciso que la conozcais; sí, es preciso.

»Y al pronunciar estas palabras se desgarraba los vestidos, queriendo sacar de su pecho algun

objeto que no encontraba: por último sacó un medallon cincelado, pendiente de una rica cadena de oro, y aproximándola á la verja, gritó con estentórea voz:

—Aquí la teneis: contemplarla.

—¡Dorotea! esclamó Teodoro con angustia y pudiendo apenas tenerse.

—¡Dorotea! repitió el demente. ¡La hija de los marqueses del Campo!

»Y dando gritos espontosos; y recorriendo la habitacion con la velocidad de una ardilla, se golpeaba contra las paredes, se mesaba barba y cabellos y desgarraba sus vestidos.

»Al ver la imágen de Dorotea, y oyendo las esplicaciones del loco, quedó Teodoro inmóvil y mudo, como una estátua de alabastro. Julio no creyó necesario prolongar mas aquella escena, y casi arrastrando á su amigo, lo condujo á las habitaciones de la princesa de Amelgona. Encontraron á la tierna madre hecha un mar de lágrimas, y Teodoro se desplomó sobre un sofá con triste y mortal desaliento. Con la cabeza entre las manos permaneció mas de una hora, sin pronunciar una palabra, y sin que nadie interrumpiera su silencio; al cabo de ella alzó la frente, y dijo á la princesa:

—¿Es cierto cuanto me ha contado mi primo?

—Sí, Teodoro; repuso la dama, derramando nuevas lágrimas de dolor.

»Teodoro no replicó una sola palabra; pero arrojándose en los brazos de su noble tia, porque no estaba allí su madre, derramó en el seno de una muger el abundoso llanto que debia ealmar sus dolores y conservarle la razon.

» Quince dias despues de este suceso se despedian los dos amigos; para volverse Julio á Dramalla y dirigirse Teodoro á Florencia, en donde su madre debia unírsele. Al separarse convinieron en no recordar jamás estos dolorosos sucesos, ni pronunciar el nombre de la temible Dorotea; encargándose Julio al mismo tiempo de esplicarse con la hija del marqués del Campo.

» Llegado á Dramalla, no tardó en presentarse â Dorotea; la cual, como lo habia previsto, le preguntó con altivez:

—Julio ¿ qué ha hecho V. de su amigo Teodoro?

—Está camino de Florencia, repuso Julio sin turbarse: pero me ha encargado que diga á V. estas terminantes palabras. « Que ha visto á un loco, hijo primógenito de sus tios los príncipes de Amelgona. »

—Basta, caballero: interrumpió al punto Dorotea: y señalando á Julio la puerta, añadió:

—Espero, sin embargo, que la comision de Teodoro quedará entre los dos.

» Julio inclinó entonces la cabeza, en señal de

mudo asentimiento, y salió sin pronunciar una palabra.»

Asi terminó el arlequin su larga y verdadera historia; y despues de dejarme tiempo para que meditára en ella, me preguntó festivamente:

—¿Qué te ha parecido la historia?

—Muy triste; y sobre todo estraña: le respondí con ingenuidad.

—Hay muchas que se le parecen; y todavía tengo que hacerte alguna aclaracion.

—Veamos.

—Julio es el jóven que se enamoró pérdidamente de la dama, no muy hermosa, que al fin lo pospuso al banquero.

—Y por legítima consecuencia, la amiga que la hizo postergar á Julio debió ser Dorotea.

—¿Qué dices?

—Que una amiga de la muger no muy hermosa, la aconsejó en pro del banquero.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La máscara del capuchon verde, que me refirió aquella historia.

—Pues entonces no podemos dudarlo ni un solo momento.

—¿Por qué? le pregunté con creciente curiosidad.

—Por que la máscara del capuchon verde es Dorotea.

—¿Y tú quién eres?

—Yo soy un máscara, que te contará muchas historias, si tienes interés de oirlas.

—Como sean tan entretenidas como la de esta noche, te juro que las oiré con sume interés.

—¿Vendrás al baile el martes próximo, Nazario?

—Procuraré venir, si no me lo impide algun grave acontecimiento.

—Si vienes, te seguiré contando la historia de Julio.

—¿Es muy larga?

—Tú podrás el martes juzgar de su mucha ó poca estension.

El arlequin me apretó la mano, y desapareció dando vueltas: abrí una ventana del gabinete, y ví que comenzaba á amanecer.

CAPITULO XII.

EN QUE SE PRUEBA, QUE UN HOMBRE DE TREINTA AÑOS CUMPLIDOS PUEDE HACER MUY BIEN EL CADETE.

Despues de una noche de máscaras, lo mejor que puede hacer un hombre es pasarse la mañana siguiente en conversacion con la almohada, y recuperar con el sueño estraordinario del dia las fuerzas perdidas en la velada de la noche. Yo habia aprendido en un libro de máximas morales esta famosa máxima higiénica; y apenas llegado á mi casa, serian las seis y media de la mañana, me metí en la cama, tomé un vaso de leche caliente, que parecia dos, tal era su estraña magnitud, y me dormí profundamente; tan profundamente que á las cinco y media de la tarde entró á despertarme mi huéspeda, para ser-

virme la comida. Despues de mirar el reloj, y de aplicármelo al oido, para cerciorarme de que andaba, me levanté con la conciencia de que habia dormido once horas; y á las seis y cuarto estaba sentado á la mesa, lavado, afeitado y vestido.

No sé si la sopa y la memoria tienen alguna analogía; pero lo que sí puedo asegurar es, que á la primera cucharada de sopa me acordé de que tenia que asistir á las ocho á una reunion muy importante: reunion que debian componer los siete individuos de la comision de respuesta al discurso de la corona. Tuve la inestimable suerte de que este recuerdo no afectara en lo mas pequeño el buen estado de mi apetito; y despues de haber invertido cinco cuartos de hora en la mesa, tuve tiempo de tomar café; y, con el cigarro de plus entre los dientes, llegué felizmente al congreso. O mis seis amables compañeros no pasan las noches de máscaras, ó son los diputados mas activos que puede tener una nacion: lo cierto es que yo llegué á las ocho en punto, y que, contra todas mis esperanzas ó temores, tuve la dicha de encontrarlos á todos reunidos. Para acibararme esta dicha, porque no hay felicidad cumplida ni en el mundo ni en el Infierno, dió la maldita casualidad de que no conociera, ni aun de vista, á ninguno de mis compañeros; de modo que no sabia cómo nombrarlos;

y yo, que era uno de los encargados de manifestar respetuosamente á S. M. cuál era la opinion del congreso respecto á la política seguida por su ministerio dentro y fuera del reino, puedo asegurar ingénuamente, que no tenia, ni tengo ahora, formada mi particular opinion.

Un hombre, llamado político, con tan profundos conocimientos en la materia de que ha de ocuparse como yo, debe hacer un papel brillante en una reunion de hombres prácticos y teóricos, como lo son sin duda mis respetables compañeros; y era tan profunda mi ignorancia, que consideraba una suprema felicidad saber, que mis seis compañeros estaban divididos por mitad entre los dos bandos ministerial y de oposicion. Saludé con toda cortesía á los seis padres de la patria, y me senté junto al diputado que me pareció mas bonito. Despues de cambiar algunas frases indiferentes ó estudiadas, propuso el que estaba á mi izquierda que nombráramos presidente; y como yo no sabia los nombres de ninguno de los presentes, dije á mi adlátere:

—¿A quién piensa V. dar su voto?

—Al señor D. Felix Ramirez: me respondio con sequedad.

La sequedad de la respuesta me hizo sospechar que mi adlatere era diputado ministerial, y que el señor D. Felix Ramirez debia pertenecer al mismo gremio: en mi cualidad de neófito de la

oposicion, era mi deber votar contra el señor D. Felix Ramirez; pero como tenia al mismo tiempo la dificultad de no saber otro nombre, voté á D. Felix, con escándalo de mis compañeros de la oposicion. El nombramiento de secretario no ofreció dificultad alguna; y con asombro mio, me aclamaron tirios y troyanos, pagándome los unos el voto que, contra mi voluntad, habia dado á Ramirez, y queriendo los otros afiliarme completamente en la bandera de una sistemática oposicion.

Instalada la comision en toda forma, procedí como secretario á la lectura del discurso de la corona, y se abrió discusion sobre él; ó mas bien sobre la opinion que de él deberia formar el congreso. Los diputados ministeriales sostenian, que la popular asamblea no podia menos de ver de color de rosa el discurso; y decian los de la oposicion que estaba obligada á verlo negro. En esta disputa de colores, yo me decidí por el pardo; y como color medio entre todos, se vinieron á mi opinion las dos opiniones estremas y fuí encargado, *nemine discrepante*, de la redaccion del discurso.

Sin mas discusion nos separamos, quedando citados para el miércoles.

Cada fraccion fué á dar noticia á sus íntimos correligionarios del resultado de la sesion; y yo que no encontraba modo de pasar la noche me-

dianamente, me dirijí á la sociedad de la condesa de Jentosca. Desde mi llegada á la corte habia concurrido una sola vez á la sociedad de esta señora, y habia salido de ella dándome un pésame y un parabien. Consistia el primero, en el lance que me habia proporcionado la agresion inmotivada de Enrique Flores; y el segundo, en los diez mil reales que habia trasladado á mi gabeta de la cartera del banquero. Mi ganancia no debia haber hecho impresion en una banca de gran fondo; pero como fué acompañada de de una circunstancia especial, estaba seguro de que mi resurreccion haria efecto en la sociedad y en la banca.

Subí la escalera, estremeciéndome como si tuviera escarlofrio ó hablara por primera vez á una numerosa asamblea; y al penetrar en el salon, quise abarcar con una mirada los semblantes de cuantas personas en él se hallaban; para adivinar la impresion que en cada una de ellas hacia. O yo soy muy corto de vista ó la vanidad me habia hecho creer que yo iba á pasar en el mundo por interesante héroe de novela; pero lo cierto es que no hice ninguna sensacion, y que todos continuaron sin mudar de color ni comprimir la musculatura de sus rostros. Aunque me llevé un solemne chasco, no fué inoportuna mi mirada, porque reconocí al momento á varias personas con quienes tenia mas ó menos íntimas

relaciones. En el número de estas personas se contaban el banquero Sanchez, el diputado Gomez y la hermosa y fiera Maria.

Cumpliendo las leyes sociales, dirijí mi primer saludo á la señora de la casa; y la amabilísima condesa tuvo la bondad de ofrecerme un cómodo asiento á su lado. Acepté el obsequio, fingiendo que lo agradecia con el alma, y despues de inclinar la cabeza á las señoras y señores, me dispuse á conversar con la condesa de Jencosca.

—¿Qué perdido ha estado V., Palma? me preguntó la noble dama.

—Señora... tartamudeé, procurando hallar una escusa.

—No procure V. disculparse: sé muy bien que despues de un lance como el de la noche pasada hay una especie de repugnancia á presentarse ante las personas que lo presenciaron.

—Es cierto: pero juro á V., amable condesa, que el mayor sentimiento mio fué inaugurarme en tan distinguida sociedad, tomando parte en un escándalo.

—No hablemos mas de ese incidente. ¿Acaba de decirme Gomez, que es V. individuo de la comision de respuesta?

—Mi seccion tuvo á bien honrarme de ese modo, y yo debí aceptar su encargo.

—Me alegro mucho, amigo mio; y esa dis-

tincion prueba que es V. diputado influyente.

—No tal.

—¿ Y se ha reunido la comision ?

—Esta noche hemos tenido la primera junta; que puede llamarse preparatoria.

—¿ En ella se habrá decidido apoyar ú hostilizar al gabinete ?

—Ni lo uno ni lo otro. Hemos hablado todos mucho, pero no se ha resuelto nada.

—Diplomacia parlamentaria, amigo mio. Dios me libre de querer penetrar los secretos...

—Por Dios, condesa: no me dote V. de una reserva que no poseo, á lo menos en esta ocasion. Y como prueba de que no he usado diplomacia, voy ha referir punto por punto cuanto ha pasado en el seno de la comision.

Yo creia que la buena condesa iba á desesperarse oyendo tan poco entretenido relato; pero noté con estrañeza que me prestaba viva atencion, y que me animaba diciendo:

—Hagámonos parlamentarios.

—Diré á V. en primer lugar, que hemos nombrado presidente al señor D. Felix Ramirez.

—¿ Diputado ministerial ?

—Así parece.

—¿ Y á quién han elegido ustedes secretario?

—Al que desearia serlo de V.

—¿ Es V. secretario ?

—Sí señora.

—Pues no comprendo esa eleccion.

—¿Por qué, condesa?

—Por una razon muy sencilla. El presidente es ministerial y el secretario de la oposicion.

—Nada importa; tratándose de puestos puramente honoríficos.

—¿Y á quién han encargado la redaccion de la respuesta?

—Señora, al que menos lo merecia: repuse con hipócrita humildad.

—¿Es V. el encargado?

—Yo.

—Pues V. todo lo merece.

Con este último cumplido quiso hacerme olvidar la condesa que habia reconocido en un principio mis escasos merecimientos; y yo, que no he tomado todavía grande aficion á mi papel parlamentario, la perdoné muy fácilmente tan pequeño agravio diciéndola con aire de galantería y broma:

—Condesa, ofrezco á V. desde este momento mi nueva plaza de redactor.

—Piensa V. ensañarse mucho con el ministerio?

—Señora, no he formado aun mi opinion.

—¿Empieza otra vez la diplomacia?

—No, señora. Es cierto, muy cierto que no he formado mi opinion; pero juro á V. que cada uno llevará el premio ó castigo que por sus obras hubiere merecido.

—¡Pobres ministros, pobres ministros! esclamó la condesa levantándose; y penetró en el gabinete, teniendo cuidado de decir al paso algunas palabras á Sanchez.

Durante mi conversacion con la señora de la casa, no habia dejado de mirar á la encantadora Maria; y sea que como todas las mugeres tuviera lo que se llama *buenos días,* ó que yo la viera por un prisma mas encantador, lo cierto es que la encontraba mucho mas hermosa que otras veces; brillando su rostro de alegría y haciendo alarde de una singular complacencia que en pocas ocasiones manifestaba su semblante. Tambíen observé que me miraba con particular atencion; y como no me causaba su mirada la impresion de terror que otras veces, quise sorprender su pensamiento en el límpio cristal de sus ojos.

Cuando me dejó la condesa, intenté acercarme á María; pero estaba escrito que antes de gozar esta pura satisfaccion esperimentara todas las contradicciones posibles y venciera los mas enojosos obstáculos. D. Tadeo Gomez, que habia sorprendido algunas palabras de mi conversacion política ó parlamentaria con la condesa de Jentosca, me cerró el paso: y conduciéndome al alfeizar de una ventana, me dijo en tono de misterio:

—Ha dicho V. á la condesa, que la comision de respuesta al discurso do la corona le ha con-

fiado el honroso cargo de la redaccion del discurso.

—Efectivamente la comision ha depositado en mí su confianza: le respondí sencillamente.

—¿Y en qué terminos piensa V. corresponder á ella?

—No lo he pensado todavía; y requiere una larga meditacion.

—Voy á hablar á V. con la mas entera confianza. El encargo que ha dado á V. la comision puede valerle una fortuna.

—No sé qué pueda valerme, señor de Gomez, mas que algunas horas de trabajo.

—Eso es presentarse con reserva; pagando muy mal mi confianza.

—Esto es decir sencillamente lo que creo: repuse con formalidad.

—Si V. no se dá mas á partido no nos entenderemos, Palma.

—Si V. no se esplica claramente no nos entenderemos, Gomez.

—Repito que la redaccion del discurso puede valerle una fortuna.

—¿De qué modo?

—Manifestándomelo un dia antes de presentarlo á la comision.

—¿Y qué conseguiré con ello?

—Que, asociándonos con algunos capitalistas, emprendamos una gran jugada de bolsa.

—¿Qué tiene que ver el discurso de contestacion á la corona con la deuda pública?

—Ahí es nada. Un discurso de oposicien enérgica y franca puede hacer bajar el tres por ciento un seis ó un ocho; y sabiéndolo con anticipacion de algunas horas.....

—¿Qué podemos ganar nosotros con la ruina del crédito público?

—Podemos jugar al descubierto, y hacer una enorme ganancia.

—No lo veo tan fácil; y, lo que es mas, lo tengo por muy aventurado.

—Pues si quiere V. convencerse de lo que acabo de decirle, aquí mismo encontrará V. una prueba.

—¿Aquí mismo?

—Sí señor; aquí.

—¿Y qué prueba es esa?

—Mire V.

Mi compañero tendió el brazo, de una manera que hacia mucho honor á la elasticidad de sus nervios pero muy poco á su discrecion; y siguiendo yo la direccion que me señalaba, ví á la condesa en conversacion con el banquero. No me sorprendió ver hablando á dos personas, que podian estar en las mas íntimas relaciones; y volviéndome á Gomez, le dije:

—Nada veo que pueda tener relacion con lo ue acabamos de hablar.

—¿No ve V., en la puerta del gabinete, al banquero Sanchez y á la condesa de Jentosca?

—No tengo la desgracia de estar ciego: le respondí sencillamente.

—¿Sabe V. lo que están hablando? insistió el diputado Gomez.

—No, señor; y me parece imposible oirlo á tanta distancia.

—Es verdad; pero V. convendrá conmigo en que no es imposible adivinarlo.

—¿Tiene V. acaso el don de la segunda vista? le pregunté festivamente.

—Algunas veces: me respondió con la mayor formalidad.

—¿En ese caso no será á V. difícil decirme la conversacion de esos señores?

—La condesa está contando á Sanchez la conversacion que ha tenido con V.

—Pues no quedará muy al corriente el señor banquero de lo que pienso hacer.

—¿De veras? ¿Ha usado V., amigo mio, prudente reserva?

—Así, así: porque á lo menos me parece que no he dicho nada.

—Con que quedamos en que me dejará V. ver el discurso que V. redacte.

—Por lo pronto...

—¿Qué?

—Me parece lo mas conveniente que no quede nada resuelto.

—Pero ya ve V. que de ese modo mal podremos conseguir que...

—Permítame V.: tengo vivísimo interés...

—¿En qué, amigo mio?

—En ocupar aquel asiento, que aun queda vacío, junto á la mesa de la banca.

Y uniendo la accion á la palabra, me emancipé de la tutela de mi dignísimo compañero; y fuí á ocupar una silla entre María y la vetusta generala, que me habia defendido, ó mejor dicho habia defendido su dinero, del violento ataque de Flores.

Saludé á mis dos compañeras con sus respectivas inclinaciones de cabeza: la generala me recibió con estraordinaria amabilidad, recordando sin duda la ganancia que habiamos hecho noches antes, y prometiéndome otra mayor; y María respondió á mi saludo con otra inclinacion de cabeza, y una risita que no tenia nada de forzada. Esta risita me produjo una sensacion de disgusto, y ahogó en mis lábios una palabra que estaba próxima á escaparse.

—¿Quiere V. jugar una vaca? me preguntó la generala, empujando hácia mí cuatro napoleones.

—Con mucho gusto, respondí: y estaria seguro de ganar, si esta señorita quisiera llevar parte en ella.

—Juegue V., María, juegue V.: dijo al momento la generala.

—No tengo el menor inconveniente, replicó María sonriyéndose. Uniendo mi suerte á la del señor Palma de Jura estoy sogura de triunfar; y por lo tanto triunfaremos.

—Yo tambien tengo confianza; porque contra mi mala suerte estará la buena de V.

Me habia apresurado á sacar media onza, y en el momento que María fué á entregarme sus cuatro duros, en una moneda de oro, la dije sin afectacion:

—Ya tenemos puesto, señora.

—Doy á V. las gracias; pero no puedo admitir ese obsequio.

—Señora...

—Si V. insiste, creeré que no quiere unir su suerte con la mia.

Esta amenaza me hizo tomar inmediatamente el dinero; y todo reunido lo puse á un caballo de copas, que jugaba contra un seis de oros. A la tercera carta vimos un caballo de bastos, y doblé mis fondos. El banquero ofreció un entres; jugué á él; y á la buena vino el seis de espadas, y cuadrupliqué mi capital. Los ojos de la generala no se apartaban de los naipes; los de María estaban clavados en mí. A la talla siguiente jugué las cuatro onzas que habia reunido, y gané, como de costumbre.

—Ha dado V. el tercer golpe: observó la vieja generala, mirando el oro con codicia.

—Perdone V., he dado el segundo nada mas: la respondí.

—V. no recuerda, sin duda, que ha jugado un entres.

—Lo recuerdo perfectamente; pero el entres ha sido una jugarreta, que nos hará ganar doble dinero. Sin embargo, si Vds. creen que no debo seguir jugando...

—Consultaremos á María: dijo al momento la generala, creyendo tenerla de su parte.

—Que siga jugando, señora; Palma de Jura ha nacido para jugar.

Pronunció María estas palabras, frunciendo un poco el entrecejo y con aquel acento particular que otras veces habia llamado mi atencion. Empujé el dinero á una sota, que acababa de presentarse, y no tardó mucho en salir; arrancando un grito de alegría á la codiciosa generala, en tanto que María continuaba manifestando la misma glacial indiferencia. Aventurar otra tentativa hubiera sido dar la muerte á la generala, y por lo tanto procedí á la division del dinero en dos partes iguales: acerqué la una á la generala y presenté la otra á María. La primera metió su oro en un bolsillito de seda; la segunda dividió el suyo, y empujó hácia mí la mitad.

—Señora... murmuré rechazándolo.

—Es de V.: repuso María con un ademan y un acento que no daban lugar á réplicas.

Tomé el oro, por no disgustarla, y empecé á jugar al acaso. La suerte estaba de mi parte: no perdia ni una sola puesta, y como jugaba á la dobla, iba creciendo mi tesoro con estraordinaria rapidez. La generala maldecia el momento en que habia retirado su vaca; María hacia alarde de singular indiferencia. Entre puesta y puesta cambiaba algunas frases con la jóven, y por mas que yo queria darlas gravísima significacion, ó aparentaba no entenderlas ó realmente no las entendia. Desbanqué repetidas veces, y María me decia sonriéndose:

—Repito, que ha nacido V. para jugar.

—Es indudable, respondí, que tengo esta noche una fortuna hasta insolente.

—¿Ha sido V., Palma de Jura, desgraciado alguna vez?

—Señora, lo estoy siendo en este mismo instante.

—¿Es tan grande su codicia de V., que no se dá por satisfecha?

—No soy codicioso, señora: pero esta fortuna sorprendente la daria por otra mas pequeña: por una, que aunque no pudiera llamarse fortuna, no fuera desgracia.

—Se está V. esplicando de un modo que no consigo comprenderlo.

—¿No me comprende V., María?

—No, Palma.

—Pues ahí comienza mi desgracia.

—¿Su desgracia de V. consiste en que yo no lo comprenda, Palma? me preguntó la jóven con una estrañeza no finjida, y procurando leer en lo mas oculto de mi alma.

—Sí señora; la respondí: olvidándome de cobrar una gran puesta.

—¿Y por qué esa desgracia?

—Porque esta fortuna insultante, que tengo en el juego, quisiera tenerla en amor.

—¿Está V. enamorado, Palma? me preguntó María, mordiéndose un poco el lábio inferior.

—Estoy loco de atar, señora: la respondí con el mas apasionado acento.

—¿Y me ha elegido V. para confidenta de su amor?

—¿Quién mejor que V. puede serlo?

—V. acaba de decirme que ha perdido el juicio, y quiere tambien volverme loca.

—¡Ojalá participara V. de mi locura! ¡Ojalá! ¡Mil veces ojalá!

—¡Esto no puede comprenderse! esclamó María con despecho.

—Porque V. no quiere, señora: la respondí con entusiasmo.

—¿A quién ama V.? me preguntó con su natural arrogancia.

—Amo... amo... tartamudeé, queriendo dominar mi angustia.

—¿A quién? me preguntó de nuevo con mas altivez é impaciencia.

—A V.: murmuré, clavando los ojos en el suelo; porque no podia resistir el resplandor de su mirada, radiante; fija é imponente como la espada de un querube.

—¿A mí?. me preguntó tercera vez con un acento inesplicable.

—A V., María; la responí con timidez y agitacion.

—Esto es estraño; muy estraño: murmuró á su vez la hermosa dama.

—¿Causa á V. enojos mi amor? la pregunté tímidamente.

—Si fuera cierto que V. me amase, como dice, me tendria por la mujer mas afortunada. Y levantándose de improviso, me dejó entregado á mis temores y esperanzas.

Por la última frase de María podia creer, sin presuncion, que me amaba; pero esta fortuna en amores no perjudicaba por entonces á mi fortuna de jugador; pues en un copo casual desbanqué por cuarta ó quinta vez, y como era bastante tarde se finalizó la partida; quedando yo en ganancia de doscientas onzas á lo menos.

Luego que recogí mi oro, procuré buscar á María; pero supe con sentimiento que se acaba

de marchár. Satifecho y meditabundo me separé de la condesa, la cual, estrechándome la mano, me dijo:

—Amigo Palma, duro, muy duro á los ministros.

CAPITULO XIII.

RISA CON RISA SE PAGA.

Cuerdamente habia obrado yo en pasar durmiendo todo el segundo dia de carnaval, presintiendo las dulces palabras que debian pronunciar en su noche los rosados lábios de María. «Si fuera cierto que V. me amase, como dice, me tendria por la mujer mas afortunada» habia dicho la hermosa viajera de ojos negros, respondiendo á mi declaracion; y estas palabras, que un amante debia grabar en planchas de oro, seguian resonando en mi oido, como los acordes lejanos de un arpa ó la dulce voz de un serafin. Desde el salon de la condesa á mi gabinete, las repetí dos ó tres millares de veces; dejé de pronunciarlas cinco minutos, que invertí en colocar en un secreto de

mi cómoda los billetes de banco y el oro, que de los bolsillos del banquero se habian trasladado á los mios; y efectuada esta operacion, me fuí á la cama repitiendo las dulces palabras de María.

Ganar tres mil quinientos duros, y poseer el corazon de una mujer cantadora en una noche, son dos hazañas que bien merecen una *cruz laureada de San Fernando;* y que deben quitar el sueño á un hombre que no sea de estuco: yo que me precio de sensible, empecé á dar vueltas sobre el lecho; y por eso he manifestado que me habia venido muy bien el haber dormido todo el dia. Hasta las cuatro de la madrugada estuve pensando, con mucho gusto, en la encantadora María; pero cuando cantó el sereno esta hora avanzada de la noche, sentí estar despierto, y lo sentí por una razon especial. Los de la comision me habian confiado la redaccion de la respuesta al discurso de la corona, y yo, que queria presentarlo en la próxima reunion del miércoles, necesitaba dormir bien; para encontrarme al dia siguiente con la cabeza despejada, y en estado de emprender con fruto mi árdua y perentoria tarea. El recuerdo de los negocios vino á mezclarse, como un fantasma entre las parejas de un sarao, á las imágenes de mi amor; y yo quise cubrir las unas con un velo negro y tupido, para entregarme, al dia siguiente, en cuerpo y alma al otro: por mas que me fuera antipático y aterra-

dor. Vana pretension: el recuerdo de la encantadora María, en vez de borrarse se unió al recuerdo del documento parlamentario, y formándose en mi cerebro un abigarrado popurrí de protestas de amor y censuras parlamentarios, no consegui cerrar los ojos, hasta que anunciaron los gallos la venida del nuevo dia.

¿Y para qué cerrar los ojos? para soñar frase por frase, palabra por palabra, letra por letra lo que habia discurrido antes. Ya me contemplaba frente a frente de mi dulcísima señora, diciéndola tiernas protestas, y escuchándolas mas amantes: ya me veia en el seno de la comision, defendiendo á capa y espada mi discurso; combatido por mis compañeros ministeriales, porque lo consideraban muy fuerte; y por mis compañeros de la oposicion, porque lo juzgaban muy flojo. Ya creia ver los negros ojos de María, lanzándome miradas de fuego, pero de ese fuego del amor que en vez de matar vivifica: ya descubria la faz adusta del señor ministro de Hacienda, que á cada palabra del discurso añadia un pliegue á su entrecejo. Ya escuchaba la respiracion entrecortada y anhelante de la mujer de mis esperanzas; y ya la voz desapacible y ronca del señor ministro de la Gobernacion del reino. ¡Qué horrible confusion de ideas! ¡Qué procesion tan fantasmagórica! ¡Qué verdadero traje de arlequin estaba formando mi cerebro!

Despues de unas horas de insomnio y otras horas de delirar, porque no se duerme soñando, me levante á las nueve y media; y habiendo procurado refrescar mi imaginacion calenturienta, sumergiendo cabeza y rostro en una cofaina de agua fria; me dirigí á mi mesa de estudio; tomé un pliego de papel contínuo, le doblé un ancho márgen; tomé una pluma y escribí de corrido:

SEÑORA.....

Para escribir esta palabra no necesité meditar un solo segundo; pero como si hubiera agotado las fuerzas de mi inteligencia, puse los codos sobre el pupitre y la frente sobre las manos, entregándome completamente á profundas meditaciones.

Empezaba á constituirme en genuino y fiel interprete del congreso de diputados; mis palabras iban á resonar de un estremo á otro del mundo, y quizás pendian de mi pluma los altos destinos del Infierno. Recordaba yo que en mi pais solian invertirse tres meses en la discusion del discurso de contestacion al de la corona: sabia que era el caballo de batalla de los partidos; el palenque en que esgrimian las armas de la razon, y en el que tronaba el huracan de las pasiones. Presagiaba que cada frase mia iba á dar lugar á un debate entre los periódicos; á dos discusiones, una en el seno de la comi-

sion y otra en el recinto del congreso. Todo debia ser combatido; estilo, pensamiento y forma. Y tan graves inconvenientes estaba encargado de vencer un hombre enamorado hasta la médula: un hombre, que no habia dormido aquella noche: un hombre que debia asistir la siguiente á un baile de máscaras: un hombre que solo deseaba cambiar algunas frases amorosas con la viajera de ojos negros.

A fuerza de meditar mucho, acabé por no meditar, y quedé sumido en una especie de letargo. No sé si dormí ó si pensé; lo cierto es que al despertarme fijé los ojos sobre el pliego, y encontrando la palabra SEÑORA, empezé á escribir de corrido, hasta que mi señora huéspeda entró á interrumpirme, diciéndome:

—Señor don Nazario, un caballero busca á V.

—¿Y quién es ese caballero? la pregunté con desagrado, porque acababa de cortarme un periodo.

—Se llama, si no me equivoco,

—¿El ministro de hacienda? la pregunté con vanidad.

—Bien puede ser, señor don Nazario: porque habla con mucha arrogancia.

—¿Lo ha hecho V. pasar á la sala?

—Si, señor.

—Pues dígale V. que tenga la bondad de esperar un momento.

Mi huéspeda me miró fijamente, de arriba á bajo; y pareciéndole que mi traje me permitia salir al momento á recibir al señor ministro, no sabia esplicarse cómo un simple particular tenia la osadía de hacer esperar á un ministro. Comprendí desde el primer instante la perplegidad de mi huéspeda, y me agradó tener en ella un mudo testigo de mi triunfo. La indiqué que dijera al ministro lo que acababa de manifestarla, y reclinado en mi sillon, murmuré, durante cinco ó seis minutes.

—El señor ministro estará muy acostumbrado á dar plantones; bueno es que sepa que á nadie le gusta esperar.

Cuando me pareció oportuno sacar de penas á S. E., me levanté pausadamente; eché una mirada cariñosa al documento que habia empezado á redactar, y salí á la sala, en cuyo sofá estaba sentado el ministro. Nos saludamos cortesmente; tomé asiento á su lado, y cambiamos algunas frases de escasa significacion; hasta que me dijo el ministro:

—He sabido con mucho gusto, que la comision ha encargado á V. la redaccion del discurso de contestacion al pronunciado por S. M. en la apertura de las córtes.

—Efectivamente, respondí, me ha dispensado ese favor.

—Como hace tiempo que no se ocupa V. de

negocios, y ha estado viajando dos años, quizas no conozca muy á fondo algunas cuestiones, que forzosamente ha de tocar.

—Confieso mi crasa ignorancia; pero cuento con que sabrá suplirla la capacidad de mis dignísimos compañeros de comision; personas todas muy versadas en los negocios.

—Estoy muy lejos de negar la suficiencia de tan ilustres diputados; pero.....

—¿Desconfia V. de la mia? le pregunté risueñamente.

—De ningun modo; pero V. sabe, amigo Palma, que las cuestiones palamentarias pueden mirarse bajo diferentes aspectos; y que antes de poner el dedo en la llaga, es preciso conjeturar si el tocarla aumentará ó no la dolencia.

—Me parece que nuestro deber de diputados consiste en defender, proteger y fomentar los intereses generales siempre, y los individuales, cuando no están en oposicion con los primeros.

—Abundo en las opiniones de V.: pero, sin embargo, repito, que las cuestiones parlamentarias deben mirarse bajo diferentes aspectos.

—Empezamos á girar en un círculo, y difícilmente conseguiremos salir de él.

—Vamos á salir ahora mismo: dijo el ministro, acercándose mas á mí.

—¿De qué modo? le pregunté con la mayor indiferencia.

—Descendiendo á los pormenores; y esplicándonos con franqueza.

—Efectivamente, me parece el único modo de entendernos.

Guardamos silencio un corto intérvalo; nos miramos recíprocamente, como queriendo adivinar por la espresion de nuestros rostros la gravedad de nuestros pensamientos; y despues de habernos medido, inteligentes gladiadores, me dijo el ministro:

—V. sabe que, segun las prácticas parlamentarias, hay cuestiones de gabinete.

—Sé muy bien, que hay cuestiones de gabinete: respondí con indiferencia.

—Y V. sabe, continuó el ministro, que entre todas estas cuestiones, es el discurso de contestacion á la corona, la que ofrece mas gravedad: la que puede considerarse, declárelo ó no el ministerio, verdadera cuestion de gabinete.

—Tambien lo sé respondí al momento, con mi glacial indiferencia.

—En el discurso de la corona da el ministerio, ó aparenta dar á lo menos, cuenta al pais de su administracion pasada, y suele presentar el programa de su administracion futura.

—Y en la contestacion, interrumpí, aprueba ó reprueba el congreso la conducta ó marcha que ha seguido el gobierno hasta entonces; y concede ó niega su sancion al programa.

—Exactamente. Hemos hablado, señor Palma de Jura, cada uno desde nuestro puesto: yo desde el banco negro ministerial, V. desde el banco azul de las comisiones, ó quizás desde la estrema izquierda de una razonada oposicion.

—Por lo pronto, señor ministro, hablamos desde el mismo sofá: repuse en tono indiferente.

—Es verdad, señor Palma de Jura; pero esquivemos la cuestion. La política general seguida por el ministerio, puede haber sido muy errónea....

—En cuyo caso debe apresurarse el congreso á reprobarla: interrumpí sin vacilar.

—No siempre, señor don Nazario: repuso el ministro con calma.

—Sin duda he oido mal; murmuré, reclinándome muellemente.

—No ha oido V. mal, Palma de Jura: pero aunque la política de un ministerio haya sido desacertada, no siempre debe condenarla la mayoría de un parlamento.

—¿Quiere V. decirme por qué? pregunté con impertinencia.

—Por una razon muy sencilla. Condenada por la mayoría del congreso la política del ministerio, solo quedan á este dos sendas, ágrias y espinosas las dos.

—¿Y cuáles son esas dos sendas, tan espinosas y tan ágrias?

—Resignar sus carteras ó disolver el parlamento.

—Lo primero podrá ser muy ágrio y espinoso para los individuos que hayan de dejar sus carteras; pero si era errada su política nada perderá la nacion.

—Estraño mucho, Palma de Jura, que un hombre entendido, como V., me responda de esa manera.

—Y yo estraño mucho, señor ministro, que á un hombre entendido, como V., causen estrañeza mis palabras: de modo que es muy difícil decidir quién tiene razon de estrañar.

—Tratando la cuestion en abstracto tiene V. razon; pero trayéndola al fácil terreno de los hechos, confesará V. francamente que está de mi parte la razon.

—Sepamos: dije con la sangre fria de un ministro á quien instruye un pretendiente.

—En primer lugar, V. sabe que el Infierno está dividido en dos partidos belijerantes, los cuales se salen con frecuencia del buen terreno de la ley, para combatir con la fuerza: estos dos partidos belijerantes son el templado y mas caliente. Si yo me dirijiera á un hombre del último partido, nada tendria que decirle en abono de la pretension que defiendo: pero dirijiéndome á V., que ha hecho sus primeras y últimas armas políticas en el gran partido templado, no me

cansaré de repetirle, que los hombres de una misma comuniou política no deben nunca fraccionarla; porque fraccionarla es cometer un fratricidio.

Hizo una pausa el señor ministro, y yo me quedé contemplándolo; para conjeturar si me estaba hablando de verás ó si procuraba embaucarme. En vano intentó mi mirada, atravesando sus pupilas, leer en lo mas hondo de su alma; y como consideraba muy urjente salir de dudas, le pregunté con la misma tranquilidad.

—¿Habla V. formalmente, ó por hacer gala de ingénio?

—Me parece que la discusion no se presta mucho á la chanza: me respondió con seriedad.

—Pues en ese caso voy á reducir á pocas palabras las que he tenido el honor de oirle. ¿V. cree que todos los hombres afiliados en una misma comunion política, antes que fraccionarla, deben sancionar los errores y disimular las faltas ó crímenes que haya cometido un gobierno salido de sus propias filas?

—Ha estractado V. admirablemente cuanto le acabo de decir.

—Pues señor ministro, son distintas nuestras creencias.

—¿V. cree?...

—Yo creo que la suprema ley de una nacion, de un partido y de un hombre, debe ser el ho-

nor, la moralidad, la conciencia. Las naciones no deben ser patrimonio de una pandilla; y sí deben hacerse sacrificios inmensos en favor de una institucion arraigada, que puede ser una garantía permanente de prosperidad y de órden, no debe sacrificarse nada en obsequio de siete hombres que componen un ministerio; ni de algunos centenares mas, regimentados á su espalda.

—Tiene V. razon, Palma de Jura, y veo en V. un publicista de las mas brillantes teorías; pero vengamos á la práctica. ¿Los que pretenden suplantarnos no serán tambien siete hombres con otros cuantos centenares, regimentados á sus espaldas: ó segun la opinion de V., serán siete ministros fénix, únicamente consagrados á la felicidad del pais?

Este argumento del ministro, me hizo fuerza momentáneamente, y casi me dí por vencido; pero recordando la risita burlona que me habia dirigido en los pasillos del congreso al hablarme de la pretension de Sofia Amaranto, quise vengarme; y aguzando un poco el ingenio, le respondí con otra pregunta que, como una espada de dos filos, debia quitar fuerza á su argumento y mortificar su vanidad.

—¿Cuando V. tiene un mal criado, le dije, lo conserva siempre á su servicio por miedo de sustituirlo con otro tan malo ó peor?

Esta pregunta inesperada debió mortificar muchísimo á S. E., é hizo un movimiento involuntario que yo creí síntoma seguro de que pensaba terminar bruscamente nuestra ya larga conferencia. Sin embargo, se dominó, y haciendo un esfuerzo me dijo:

—¿Quiere V., Palma, que mudemos el rumbo de la discusion?

—No tengo el menor inconveniente: repuse con indiferencia.

—Pues en ese caso, espliquémonos con claridad y precision. El ministerio de que formo parte desea conservar el poder

—Lo creo.

—A su existencia están unidos, ademas de los intereses políticos, grandes interes materiales, que seria sumamente peligroso descuidar ó desatender.

—¿Esos intereses serán la industria, el comercio, la agricultura?...

—Prescindiendo de los intereses generales, hay algunos particulares...

—¿Los de los contratistas de caminos, canales, construcciones navales?...

—No: hablo á V. de los intereses de los tenedores de papel del Estado.

—¿De los jugadores de bolsa?

—Cabalmente: y ahora nos hemos colocado sobre el verdadero terreno.

—¿Y en qué puedo ser yo útil á lo señores capitalistas?

—En redactar la contestacion al discurso de la corona, de manera que no sea necesario recurrir ni á la disolucion de las Córtes, ni á un cambio inmediato de ministerio.

—¿Y si yo redacto una contestacion en los términos que V. desea, quedarán contentos los bolsistas?

—Quedarán contentos, y muchos de ellos cobrarán grandes diferencias.

—Que pagarán otros jugadores.

—Las pagarán nuestros enemigos políticos: y particularmente Mauricio Sanchez.

—No tengo el menor interés en arruinar á unos banqueros para que se enriquezcan otros.

—Pero puede V., amigo mio, tener interés en acrecentar su fortuna.

Estas palabras del ministro me recordaron las pretensiones que habia manifestado D. Tadeo la noche anterior; y conociendo que debia hacerme proposiciones, le respondí con indiferencia:

—No sé lo que puede adelantar mi fortuna particular, haciendo la de los señores bolsistas.

—Si V. me empeña su palabra de que redactará la respuesta de una manera favorable, haremos una gran jugada, que valdrá á V. seguramente cuarenta ó cincuenta mil duros.

—Es una suma muy decente; respondí con jovialidad.

—Y sobre todo realizable: me contestó con el mismo tono.

—Pero veo un gran inconveniente para que llegue á realizarse.

—¿Cuál es, señor Palma de Jura?

—V. sabe, señor ministro, que no soy jugador de bolsa.

—No necesita V. jugar para realizar la ganancia.

—¿Quiere V. esplicarme el modo? le pregunté, queriendo llevarlo á sus últimas trincheras.

—Es inútil la esplicacion, porque desde este momento me constituyo en su ajente de V.

—Señor ministro.....

—Nada, nada, Palma de Jura: toda esplicacion es inútil, pues nos encontramos de acuerdo.

El ministro se levantó; cojió su sombrero y me tendió con la mayor cordialidad su mano. Yo la apreté, lo necesario únicamente para corresponder á su cariño; lo acompañé hasta la puerta de la sala, y antes que pasara el umbral, le dije:

—Me habia olvidado de dar á V. las mas espresivas gracias, por lo pronto y favorablemente que despachó la solicitud de mi recomendada.

—Aseguro que no recuerdo..... tartamudeó S. E.

—¿Tan pronto se ha olvidado V. de la hermosa Sofía Amaranto?

El ministro se puso pálido; y despues de buscar palabras, que se detenian en sus lábios, me dijo:

—Adios, Palma de Jura: cumpliremos lo convenido.

Una risita mas burlona que la de S. E., en los pasillos del Congreso, retozó en mis lábios; tan significativa y maliciosa, que me preguntó el señor ministro:

—¿Qué quiere decir esa risa?

—Quiere decir, señor ministro, *que risa con risa se paga.*

S. E. no replicó, y se alejó poco satisfecho y humillado.

CAPITULO XIV.

EL RAMILLETE, LA CARTA Y VARIAS EQUIVOCACIONES.

En España se ha representado una comedia con el título que acabo de poner por epígrafe, y como soy hombre de conciencia, ya que no escritor concienzudo, me apresuro á manifestarlo, para que no se me crea usurpador de bienes ajenos, que bien ajeno es sin la menor duda el epígrafe mencionado. Hecha esta breve aclaracion, anudo el hilo de mi historia, que si no es muy intoresante la cuento como verdadera.

La visita de S. E. y el transcurso de algunas horas habian despertado mi apetito de manera, que ví entrar con tanto placer la bandeja en que venian los preparativos del almuerzo, como habia contemplado momentos antes la salida del amos-

tazado ministro. Púsome mi oficiosa huéspeda la mesa en muy pocos segundos; pero al mismo tiempo que entraban dos buenas chuletas de ternera en manos del torpe criadito, entraba, sin anuncio prévio, en sus dos pies don Tadeo Gomez; conocido mio desde el parador de diligencias, y mi compañero en la representacion nacional.

—Muy buenos dias, amigo Palma: me dijo; dejándose caer en una butaca, que gimió bajo su poderosa mole; pues como he dicho anteriormente, era don Tadeo todo un mozo.

—Muy buenos dias, amigo Gomez; le respondí, procurando dar á mi semblante una espresion algo parlamentaria; quièro decir algo risueña. ¿Quiere V. almorzar conmigo?

—Mil gracias. Acabo de hacerlo, y de una manera admirable.

—¿Tiene V. muy buen cocinero? le pregunté, cortando una lonja de ternera.

—No señor; pero he almorzado con Mauricio Sanchez.

—¿V. almuerza con frecuencia en casa del rico banquero?

—La mayor parte de los dias. Se come tan mal en las fondas.

—Ya lo creo. Y á propósito de Mauricio, ¿qué sabe V. del estado de sus negocios?

—Se habla con mucha variedad: unos dicen

que está perdido, y sostienen otros lo contrario.

—Sus enemigos dirán lo primero y sus amigos lo segundo.

—Cada cuál dice lo que cree, ó lo que aparenta saber; pero lo que sí está averiguado es que sufre.

—¿Y han averiguado tambien la causa de sus sufrimientos?

—No hay persona, un poco enterada de la crónica escandalosa, que no la sepa.

—Pues aseguro á V., amigo Gomez, que absolutamente la ignoro.

—Hombre, hombre. Todo el mundo sabe que está perdidamente enamorado de Catalina.

—¿De qué Catalina?

—De Catalina Peraleda: á quien V. conoce mucho.

—Ya lo creo. La conozco hace algunos años; respondí con la mayor formalidad: y viendo que la suerte me proporcionaba persona á quien dirigir algunas preguntas, sin comprometerme demasiado, continué mi interrogatorio sin tregua.

—¿Y corresponde Catalina al frenético amor de Sanchez?

—Hay opiniones; pero lo cierto es que Mauricio está horriblemente celoso.

—Celos infundados quizás: hijos de un esceso de amor.

—Puede ser que sean infundados; porque se cuenta que, para fijar la veleidad antigua del banquero, ha puesto en práctica Catalina el ingenioso medio de tenerlo en continua alarma.

—¿Y de qué manera consigue realizar su ingenioso plan?

—De una manera muy sencilla. Le hace creer que todo el mundo la pretende.

—¿Y Mauricio traga el anzuelo con la mayor facilidad?

—Repito á V. que está medio loco. Pero dejando los amores de esa interesante pareja, ocupémonos de otros asuntos. ¿Ha redactado V. el discurso de contestacion á la corona?

—No he tenido tiempo para nada; y he bosquejado unas cuantas líneas nada mas.

—¿Algo mas de unas cuantas líneas habrá V. escrito?

—No señor. Anoche me retiré tarde, me desvelé un poco, y por lo tanto me he levantado tarde tambien. Tomé la pluma, con intento de adelantar algo mi trabajo, pero una visita....

—Ya sé: el señor ministro de hacienda habrá venido á conquistarlo.

—¿Cómo sabe V. que el ministro ha venido á verme esta mañana?

—Nos hemos cruzado en la escalera.

—Es verdad. Ya no me acordaba que entre su salida y la entrada de V. ha mediado apenas un

minuto. ¿Está V. en buenas relaciones con el señor ministro de hacienda?

—¿No sabe V., Palma de Jura, que pertenezco á la oposicion?

—Ya lo sé; pero V. tambien sabe que puede hacerse la oposicion y ser amigo del ministro.

—Es cierto. ¿Y qué exigencia traia S. E. por aquí?

Iba á contestar á una pregunta tan directa con una desvergüenza clara; pero conseguí reprimirme, contestándole tranquilamente.

—Ha venido ha hacerme la visita de bien venida.

Gomez conoció en mi respuesta, que soslayaba su pregunta; pero aunque debió mortificarlo mi evasiva, no creyó prudente retirarse sin atacarme en mis trincheras: y aparentando creer que el ministro habia venido á visitarme, repuso con jovialidad:

—¿Quiere V. que sancione ó censure el principio de su trabajo?

—No tengo el menor inconveniente, le respondí sin vacilar; pues aunque yo no recordaba ni una sola sílaba de las escritas en el pliego, componian tan escaso número de líneas, que no podian comprometerme ni dar á Gomez mucha luz.

Sorprendió á mi buen compañero una condescendencia tal despues de tantas reticencias; y

cuando, terminado mi almuerzo, lo conduje á mi gabinete, se iba restregando los ojos, como si acabára de dormir. Nos acercamos á la mesa, y para continuar dándole pruebas de ilimitada confianza, en vez de tomar el papel se lo señalé con el dedo; invitándolo á que lo leyera por sí mismo. No se hizo Gomez de rogar, tanto anhelaba poseer el secreto de mi sincera oposicion ó encubierto ministerialismo; y empezó á leer con mucho afan; pero noté que conforme leia se iban dilatando sus pupilas primero, y despues frunciendo sus cejas. Empecé á tener curiosidad de saber qué daba motivo á la frecuente movilidad de una fisonomía generalmente inmóvil; y ví con gusto que dejaba el pliego, despues de leido, conjeturando que iba á esplicarme el motivo de su sorpresa. Pero cuál debió ser la mia, cuando, tendiéndome la mano, me dijo:

—Doy á V. las gracias por su singular condescendencia; asegurándole que no la esperaba tan cumplida: y sin esperar mi respuesta desapareció, sumerjiéndome en un nuevo mar de confusiones.

—¿Qué habré escrito yo en este pliego? murmuré al encontrarme solo; y examinándolo á mi vez, leí, con tanta ó mayor estrañeza que el señor diputado Gomez:

«Señora: han transcurrido muchos años sin que lata mi corazon á la vista de la hermosura;

y creyendo fuerza de alma, lo que era realmente falta de encantos en las hermosas que veia, estaba neciamente orgulloso de mi aparente insensibilidad. A pesar de este loco orgullo, entraba con harta frecuencia en lo mas hondo de mi alma, y encontraba en ella el vacío, glacial, inmenso, aterrador. Sin temor y sin esperanza, sin ódio ni amor, arrastraba una existencia tan monótona, que era fiel retrato de la muerte; cuando tuve la inmensa dicha de que los rayos de sus ojos vinieran á traer luz y calor á las...»

Hasta aquí llegaba lo escrito, porque mi inoportuna huéspeda habia venido á interrumpirme en lo mas tierno del período. Durante la anterior lectura, tambien se fueron dilatando mis pupilas, como las de Gomez, y frunciéndose mi entrecejo. Comprendí la brusca despedida del diputado; el cual no pudo menos de creer que le habia jugado una burla. En cuanto al cómo habia yo escrito lo que en el papel se leia, me lo espliqué muy fácilmente. Cuando traté de comenzar la árdua y perentoria tarea, escribí, con la mejor letra que yo puedo trazar, Señora: me asoporé; durante el sopor se confundieron mis ideas, como se habian confundido antes durante mi ensueño: al despejarme, la idea dominante era María: dejé correr la pluma bajo la impresion de esa idea, y en vez de redactar un discurso de contestacion al de la corona, comencé una lar-

ga epístola amatoria, que á juzgar por su primer período, debia haber sido interminable. Mi costumbre de sufrir azares empezaba á familiarizarme con ellos, y en vez de sentir, como parecia natural, el *quid pro quod*, que habia ofendido á don Tadeo, me puse á reir á carcajadas; con un buen humor que no habia esperimentado nunca desde mi llegada al Infierno. A principio de la mañana habia venido mi oficiosa huéspeda á cortar el hilo de lo que yo creia un discurso y era una epístola amorosa, y se presentó dos horas despues á interrumpir mis carcajadas, trayendo una carta, cuyo lacre daba indicios, aunque ligeros, de haber sufrido alguna violencia. Esta circunstancia avivó mi curiosidad; rompí el nema y leí lo siguiente:

«Nazario: he recibido tu apreciable, y hecho cargo de la gravedad del negocio, no he perdonado medio alguno de averiguar lo que, con tan justa razon, saber necesitas. Mis afanes no han sido del todo infructuosos; pues aunque no he logrado ver á nuestro hombre, sé su guarida; he tomado las precauciones necesarias para que no pueda escapárseme, y muy pronto quedará despejada la incógnita. Si adquieres algunas noticias, escríbemelas inmediatamente, y cuenta, para esto y para todo, con la amistad que te profesa tu invariable

ISIDORO.»

Estregué la carta entre los dedos, no sabiendo cómo esplicarme lo que me escribia mi buen amigo, y dije á mi huéspeda:

—Señora ¿quién ha entregado á V. esta carta?

—Señor don Nazario, el cartero; me respondió con estrañeza.

—Lo pregunto á V., porque el sobre no estaba intacto.

—Bien sabe V., señor don Nazario, que en casa somos incapaces de abrir una carta.

—Ya lo sé; y por lo mismo he preguntado quién ha sido su portador.

—El cartero, señor don Nazario, el cartero. Se habrá visto mayor picardia que violar la correspondencia de todo un señor diputado: de un hombre...

—No se exaspere V., doña Tomasa. Habrá sido casualidad.

—Qué casualidad; no señor. Es que los empleados en correos se entretienen...

—Calle V., por Dios. Cómo es posible que los empleados del gobierno...

—Sí, sí; conozco yo algunos empleados que son capaces...

—Señora, señora: entró gritando nuestro criadito, con su vocecilla de falsete.

—¿Qué quieres, muchacho?

—Salga V.

Salió al momento doña Tomasa, acompañada del criadito; y volvió á los pocos momentos, trayendo en la mano un hermoso ramo de lilas.

—Tome V., señor don Nazario; me dijo. Poniéndome delante el ramo de pequeñas flores.

—¿Para qué me da V. este ramo? la pregunté con desabrimiento.

—Porque me lo han dado para V.

—¿Para mí?

—Sí, señor. Ahora mismo acaban de dármelo.

—¿Y quién?

—Una mujer de cierta edad.

—¿Y al entregar á V. este ramo, qué la dijo?

—Entregue V. estas flores al señor don Nazaria Palma de Jura.

—¿Y no dijo quién la enviaba?

—Si, señor.

—¿Y en nombre de quién las ha traido?

—No dijo nombre.

—¿Pues qué dijo?

—Me dijo quo se las entregára á V. de parte de la máscara del dominó negro.

—¿Eso dijo?

—Sílaba por sílaba.

—¿En dónde está la mujer?

—Señor don Nazario, me entregó las flores y desapareció al momento.

—Póngalas V. en agua, señora: dije á mi hués-

peda; y despues que me quede solo, murmuré, recapitulando cuanto acababa de sucederme:

—Aquí tenemos una comedia, representada en mi pais, cuyo título es: «*El ramillete, la carta y varias equivocaciones.*»

CAPITULO XV.

EN QUE SE DA CUENTA DE LO QUE PASÓ A PEREZ DE SILVA EN EL PRIMER BAILE DE MASCARAS.

El ministro, don Tadeo Gomez, la equivocacion, el ramillete y la carta, me habian hecho perder la mañana contra mi deseo; y para completar el dia, decidí perder tambien la tarde; modo de contribuir á la buena obra que habian los demas comenzado. Firme, decidido y constante en mi propósito de holganza, me vestí con suma rapidez; y como no habia visto á Camilo desde la noche del domingo, me encaminé hácia la redaccion del Infernal: con ánimo de no separarme de mi amigo. Atravesé con mas desenfado el umbral, que habia pasado la primera vez con inesplicable zozobra; cruzé el salon con la

misma marcialidad que un general jóven y buen mozo recorre la línea un dia de parada; saludándo afectuosamente á los cinco ó seis redactores que se hallaban en él: y empujando sin ceremonia las puertas vidrieras del gabiuete, me encontré con Perez de Silva.

Estaba Camilo escribiendo, y tan profundamente preocupado, que no se apercibió de mi llegada, hasta que dejándome caer en una butaca, le dije con cariñosa jovialidad:

—Estas ocupado, Camilo, de la salvacion del pais?

—No te habia sentido, Nazario, me respondió; dejando la pluma y haciendo jirar su sillon.

—No nos hemos visto en dos dias, y no era justo prolongar tan larga ausencia.

—Así lo creo. Estuviste tan ocupado durante el baile del domingo, que te perdí completamente.

—Es verdad, Camilo. Algunas máscaras me tomaron por su cuenta, y me hicieron perder la noche.

—¿Perder ó ganar, Palma de Jura? me preguntó Perez de Silva, con una risita algo forzada.

—Has tenido razon en hacerme esa pregunta. Yo mismo no puedo decir si tuve perdida ó ganancia.

—¿Tan dudosa fué la partida? volvió á preguntarme Camilo con mal encubierta intencion.

—Jugué tantas, que probablemente saldria en

paz, poco mas ó menos. ¿Y tú que tal, te divertiste?

—Antes de responder, Nazario, permíteme hacerte una pregunta.

—Puedes hacerme cuantas quieras; que á todas te responderé con la mayor ingenuidad.

—Pues admitiendo tu franca oferta, en vez de una sola pregunta te haré cuatro ó seis.

—Cuantas quieras: no retiro una sola palabra, y espero impaciente tus preguntas.

—¿Conociste al travieso arlequin, que pasó contigo la mayor parte de la noche?

—Tuve grandísimos deseos de conocerlo, pero me quedé con la gana.

—¿Conociste á una hermana de la caridad, que dió una vuelta asida á tu brazo?

—Tambien tuve vivos deseos de conocerla; pero me sucedió lo mismo que con el travieso arlequin.

—¿Conociste á otra máscara de dominó negro, que puso en tu mano una lila?

—Deseé retenerla á mi lado; pero un enorme mascaron cayó entre los dos, como una tromba; y por mucho afan que tuviera en conocer á la máscara de las flores, tampoco lo conseguí.

—¿Conociste á una mascara, bastante esbelta. que vestia un capuchon de terciopelo verde?

—Tuve la desgracia, amigo mio, de no reconocer á nadie.

—Pues con la máscara del capuchon verde conversaste muy largo rato.

—Es verdad; y por cierto que me habló de tí, amigo mio.

—¿Qué te dijo? me preguntó Perez de Silva con vivo interés.

Llamó mi atencion un momento la ansiedad de mi buen amigo; y considerando que el mejor modo de satisfacerlo era referirle las propias palabras de la máscara, le respondí.

—Me preguntó, que por qué tomaba tanto interés en los asuntos de Camilo Perez de Silva.

—¿Eso te preguntó, Nazario? volvió á preguntarme mi amigo en tono de duda.

—Te lo aseguro por mi honor: le respondí con sequedad.

—Bien, Nazario, bien. ¿Qué respondiste á su pregunta?

—Que me mezclaba en tus asuntos, porque soy tu amigo verdadero.

—¿Y entonces insistió la máscara? me preguntó por tercera vez.

—No: mudó al punto de conversacion y empezó á contarme una historia.

—¿Relativa á mí, ó en la cual figuraba al menos mi nombre?

—No. Empezó á contarme una historia, sin pronunciar un solo nombre.

—¿Historia que tú conocias de antemano?

—No, Camilo. Y por cierto que me dejó bastante incómodo, porque me habia causado con su historia una dolorosa impresion.

—Esto es estraño, muy estraño; murmuró Camilo, acercándose mas á mí y desarrugando un tanto el ceño, que habia conservado hasta entonces provocador y repulsivo.

Las preguntas de Perez de Silva, su seriedad y hasta el cambio mas afectuoso que iba notando en su semblante, me llamaron mucho la atencion, y para salir de algunas dudas le pregunté:

—¿Te causaré enojo, Camilo, dirijiéndote algunas preguntas?

—No, Nazario. Puedes preguntarme cuanto quieras.

—¿Conociste á la máscara del capuchon de terciopelo?

—No.

—¿Hablaste con ella en el trascurso de la noche, y despues que lo hizo conmigo?

—Me dirigió al paso, y perdiéndose entre los grupos, unas cuantas palabras.

—¿Quieres repetírmelas, amigo mio, como una prueba de amistad?

—Fueron estas: « *Camilo Perez de Silva tiene el corazon de cera: Nazario Palma de Jura tiene el corazon de diamante. El primero es poco para hombre; el segundo es mucho para hombre: los*

dos juntos han sido, son y serán siempre una inmensa calamidad.»

—¿No sospechas quién pueda ser esa máscara, que habla en parábola?

—Sospecho, Nazario, sospecho; y me veo forzado á callar.

—Rompe tu silencio, Camilo, y reuniendo las conjeturas....

—No hablemos mas del capuchon verde, Nazario. Te lo pido por nuestra amistad.

Aunque sumamente interesado en aclarar este misterio, respetê las justas razones que podia tener Perez de Silva para no levantar siquiera una sola punta del velo, y me atuve á nuevas preguntas, referentes á otros sugetos; que muchos estaban en campaña, y cada cual mas importante.

—¿Conociste al travieso arlequin? le pregunté despues de un momento de pausa.

—Tampoco pude conocerlo, y lo pretendí largo rato.

—¿Hablaste con él?

—Mucho antes que trabarais conversacion en el gabinete.

—¿Y picaron tu curiosidad las palabras del arlequin?

—Picaron mi curiosidad, y me hicieron fuerte impresion.

—Repitémelas, amigo mio; si se han grabado en tu memoria.

—Me dijo el arlequin palabras, que no se borrarian de memoria, aunque viviera ochenta años.

—Habla, Camilo: tu indecision está aumentando mi impaciencia.

—Pues aquí tienes sus palabras. «*Camilo, me dijo, tu existencia y la de Nazario están unidas por una cadena invisible: tu existencia y la de Nazario están amenazadas por una mano invisible tambien. El primer golpe se dirigirá al pecho de tu amigo; el segundo traspasará tu corazon. Sois valientes y generosos: dos magníficas cualidades para luchar en buena lid; dos cualidades que os perjudican cuando os combaten á traicion. Salvando á Nazario le salvas: si él sucumbe no tardarás mucho en seguirlo. Unidos sois fuertes: separados no podreis jamás resistir. Dice un adagio:* Manos blancas no ofenden: *y yo digo, que manos blancas asesinan. Nazario necesita hoy que veles por él; otras veces Nazario ha velado por tí.*» Despues de este aviso, desapareció como un relámpago, dejándome triste y confuso.

No quedé yo menos confuso, oyendo en boca de Camilo las palabras del arlequin, que mi amigo lo habia quedado al escucharlas en las máscaras; no quedándome la menor duda de que podia cumplirse el pronóstico; porque los graves compromisos que me habian cercado desde mi llegada á la corte, me hacian temer otros mas graves, inesperados y sangrientos. Bajo la im-

presion de estas ideas, me iba olvidando de las demas máscaras que me habian hablado en el baile; pero no queriendo manifestar con lo prolongado de mi silencio la intensidad de mis temores, me desentendí del arlequin; forcé una sonrisa, que podia pasar por verdadera, y continué preguntando con aparente tranquilidad:

—¿Conocíste, Perez de Silva, á la máscara del dominó negro?

—No, Nazario; y hubiera deseado conocerla, porque me estuvo hablando de tí: me respondió sin vacilar-

—¿Te habló de mí? volví á preguntarle con muchísimo mas interés.

—Me habló de tí, y de una manera bastante significativa.

—Cuenta, cuenta. Fuiste, Camilo, mas afortunado que yo.

—¿En que ha consistido mi mayor y envidiable fortuna?

—En que para mí fueron las flores, y para tí fueron las palabras.

—A mi fueron dichas, pero dirigidas á tí: de modo que te cabe la mayor parte.

—¿No comprendes, amigo mio, que vas aumentando por momentos mi curiosidad?

—Voy, Nazario, á satisfacerla. La máscara se esplicó así: «*Dí á Nazario, que no se olvide de una lila que le han colocado entre los dedos: que*

concurra al segundo baile, y que venga dispuesto á oir.»

—Nada mas te dijo la máscara del dominó negro, Camilo?

—Nada mas, Nazario, nada mas. Es verdad que no tuvo tiempo, porque sobrevino el mascaron.

—Pues dejemos al dominó negro, para ocuparnos de la hermana de la caridad.

—La hermana de la caridad es una máscara de prueba; repuso Camilo, volviendo á fruncir su entrecejo, y mordiéndose un poco los lábios; como si con este dolor físico quisiera neutralizar el efecto de algun dolor moral, que á su pesar lo atormentára. Yo me apresuré á preguntarle.

—Segun parece ¿conocíste á la hermana de la caridad?

—No la conocí; y la tuve colgada al brazo la mayor parte de la noche.

—¿Te contaria largas historias durante tan largo periodo?

—Empezó varias, y no quiso acabar ninguna. Su lenguaje fué siempre oscuro, entrecortado y reticente. Me habló mucho de tí: primero haciendo con mano maestra tu panegírico; despues zahiriéndote sin caridad, y en mi opinion sin fundamento. Sabe muchos particulares de nuestras vidas, y especialmente de la tuya. Me ha dicho que hay una muger empeñada en poner fin á tu

existencia, y otra no menos empeñada en escarnecerte y deshonrarte: que por fortuna tuya están discordes en el fin y los medios; pero que ay de tí si algun dia llegan á entenderse. Se ocupó de tu último lance, y quiso hacerme creer que habias hecho desaparecer á tu antagonista, por miedo de encontrarlo en el cámpo. Combatí sus infames sospechas con todo el calor de la amistad, y aparentando convencerse, pues no creo que lo hiciera de buena fé; me dijo: «*Estoy muy convencida de que Nazario Palma de Jura es valiente, honrado y leal. Las mugeres encuentran en él un amante tierno, generoso y constante: los hombres un amigo ingenuo y decidido. Tú puedes hablar de lo segundo: cien mugeres, y entre ellas yo, pueden afirmar lo primero. Por eso lo verás rodeado de las mas elegantes máscaras; y si quieres verlo ahora mismo en la mayor intimidad con una bastante seductora, ten la bondad de acompañarme.*» La hermana de la caridad me hizo cruzar varios salones, hasta que por último llegamos al gabinete que ocupabas en compañía del arlequin. Nos presentamos de improviso, y como en lugar de una dama encontré un hombre, dije á mi pareja.—O tú estabas equivocada ó ha sido tu intento engañarme.—Ni lo uno ni lo otro, Camilo; me respondió haciendo un movimiento de impaciencia; como si le hubiera salido mal un plan bastante medi-

tado.—Pues lo cierto es, que en lugar de una máscara seductora hemos encontrado un arlequin.—Eso consiste en que hemos llegado un poco tarde: pero te juro por lo mas sagrado, que no hace mucho estaba en plática sabrosa con una máscara bastante conocida tuya.—¿Tienes la bondad de decirme el nombre de la hermosa máscara?—No. Lo único que puedo hacer por tí, es enseñártela; y si la conoces no tendré yo la responsabilidad de lo que pueda suceder.» Acepté inmediatamente la oferta de la hermana de la caridad; recorrimos algunos salones, y por último, señalándome la máscara del capuchon verde, me dijo.—Ahí tienes la dama seductora, que hablaba con Palma de Jura: y sin darme lugar á que pudiera dirigirla una nueva pregunta, dejó mi brazo y se confundió con otras máscaras; abandonando sin duda el salon, porque no la volví á ver mas.

—Sabes, Camilo, que en el baile nos han pasado algunos lances, capaces de volvernos locos por su rareza.

—Así lo creo. Seguí lo restante de la noche tras la dama del capuchon verde, y me dirigió las palabras que te referí poco hace; palabras, como tú conoces, de estraña significacion.

Acabó así Perez de Silva; volvieron á fruncirse sus cejas, y me pareció que se entregaba á profundas meditaciones. Por mas que aparentaba

yo una tranquilidad heróica, no dejaba de preocuparme el breve relato de mi amigo, y hubiera dado años de vida por aclarar tan incomprensibles arcanos. Se iba prolongando nuestro silencio demasiado, y, haciendo un esfuerzo, lo interrumpí; diciendo á mi amigo con afectuosa jovialidad:

—Dejemos los lances de máscaras para los salones de *Ciudad-Bella*, y ocupémonos de otra cosa.

—¿Qué quieres, Nazario? repuso Camilo, sacudiendo los negros vapores que turbaban su imaginacion.

—En primer lugar he decidido que comamos juntos, mucho y bueno.

—No puedo admitir tu convite; y lo siento con toda el alma.

—¿Qué te lo impide? le pregunté, sintiendo verme contrariado.

—Estoy convidado á comer en casa del embajador de Inglaterra, y tengo empeñada mi palabra.

—El embajador de Inglaterra, dije para mí. La Inglaterra no se contenta con tener revuelta la Europa, el Africa, América y Asia; tambien tiene su representante en las regiones infernales. La Inglaterra, como el *cólera morbo*, todo lo invade y se aclimata en todas partes.

Y alzando la voz añadí:

—De modo, Camilo, ¿que no iremos juntos á las máscaras?

—No. Y es muy posible que no vaya esta noche al baile; me respondió Perez de Silva.

Hablamos un poco de política; pedí á Camilo su opinion relativa á la malhadada respuesta al discurso de la corona; respuesta que era mi eterna pesadilla; y nos separamos con grandes muestras de amistad; pero realmente no tan satisfechos el uno del otro como lo habiamos estado antes.

CAPITULO XVI.

ANTES DEL BAILE.

Sentí mucho verme privado de la compañía de Camilo; y contra todos mis deseos, resoluciones y esperanzas comí solo; sin otro estímulo á mi apetito que la abundante conversacion de mi ceremoniosa huéspeda. Debo confesar francamente que en el ingreso de la comida no pensé un momento en María; pero á los postres su bella imágen volvió á presentarse ante mis ojos, ceñida de la brillantísima aureola que su hermosura destellaba. Recordé las últimas palabras que me habia dirigido veinte horas antes; y despues de haberlas comentado, decidí que no podia dejar pasar la noche sin ver á la encantadora María. Empezé á discurrir en dónde podria encontrarla fijamente, y se me ocurrió que lo mas atinado y fácil era

dirigirme á la sociedad del ex-ministro. Adoptado este plan, miré mi reloj de bolsillo, y ví con mucho sentimiento que marcaba las ocho y media, y que debia esperar media hora, si queria cumplir puntualmente las instrucciones de mi homónimo. Reclinado en una butaca, al amor de una buena lumbre, y aspirando el rico perfume de un habano, dejé pasar los treinta minutos; que gracias á estas precauciones, no me parecieron muy largos.

Llegada la hora convenida, me dirijí á casa de señor D. Fulgencio, y tuve el gusto de encontrarlo, como el primer dia, solo y un tanto soñoliento. Lo habia tratado muy pocos dias, y sin meterme á examinar los misterios de su vida pasada, sentia hácia él una verdadera aficion. ¿Cómo no sentirla? Reunia el ex-ministro á un gran talento una facilidad prodigiosa: y la variedad de conocimientos que lo adornaban, sérios unos, amenos otros y todos sujetos á las formas mas agradables, para quien encontrar desea el recreo junto á la instruccion.

—Muy buenas noches, señor D. Fulgencio: le dije, poniendo una mano sobre el brazo de su butaca.

—Muy bien venido, amigo Palmita: me respondió manifestando una verdadera alegría.

—¿Cómo se encuentra V. de achaques, desde nuestra última entrevista?

—Así, así. Y V., con sus muchas ocupaciones, no se acuerda de los amigos.

—Apesar de mis ocupaciones, no los olvido ni un instante.

—¿Y qué tenemos de negocios? me preguntó dilatando un poco sus pupilas.

—Segun parece, se preparará grande oposicion al ministerio.

—Nada mas justo. Esos ministros nos conducen al precipicio.

—La discusion del proyecto de contestacion al discurso de la corona, será muy caliente.

—Ya lo creo. A propósito del discurso ¿lo tiene V. ya redactado?

—No señor; repuse: y dije para mi interior. Si querrá saber mi opinion para hacer alguna jugada de bolsa.

—¿Tiene V. formado ya su juicio, sobre documento tan vital?

—En globo sí; pero necesito descender á los pormenores.

—Me parece inútil preguntarle, si combate ó no la política del ministerio.

—V. conoce mis principios, y nada mas debo decirle.

—Lo comprendo perfectamente, y me doy por ello el parabien.

Yo tenia mucha confianza en el talento del ex-ministro y bastante poca en el mio; la ocasion

era bastante favorable, y tuve que hacer un grande esfuerzo, ó de orgullo ó de voluntad, para no confiarle la redaccion del documento que tanto me mortificaba. Seguimos discurriendo un poco sobre cuestiones económicas, políticas y administrativas; presentadas por D. Fulgencio con precision y claridad: y si no hubiera deseado tanto la presencia de las señoras, por si aparecia entre ellas María, hubiera pasado largas horas en conversacion particular, sin percibir su duracion ni tener un solo momento de hastío. Abrióse por fin la mampara, y el suave crujir de la seda me anunció que iban las señoras á penetrar en el salon. Sucedió así instantáneamente; pero ví, con mucho sentimiento, que no estaba entre ellas María.

Cambié mis corteses saludos con las elegantes señoras; empezamos una larga y variada conversacion, de paseos, bailes y teatros; fueron entrando seguidamente algunos amigos; y por último quedé en conversacion particular con Adelaida; conversacion muy agradable para mí; porque, aunque muy jóven, posee parte del talento de su padre.

—Con las sesiones del Congreso y las fiestas del carnaval, está V. perdido, señor Palma: me dijo Adelaida.

—Señora, los deberes de diputado no me dejan un solo intante: la respondí en tono de burla.

—Y las diversiones de carnaval se reunen á tan árduos deberes: repuso Adelaida sonriendo.

—No puedo negarlo, amiga mia: me ocupan mas las diversiones que los deberes de mi cargo.

—¿Ha estado V. en *Ciudad-Bella*? me preguntó, cambiando el tono que habiamos adoptado.

—Sí. He tenido la sangre fria de pasearme allí cinco horas.

—¿Qué tal estuvo la reunion?

—Hubo mucha gente: muchos hombres, pero poquísimas señoras.

—Todos los años sucede lo mismo; y cada vez concurren menos.

—He notado, dije variando la conversacion, que no ha venido su amiga de V.

—¿Qué amiga mia? me preguntó Adelaida.

—María: la respondí, aparentando una completa indiferencia.

—¿Por qué están Vds. tan mal? si no es indiscreta mi pregunta.

—V. se equivoca, Adelaida. No tengo el menor resentimiento con ella; y la trato como á las demas.

—V. procura manifestar esa indiferencia; pero en realidad la aborrece.

—Siento mucho tener que repetir á V. lo que he dicho antes.

—No exijo que sea V. mas franco; pero continúo en la persuasion de que se profesan Vds. un cariño particular, que todos creen un aborrecimiento profundo; no sé si bien ó mal fundado.

—¿Cree V. que María me aborrece? pregunté con alguna inquietud, que no supe disimular.

—Estoy tan persuadida de ello, como de que V. la recompensa con ódio no menos profundo.

—Aseguro á V., por mi honor, que lejos de odiarla la aprecio.

A pesar de su esmerada educacion, no pudo Adelaida ahogar completamente una sonora carcajada: me sorprendió su hilaridad, y la pregunté algo ofendido:

—¿No dá V. crédito, Adelaida, á lo que acabo de decirla?

—No, señor Palma: y respondo à su falta de confianza con una muestra de franqueza.

—¿Y en qué funda V., amiga mia, esa estraña opinion?

—La fundo en su anterior conducta de V., en la conducta de María, y en la opinion casi general de cuantas personas los tratan, y de muchas que solo los conocen de oidas.

—¿Y quiere V. decirme, Adelaida, qué ha dado motivo á esa opinion tan general?

Adelaida vaciló un momento, y me respondió despues:

—Palma, el secreto de esa enemistad lo saben V. y María.

—¿Y V. no lo sabe, señora? insistí, queriendo aclararlo.

—Yo menos que todos, amigo mio.

Sentí que la poca franqueza de Adelaida no me permitiera alcanzar algunos curiosos pormenores; y sentí tambien encontrarme desavenido con una mujer tan hermosa, tan seductora, y á la que habia hecho la noche antes una declaracion de amor. Me aflijió un momento la revelacion de Adelaida; pero recordando despues las últimas palabras de María, y sabiendo que sobre hondas desavenencias puede fundarse una cariñosa intimidad, recobré pronto el perdido aliento; y despidiéndome del ex-ministro y su familia, salí en busca de nuevas aventuras.

Deseaba tanto una entrevista con la viajera de ojos negros, que antes de entrarme en *Ciudad-Bella*, teatro de mis lances pasados, y en el que no dudaba encontrar otros, aplazados y casuales; decidí subir un momento á casa de la condesa de Jentosca, con la esperanza de encontrar á la encantadora María. Mi decision fué inmediatamente seguida de la práctica; pero en vano buscaron mis ojos en el salon de la condesa á la señora de mis amantes pensamientos; y en vez de poder dirigirla algunas frases apasionadas, tuve que dar nécias escusas á la vetusta generala, que

se empeñó en hacerme jugar una baca de media onza. Escapé de la generala, con mas trabajo que un mercader de las manos de un salteador; pero cuando me juzgaba libre, y cruzaba las antesalas, para dirigirme á *Ciudad-Bella*, vine á caer en las de la condesa; que aunque eran delicadas manos no me acomodaban sus prisiones, por aquel instante á lo menos.

—¿Se marcha V., Palma de Jura? me preguntó la noble dama, con sobresalto y ansiedad.

—Si V. no dispone lo contrario: la respondí sencillamente.

—Quisiera detener á V., dos ó tres minutos no mas.

—Puede V., condesa, detenerme cuanto tiempo juzgue oportuno.

—Venga V., Palma, venga V.: me dijo; y apoyándose muellemente en mi brazo, me condujo á traves de algunos pasillos, á un aposento retirado.

Luego que estuvimos en él, me hizo sentar en un confidente, bastante próximo á una puertecilla de cristales; y aparentando turbacion, añadió:

—Estoy, Palma de Jura, en un terrible compromiso.

—Malo, murmuré en mi interior: la condesa estará algo escasa de fondos, y no tendrá na-

da de estraño que quiera partir mis ganancias.

Este raciocinio fué muy rápido; y sobreponiéndome instantáneamente á tan alarmante impresion, la respondí, con no mucha tranquilidad:

—Hable V., condesa; hable V.: estoy dispuesto á complacerla.

—Muchas gracias, amigo mio. V. Sabe, lo mismo que yo, cuánto ha cambiado de algunos años á esta parte la posicion de la aristocrácia; que sus rentas han disminuido de una manera lastimosa, y que sus gastos son mayores, si ha de competir en boato con los ricos capitalistas, prototipos de magnificencia.

—Tiene V. muchísima razon, la dije: y añadí para mí. No hay remedio, el estado de la aristocrácia y la régia magnificencia de los banqueros se han reunido para poner á contribucion mi gaveta, no mal provista, pero incapaz de resistir dos ó tres violentos ataques.

—V. sabe que anoche...

—Sí; dije para mí discurriendo con prodigiosa rapidez, mientras la condesa fingia que la costaba gran trabajo hacerme su franca confesion. Sé que gané anoche doscientas onzas, y que necesitas la mitad, ó quizás el todo; qué sé yo hasta dónde llegan tus apuros.

En este tiempo recobró fuerzas la condesa, y prosiguió:

—V. sabe que anoche hablamos de la contestacion al discurso de la corona...

—Sí, sí: la interrumpí inmediatamente; ensanchándose mi corazon al ver que la cuestion de mercantil se iba transformando en política; terreno en el cual no era muy fuerte pero era menos vulnerable.

Pareció bien á la condesa mi respuesta, pronta y afirmativa, y prosiguió mas alentada.

—V., como tan buen amigo, tuvo la bondad de espresarse con mas que mediana franqueza; manifestando sus ideas, no muy favorables al ministerio, y yo...

La condesa se interrumpió, fingiendo de nuevo embarazo; y yo, que recobrado de mi susto no queria ver á nadie padecer, la dije con entera cordialidad:

—¿Por qué se detiene V., condesa? Hable V. con toda confianza.

—La bondad de V., amigo mio, aumenta mas mi confusion.

—No se confunda V. por nada: y el mejor modo de satisfacerme, es una pronta esplicacion.

—Pues bien, Nazario; yo abusé anoche de su ilimitada confianza.

Yo no recordaba haber sido demasiadamente confiado, ó, lo que da lo mismo, demasiadamente imprudente: y garantido con mi conciencia repuse á mi interlocutora:

—V. se acusa de un delito que no ha podido cometer.

—Sí lo he cometido; y bien pronto V. juzgará de mi crímen.

—Si existe realmente, señora, puede estar V. muy segura de hallar un indulgente juez.

—Lo comprometido y precario de nuestra situacion, nos ha hecho recibir en nuestros salones á los modernos potentados, y recurrir alguna vez á los mismos medios que ellos usan, para enriquecerse por ensalmo. En una palabra, amigo mio, tambien jugamos á la bolsa.

—¿Y ese crímen de V. consiste, la pregunté; creyendo adivinar lo restante de su discurso; en haberse aprovechado de nuestra conferencia, para vender algunos millones de treses? Es un pecado venial, que ya tiene V. perdonado.

—Qué bueno es V., amigo mio; pero mi delito es mayor.

—No me sorprenderá el oirlo, y hasta estoy ansioso de escucharlo.

—Como nuestras firmas no tienen un grande valor en la bolsa, nos es imposible emprender operaciones cuantiosas, y nos asociamos frecuentemente con algun banquero respetable. En estas estrañas compañías ellos ponen su inteligencia mercantil unida á su crédito; y nosotros les ayudamos con nuestras inteligencias de corte, de familia ó de sociedad. Entre Mauricio

Sanchez y yo hay una buena inteligencia.....

—¿Y le ha confiado V. las palabras que mediaron entre los dos?

Interrumpí, queriendo terminar cuanto antes una conferencia que me retrasaba el momento de presentarme en *Ciudad-Bella*; en donde podia encontrarme con la encantadora María, con la máscara de las violetas ó con el travieso arlequin.

—Ese es mi crímen, Palma de Jura: repuso al momento la condesa.

—Pues repito lo que dije antes: tiene V. amplia absolucion.

La condesa aparentó quedar tan prendada de mi generoso proceder, que no la era dado responderme por efecto de su estraordinaria emocion: yo quise aprovechar su silencio para romper mis ligaduras, pero al intentar levantarme, me detuvo con mano trémula, diciéndome á media voz:

—Nazario, no lo sabe V. todo: y tendré que seguir esplicándome.

—Condesa... murmuré, dándola á entender que me encontraba algo impaciente.

—Un momento mas, amigo mio. Bajo la fé de mis palabras, y aprovechando los momentos, ha hecho Mauricio una jugada de muchos millones de treses, en la cual estoy interesada.

—Me alegraré mucho, señora, que cobren ustedes considerables diferencias.

—Seguros estábamos de ello; pero una noticia fatal ha destruido nuestras halagüeñas esperanzas, y consideramos comprometidas nuestras fortunas.

—Lo siento mucho, pero no sé qué acontecimiento puede causar ese trastorno.

—Nos han dicho, y suplico á V. que me responda con franqueza, que ha intimado V. sus relaciones con el señor ministro de Hacienda; y que por lo tanto su dictámen no será hostil al gabinete.

—Se dicen, condesa, tantas cosas que no tienen el menor fundamento.

—Mire V., Palma: preferiria que me desengañase, aunque vea consumada mi ruina, á continuar alimentando mis engañosas ilusiones. Y crea V. que lo importuno tanto, mas que por la cuestion de intereses por otra de delicadeza. Los banqueros, amigo mio, son naturalmente desconfiados, y si salen mal nuestras jugadas, podrá creer Mauricio Sanchez, que lo he engañado en combinacion con el ministro.

—No creo, señora, que el banquero tenga motivo para dudar de la buena fé de V.

—Sin duda ¿porque V. permanecerá siempre en la línea de oposicion que se ha trazado?

—Mis opiniones no cambian con facilidad; la respondí: no sabiendo de qué manera terminaria la conversacion sin comprometerme formalmente.

—¡Hasta dónde llega la maledicencia, amigo

mio! ¡Me han asegurado que esta mañana vieron salir de su casa de V. al ministro de Hacienda! esclamó la astuta condesa.

—Y no han engañado á V., señora; la respondí, tomando por entretenimiento su sobresalto.

—¿Pero á las seducciones del ministro resistiria V., amigo mio?...

—Con una firmeza espartana; repuse tomando el sombrero.

—¿Y tiene V. redactado ya el dictámen? me preguntó siguiéndome en mi retirada.

—Desde el primer párrafo hasta el último; la respondí deslizándome por los pasillos.

—¿Y es de completa oposicion? insistió la condesa, acompañándome hasta el recibimiento.

—La mas completa que V. puede imaginar; añadí saliendo á la escalera.

—Y eso que V. no sabe, Nazario, los resentimientos personales que debe tener del ministro. Pero ya le contaré á V. otro dia que nos hallemos mas despacio.

Se perdió la voz de la condesa á lo largo de la escalera, y yo me dirigí á las máscaras.

CAPITULO XVII.

EN EL BAILE.

Momentos hay en que los ojos no pueden sufrir la luz brillante de un salon de baile, iluminado por mil bujias, que reflejan sus artesones estucados y multiplican sus espejos; porque los rayos de estas mil luces traspasan las diáfanas retinas y se clavan en los tejidos del cerebro, como el puñal del asesino en el corazon de su víctima. Estos momentos son aquellos en que el alma, henchida de pena, tiene la esquisita sensibilidad de una llaga, que al menor contacto recibe violenta impresion de dolor. En otros momentos las luces producen instantánea alegría, como al navegante y al viajero, tras una noche tenebrosa, el suave albor de la mañana; y es

cuando el alma, sana y completamente tranquila, busca un espacio ante los ojos que asemeje el inmenso espacio de una rica imaginacion. Tambien hay algunos momentos en los cuales no produce la aglomeracion de luz ningun efecto; y se resbalan sus rayos sobre las túnicas del ojo humano, como si chocaran sobre una púpila de bronce. Estos momentos son aquellos en que el alma emplea y dirige su actividad hácia un solo objeto, que desea encontrar ó que necesita poseer. En este último estado entré yo en los salones de *Ciudad-Bella*, sin percibir la diferencia que existia entre las calles que habia recorrido y los aposentos que atravesaba.

Insensible á las melodías de la música, que no oia verdaderamente; sin que me atronará el rumor confuso de mil voces, que gritaban al mismo tiempo; y sin considerar la concurrencia mas que como un obstáculo material, que me impedia andar libre y desembarazadamente; empujaba con la mayor rudeza, y en cada máscara alta, delgada y arrogante, creia encontrar á la encantadora María: blanco de todos mis afanes, y único objeto de mis risueñas esperanzas.

Este afan mio daba lugar á lances cómicos y melodramáticos. Ya me paraba ante una máscara, que despues de mirarme mucho me decia con la mayor formalidad:

—Déjame en paz, no te conozco: y dando un

cuarto de conversion ó empujándome desdeñosamente, proseguia su empezada ruta con la mayor tranquilidad.

Apenas salido de este paso, me paraba ante otra, que iba del brazo de un mascaron ó de un prójimo desconocido, el cual, viendo mi impertinencia, montaba en cólera y decia:

—¿Quiere V. quitarse de delante? y uniendo la accion á palabra, me hacia dar una media vuelta, como si fuera yo un recluta en aprendizaje de jiros.

Sucediome cerrar el paso á una máscara de buen humor y poca prisa; la cual me dejó mirarla á mi sabor, y me preguntó despues:

—¿Qué tal te parezco?

—Me pareces... tartamudeaba yo, como un hombre á quien no habia parecido nada.

—¿No me respondes? Vamos, dime, ¿qué te parezco, fea ó bonita?

—Como tienes la mascarilla puesta, no puedo juzgar de tu hermosura; respondia: agotando para respuesta tan insulsa todas las fuerzas de mi ingenio.

—Pues esa es la gracia, Nazario.

—Esta máscara me conoce, dije para mí, ¿si tendremos nuevas historias?

—¿No me respondes? insistió la máscara, ¿soy fea ó bonita?

—Solo te puedo asegurar que eres esbelta, y

elegante ; la respondí, con mi propension al galanteo.

—Eso ya es algo. Aguza un poquito el ingenio y me dejarás satisfecha.

—Tambien aseguro, mascarita, que no tienes nada de tonta.

—Eso tambien es algo, pero mucho menos que lo otro. No hay muger fea á quien no hayan llamado discreta ; y tú te contentas con decirme que no soy tonta. Aguza el ingenio, Nazario.

—Observo que tienes una mano pequeña, fina y torneada.

—Eso es algo mas que llamarme discreta. Sin embargo no estoy gustosa.

—Tienes una voz sumamente dulce ; por mas que procures disfrazarla.

—Una muger horrible puede tener la voz mas argentina imaginable. Inventa otra galatería.

—Si tuvieras una condescendencia, podria decirte algo mas grato, y quizás dejarte satisfecha.

—No te muestres muy exigente, y te daré gusto, Nazario.

—¿ Quieres levantarte un poquito èl negro raso de la careta ?

—Exijes mucho, amigo mio. ¿ No reflexionas que voy á perder el incógnito?

—No lo perderás, amiga mia. Me contentaré con descubrir la mitad siquiera de tu barba.

—Para que veas que sé apreciar tu moderа-

cion, condesciendo y levanto una parte de mi careta.

La máscara se levantó la parte inferior de su careta y descubrí una garganta de alabastro y una barba tan bien dibujada, que no la habia admirado igual en las Madonas de Rafael.

Desde que nací hasta aquel momento no habia sabido imaginar el valor que podia tener una barba, vista aisladamente; y con un entusiasmo capaz de producir mil entusiasmos, esclamé:

—¡Juro por mi honor que eres la muger mas hermosa!...

—No tanto, Nazario, no tanto. Quiero que me dejes satisfecha, pero no que despiertes mi vanidad.

—Te juro de nuevo, hermosa máscara, que tu incomparable belleza...

—No hablemos mas de mi hermosura, ó me alejo inmediatamente y....

—No me abandones, por favor: la interrumpí, dando á mi voz el acento mas suplicante.

La hermosa máscara guardó un instante de silencio, y me dijo despues:

—Nazario ¿no habrá quien te riña, si te ven dando el brazo á una máscara?

—No: repuse antes que hubiera acabado su frase; pero al momento recordé, que si me encontraba María, no adelantaria mucho en su amor, y que á la máscara del dominó negro, que

me habia regalado lilas, tampoco sentaria muy bien el verme en dulces y tiernos coloquios.

Estos recuerdos mitigaron mi entusiasmo, algo intempestivo; pero como no me era posible separarme de un compromiso, que yo mismo me habia creado, presenté mi brazo á la máscara; despues que ella me respondió con su vocecita de ángel:

—Supuesto que no hay quien te riña, daremos juntos unas vueltas.

Imposible era resistir á semejante proposicion, hecha por una muger encantadora; y despues de lanzar en torno una mirada indagadora á un tiempo tímida, último tributo pagado al vivo recuerdo de María, empecé á recorrer los salones, llevando á mi hermosa pareja con manifiesta vanidad, que se puede ser impumnemente vano al lado de una muger hermosa.

Por cortesía y entretenimiento me encontraba en la obligacion de sostener con la linda máscara una conversacion seguida y medianamente agradable; pero en tan crítico momento, lo mismo que en otras ocasiones, me ataba la lengua mi situacion escepcional.

—Esta máscara me conoce, murmuraba yo para mí, y debe conocerme mucho: esto es, debe conocer mucho á mi homónimo. Mi homónimo es hombre de historia: ¿qué página ocupará esta máscara en la confusa historia de mi homóni-

mo? ¿De qué modo debo conducirme con ella?

Esta incertidumbre, estas dudas me ataban la lengua como he dicho, y paseábamos en silencio; lo que no debia agradar mucho á mi interesante pareja.

—¿Te has quedado mudo, Nazario? me preguntó con acento no muy apacible, despues que hubimos recorrido tres ó cuatro departamentos sin dirigirnos la palabra, y precisamente al cruzar una especie de confiteria; espléndidamente adornada de cajas de subido precio y dulces de mala calidad.

—No, hermosa máscara: conservo el libre uso de la palabra; pero no temo confesarte, que no puedo ser elocuente: la respondi, dirigiéndola al mismo tiempo una mirada mas elocuente que mi voz.

—¿Qué te impide ser elocuente? volvió á preguntarme con acento mas apacible.

—Un motivo muy poderoso, que tú misma reconocerás como tal.

—Sepamos, Nazario, sepamos; si no tienes inconveniente.

—¿Qué puedo decir á una mujer, reconocidamente hermosa, á quien no conozco?

—Puedes decirla cuanto puede oir una mujer; reconocidamente hermosa.

—¡Ay! máscara, máscara! puede hablarse de muchos modos á una mujer!

Mis palabras, aunque sencillas en apariencia, ocultaban un doble sentido, que la máscara debió adivinar; porque bajó al suelo sus ojos, como avergonzada ó dudosa. Sentí en el alma haberla alarmado ú ofendido; y por si habian sido mis palabras demasiado ásperas, procuré endulzarlas; presentando á mi linda pareja una rica caja de dulces. No sé si el presente ó el buen deseo que pudo descubrir en mí de borrar el mas leve asomo de ofensa, destruyó el resentimiento de la máscara; pero lo que puedo asegurar es, que me dirigió una mirada bastante halagüeña, diciéndome:

—¿No sabes, Nazario, como hablar á una máscara desconocida?

—Encuentro dificultad, al menos: la respondí mas animado.

—¿Cómo hablas con las personas que conoces, cuando te conviene complacerlas?

—No sé qué responderte, máscara: aunque bien puedo asegurarte que hablo á cada una con arreglo á la opinion que tengo de ella, sin adulacion ni lisonja.

—¡Nazario, Nazario! esclamó la máscara, como si acabára de proferir una blasfemia.

—¿Qué encuentras, máscara, de estraño en lo que acabo de decirte?

—¿Dices la verdad á todo el mundo? me preguntó con sencillez.

—No tengo aficion á la mentira: la respondí con seriedad.

—Por lo que voy viendo ¿no conoces *El arte de hacerse amigos?*

—No lo conozco, hermosa máscara: y te confieso mi ignorancia.

—¿Cuántos años tienes, Nazario?

—Treinta cumplidos. Me voy acercando á la vejez.

—¿Y en treinta años, la tercera parte de un siglo, poco menos, no has aprendido, no ha llegado á tu noticia quizás *El arte de hacerse amigos?*

—No. Vuelvo á confesarte mi ignorancia, sin temor de que te burles de ella.

—Mira, Nazario, quiero pagarte el tiempo que te he hecho perder y esta rica caja de dulces: y para saldar esta deuda voy á enseñarte *El arte de hacerse amigos.*

—Te lo agradeceré en el alma.

—Y avergüénzate de que una muchacha de veinte años venga á echártela de maestra.

—Tiene veinte años: murmuré para mi interior; es una deliciosa edad. Y alzando la voz añadí:

—Te oiré, máscara, como á un oráculo; y grabaré todos tus preceptos en mi alma.

—No tendrás que cansarte mucho, porque mis reglas son sencillas.

—Estoy esperando que las dictes, para observarlas al momento.

—La clave del arte de agradar ó de hacerse amigos, que es el mismo, consiste en dos palabras.

—¡En dos palabras nada mas! esclamé con verdadero asombro.

—Y lo mas particular es que son monosílabas: repuso.

—Pronuncia, sin mas dilacion, esas palabras sacramentales.

—No quiero agotar tu paciencia con inútiles dilaciones. Hé aquí las palabras: sí, no.

Miré á la máscara fijamente, durante un minuto; como diciéndola: Me has hecho una burla pesada. Ella adivinó el pensamiento que á mi mirada presidia, y me preguntó:

—¿Te ha parecido poco eficaz mi ingeniosa clave?

—Por lo menos no me ha parecido muy inteligible.

—Eso consiste en que mi clave, mas que teórica, es de aplicacion.

—Pero hacen falta, para su buena inteligencia, un número de....

—Ejemplos. ¿No era esta la palabra que ibas á pronunciar?

—La misma: y adivinándola, me has probado que tengo razon.

—Sin disputa; y voy á ponerte los ejemplos. ¿No recuerdas que alguna mujer de cuarenta á cincuenta años te haya dicho, despues de una ausencia. «Nazario, me encuentra V. echa una vieja.»

—No ha muchos dias que me dijeron lo que acabas de preguntarme.

—¿Y qué respondiste, amigo mio? insistió la discreta máscara.

—Respondí: No ha pasado dia por V.

—Pues ahí tienes precisamente la aplicacion de uno de los monosílabos de mi clave.

—Tienes razon. Continúa, máscara, presentándome tus ejemplos.

—Continúó. Cuando te dice un mal poeta que ha escrito una buena poesía ¿qué respondes?

—Sí.

—Pues ahí tienes la aplicacion de la otra palabra de mi clave.

—¿De modo?...

—De modo que para agradar, para hacerse muchos amigos, basta con saber hacer uso de las dos palabras sacramentales. Si te dice una mujer fea, que lo es, respóndele NO. Si una tonta te indica que es discreta; grita SI, con todos tus pulmones. Si un tartamudo se lamenta de no poder hablar en público; dile que NO tiene razon; sin temor de que lo tome á burla: y si añade á renglon seguido que se calla muy bue-

nas cosas, respóndele sí, sin temor de que lo tome á sátira. Si te consulta una mujer sobre el traje que lleva puesto, diciendo que es feo; responde no; pero si te pregunta sobre un pañolon que vá á comprar, poniéndole el mismo defecto, no tengas miedo de decir sí. Si eres por desgracia autor dramático, y un actor tiene la modestia de consultarte sobre la propiedad de un traje que piensa sacar; puedes decirle que no es propio, sin indisponerte con él; pero si el mismo actor aparenta que quiere escuchar tu opinion sobre la buena inteligencia de su papel; respóndele sin vacilar que sí lo ha comprendido bien; so pena de hacerte un enemigo. Si te pregunta un escritor tu opinion sobre una obra suya; puedes decirle privadamente y tomando muchas precauciones, que no te parece de gran efecto, sin otra pérdida que la de su preciosa amistad; pero si te consulta en público, responde que sí es admirable, ó te harás un encarnizado enemigo. Si te pregunta un hombre de estado, si tiene fama de ladron, puedes responderle que sí con la mayor desfachatez; pero si el mismo hombre te pregunta si lo tienen en opinion de tonto; le dirás que no, aunque lo sea. Si un aristócrata te dice que no valen nada los pergaminos, le responderás que no tienes su misma opinion; pero si te dice un banquero que la omnipotencia está en el oro; asegura que sí, Nazario, y tendrás en ello

razon. A un demócrata condecorado, aunque sea con el toison de oro, puedes decirle impunnemente que no existirán sociedades sin diferentes gerarquìas; y á un monárquico mendicante puedes hacerlo comunista, diciéndole que sí es factible una distribucion de bienes. Podria citarte mas ejemplos, mil'ares de ejemplos quizás; pero pongo coto á mi discurso, porque un sermon demasiado largo fatiga al discreto auditorio.

Parado me dejó el discurso de la hermosa de veinte años; porque habia tocado con precision y ligereza una cuestion muy digna de maduro y detenido exámen. Medité sobre ella algun tiempo, y despues de haberme preguntado á mí mismo, quise saber cómo opinababa mi jóven y discreta pareja; dirigiéndome á ella en estos términos:

—De lo que acabas de decir, hermosa y entendida máscara, deduzco, que solo hay un medio de hacerse y mantener amigos; medio poco honroso, pues consiste en una eterna adulacion. ¿Sacas tú la misma consecuencia de las premisas que has sentado?

—La misma, con una leve modificacion: me respondió festivamente.

—¿Quieres esplicarme esa ligera diferencia? volví á preguntarla.

—Al momento. Estoy decidida á complacerte y soy muy firme en mis propósitos.

—Es estraño: la respondí, con el mismo tono festivo que habia adoptado mi pareja.

—¿Por qué es estraño, amigo mio? me preguntó; haciendo una especie de mueca.

—Porque no hay muger consecuente: repuse con acento de autoridad.

—Eso es una vulgaridad, Nazario, indigna de un hombre como tú: me contestó entre picada y cariñosa: añadiendo inmediatamente. Pero no riñamos por ello, y vamos á la diferencia.

—Que es lo importante, amiga mia: repuse, cortando la querella.

—La modificacion es, que es preciso usar la adulacion discretamente; porque un adulador eterno nos cansa y se desacredita; lo mismo que un hombre muy amable nos empalaga, y uno muy bonito nos hace el mismo efecto que una muger.

—Tienes razon.

—Y quede sentado, amigo mio, que una muchacha de veinte años te ha enseñado *El arte de agradar* ó de *hacerse amigos*, Nazario.

—Bien, bravo, muy bravo, bravísimo: gritó una voz á nuestra espalda; y volviéndonos los dos á un tiempo, nos encontramos con el bullicioso arlequin del baile anterior.

Mi pareja se sorprendió, como naturalmente sucede cuando creemos estar hablando á solas con un individuo y averiguamos que otro es-

cucha nuestra conversacion, y yo murmuré:

—Bien venido, amigo arlequin.

—Te encuentro muy bien ocupado, ó mejor dicho hace algun tiempo que disfruto de tan âmable compañía: dijo el arlequin, acompañando sus palabras de una profunda reverencia.

—Nos ha seguido: murmuró mi jóven pareja con visibles muestras de disgusto.

—Siento mucho haber incurrido en tu desagrado: repuso el arlequin inclinándose nuevanuevamente.

—Y hubieras debido recordar, que no es decente el papel de espía, que has venido haciendo.

—Perdona, Nazario. En las máscaras todo está admitido; y tú no has perdido gran cosa mientras yo he ganado muchísimo, con que la leccion que esa máscara dirigia á uno solo, la hayamos aprendido dos: repuso el travieso arlequin, haciéndome otra profunda reverencia.

—Conozco, arlequin, que en las máscaras se toman ciertas libertades; pero yo te hubiera agradecido una poquita mas prudencia y hasta discrecion.

—No te enfandes; pues si no he sido discreto ni prudente; te juro que he manifestado una paciencia fabulosa: añadió el arlequin, inclinándose nuevamente.

—¿Y en qué has probado, le pregunté, esa fabulosa paciencia?

—En no haberte interrumpido antes; me respondió con admirable sangre fría.

—¿Quieres esplicarte mas claro? le pregunté con tono brusco.

—Iba á empezar precisamente. Debí interrumpirte mucho antes, porque tengo vivos deseos de dar unas cuantas vueltecitas con esta encantadora máscara. Ya sabes, Nazario, el motivo, y espero que no tardarás en cederme tu lindísima compañera.

Me llamó mucho la atencion la propuesta del arlequin; propuesta tanto mas estraña, cuanto que la noche del domingo me habia tratado con gran cariño y agasajo. Mi pareja apoyó fuertemente su brazo sobre el mio; se desvió mas del arlequin, y dijo á media voz:

—No quiero pasear del brazo con un máscara.

—Ya ves, arlequin, que tu pretension es importuna: le respondí con intencion.

—La mascarita dice eso, repuso el arlequin, porque no sabe lo que yo.

—¿Y qué sabes tú? le preguntamos al mismo tiempo mi pareja y yo.

—Sé que Nazario Palma de Jura tiene una cita en *Ciudad Bella*, con una máscara de dominó negro.

Al pronunciar el arlequin estas palabras mi compañera se retiró un tanto de mí; apoyándose tan ligeramente en mi brazo, que apenas tocaban sus dedos la tela de mi negro frac.

—Te engañas, arlequin, te engañas; repuse con acento brusco y desapacible semblante.

—No se engaña, Palma de Jura: gritó una máscara á mi espalda; y volviéndome instantáneamente, me encontré con el dominó negro, que habia dejado entre mis dedos la primera noche una lila.

Esta inoportuna aparicion me puso en completa derrota: la jóven, que me habia enseñado el difícil *Arte de hacerse amigos*, dejó mi brazo enteramente y se alejó con rapidez: el arlequin corrió tras ella, dándome al paso un soplo en la punta de la nariz; y la dama del dominó negro se apoderó de mí, como de plaza conquistada. Sentí mucho este contratiempo, durante dos ó tres minutos; pero al cabo de ellos reflexioné que no tenia justo motivo para tamaño desconsuelo. Habia perdido una hermosa máscara, desconocida enteramente, que me habia dado una leccion gratis.... gratis no: me costó una caja de dulce, que valuó el descreido confitero en seis napoleones; y por lo tanto la leccion fué recompensada con la crecida cantidad, no pequeña para los tiempos que alcanzamos, de ciento catorce reales de vellon. Habia perdido una hermosa máscara, encontraba otra de magníficas apariencias, que me habia dado mas de una muestra de interés, y que tendria algo que decirme, el trueque era bastante igual.

—Qué coqueton te has vuelto, Nazario: me dijo mi nueva pareja, con una voz bastante dulce y que disimulaba apenas; importándola poco, sin duda, que la reconociera ó no.

—Estás equivocada, máscara: la respondí dando á mi voz una inflexion de muy marcada indiferencia.

—¿Estoy equivocada, y te encuentro disputando á capa y espada la posesion de una muger?

—Espliquémonos con propiedad. Estaba disputando la posesion de una máscara desconocida.

—¿Y una mascara y una muger no son la misma cosa?

—No. Hay una notable diferencia entre una muger y una máscara.

—¿Quieres esplicármela, Nazario; ya que tanto insistes en ella?

—Con mucho gusto. Una muger llamo yo, á aquella cuyo rostro hemos visto cien veces, ó una sola, el número es de todo punto indiferente; cuyo nombre, apellido, estado y condicion sabemos: á esto llamo yo una muger. Una máscara es un dominó negro, como el tuyo; un capuchon de terciopelo verde, como el de una dama que me contó noches pasadas una historia; un vestido de hermana de la caridad, como el de otra que tambien tuvo que hacer conmigo; en una palabra, unas cuantas varas de tela, bajo

las cuales se oculta una muger. Pera disputar la posesion de la primera, de la que yo llamo *muger*, es preciso amarla; para disputar la posesion de la segunda, de la que yo *máscara* apellido, basta con no querer cederla por capricho ó tenacidad. ¿Comprendes bien la diferencia?

—La comprendo perfectamente: y, segun lo que acabas de decir, ahora te encuentras con una máscara; de manera que defenderias mi posesion, si la defendias, por capricho.

Deseaba mostrarme galante con mi nueva pareja; pero acababa de formular una nueva doctrina, y no podia separarme de ella un solo punto sin descrédito suyo y mio. Me resigné á recibir la palma del martirio, como apóstol de nueva creencia, y respondí:

—No debo negarlo: defenderia tu posesion por capricho ó tenacidad.

—Y sin embargo, en otro tiempo hubieras defendido mi posesion, considerándome como *muger*.

—Y no será estraño que mañana te defienda del misma modo.

—Mira, Nazario, en algun tiempo hubieras dado tu vida, mil veces, por mí.

—¿Y qnién te ha dicho que no estaré dispuesto á sacrificarme lo mismo?

—No, no. Me amabas entonces de un modo tan especial, tan inesplicable. Existia en tí una

confusa mezcla de pasion, sensualidad, respeto, veneracion... en una palabra un delirio como he dicho antes y debo repetir cien veces, incomprensible, inesplicable.

—Y tù, máscara, correspondias á ese amor divino é inmenso? la pregunté, queriendo reunir algunos datos para seguir la discusion.

—Sí te queria, Nazario; sí. Tú no pudiste comprender, ni puedes comprender ahora, el temple especial de mi alma; y eso que has tratado á otra muger, que se me parece bastante; aunque existen entre las dos mas de una grande diferencia. Mi alma, como he dicho, tiene un temple especial: es una espada que se dobla para levantarse mas erguida. ¿Has olvidado ya, Nazario, la época de nuestros amores?

—Esas épocas no se olvidan: murmuré con tono solemne, finjiendo profunda emocion.

—Y sin embargo han transcurrido.... Iba á citar, Nazario, la fecha.

—¿Y por qué te has detenido, máscara? la pregunté con ansiedad.

—Tú lo has dicho: porque debo ser una máscara para tí.

—¿No quieres desgarrar el velo que me impide reconocerte?

—Todavía no; si lo rompiera, no podria decirte lo que te tengo que contar.

—Preferiria reconocerte á las mas curiosas historias.

—La historia primero, Nazario, y el reconocimiento despues.

—Cuenta pronto, para que despues de tu relato admire tu rostro.

—Mi rostro no tiene nada de admirable; y estoy tan cansada.

—¿Quieres tomar asiento? la pregunté con ansiedad.

—Sí, me respondió: pero no descubro un solo lugar desocupado.

—Lo buscaremos, respondí, y empezamos á recorrer los salones de *Ciudad-Bella*.

CAPITULO XVIII.

EL DOMINÓ NEGRO

Despues de haber atravesado varios salones y pasadizos, entramos en un aposento, que podria llamarse gabinete, pero que era realmente un mal corredor; sin salida y escasamente iluminado, sin otro adorno que el súcio papel de sus paredes y unas cuantas sillas de paja; ocupadas casi en su totalidad por máscaras rendidas del cansancio: pero tuvimos la fortuna de encontrar dos malos asientos en lo mas oculto del apartado corredor. Se dejó caer en uno de ellos mi pareja, y yo seguí su ejemplo, sentándome en el inmediato. Guardamos silencio un corto espacio, y me preguntó la esbelta máscara con voz dulce, y estrechando una de mis manos:

—¿Me responderás con franqueza á cuantas preguntas te haga?

—A las que no deba responderte, callaré. No es posible obrar con mas lealtad: la respondí.

—Me conformo; y empiezo á preguntarte: ¿En un parador de diligencias trabaste amistad con una muger jóven y hermosa, que se llama Sofia Amaranto? Respóndeme, Palma de Jura.

Clavé una mirada en la máscara, y seguí guardando silencio. Mi pareja insistió de nuevo:

—¿Quieres responderme, Nazario; ó acabo de hacerte una pregunta, á la que no debes responder?

—Es verdad, máscara, que comí, en el parador de diligencias, al lado de Sofia Amaranto.

—Muy bien. ¿Y es verdad que, al terminarse la comida, convinisteis en visitaros en la córte?

—Tambien es verdad: respondí: llamándome mucho la atencion que supiera tanto la máscara.

—¿Y es cierto, que te enamoraste perdidamente de la pretendienta?

—Tanto como enamorarme no, pero.... murmuré, queriendo ocultar mi derrota.

—No mientas, Nazario, no mientas. Dí toda la verdad ó calla.

—Confieso que me dejó prendado el bello rostro de Sofia.

—Me parece que te has vuelto enamoradizo. Antes no teniaa ese defecto.

—Lo mismo soy que he sido siempre: la respondí; y á fé que decia la verdad.

—Has cambiado mucho, Nazario; pero vamos á lo que importa.

—Me habias ofrecido contarme una croniquilla escandalosa que, segun me has dicho, solo saben un corto número de personas; y en vez de contarme la crónica, gastas el tiempo en preguntarme. ¿Quieres proceder á tu cuento ó te has decidido á que malgastemos la noche?

—Observo en tí claras señales de impaciencia. ¿Qué tienes, Nazario, esta noche, que todo te cansa?

—Nada, máscara; pero soy bastante impacienre, y no tendré tranquilidad hasta que me cuentes la crónica: repuse dando á mis palabras un tono festivo y forzando una cariñosa sonrisa.

—Admito, Nazario, la escusa, y voy á comenzar la crónica.

Manifesté á la máscara, con un movimiento de cabeza, que estaba dispuesto á escucharla; y mi compañera prosiguió, despues de haberse ajitado un poco sobre la silla, claro indicio de que encontraba incómodo y duro el asiento.

—Hemos convenido en que diste la vuelta á Dramalla prendado de los encantos de Sofia, y que llegaste decidido á cultivar sus relaciones, con la esperanza de merecer un dia su amor.

—Vuelves, máscara, al pasado tema, y me habias prometido....

—Nazario, he dado principio á la crónica escandalosa.

—Segun eso ¿la crónica en cuestion me pertenece?... la pregunté; aparentamente sorprendido?

—Haces en ella un interesante papel: me respondió con sequedad.

—¿El de héroe, quizás? volví á preguntarla sonriéndome.

—No; el de víctima: me contestó, con marcadas muestras de disgusto.

—Prosigue, máscara, prosigue: murmuré con glacial acento.

—No me interrumpas con tanta frecuencia, y adelantará mas mi crónica.

—Guardaré silencio, como una estátua. Ya te escucho.

—Tu sabes, Nazario, muy bien, que habias dejado en nuestra córte alguna persona interesada en que volvieras á ella libre de toda pasion, mas reciente que la fecha de tu partida; y sabes tambien que esa persona reune á un talento nada vulgar una actividad prodijiosa. Durante tu largo viaje, no te habias dignado escribirla una sola vez; y eso que, sin saber tu itinerario y al acaso, te habia escrito á cortos intérvalos, procurando no dejar tiempo bastante para que olvidarás su amor. El dia despues de tu llegada, su-

po tu discreta señora, que en el parador de diligencias te habias manifestado muy galante con la encantadora Sofia; y precisamente lo supo momentos despues de haber sido recibida por tí con un insultante desden.

Las últimas palabras de la máscara me revelaron, que iba á ocuparse de la dama del pie pequeño; y puse mayor atencion por ver si deslizaba un nombre que pudiera servirme de guia hasta averiguar completamente la clase, condicion y estado de la misteriosa enemiga. Mi pareja se interrumpió, y mirándome maliciosamente, dijo:

—¿Por qué recibiste tan mal á una muger que has querido tanto?

—Continúa, la respondí: queriendo evitar la cuestion.

—¿No te conviene responder á mi última pregunta?

—Te repito, que continúes. ¿No quieres cumplir nuestro convenio?

—Sí, Nazario. No me caso hacer la defensa de una muger que tú has amado locamente.

—No hablemos mas de mis amores: repuse con acento brusco.

—Entonces no podré contarte la crónica que te he ofrecido.

—¿Por qué? la pregunté; forzando una sonrisa maliciosa.

—Porque hablándose mucho en ella de tus amores con Sofia....

—Cuentame la crónica, máscara: la interrumpí con impaciencia.

—Continúo. Sabedera tú antigua amada de tu nuevo y ardiente amor, no creyò conveniente á su orgullo el dejarte gozar en calma la posesion de Sofia Amaranto; é imaginó que no seria imposible impedirte su posesion. Averiguó inmediatamente que el único objeto de Sofia era conseguir un destino para su esposo, y calculó, como prudente, que recurriria á tus antiguas relaciones, para realizar su deseo. Con su prodijiosa actividad, y valiéndose de los muchos medios que tiene á su disposicion; supo, por conducto seguro, que habias tenido una entrevista con don Buenaventura Perez Crespo; que habias recomendado en ella la solicitud del anciano esposo de Sofia; que el ministro te habia ofrecido pasarla á su compañero el de Hacienda: y que todas las probabilidades estaban porque conseguirias el destino para el esposo y la posesion de la esposa. Tú, que conoces muy á fondo el carácter de.... Iba á nombrarla; pero no me parece discreto pronunciar en un salon de máscaras nombres bastante conocidos. Tú, que conoces su carácter, puedes figurarte el despecho que se apoderaria de su alma, viéndose desdeñada por tí; postergada á una *aventurerá*; asi la

llamaba; y sin medios de impedirte la posesion de una rival, castigando *tu loco orgullo*; estoy usando sus palabras.

—Prosigue, máscara, prosigue: murmuré, bastante interesado en la crónica escandalosa.

—¿Recuerdas todavía con pena el bello rostro de la *aventurera*?

—Prosigue, máscara, prosigue: añadí con alguna acritud.

—¿Es posible que estes todavía enamorado de una muger como Sofia?

—Te rogaba que prosiguieras: insistí con tono mas brusco.

—Un hombre como tú, Nazario, enamorarse de una provinciana redomada.

—Máscara ¿continúas la crónica ó la damos por terminada?

—No te enfades, pobre amigo mio, y escúchame con atencion.

Las disgresiones de la máscara me iban apurando la paciencia, y de cuantas secretas historias me habian contado en *Ciudad-Bella*, la única que me interesaba realmente era la de Sofia Amaranto; por ser yo la víctima; como habia dicho poco antes la esbelta y desapiadada narradora. Ademas del vivo interés que tenia yo en averiguar las intrigas que habian mediado para conseguir arrebatarme la anhelada posesion de Sofia, me mortificaba cruelmente que se burlára

de mí la máscara; y me mortificaba tanto mas, cuanto que veia claramente que tenia en ello un grande y maligno placer. Mi pareja leia en mis ojos y colegia de mis palabras la impaciencia y el lastimado orgullo, que luchaban en mi interior; y como un cirujano, que no corta completamente el tendon herido, por examinar mas y mas los fenómenos nerviosos que produce; se gozaba en mis convulsiones morales, dilatándolas cuanto podia..

Despues de haberme dirijido un gran número de preguntas, tan inútiles como enojosas; las que puedo llamar heridas hechas en el fondo del alma; se redujo á guardar silencio, como si quisiera ver correr la sangre negra y ponzoñosa que de mis heridas brotaba. Ofendido ya mi amor propio hasta un estremo incalculable, iba á romper la conferencia, cuando mi pareja prosiguió; despues de haber hecho un esfuerzo, como si anudára sus ideas.

—Como prudente capitan, media tu hermosa antagonista.... ¿Es verdad, Nazario, que se conserva muy hermosa, á pesar de sus cuarenta años? porque ya raya en los cuarenta.

—Máscara no quiero oirte mas, dije: levantándome bruscamente.

—¿No quieres escuchar, Nazário, la crónica escandalosa? repuso, deteniéndome por el brazo.

—No: la respondí, con tono brusco y procurando desasirme.

—¿Por qué no quieres escuchar la croniquilla escandalosa?

—Porque me tienes fastidiado con inútiles digresiones.

—Perdona, Nazario, perdona. No sabia que habias traido del viaje un humor tan atrabiliário.

—Me habrán hecho daño los aires de las naciones que he corrido.

—Siéntate, amigo mio, un momento. ¿No reparas que estamos llamando la atencion?

Esta observacion me hizo fuerza, y ocupe mi asiento nuevamente: la máscara comprendió, sin duda, que me estaba mortificando mucho mas de lo regular, y arrepentida de su aleve y mal proceder, anudó el hilo de su crónica sin hacer nuevas digresiones.

—Como prudente capitan, dijo, midió tu hermosa antagonista sus fuerzas y las tuyas; y comprendió que ella, débil mujer, como vosotros nos llamais, mal podria presentar batalla en el terreno de las influencias políticas, á un publicista aventajado y diputado presunto, como el antiguo director del Infernal, don Nazario Palma de Jura. Mujer celosa y vengativa, se mesaba los flotantes rizos al considerar su impotencia; y volvia los ojos á todas partes, buscando auxiliares á su empresa. En este estado de

ansiedad y de febril ajitacion se hallaba, cuando la noticiaron tu choque con Enrique Flores, en casa de la condesa de Jentosca; y rogó al cielo que murieras á manos del fogoso niño; no porque deseára tu muerte, sino porque así te impedia la posesion de su rival.

Suspendió un momento su relato la dama del dominó negro, y aprovechando la breve pausa la pregunté, por si me era dado averiguar lo que ardientemente deseaba saber desde muchos dias antes:

—Dime, máscara ¿sabes qué motivos ha tenido Enrique Flores para provocarme?

—La provocacion de Enrique Flores pertenece á otra crónica mas escandalosa.

—¿Quieres contármela? insistí con un vivísimo interés.

—No perdamos el tiempo en inútiles digresiones: me respondió; reproduciendo las palabras que yo la habia dirigido antes, y continuó la crónica de Sofía Amaranto.

—A la noticia del desafío siguió otra mas consoladora, y que reanimó las quebrantadas fuerzas de tu antigua amante, Nazario. Esta noticia consoladora era un párrafo de El Rey de Armas: del cual se inferia claramente que estabas próximo á romper con los secretarios del despacho. Leer tu antigua amante el parrafito y dirigirse á la secretaría de Hacienda, todo fué obra de po-

cos momentos; tan ardientes eran sus deseos de esplicarse con S. E. El ministro la recibió con particular agasajo; y pocos minutos despues atravesó las antesales ministeriales, con el rostro radiante de orgullo y henchido el pecho de alegría. ¿No es verdad, Nazario, que debe ser sumamente dulce para el alma de una mujer celosa y ofendida la posibilidad de tomar una doble venganza?

—Prosigue, máscara, prosigue: repuse con adusto ceño. La máscara continuó:

—Desde la secretaría de Hacienda, se encaminó tu antigua amada... Gusto mucho de llamarla así.

—Prosigue, máscara, prosigue: insistí con el mismo ceño. La máscara continuó:

—Desde la secretaría de Hacienda, se encaminó tu antigua amada á la habitacion de Sofía...

—¿Y quién habia indicado á mi amada la habitacion de Sofía Amaranto? pregunté á la máscara; interrumpiéndola con el desapacible tono que se me iba haciendo usual.

—Tenia mil modos de saberlo: me respondió tranquilamente.

—Yo no te pregunto los modos que tenia de saberlo; deseo averiguar cómo lo supo.

—De una manera muy sencilla. Espiando tus pasos; haciendo vigilar tu casa; y siguiendo á Sofía la primera vez que estuvo en ella. Ya ves, Nazario, que no es posible proceder con mas ló-

gica y sencillez. Yo, que no me tengo por tonta, hubiera seguido el mismo plan.

—Prosigue, máscara, prosigue: murmuré con acento breve.

—¿Quieres, Nazario, que te cuente con pormenores la entrevista de tu antigua amada y de la hermosa *aventurera*? ¿Qué tienes? ¿Por qué no me respondes? ¿Estás enfadado?

—Cuéntame, máscara, la entrevista, como te parezca mejor: repuse con mi rudo ceño.

—Te la contaré con pormenores; pero antes tengo que pedirte un favor.

—Pídeme, máscara, lo que quieras. Te lo concedo desde ahora.

—Voy á fundar mi pretension. En primer lugar, este asiento está muy duro, y en este cuarto hace un calor insoportable. ¿No tengo razon en quejarme del asiento y la temperatura?

—Sí, máscara. Tienes mucha razon en quejarte. ¿Qué quieres?

—Quiero, en primer lugar, que salgamos de este gabinete, porque me ahogo; y en segundo, que me pagues un vaso de agua y un panal.

—Concedido.

—A la otra, á la que seguia el arlequin, compraste una caja de dulces: yo no quiero hacerte tanto gasto, y estoy segura que mi crónica vale mucho mas que sus palabras.

—Vamos á tomar el panal.

CAPITULO XIX.

LAS DOS MUJERES.

Cojió la máscara mi brazo, y abandonamos el mal llamado gabinete. Al atravesar su dintel descubrí, embutido en el mismo umbral y tan pegado á la pared que parecia un esmalte, á un máscara de dominó negro; alto hasta perderse de vista, y flaco hasta ser invisible. Lo examiné detenidamente, y no me quedó la menor duda de que era el fatal mascaron del domingo.

La aparicion de este fantasma hubiera llamado, por sí sola, mi atencion; pero la llamó mucho mas por esta notable circunstancia. Al presentarse el mascaron la primera noche de baile, me abandonó sobresaltada la máscara del dominó negro, y cuando me encontré con ella, casi al despuntar la mañana, me dirigió misteriosamente una frase, burlando la esquisita

vigilancia del fatídico. Este proceder manifestaba claramente que el mascaron tenia derechos sobre la máscara en cuestion, y que no le agradaba verla en dulces pláticas conmigo. Tambien probaba el mencionado proceder, que la máscara del dominó negro reconocia la legitimidad de aquellos derechos, y que no queria provocar el enojo del celoso y activo Argos. Siendo ciertas estas premisas, debia suceder, como legítima consecuencia, que a vista del hombre culebra, aludo á lo largo y angosto, dejára mi brazo la máscara alejándose despavorida. Si esto es lógico, la lógica trastornó sus reglas; porque la máscara, mi pareja, no hizo el mas leve movimiento, y siguió hablándome de cosas indiferentes con el mayor desembarazo.

Cruzamos algunos salones, dirijiéndonos hácia el café; y, volviendo de vez en cuando la cara atrás, noté que el mascaron nos seguia, aunque á una racional distancia.

Movido de curiosidad, iba á pedir á mi pareja esplicaciones relativas á la presencia de aquel máscara; pero reflexionando al momento la propension de las mujeres á no decir nunca la verdad, y la facilidad prodigiosa de inventar cuentos, muy descabellados en el fondo, pero de apariencias admirables; crei mas prudente dejar al tiempo la esplicacion de aquel arcano, y reducirme á apu-

rar el cáliz de la crónica escandalosa; cuyos bordes estaban untados de hiel, y en cuyo fondo descubria un tósigo activo y mortal.

Llegamos al súcio café, es lo peor servido de *Ciudad-Bella*; y protegidos por esa deidad invisible, que los gentiles llaman *Fortuna* y los cristianos *Providencia*, encontramos una mesa desocupada en el mas oscuro rincon; lo que podia llamarse miel sobre hojuelas, porque nos proporcionaba asientos en que tomar, y nos permitia proseguir la crónica en una posicion bastante aislada y sin importunos curiosos. Llamé al mozo; mi pareja pidió un panal, yo pedí un vaso de naranja, porque la crónica me iba calentando la sangre; y despues que hubimos bebido, me preguntó mi compañera:

—¿Continúo la crónica, Nazario?

—Puedes continuar cuando te plazca: repuse añadiendo un pliegue á mi frente.

—Hablamos, si no me equivoco, de la llegada de tu antigua amada al alojamiento de Sofia.

—Sí, máscara: la respondí con mas desapacible tono. La máscara continuó:

—Desde el ministerio de Hacienda á la casa de tu encantadora *aventurera*, empleó la ofendida señora menos tiempo que yo en referirlo; porque volaba en alas de los celos y de un justo deseo de venganza. Subió la escalera con la misma velocidad que habia atravesado las calles, y

sacudío la campanilla con violencia. Una criadita de pocos años la recibió, y un momento despues estaba en el gabinete de Sofía. ¿Es verdad, Nazario, que el gabinete de la *aventurera* no tenia nada de suntuoso, nada de rico, nada de elegante siquiera?

—Prosigue, máscara, prosigue: la interrumpí con acritud.

—Te hago esta pregunta, Nazario; porque he oido hablar con sumo desden del gabinete...

—Continúa la crónica, sin mas digresiones importunas.

—Prosigo. En un confidente de pino, un poco súcio y desconchado, estaba sentada Sofía; que es una mujer bastante hermosa, pero de una hermosura harto vulgar...

—Puedes suponer que la conozco, y economiza su retrato: dije bruscamente.

—Estaba usando las palabras de tu antigua amada.

—Continúa, máscara: repuse con notable desabrimiento. La máscara continuó:

—Estaba sentada Sofía, y viendo entrar á una señora, desconocida enteramente, se apresuró á arreglar su tocado, que se distinguia por cierto mal gusto provincial. Tu antigua amada la miró con arrogante impertinencia; y dejándose caer lentamente en una silla, por temor de que falseára, dijo, con el glacial aplomo de una

mujer que ha pasado en la corte ocho lustros.

—«¿V. se llama Sofía Amaranto?

—»Servidora de V., señora: respondió Sofía con encogimiento.

—»¿V. ha venido á la corte, para que devuelvan á su esposo el destino que desempeñaba?

—»Sí, señora.

—»¿V. ha conocido en el camino á un caballero, que se llama don Nazario Palma de Jura?

—»Es verdad.

—»¿V. le ha encomendado el buen éxito del negocio que la ha traido á la corte?

—»Es cierto.

—»¿V. le ha dejado entrever, que si el éxito es favorable tendrá una dulce recompensa?

—»Señora...

—»Dejèmenos de hipocresías, que no se avienen con mi carácter.

—»Pero...

—»V. no puede estar enamorado de Palma de Jura.

—»Yo...

—»Respóndame V. con lisura. ¿El único objeto que ha tenido, al dar amorosas esperanzas á Palma, ha sido alcanzar la reposicion de su esposo?

—»Pero si yo no...

—»Respóndame V. francamente.

—»Pues bien, señora, ese ha sido mi único objeto.

—»Pues si quiere V. conseguirlo, es necesario que no vuelva á ver al improvisado protector.

—»¿Cómo he de hacer lo que V. dice, si acaba de darme, hace una hora, las mas fundadas esperanzas.

—»¿En qué consisten?

—En una carta del ministro de la Gobernacion del Reino.

—»Esa carta de nada sirve.

—»Pero.....

—»¿Quiere V. conseguir la reposicion de su esposo.

—Sí, señora,

—»¿Inmediatamente?

—Lo mas pronto posible.

—»Pues vístase V. lo mejor que sepa.

—»¿Para qué, señora?

—»Vístase V.

Sofia obedeció maquinalmente la órden de tu antigua amada; y luego que estuvo vestida, volvió á preguntarla su inflexible interlocutora:

—»¿Tiene V. tarjetas?

—»Si señora: repuso Sofia.

—»Ahora mismo vá V. á dirigirse á la secretaría de Hacienda.

—»¿Yo?

—» Inmediatamente que llegue, pasará una tarjeta al ministro.

—»Si no le conozco.

—No importa. El ministro recibirá á V., y esta misma noche quedará repuesto su esposo.

—»Lo haré como V. me lo manda.»

—Tu antigua amada se levántó, y sin dignarse tender la mano á la aventurera, se dispuso á salir.

—»¿Podré saber á quién he tenido el honor de hablar? preguntó Sofia.

—«No señora» repuso la dama sécamente, y volvió la espalda á la bella esposa del cesante. Sofia cumplió al pié de la letra las instrucciones que habia recibido; y cuando volvias tú del duelo, volvia ella de haber hablado con el ministro.

La máscara se interrumpió: yo la pregunté con ansiedad.

—¿Y despues?

—Despues te presentaste en casa de Sofia y no te recibió.

—¿Y despues?

—Despues te hizo salir tu antigua amada de la amena sociedad de Soto; te hizo entrar en su carruaje; corristeis varias calles, y os detuvisteis en una de ellas porque una berlina de alquiler os cerró el paso. De la berlina bajó una mujer, y por una feliz maniobra del lacayo, quedó descubierto el rostro de la aventurera.

—¿Y despues?

—Media hora despues pasó otra berlina de alquiler, y bajó de ella el señor ministro de Hacienda.

—¿En qué casa entraron?

—Voy á darte sus señas. Calle del Desliz, número 6, cuarto principal.

—¿Vive en ese cuarto?...

—Una mujer, á quien llaman la *Tunasiga*.

—¡Todo lo comprendo! esclamé, sin poder dominar mi despecho.

—Al dia siguiente apareció un decreto en la Gaceta, nombrando intendente al marido de tu protejida: repuso la máscara con frialdad.

—Bien me ha burlado mi antigua amada! murmuré, con reconcentrado furor.

—No la ha secundado muy mal el señor ministro de Hacienda.

—Sabré vengarme de los dos.

—Bien hecho, Nazario, bien hecho.

—La máscara se levantó, quise hacer lo mismo; pero me detuvo diciéndome:

—Nada mas tengo que decirte, y me veo obligada á dejarte.

—¿Quién eres, máscara, quién eres?

—Te hablo sin fingir la vez, y no has logrado conocerme.

—Quiero ver tu rostro.

—No tengo el menor inconveniente.

Mi pareja se alzó la mascarilla, y ví con el mayor asombro, que era la dama poco hermosa y muy elegante, á quien dí la mano en la escalera del Congreso.

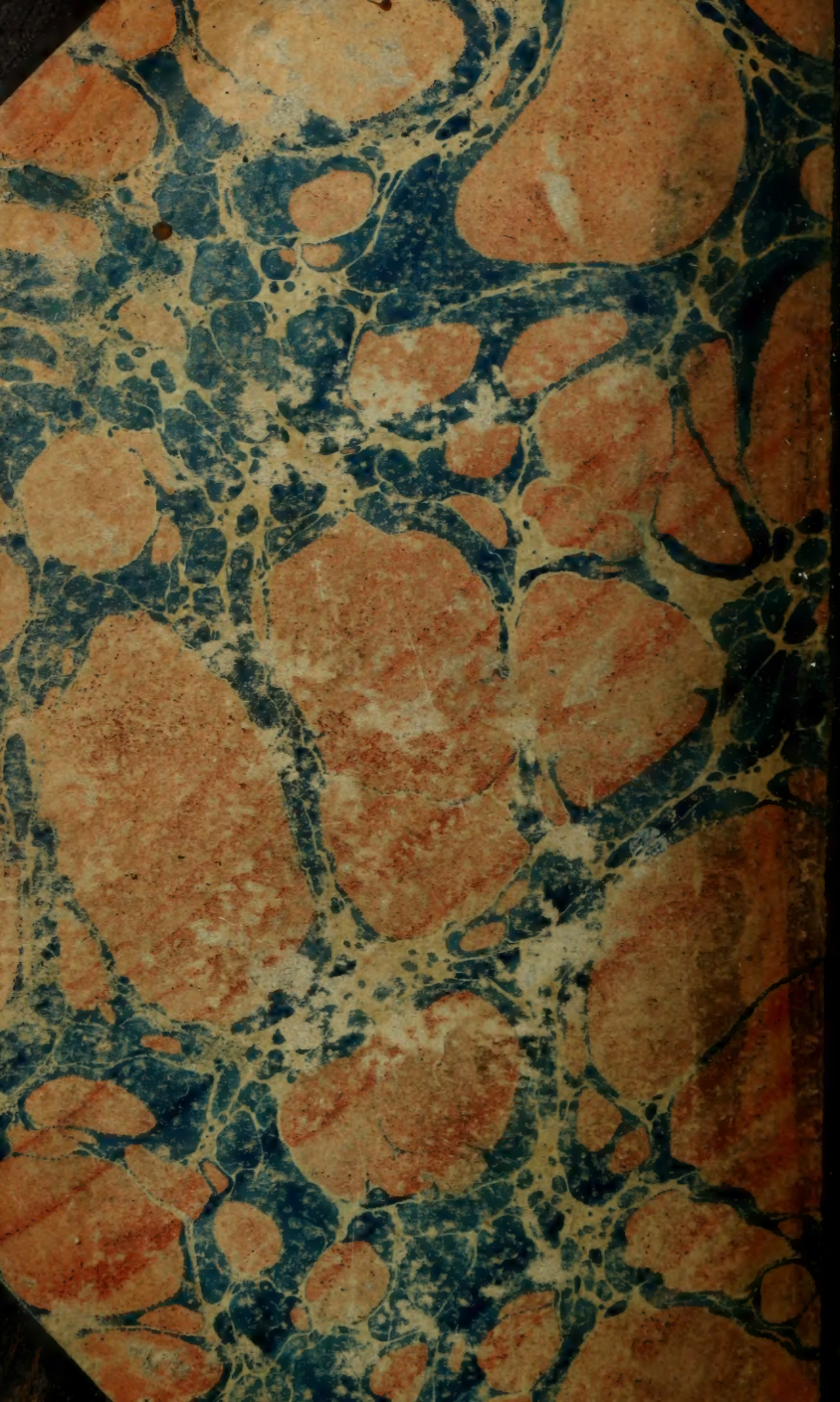
FIN DEL TOMO II.

459469

Ariza, Juan de
Un viaje al infierno. Vol.1-2.

LS
A7193v

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED